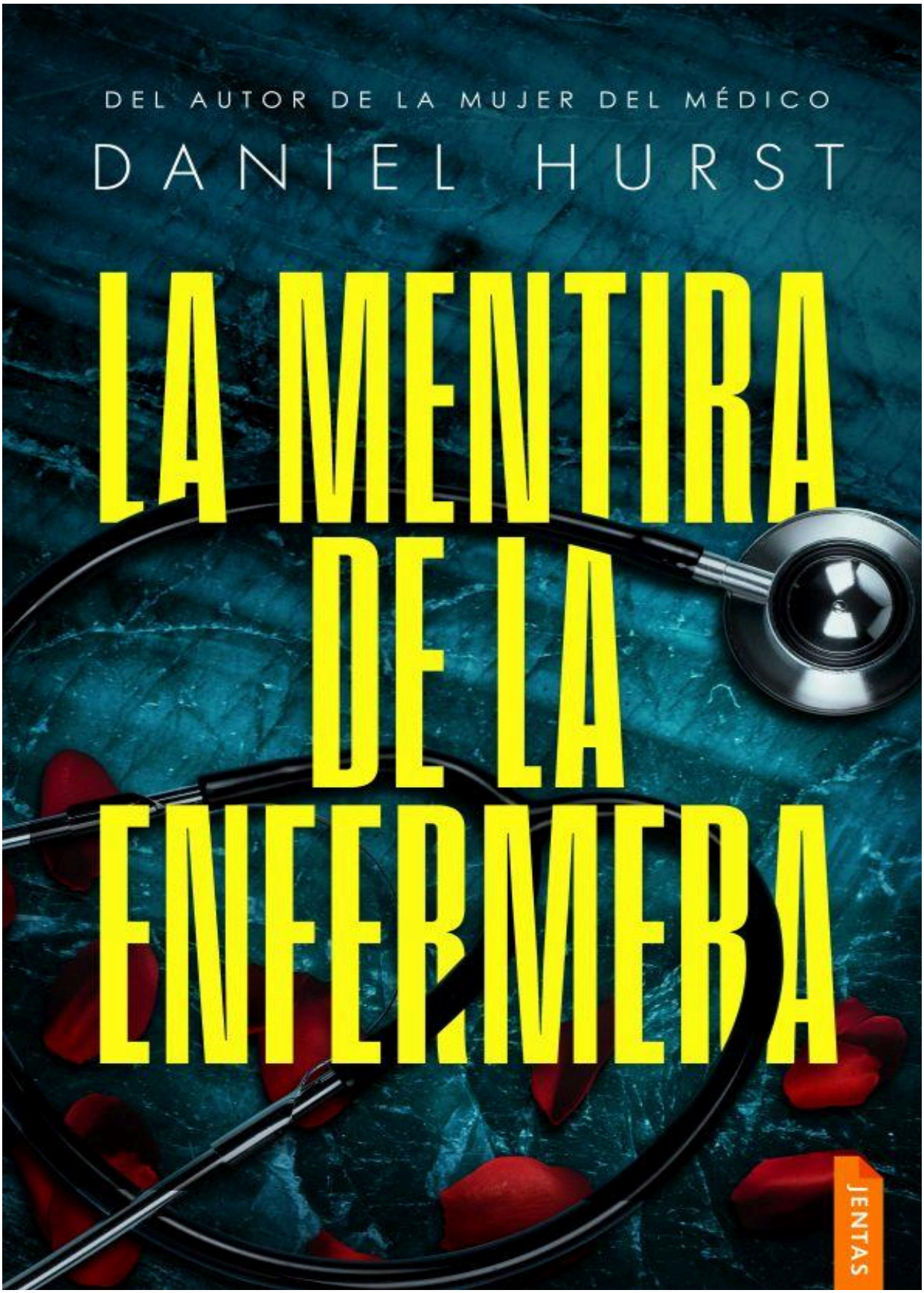
DEL AUTOR DE LA MUJER DEL MÉDICO

DANIEL HURST

# LA MENTIRA DE LA ENFERMERA



JENTAS


DEL AUTOR DE LA MUJER DEL MÉDICO
DANIEL HURST
LA MENTIRA DE LA ENFERMERA
JENTAS

# LA MENTIRA DE LA ENFERMERA

Daniel Hurst
La mentira de la enfermera
Título original: The Nurse's Lie
Copyright © Daniel Hurst, 2024. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Daniel Conde Bravo, © Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1428-4

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

# PRÓLOGO

Este uniforme de enfermera no me queda demasiado bien, pero tengo la necesidad imperiosa de que no se note demasiado. No debería llevarlo puesto, igual que tampoco debería estar aquí, en este hospital, rodeada de un montón de enfermeras. Pero tiene que parecer que trabajo en este sitio, porque, de lo contrario, las cosas se van a poner muy feas para mí.

Me cogerán. Llamarán a la policía. Me detendrán.

Terminaré en la cárcel, y allí pasaré mucho mucho tiempo.

De momento, nadie se ha fijado en mí más de la cuenta, pero seguro que es solo cuestión de tiempo. Los hospitales son sitios seguros, ¿no? Están diseñados para evitar que gente como yo haga cosas como esta.

Entonces, ¿por qué nadie me ha detenido todavía?

No es que este hospital sea un lugar tranquilo. Al contrario, hay un ritmo frenético en este edificio. ¿Cuándo no es así? ¿Existe un hospital en el que no haya un ambiente ruidoso y caótico y que no esté repleto de gente agotada que está ya al límite? Siempre hay emergencias médicas en los sitios como este. Siempre hay pacientes que necesitan atención de forma urgente y siempre existen enfermeras y médicos que, aunque necesiten un descanso, no pueden permitirse aflojar el ritmo hasta el final de su jornada de trabajo. En estos pasillos claustrofóbicos existe un caos organizado. Hay camas sobre ruedas pegadas contra las paredes y todas las salas están llenas de gente. No hay sitio para más pacientes, pero siguen llegando. Las luces parpadeantes de emergencias de las ambulancias se suceden; cada una trae a un pobre paciente que necesita ayuda. Mientras, la sala de espera está llena de personas a las que les están curando alguna herida o que tosen profusamente mientras suplican ser las próximas en ser atendidas, porque creen que tienen un problema de salud más urgente que la persona que tienen al lado.

Este lugar puede llegar a convertirse en un infierno, lo cual me hace sentirme aún peor. Debería quitarme este uniforme de

inmediato, salir pitando de aquí para que me dé un poco el aire fresco y no pasar ni un segundo más en el interior, donde la sala de espera, cargada y llena de gérmenes, tiene una la luz fluorescente que castiga más el ánimo de lo que lo haría el sol más ardiente. Debería volver a atravesar esas puertas correderas, dejar atrás a los sanitarios y las ambulancias que hay justo tras ellas y alejarme corriendo.

Eso sería lo mejor.

Sin lugar a dudas, sería la opción más segura.

No solo para mí, sino también para otra persona que se encuentra en esta instalación.

El paciente que he venido a ver.

Sé que se encuentra en algún lugar de este laberinto de la medicina, tumbado en alguna de estas camas, vulnerable y dependiente de personas que llevan puesto un uniforme como el mío. Pero, a diferencia de las demás enfermeras —con algunas de las cuales me cruzo en el camino, y no se fijan en mí porque agacho todo lo que puedo la cabeza para evitar el contacto visual—, mi intención no es ayudarlo. En estos momentos, la mayor amenaza en este hospital no es una enfermedad mortal ni un diagnóstico desolador. Tampoco la paranoia típica del paciente, la mala praxis médica ni ninguna de las otras cosas que suelen ocurrir en los hospitales a diario.

La mayor amenaza que hay en este hospital ahora mismo soy yo.

Sigo caminando por otro pasillo, sintiéndome una impostora con este uniforme al encontrarme entre tantos expertos médicos. Continúo hasta que veo el letrero que indica la unidad en la que está el paciente. Si supiera que estoy aquí, entraría en pánico, gritaría pidiendo ayuda y alertaría a alguien de que está sucediendo algo muy grave. Pero no sabe que estoy aquí. Todavía no.

Cuando lo sepa, será ya demasiado tarde.

Al doblar una esquina, me topo de golpe con otra enfermera. Se queda mirándome fijamente a los ojos, y cada fibra de mi ser me dice que hasta aquí he llegado. Se acabó. Aquí es donde voy a pagar por estar en este hospital y fingir que soy una enfermera de verdad.

Pero no sucede nada. La enfermera se limita a sonreírme y pasa de largo, como si no hubiera visto un fantasma. Vale, no estoy muerta, así que no soy ningún fantasma, pero así es exactamente como me siento mientras deambulo por este hospital, condenada al desastre. Porque soy muy consciente de que, cuanto más tiempo pase aquí, de menos tiempo dispongo para echarme atrás. Aunque no estoy considerando la opción de echarme atrás. Cuando veo a lo lejos a un agente de policía hablando con un médico, sé que estoy cerca del lugar que busco.

Ese agente ha venido para ver al mismo paciente que yo.

Pero necesito estar segura de que voy a verlo antes que él.

Paso junto al policía y el médico. Cualquiera de ellos podría hacerme una pregunta de repente que me provocaría un ataque de pánico. Bastaría una tan simple como «¿A dónde vas?» para desencadenarlo. Entonces, cuando me vieran desmoronarme, se darían cuenta de que soy una impostora, y el médico daría la voz de alarma, mientras que el agente echaría mano de alguna de sus herramientas de trabajo.

Sus esposas.

O su pistola.

No me puedo creer que vaya a hacer esto. No puedo creer que pensara que esta era la mejor opción. No doy crédito a que yo pueda llegar a ser responsable de dar tan mala fama a las enfermeras de todo el mundo. No se lo merecen.

Este uniforme y este trabajo deberían ser respetados.

Pero estoy a punto de provocar que la gente les tenga miedo.

No tenía por qué ser así. Las cosas podrían haber sido bien diferentes. Pero, siendo como son, voy a hacer lo único que una persona que lleva un uniforme como este nunca debería llegar a hacer. Qué coño, voy a hacer lo único que ninguna persona debería llegar a hacer, independientemente de la profesión que tenga.

Voy a arrebatar una vida.

Y lo peor de todo es que no me voy a arrepentir de ello ni por un segundo.

# ANTES

# CAPÍTULO 1

## DARCY

Compruebo la dirección que está garabateada en la servilleta que llevo en la mano, levanto la vista y confirmo que me encuentro en el lugar correcto. Creo que este es el sitio en el que me están esperando, el número 31 de Oceanview Parade. De hecho, es un ejemplo bastante representativo del entorno que me rodea. Algunas calles tienen nombres elegantes y llamativos que decepcionan cuando llegas, pero esta sí cumple lo que promete. Desde la propiedad que tengo ante mí, se puede ver el océano. Saboreo unos segundos contemplando el mar tranquilo que queda a mis espaldas. Luego, me guardo de nuevo la servilleta en el bolsillo y me dirijo hacia la entrada.

La servilleta procede de una cafetería en la que estuve trabajando un día a prueba. Me la dio un cliente muy guapo que, sin duda, se apiadó de mí y de mis escasas habilidades para hacer un café. Me había pasado toda la mañana dejando caer cosas y ganándome miradas indeseadas por parte de mi jefe, por lo que lo más probable es que el cliente detectara que me encontraba en apuros. O fue eso, o tal vez percibió que estaba loca por encontrar un trabajo diferente, uno que se me diera mejor, algo más trascendente que ponerle cafés a la gente frustrada de Florida. El cliente, empático, conversó un poco conmigo y se mostró muy amable en un momento en el que lo necesitaba más que nunca. Por ello, cuando me dijo que quizá podría ayudarlo en algo, yo ya estaba predispuesta a hacerlo. Bueno, sea como fuere, me terminó dando esta dirección y me dijo que le vendría bien que le echara un cable. Ayudarlo a él iba a estar mejor pagado que la «ayuda» que le estaba prestando a la cafetería. Así que nada, aquí estoy, en el lugar que me indicó, dispuesta a ofrecérsela.

Este inmueble es uno de los muchos condominios que hay en este estado. Se trata de edificios residenciales lujosos de gran altura, habitados principalmente por jubilados que se sienten atraídos por el

clima cálido de Florida y sus precios más baratos que los del resto del país y que terminan viviendo aquí porque pretenden disfrutar de los años que les quedan en un entorno agradable. Desde luego, este es un lugar estupendo para hacerlo. Aunque, por mucho que sea más barato que otros sitios, debe seguir siendo caro, o al menos eso es lo que aparenta el edificio. Miro hacia la parte más alta del mismo y observo balcones que deben ofrecer vistas todavía mejores del mar. También pueden verse varios coches deportivos aparcados en las inmediaciones y un montón de palmeras en los jardines circundantes. Me encantaría vivir aquí cuando me jubile, pero, en fin, aún no he cumplido ni siquiera los cuarenta. Y, aunque fuera mayor, tampoco creo que vaya a disponer del dinero necesario para disfrutar de una jubilación llena de lujos.

Cuando llego a la puerta, sigo indecisa sobre si esto es o no una buena idea. No sé si debería estar aquí o si voy a ser capaz de hacer lo que se supone que debo hacer cuando entre en la propiedad. Pero es esto o volver a esa cafetería y rogarle al dueño que me dé otra oportunidad. Al menos aquí voy a ganar un buen dinero, y todo en efectivo, lo cual es maravilloso. Además, es probable que mi nuevo jefe sea mucho mejor que el anterior.

El hombre guapo que escribió la dirección en la servilleta se llama Parker, y he venido aquí para verlo a él y a su padre, Joe. Parker me ha pedido ayuda, aunque no es él, sino su querido padre, el que la necesita de verdad. Estoy a punto de descubrir hasta qué punto; lo haré en cuanto se abra esta puerta.

Respiro hondo, pulso el timbre y espero a que alguien me abra. Supongo que será Parker. Espero que así sea, para que pueda explicarme exactamente en qué consiste el trabajo. Estoy bastante emocionada por volver a verlo, aunque debería rebajar un poco la atracción que quizá esté sintiendo por él si quiero mostrarme como una buena profesional.

—¿Hola?

Escucho la voz grave de Parker a través del interfono, y sonrío antes de contestar.

—Hola, soy Darcy —digo con el tono de voz más alegre que puedo.

—¡Estupendo! ¡Pasa! —responde Parker con entusiasmo. Escucho el clic del mecanismo de la puerta, que se abre de inmediato.

Entro en la recepción y, a pesar de andar con mucha ligereza, mis pasos resuenan en el suelo de mármol de este vestíbulo descomunal. A saber cuántas personas vivirán aquí. Cuando llego a los ascensores, veo salir a algunas de ellas. Dos parejas de unos setenta años con la piel bien bronceada. Los hombres visten camisas de flores que no desentonarían en Hawái, mientras que sus compañeras llevan gafas de sol de diseño y sobre los hombros de sus vestidos de verano cuelgan las correas de bolsos carísimos. Sea cual sea el trabajo que tuvieran estas personas cuando formaban parte de la población activa, parece que ahora saben cómo disfrutar de la jubilación. Mientras los veo salir del edificio, muy probablemente en dirección a la playa, pienso en que me gustaría tener al menos una mínima parte de la tranquilidad y la satisfacción que los cuatro aparentan. Sin embargo, la realidad es que estoy hecha un manojo de nervios, y eso no se debe solo a que sea mi primer día en un trabajo nuevo. Ese es mi estado natural, siempre con ansiedad, y nada parece mejorarlo. Ni el clima soleado de este rincón del mundo ni la perspectiva de un trabajo bien pagado, ni siquiera mi juventud si me comparo con los residentes de este edificio. No sé muy bien cuál es la razón por la que estoy así cada día cuando me levanto, pero a veces me siento tan paranoica que me da la impresión de que es mejor no descubrirla.

Parker me dijo, a través de un boli y de una servilleta, que su padre vive en el quinto piso, así que pulso el botón que muestra un cinco grande y el ascensor empieza a subir. O al menos eso intuyo, porque se mueve con tanta suavidad que es difícil darse cuenta de que se está desplazando. Unos segundos después, las puertas se abren silenciosamente y compruebo que, en efecto, he ganado altura cuando observo el gran ventanal de cristal que hay al final de un pasillo con varias puertas, que ofrece una vista del mar aún mejor que la que tenía hace unos minutos.

Tras consultar de nuevo la dirección en la servilleta, encuentro la puerta con el número treinta y uno. Respiro hondo y me dispongo a llamar, pero, antes de que me dé tiempo a hacerlo, la puerta se abre

de golpe y veo una sonrisa diabólica que me mira fijamente. Es Parker, y resulta evidente que se alegra mucho de verme, lo que hace que se intensifique aún más mi sensación de tener mariposas en el estómago.

—¡Nos has encontrado! —dice, todavía sonriendo. Solo aparto mi mirada de la suya durante un segundo, y es para contemplar un instante los bíceps morenos que asoman de su camiseta azul. Ya me daba por afortunada por haber encontrado un trabajo bien remunerado, pero que encima vaya a trabajar para un hombre así…

—Sí, no me ha costado mucho —respondo. Tengo la esperanza de que se haya alegrado tanto de verme a mí como yo de verlo a él; me da la sensación de que es así. O tal vez simplemente esté contento de contar con algo de ayuda extra, que necesita de forma tan desesperada. Cuando me invita a entrar, me recuerdo a mí misma que estoy aquí porque me contó que le estaba costando mucho apañarse él solo. Es en este momento cuando veo el motivo de sus dificultades.

El padre de Parker está sentado en un sillón frente a la televisión, de espaldas a nosotros, aunque dudo que sea por mala educación. Probablemente esté demasiado cansado como para darse la vuelta, o demasiado ocupado con el partido de béisbol que están echando en la tele, o tal vez puede que esté dormido y ni se haya dado cuenta de mi presencia. Pero supongo que más pronto que tarde nos va a presentar oficialmente; estoy deseando causarle una buena primera impresión. Porque si quiero que esto funcione, tengo que caerle bien. De lo contrario, dudo mucho que me vuelvan a llamar para trabajar aquí, lo que también implicará despedirme del dinero que tanta falta me hace. Y, por supuesto, también me tendría que olvidar de conocer mejor a Parker.

—Ahora te ofrezco algo de beber, pero antes, ¿te gustaría conocer a mi padre? —me pregunta Parker en voz baja. Yo asiento con cierto nerviosismo, que seguro que él capta teniendo en cuenta lo que me dice a continuación—. No te preocupes. Sabe que vienes y que tiene que portarse bien —me dice Parker, antes de acercarse al sillón. Yo lo sigo lentamente.

—¿Papá? Ha venido Darcy. Acuérdate, te dije que iba a venir. Salúdala.

El hombre de setenta y tres años que está sentado en el sillón, calvo y con las mejillas llenas de pecas, desvía de mala gana su atención del partido que está viendo en la televisión y se gira para mirarme. Cuando me ve, le sonrío.

—Hola, Joe. Soy Darcy. Encantada de conocerte —le digo, tendiéndole la mano para que la coja y me salude. Pero no lo hace. Me mira de arriba abajo antes de mover la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—¿Quién eres tú?

Parker hace el amago de hablar, pero le hago un gesto para que entienda que yo controlo la situación. Me arrodillo junto al sillón para estar más a la altura del paciente.

—Soy tu nueva enfermera —le digo con delicadeza—. He venido para ayudarte.

—No pareces enfermera —me responde Joe bruscamente—. ¿Dónde está tu uniforme?

Joe tiene razón. No llevo puesto el uniforme, algo que se explica porque en la actualidad no tengo ninguno. Podría inventarme una excusa, o simplemente tratar de justificar mi trabajo en esta casa. Tal vez podría decirle cualquier cosa que le pudiera hacer comprender que yo soy la persona más adecuada para cuidar de él mientras su hijo está en el trabajo. Pero no hago nada de eso, porque no quiero empezar mintiéndole a este hombre. La verdad es que, en estos momentos, ni siquiera estoy segura de poder cuidar de mí misma.

La realidad es que Joe puede tener mucha razón. No parezco una enfermera. Ni siquiera me siento como tal. Sin embargo, estoy aquí, tratando de comportarme como si lo fuera.

Pero ¿debería estar haciéndolo?

¿O tal vez esté cometiendo un grave error?

# CAPÍTULO 2

No me va a quedar más remedio que tratar de superar el comienzo un tanto incómodo que he tenido con Joe y apaciguar las dudas que pueda tener, así como las que pueda albergar Parker por el mero hecho de haberme contratado. Para ello, me voy a sentar con Joe para ver juntos el partido de béisbol, de modo que pueda charlar con él sobre lo que ocurre en la pantalla y también sobre algunos aspectos de su vida personal. No voy a preguntarle solo por quedar bien. Es absolutamente fundamental que consiga conocerlo un poco, porque cuanto más sepa sobre él y mejor lo entienda, más calidad tendrá la atención que pueda ofrecerle cuando su hijo no esté en casa.

Parker nos ha dejado solos poco después de presentarnos y se ha puesto a atender otros asuntos en este apartamento tan espacioso, así que tengo completa libertad para entablar una conversación con Joe, lo cual es importante para establecer un buen vínculo con este hombre. Espero también interactuar con frecuencia con Parker cuando venga a esta casa, pero, de momento, su padre es la prioridad. Lo único que Parker me contó antes de que me decidiera a acudir a su casa es que su padre está en las primeras fases de la demencia y que, por tanto, necesita que alguien le eche un ojo, antes de que inevitablemente le haga falta atención las veinticuatro horas del día y se vea obligado a dejar su casa y trasladarse a un centro donde residan otros pacientes como él. Puedo comprender a la perfección por qué tanto el padre como el hijo parecen querer retrasar el mayor tiempo posible esa certeza tan desoladora, porque Joe tiene en este lugar una residencia maravillosa.

El apartamento es muy moderno. Sin duda, ha sido construido recientemente y, por ello, está equipado con un montón de dispositivos de última generación que hacen más fácil la vida para todos los que residen en él. Un potente aparato de aire acondicionado mantiene el lugar fresco, y las persianas de las ventanas se accionan electrónicamente, lo cual es perfecto para cuando el sol resplandece con fuerza y los habitantes de la casa

necesitan descansar de tanta luminosidad. Hay un frigorífico grande en la cocina, una ducha espaciosa con barras laterales para agarrarse en el cuarto de baño y una televisión lo bastante grande como para mantener la atención de Joe incluso cuando el partido se detiene y ponen anuncios. Pero lo mejor de todo es el balcón, que ofrece unas vistas impresionantes de la playa. Desde él se puede contemplar a todos los turistas tomando el sol en la arena y también se ve el mar, donde hay motos acuáticas rebotando sobre las olas conducidas por aventureros con sus chalecos salvavidas que se lo están pasando en grande. Sea cual sea el sitio en el que termine Joe cuando se tenga que ir de aquí, es poco probable que ofrezca acceso a todas estas comodidades, o una vista tan buena como esta. Supongo que está en mi mano ayudarlo tanto como sea posible para retrasar al máximo la llegada de ese momento. Su casa es mucho mejor que la mía —un apartamento destartalado con vecinos que hacen un montón de ruido—, pero ese es mi problema. El suyo es aferrarse a este lugar tan bonito en el que, de momento, continúa viviendo.

—¡Qué buena captura! —le digo a Joe cuando veo cómo el jugador de campo exterior atrapa la pelota con su guante. Pero él permanece en silencio, lo que significa que aún me queda mucho trabajo por hacer para ganarme su confianza—. Vives en un sitio precioso —le digo a continuación, mirando de nuevo a mi alrededor —. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—No tienes por qué fingir que te interesa —responde Joe con desgana.

—Pero es que me interesa de verdad —le respondo.

—¿Te intereso yo o te interesa cobrar tu sueldo?

—Estoy aquí para ayudarte.

—Estás aquí porque es tu trabajo.

Puede que este no sea el mejor tema de conversación, así que trato de cambiarlo.

—Vale, entonces, voy a hablarte de mi casa —le digo—. Yo también vivo en un apartamento, pero es mucho más pequeño que este. No es ni de lejos tan bonito. No tengo una vista como la tuya, ojalá la tuviera. Me das mucha envidia.

Joe se ríe en tono burlón, algo que yo no me esperaba.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Yo no te doy ninguna envidia —dice en voz baja—. ¿Acaso sería eso posible? Eres joven, estás sana. Yo, ni lo uno ni lo otro.

Joe probablemente piense que no puedo llevarle la contraria en eso. Sin embargo, aunque no pueda discutir lo primero porque es evidente que soy mucho más joven que él, no diría yo que mi salud esté precisamente bien, teniendo en cuenta lo que me cuesta recordar las cosas. Pero, además de eso, hay otro ámbito en el que su situación es mejor que la mía.

—Tienes razón en que soy más joven que tú, pero tú tienes algo que yo no tengo.

—¿El qué? —murmura Joe. Debo estar haciendo algún progreso, porque se gira para centrar su mirada en mí en vez de en el béisbol por primera vez desde que me he sentado a su lado.

—Tienes una relación estrecha con tu familia —le respondo—. Tu hijo está aquí contigo y puedes verlo siempre que quieras. Yo no puedo ver a mi familia siempre que quiero.

—¿Por qué no?

Aunque puede que esté haciendo progresos con Joe hablando sobre este tema, enseguida me arrepiento: es algo de lo que no debería estar conversando con él, de ningún modo.

—Es complicado —digo con resignación.

—Inténtalo.

Joe parece muy intrigado, probablemente porque tiene la impresión de que mi vida personal es más interesante que la suya, o al menos más que el partido de béisbol. Pero ya he dicho demasiado al respecto, así que intento cambiar de tema.

—Parker me ha dicho que te gusta salir a pasear, así que he pensado que podríamos hacerlo de vez en cuando. Quizá un día te invite a un helado en la playa, si quieres.

Espero que a Joe le guste esa idea o simplemente que se ponga a ver el partido otra vez, pero no me permite escaparme con tanta facilidad.

—¿Qué es lo que pasa con tu familia? ¿Por qué no me lo cuentas?

—No es nada importante —intento convencerlo. Es primordial que lo mantenga en secreto. Pero Joe aún tiene suficientes facultades mentales como para percibir que hay algo raro.

—Tienes un secreto, ¿verdad? —pregunta con confianza.

No tengo demasiado claro si ha sido una pregunta o una afirmación.

—¿Perdón?

—A mí no me engañas. Puede que esté perdiendo la chaveta, pero todavía me quedan unas cuantas piezas aquí que funcionan bien —dice dándose golpecitos en un lado de la cabeza—. Me intriga mucho conocer tu secreto, así que supongo que puedes quedarte en esta casa. Pero no te creas que eres la única que oculta algo aquí.

Joe se pone por fin a ver el partido de nuevo, pero yo estoy algo confundida.

—¿Cómo que no soy la única?

—Hay otras personas que también tienen secretos —responde Joe con indiferencia.

—¿Te refieres a ti mismo? —pregunto, pero Joe niega con la cabeza.

—No, yo no. Otra persona que está en este apartamento, alguien que crees que está siendo agradable contigo. Pero te lo advierto, ten cuidado con él. Harías muy bien en tomarte en serio lo que te digo.

—¿Te refieres a Parker? —pregunto, aunque la respuesta es obvia, porque es la única otra persona presente en esta casa. Lo busco con la mirada, pero no lo encuentro, así que me imagino que estará en el dormitorio o en el baño. Estoy confundida. Por lo que he visto hasta ahora, Parker parece un tipo honesto y auténtico.

—¿Sabes por qué estás aquí? —me pregunta Joe. Me parece una pregunta de lo más extraña—. ¿Sabes por qué estás en esta casa?

—Para ayudarte —respondo, pero Joe vuelve a reírse en tono burlón.

—Ya no queda esperanza para mí. No, has venido porque eso ayuda a mi hijo.

—Supongo que sí, que le sirve para descansar un poco —sugiero, pero Joe vuelve a reírse de nuevo.

—Mi chico no necesita descansar—dice, poniéndose serio de repente otra vez—. Me deja aquí solo la mayor parte del tiempo. Así ha sido desde que murió mi mujer.

Tenía la duda de si me atrevería a abordar el tema incómodo de su difunta esposa y de cómo lo haría. Parker lo mencionó así un poco por encima cuando nos conocimos, pero Joe se ha adelantado y lo ha hecho en mi lugar, aunque de una forma que hace quedar mal a Parker.

—Seguro que tu hijo no te deja aquí solo todo el día —le digo—. Es que estará liado. Tiene un trabajo que atender.

—Ah, sí, sí que está muy liado. Pero hace muchas más cosas al margen de trabajar.

—¿Qué quieres decir?

—No importa. Olvídalo —dice Joe, que levanta la mano a continuación para dejar claro que ya no piensa seguir hablando de esto.

Pero yo quiero seguir haciéndolo. ¿Debería insistirle más?

—¿Quieres hablar sobre tu mujer? —le pregunto, tratando de abordar el tema desde otro ángulo, pero Joe niega con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque los recuerdos personales y valiosos que soy capaz de recordar son para mí y solo para mí. No los quiero compartir contigo, seas quien seas, joder.

Esto no está yendo nada bien. Me entran algunas dudas sobre si me merecerá la pena volver otro día a esta casa. Ni siquiera sé si Joe o Parker querrán que vuelva. Tal vez Parker se equivocara conmigo cuando, al conocerme, supuso que esto se me daría bien. Tal vez la faceta cariñosa y protectora que vio en mí no era real y yo no sea la persona adecuada para este trabajo, aunque me haga tanta falta el dinero y no tenga otras opciones para conseguirlo en estos momentos. Quizá, además, lo mejor sea que lo deje porque, por lo que parece, puede que Parker tampoco sea una persona de fiar. Pero ¿en quién debo confiar más, en el desconocido amable que me ha ofrecido este trabajo o en el desgraciado paciente que tiene problemas de memoria? Me siento mal, pero opto por confiar en el

hombre más joven, aunque puede que no sea solo una decisión práctica. No es solo una cuestión de dinero; también necesito un amigo. Necesito compañía. Necesito que la vida me ofrezca más cosas de las que me está ofreciendo en la actualidad, y quizá Parker sea la solución a todo eso. Ha sido muy bueno conmigo, así que sería irrespetuoso por mi parte no confiar en él.

Puede que esté pensando más con el corazón que con la cabeza, pero, para bien o para mal, voy a quedarme.

Al menos de momento.

Aunque solo sea para averiguar si Parker tiene un secreto que valga la pena ocultar.

# CAPÍTULO 3

—¿Qué tal va todo por aquí? —nos pregunta Parker a los dos cuando vuelve a entrar en el salón apenas cinco minutos después. Tiene un aspecto relajado que no parece indicar que sea un hombre que oculte un secreto, tal y como me ha dejado caer su padre hace un rato.

—Sí, todo bien, o eso creo —le respondo, aunque supongo que lo que más le importa a su hijo es la opinión de Joe, así que espero nerviosa su veredicto.

—Me vale —dice el padre, encogiéndose de hombros. Su tono de voz muestra agradecimiento, aunque también un poco de condescendencia.

—¡Menos mal! —dice Parker, con una expresión de alivio en su rostro. Me alegro de que esté satisfecho, aunque sigo un poco intranquila por lo que su padre acaba de contarme sobre él. Sin embargo, no tengo tiempo para pensar en ello porque Parker vuelve a hablar enseguida.

—Tengo que salir a hacer unos recados, ¿os parece bien que os deje solos?

—Eh… Claro, claro —respondo, y miro de inmediato a Joe para comprobar si a él también le parece bien.

—Nos vemos luego, hijo —dice en voz baja, sin apartar los ojos de la televisión.

Parker me da las gracias haciendo un gesto con la cabeza y se dirige hacia la puerta. Estoy a punto de decirle algo para que se espere un momento, porque tengo la sensación de que deberíamos hablar sobre algunas cosas, pero se marcha muy rápido y me quedo sola con Joe. No esperaba que nos quedáramos a solas tan pronto. La situación me parece un poco brusca, pero bueno, tal vez sea positivo.

—¿A qué te referías antes? —le pregunto a Joe con la intención de indagar un poco, una vez que Parker se ha ido definitivamente. Estoy intrigada, aunque lo más probable es que se trate de alguna

tontería, de algún asunto inocente—. Me has insinuado que tu hijo tiene un secreto.

—Olvídalo —dice Joe. Acto seguido, hace una broma de lo más triste—. Ah, no, espera, que aquí el que se olvida de las cosas soy yo.

Se ríe de forma contenida, pero entiendo que en esa afirmación puede observarse que su sentido del humor no es más que un mecanismo para sobrellevar el deterioro de su mente. Aunque ¿de verdad estaba de broma o ha tratado de insinuar que sabe más de mí de lo que yo creo? Después de todo, yo soy muy consciente de que él no es la única persona en este salón que tiene problemas de memoria, aunque no se lo voy a reconocer abiertamente ni a él ni a su hijo si puedo evitarlo. Yo también tengo mis problemas, pero mejor me los guardo para mí.

Es imposible que Parker o Joe sepan mucho de mí o de mi pasado. Ni siquiera yo soy capaz de recordar la mayor parte del mismo, cosa que en realidad me ayuda bastante. Nadie de mi entorno en esta ciudad sabe nada tampoco. Por eso estoy aquí. Porque soy una completa desconocida en este lugar.

Eso es lo más seguro para mí.

Aunque no es que sea precisamente una persona a la que le encanten los deportes, me siento con Joe hasta que termina el partido de béisbol, que parece durar una eternidad. Hay un momento en el que los problemas de Joe se hacen patentes. Ocurre cuando, durante la octava entrada del partido, coge su teléfono e intenta subir el volumen de la televisión con él, en vez de usar el mando a distancia, que está sobre la mesa. Le tiendo el mando con cierta incomodidad y se me queda mirando durante unos instantes antes de usarlo, pero no digo nada porque no quiero aprobar o alimentar su error ni tampoco hacerlo sentir mal.

—¿Te apetece un sándwich? —le sugiero cuando por fin termina el partido—. Yo te lo preparo.

—No soy un completo inútil —me responde Joe con severidad, lo que me hace sentir un poco estúpida.

Nos vamos pues a preparar un sándwich juntos. Pero me siento como si estuviera caminando sobre trozos de cristal mientras

estamos en la cocina, yendo con todo el cuidado del mundo para intentar calibrar exactamente cuánta ayuda necesita este hombre. ¿Debería dejarlo usar el cuchillo afilado a riesgo de que se corte o estaré exagerando al preocuparme por una cosa así? ¿Debería llevar un vaso de cristal? ¿Se le podría caer y provocar que se haga un corte en un pie?

Me doy cuenta de que tengo que respirar hondo y relajarme. Estar en esta casa va a seguir siendo raro durante algún tiempo, pero me recuerdo a mí misma cada vez que me noto algo incómoda que tengo un título de enfermera que me capacita para desarrollar este trabajo de enfermera a domicilio. Parker me ha dicho que me iba a contratar tanto para su tranquilidad como para ayudar a su padre, así que cuantas más cosas haga para cumplir con eso, mejor.

Mientras Joe y yo preparamos juntos un sándwich de salami, pienso en cómo conocí a Parker. Fue un encuentro que cambió mi destino. Estaba trabajando duro tras el mostrador de una cafetería situada frente al mar, pasando por varias dificultades durante mi segundo día de prueba, sirviendo bebidas calientes a turistas y lugareños sedientos. Fue entonces cuando, por accidente, le serví a Parker, mi cliente, algo que él no había pedido. Él quería un café con leche, pero yo le puse un manchado. Aunque me advirtió del error muy educadamente, yo me fui poniendo cada vez más nerviosa y acabé derramando por el suelo el siguiente café que preparé.

Dado que provoqué la ira del jefe, que me había dado la oportunidad de trabajar a tiempo completo, y consciente de que estaba completamente fuera de mi zona de confort, me rendí y renuncié al empleo antes de que me despidieran. En aquel momento parecería una tontería impulsiva hacer algo así, porque me hacía falta el dinero y la seguridad que te da tener un trabajo, pero es que no era capaz de hacerlo. Hui de la cafetería y me fui a la playa, donde me senté con la cabeza entre las manos a reflexionar un poco sobre la dirección que estaba tomando mi vida. Era una tarea ingrata, pues no vislumbraba soluciones a los problemas que se me planteaban, así que fue una suerte que mis pensamientos se vieran interrumpidos por el hombre que se sentó a mi lado sobre la arena.

Levanté la vista y vi a Parker, que esta vez sí tenía en sus manos el café que había pedido, además de otro que, amablemente, me ofreció.

—¿Un día duro? —me preguntó después de que aceptara agradecida su invitación.

Asentí.

—De todas formas, creo que estás destinada a trabajar en un lugar mejor que ese —me dijo entonces. Eso me hizo reír, porque aunque no estaba nada segura de eso, era agradable que me lo dijeran—. A ver, ¿a qué te gustaría dedicarte realmente?

—No lo sé —es todo lo que fui capaz de responderle.

Pero Parker no estaba dispuesto a dejarlo ahí.

—No suelo tener compasión con la gente que se equivoca y me sirve un café diferente al que he pedido, pero puedo hacer una excepción contigo —me dijo—. Quizá pueda ayudarte. O mejor dicho: quizá puedas ayudarme tú a mí.

—¿A qué te refieres?

—Tengo un pequeño problema. Es mi padre. Ya tiene setenta y tantos años y, por desgracia, sufre demencia.

—Lo siento mucho —le respondí. Parker se limitó a encogerse de hombros, demostrando que, de algún modo, ya había aceptado ese diagnóstico.

—Estoy intentando ahorrar un poco para ingresarlo en algún lugar donde pueda recibir los cuidados que necesita, preferiblemente antes de que la enfermedad empeore —continuó—. Pero no es fácil. Las residencias geriátricas son carísimas, así que puede que necesite bastante tiempo para reunir el dinero necesario.

—¿Tu madre sigue viva? —le pregunté entonces, pero Parker negó con la cabeza.

—No, murió el año pasado.

—Lo siento —volví a decir. Daba la sensación de que había encontrado a alguien que estaba pasando por un momento incluso peor que el mío.

—Mira, así es como veo yo la situación —dijo Parker, tras darle un sorbo a su café—. Tú necesitas un trabajo nuevo y yo necesito a una persona que me ayude a cuidar de mi padre. ¿Qué te parece,

quieres echarme una mano? Te pagaría por ello, por descontado. Puedo hacerlo en efectivo, si te viene mejor.

Lo del dinero sobaba muy bien, pero ¿y el trabajo?

—¿Que te eche una mano cómo? ¿Como cuidadora?

—Puedes llamarlo así. O enfermera. Sería algo informal, claro, pero más o menos es lo mismo.

—¿Enfermera?

—Claro, ¿por qué no? Veo que tienes una faceta protectora, y eso es lo único que hace falta para este trabajo. Quién sabe, quizá fuiste enfermera en otra vida, y esa es tu verdadera vocación.

Pensé unos instantes cuando me dijo eso. Me sonó un tanto extraño, pero por alguna razón pareció tocarme alguna fibra sensible. Parker debió darse cuenta, porque insistió con más fuerza en su propuesta. Cuando me dijo que podía empezar en cuanto quisiera, me resultó imposible negarme. Tal vez el motivo real por el que acepté fue contemplarlo sentado a mi lado en la playa, bronceado, tonificado y guapísimo y, además, mostrándome atención y ayudándome en un momento en el que no parecía importarle a ninguna otra persona en el mundo.

Así que le dije que sí, y así es como acabé en esta casa.

—Estás pensando en él, ¿verdad? —me dice Joe de repente, sacándome de mi ensoñación.

—¿Perdón? —exclamo, volviendo a centrarme en terminar el sándwich que se supone que le estoy preparando.

—No pierdas el tiempo. Ya está pillado.

Joe coge el plato con su sándwich y se lo lleva al sillón del salón; yo termino rápidamente de hacerme el mío y lo sigo.

—¿A qué te refieres? —pregunto cuando vuelvo a sentarme.

—A mi chico. Tiene novia, así que no te hagas ilusiones con él, porque no va a pasar nada entre vosotros. No debería.

—Yo no estaba…

—Puede que mi cabeza no funcione demasiado bien, pero a mis ojos no les pasa nada —dice Joe, sacudiendo la cabeza—. Pareces una adolescente embobada cuando está cerca de ti, pero te estoy diciendo que te tienes que olvidar.

Me sorprende que Joe haya sido capaz de calarme con tanta facilidad, e inmediatamente tengo miedo de que su hijo también lo haya hecho. Pero, si Parker se ha dado cuenta de que me gusta, lo que está claro es que no me ha dicho nada al respecto. Desde luego, no es una persona tan directa como su padre, aunque es difícil saber si la franqueza de Joe es un rasgo de su personalidad o un síntoma de su enfermedad. Pero no es solo que me haya descifrado así de bien lo que me ha alterado un poco; es el hecho de que Joe me haya dicho que su hijo tiene pareja. Yo no lo sabía, porque tampoco es que sea asunto mío. Pero ¿me habrá ocultado Parker deliberadamente ese hecho sobre su vida personal o tan solo no ha surgido todavía en ninguna conversación? ¿Lo estará ocultando por pura conveniencia, porque piensa que no le conviene revelarlo? Quizá era consciente de que tenía más posibilidades de convencerme de que aceptara su propuesta si yo creía que era un desconocido apuesto y soltero en vez de un hombre con pareja. Si tiene novia, supongo que eso significa que no puedo aspirar a nada con él más allá de una relación de amistad, porque yo no quiero robárselo a nadie. Ni siquiera debería molestarme que tenga novia. Por eso me fastidia que lo haga.

Otra vez estoy dando demasiadas vueltas a las cosas. Y, por desgracia, no soy la única a la que le cuesta pensar. Poco después de terminarse el bocadillo, Joe se levanta para ir a la cocina y, cuando le pregunto qué quiere, me dice que es la hora de comer y que quiere un sándwich. Es evidente que ha olvidado que ya ha comido. Aunque podría ser peor y, por ejemplo, olvidarse de comer, esta no es más que otra señal de que sus facultades mentales están en declive. Teniendo esto en cuenta, trato de olvidarme de Parker y de lo que su padre me ha ido contando sobre él desde que he llegado a su casa y me centro en ayudar todo lo que pueda a Joe. Le preparo otro sándwich, que al final apenas toca porque es evidente que todavía está lleno por el que se ha comido antes. Después intento hacer con él unos cuantos ejercicios de memoria, aunque se aburre enseguida y acaba quedándose dormido en la silla.

Me siento a su lado durante el resto del día. Se pasa la mayor parte del mismo dando cabezadas. Al menos estoy aquí con él,

cuidándole y haciendo lo que su hijo me pidió. Muy pronto, Parker volverá; estoy impaciente porque eso suceda, aunque no es porque quiera terminar e irme a casa. ¿Por qué querría regresar a mi pequeño apartamento, donde volveré a estar sola?

La razón por la que quiero que vuelva ya es que tengo algunas preguntas que hacerle.

Las respuestas a esas preguntas me ayudarán a saber si puedo confiar en él o no. Y a decidir si volveré o no a esta casa.

# CAPÍTULO 4

No es que haya sido lo más profesional que haya hecho nunca durante un turno de trabajo, pero, mientras Joe dormía, yo también me he quedado dormida durante un rato. Quizá haya sido por el calor que irradiaba el sol que entraba por la ventana del balcón, o tal vez se haya debido justo a lo contrario y el frescor proveniente del aire acondicionado ha provocado que la temperatura fuera perfecta para inducir el sueño. Fuera por el motivo que fuera, se me han cerrado los ojos mientras Joe dormía. Cuando me despierto, tengo la esperanza de que el hombre que está sentado en el sillón que tengo al lado haya logrado descansar algo más de lo que he podido hacerlo yo. Y es que he vuelto a tener otra de mis típicas pesadillas, las que parecen atormentarme sin remisión y a las que achaco el nivel de cansancio y de obsesión que tengo en la actualidad.

Esta pesadilla en concreto se parecía a las demás por el hecho de que vestía un uniforme de enfermera. En mis pesadillas siempre hay algo relacionado con la medicina, y eso por no hablar de los flashbacks completamente aleatorios que a veces tengo también, sin saber la razón por la que me vienen. De lo único que estoy segura es de que, cuando acaban, me siento muy muy desconcertada. Tal vez sea por la sensación de que el uniforme no me pertenece, o por la impresión que va a pasar algo terrible cuanto más tiempo pase con un paciente o rodeada de otros profesionales de la medicina. O quizá se deba a algo mucho más simple que todo eso. Puede que lo que me desconcierte tanto sea la imagen con la que siempre terminan mis pesadillas. Es la de una mujer muerta, yaciendo en una cama junto a la que me encuentro y mirándome con los ojos vacíos. Tiene un brazo extendido, que cuelga del borde de la cama hacia mí, como si necesitara que la ayudara, pero ya fuera demasiado tarde.

No pude ayudarla.

O elegí no hacerlo.

O, posiblemente, yo misma la maté.

Me froto los ojos y hago todo lo posible para que no parezca que me he dormido, de modo que Joe no lo aprecie cuando se despierte y no se lo cuente a su hijo. Pero, por suerte, Joe sigue durmiendo cuando abro los ojos, así que no me ha pillado. Miro la hora, veo que son casi las cinco y me pregunto cuándo volverá Parker. Como por arte de magia, apenas un momento después oigo una llave girando en la cerradura y la puerta del apartamento se abre.

¿He estado encerrada con llave en esta casa todo este tiempo? Pensaba que la puerta estaba abierta, pero parece que no. Supongo que puedo añadir eso a la lista de cosas de las que tengo que hablar con mi nuevo jefe.

Me levanto del sofá y dejo a Joe durmiendo en el salón. Voy al encuentro de su hijo y, cuando lo veo, está entrando en la casa con una bolsa de la compra. Me llevo el dedo a los labios.

—Está dormido —le susurro a Parker para que no haga ruido y no despierte a su padre. Aunque él no parece muy preocupado por eso.

—Ah, sí, tendría que habértelo dicho. Duerme bastante. Este trabajo es fácil, ¿eh?

Parker me sonríe, deja la bolsa de la compra sobre la encimera de la cocina y empieza a sacar las cosas, desde varios zumos de frutas hasta un cartón de cereales. No se esfuerza mucho por no hacer ruido.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta mientras termina de sacarlo todo.

—Creo que bien —le respondo mientras miro a Joe. Casi puedo verle la coronilla desde aquí y aún sigue sin moverse, así que supongo que el ruido no le ha molestado en absoluto. Esta es mi oportunidad de hablar con Parker en privado.

—Pero no estoy segura de ser la persona adecuada para este trabajo —añado, y Parker deja de moverse por la cocina.

—¿Perdona?

—Creo que esto no va a funcionar, así que quizá lo mejor sea que busques a otra persona.

—Pero no quiero a otra persona. Eres perfecta para este trabajo, estoy segurísimo.

Parker se acerca a mí, me mira a los ojos y sonríe. Ahí está de nuevo esa voz interior que me dice que me siento atraída por este

hombre y por la idea de que algún día pueda pasar algo entre nosotros. Pero recuerdo lo que me ha dicho Joe: Parker tiene novia, así que, por mucho que esté intentando provocarme y hacerme sentir algo en estos momentos, sé que no es algo real. Yo no le gusto de la misma manera que él me gusta a mí; tal vez me esté manipulando para que trabaje en su casa y que así la vida con su padre le resulte un poco más llevadera.

¿Me estará utilizando? Me está pagando, sí, pero eso no significa que no me pueda estar utilizando al mismo tiempo.

—¿Qué te ha dicho mi padre? —me pregunta Parker, haciendo un gesto de exasperación con los ojos.

—¿Cómo?

—Tiene que haberte dicho algo para hacer que te lo replantees. ¿Qué ha sido?

Sé que no quedaría demasiado bien que le contase nada de lo de su novia, así que me olvido de eso. Pero está el otro asunto, lo que me ha dicho Joe de que su hijo tiene un secreto. ¿Debería abordar ese tema ahora?

—Nada —respondo sin convicción, porque eso es mucho más fácil que decir algo que pueda resultar incómodo.

—¿Estás segura? Sé cómo es mi padre. Toda la vida ha dicho lo que piensa y no se ha guardado nada para sí mismo, pero eso ahora ya no es algo positivo, porque su cabeza no es la que era. Me ha dicho algunas cosas muy disparatadas en los últimos meses. Una vez incluso me acusó de haber matado a mi madre, lo cual es ridículo, pero los médicos ya me advirtieron de que los pacientes como él pueden soltar todo tipo de barbaridades a medida que se van desorientando cada vez más.

Por supuesto que ha debido ser eso lo que ha sucedido. La enfermedad de Joe le hace decir cosas raras, cosas que muy probablemente no sean ciertas. Tengo que recordar ese hecho. Podría haber exagerado con eso de que Parker tiene un secreto, o quizá se lo haya inventado. Quién sabe, puede que también me haya mentido acerca de lo de la novia de Parker.

—Toma —me dice mi jefe, antes de que pueda seguir analizando la situación. Miro hacia abajo y veo un montón de billetes en su

mano—. Es el sueldo de hoy. ¿Puedes estar aquí mañana a las ocho de la mañana? Tengo que irme a trabajar a esa hora. No tendrás problemas para gestionar a mi padre, ¿verdad?

Es difícil decir que no cuando te enseñan una buena cantidad de dinero en efectivo. Cuando lo cojo, me doy cuenta de que hay suficiente para mi compra semanal.

—Eh…

—Genial, nos vemos mañana —dice Parker mientras se dirige hacia la puerta. Me la abre nada más llegar, invitándome claramente a que me marche una vez que mi jornada laboral ha concluido.

Miro a Joe, que sigue durmiendo, y luego contemplo el dinero que tengo en la mano. Hago la breve reflexión de que no es que haya sido la forma más difícil de ganarme la vida, así que me guardo el dinero en el bolso y me dispongo a salir de la casa.

—Hasta mañana —le digo a Parker al pasar a su lado, y él asiente. Me dirijo al ascensor y oigo la puerta del apartamento cerrarse detrás de mí.

***

Voy pensando en Parker y en Joe todo el trayecto de vuelta a casa. Lo hago mientras camino por el paseo marítimo y me cruzo con patinadores, músicos callejeros y personas que toman el sol al atardecer. Lo sigo haciendo cuando llego a la puerta exterior de mi apartamento, que se encuentra en un edificio que está a años luz de las torres de apartamentos resplandecientes que hay junto a la playa, pero que irónicamente en realidad está a solo quince minutos a pie. La pintura blanca del exterior del edificio se está agrietando y la pared se está desconchando. La endeble puerta que se supone que protege mi edificio no se parece en nada a la puerta electrónica de la casa de Joe, como tampoco se parecen sus vecinos, tan agradables, a los míos. En lugar de estar rodeada de pensionistas sonrientes, vivo muy cerca de tipos más turbios, personas en las que no confío y que probablemente me la jugarían en cuanto tuvieran la oportunidad. Por eso, cuando me dirijo hacia la puerta de mi apartamento, agarro con fuerza el bolso, consciente de que llevo mucho dinero en él y temerosa de que alguien pueda intentar

quitármelo. Nadie lo hace, aunque no consigo entrar en casa sin que el hombre de pelo largo del apartamento de al lado asome la cabeza por su puerta y me vea.

—¡Aquí está! —grita—. ¡Mi vecina favorita! ¿Dónde has estado todo el día?

—Trabajando —respondo en voz baja mientras meto la llave en la cerradura.

—Entonces, te vendrá bien beber algo para relajarte. ¿Quieres entrar en mi casa y tomarte algo conmigo?

—No, gracias —digo mientras abro la puerta, aunque me preocupa que mi vecino no vaya a olvidarse de mí con tanta facilidad. Se llama Ross, o Russell, o algo así. Me olvido todo el rato. Se llame como se llame, lo que está claro es que le gusto. Aunque he intentado hacerle ver que el sentimiento no es mutuo, parece que no quiere darse por enterado, o tal vez sea que aún no está dispuesto a rendirse.

—¿Seguro? Nos lo podríamos pasar muy bien —vuelve a intentarlo.

Me disculpo, entro en mi casa y echo la llave de la cerradura lo más rápido que puedo.

Suspiro profundamente al entrar en esta casa tan humilde, en la que llevo tres meses viviendo. Mi paso por este lugar aún no ha dejado mucha huella. El único mobiliario es el que ya había cuando me mudé: un microondas, una nevera pequeña, un sofá incómodo, una cama igual de chunga y una televisión en la que pueden verse muy pocos canales. Pero me va bien aquí, sobre todo porque intento salir siempre que puedo, aunque solo sea a pasear. Pero también porque me paso la mayor parte del tiempo mirando una cosa. Me refiero a lo que me dispongo a buscar en este momento. Lo encuentro debajo de la almohada, donde siempre lo dejo. Se trata de un cuaderno pequeño y lo abro para ver las fotos de las personas que, al parecer, forman mi familia.

Veo la imagen de una mujer de pelo oscuro de unos cincuenta años y el nombre que hay escrito a su lado.

*Scarlett.*

Pero es la palabra escrita junto a ese nombre lo que debería significar algo mucho más importante para mí.

*Mamá.*

Sin embargo, no significa demasiado. Porque, a pesar de la foto y de la nota que me indica de quién se trata, la realidad es que no me acuerdo de esta mujer. No obstante, ese es precisamente el objetivo de este cuaderno. Quien me lo dio me dijo que lo mirara todos los días porque, de lo contrario, me olvidaría de todas las personas que aparecen en él.

La siguiente persona es Adrian. Contemplo la foto del hombre de unos cincuenta años de pelo entrecano y mi mirada se desplaza sobre la palabra «*Papá*». Pero, de nuevo, son solo una foto y una palabra. Me resulta difícil sentir la emoción que debería ir unida a ella.

Paso la página y veo a la persona que me dio este cuaderno. La foto muestra a una mujer de una edad parecida a la mía, que aparece sonriendo. Aunque también me cuesta sentir alguna emoción al ver esta imagen, sí que hay un poco más de calidez en su expresión.

*Pippa. Hermana.*

Sé que fue Pippa quien me dio este cuaderno por lo que hay escrito en la siguiente página. Lo leo, como hago todos los días. Es muy importante que lo haga.

> *Querida Darcy:*
>
> *Tienes que leer esto todos los días y hacer lo que te digo. Somos tu familia y te queremos, pero no podemos estar contigo. Estás más segura lejos de aquí y estarás a salvo siempre que te mantengas alejada. Mira nuestras fotos todos los días para poder recordarnos, tal y como nosotros te recordaremos a ti. Pero asegúrate de hacer lo que te digo en la página siguiente. Es esencial que lo hagas.*
>
> *Te quiero, hermanita.*
>
> *Pippa*

En la página siguiente hay dos frases escritas con una letra bien grande y gruesa. Son las dos advertencias que debo cumplir y que, de hecho, he cumplido desde que llegué aquí.

*NUNCA VEAS LAS NOTICIAS*

*NUNCA JAMÁS VUELVAS A CASA*

Me siento igual de frustrada que siempre que leo este cuaderno, así que vuelvo a meterlo debajo de la almohada y me tumbo en la cama, deseando saber por qué mi hermana necesitó darme tantas advertencias. Tengo una familia por alguna parte a la que, al parecer, no puedo visitar, pero no soy capaz de recordar los motivos por los que no puedo hacerlo. Me imagino que las noticias podrían darme una pista, pero Pippa dice que no puedo verlas, y yo he seguido su consejo. Es evidente que se preocupa mucho por mí. Lo sé porque, además de mandarme dinero cuando le di mi dirección nueva, me ha escrito varias cartas para asegurarse de que estoy bien. Yo puedo responderle enviándole mis cartas a un apartado de correos de Chicago, así que supongo que ese es el lugar en el que se encuentra mi familia, pero eso es todo lo que sé. Bueno, eso y una cosa más, algo que hay escrito con letra pequeña en la última página de este cuaderno.

*En caso de emergencia, si encuentras este cuaderno y la persona que lo posee está angustiada o se encuentra en algún apuro, ayúdala a volver aquí:*

*1 Sherwood Crescent, Winnetka, Chicago, Illinois*

Me imagino que esa es la dirección de mis padres, o quizá la de Pippa.

¿Qué me impide ir allí? Bueno, pues para empezar, el resto de las cosas que hay escritas en este cuaderno. Debe existir una razón muy importante por la que no puedo ir a casa.

No sé de qué se trata.

Pero, según Pippa, es mejor que eso siga siendo así.

Tengo fe en que mi familia sepa qué es lo mejor para mí.

# CAPÍTULO 5

## PIPPA

Me paso una mano por el rostro, que refleja mi cansancio, y me hago una pregunta que toda enfermera debe hacerse al menos seis veces al día.

¿Por qué me dedico a esto?

Como la mayoría de las enfermeras, nunca soy capaz de responder a esa pregunta porque estoy demasiado ocupada y no dispongo del tiempo necesario para reflexionar sobre ella. Hoy, la situación no es diferente. Cuando termino otro turno eterno en el hospital, salgo corriendo hacia mi coche. Me veo reflejada en la ventanilla del conductor cuando llego a él. Observo mi uniforme y mi cara de cansancio, me pongo al volante y arranco.

Salgo del aparcamiento del hospital tan deprisa como puedo, pero también extremando las precauciones, pues aquí hay que respetar los bajísimos límites de velocidad que rigen porque hay muchos pacientes y muchas familias yendo de un lado para otro. Pero que vaya despacio no significa que no tenga prisa. Una vez consigo alejarme de las inmediaciones del hospital, el límite de velocidad aumenta y voy pisando cada vez más el acelerador.

Tengo diez minutos para ir a recoger a mi hijo de cuatro años a la guardería. En cuanto lo haga, nos iremos a casa, le daré de cenar y lo acostaré. Sí, acabo de terminar de trabajar, pero mis tareas diarias distan mucho de haber concluido. He finalizado una jornada laboral en la que me he pasado todo el tiempo atendiendo a niños enfermos, algunos de ellos incluso más pequeños que mi hijo, pero eso no significa que mis tareas relacionadas con cuidar a niños hayan finalizado ya. Campbell, mi hijo inquieto y escandaloso que traje al mundo hace cuatro años, es la luz de mi vida, mi razón de ser, pero también es lo que más me agota en mi día a día. Viniendo de una enfermera, eso es decir mucho. Me encanta ser madre, pero odio estar siempre tan cansada. Ojalá tuviera más energía para poder disfrutar más del tiempo que estoy con mi hijo, pero la

realidad es que me paso la vida agotada, siempre hecha polvo, y eso implica que no le pueda ofrecer a Campbell mi mejor versión. Pero no soy la única persona de la que mi hijo no está recibiendo su mejor versión. Tampoco se la está ofreciendo Karl, y, en eso, mi hijo no está solo, porque a mí tampoco me la está regalando. Aunque, a diferencia de mi hijo, yo no estoy atada a ese hombre para toda la vida.

Karl siempre será el padre de Campbell.

Pero no tiene por qué ser mi marido para siempre.

Me siento mal. Sé que, en el fondo, lo sigo queriendo. Y eso es lo que cuenta, porque en la superficie todo es mucho más fácil de cambiar. Me basta con mirar a mi mano izquierda, colocada sobre el volante, para comprender lo fácil que es alterar las cosas en la superficie. No llevo puesto mi anillo de casada. Me lo quité hace meses tras una discusión especialmente intensa con mi marido y no me lo he vuelto a poner desde entonces. Seguimos juntos, o al menos seguimos viviendo en la misma casa y actuando como si fuéramos una pareja de verdad. Pero es innegable que lo nuestro se ha roto, y, aunque cueste admitirlo, dudo mucho que tenga solución a estas alturas.

Tenemos un montón de recuerdos felices juntos, siendo los más destacados nuestra boda bajo el sol en Florida y, por supuesto, la bienvenida a nuestro pequeño tras un parto intenso y lleno de lágrimas. Pero situaciones más recientes nos han hecho tambalearnos. El accidente de Darcy. Mi cabeza, que siempre está en otro lado. Su frustración. Una sensación general de agotamiento que nos asfixia día a día.

Quizá aún podamos arreglar las cosas.

O quizá ya no tengamos energía para hacerlo.

Reflexionar sobre la posibilidad de un divorcio no es precisamente lo más divertido que puede hacer una madre cansada y estresada mientras se dispone a realizar la siguiente tarea del día. Pero esa palabra resuena con fuerza en mi cabeza; por desgracia, lleva algún tiempo haciéndolo. Mi matrimonio está en crisis, no se puede negar, como tampoco se puede fingir que todo sea culpa de una sola persona. En cualquier relación hay dos partes, y me imagino que yo

soy tan culpable como él de las fisuras que existen a estas alturas entre nosotros.

Podría achacar todos nuestros problemas a que vuelve tarde del trabajo todas las noches y a que no me ayuda lo suficiente con nuestro hijo, o al hecho de que le gusta beber más de la cuenta cuando tiene un día libre, o a cualquiera de las millones de pequeñas cosas que me molestan de él en la actualidad. Por ejemplo, que no le ponga el tapón a la pasta de dientes o que solo saque la basura cuando la bolsa está a punto de reventar. Pero no sería justo decir que todo es culpa suya, porque yo también soy responsable de muchas cosas. Mi trabajo es tan exigente como el suyo, lo que significa que yo también le tengo que dedicar demasiadas horas y que me llevo a casa gran parte del estrés que me causa. Aunque paso más tiempo con Campbell que él, no es tanto como a mí me gustaría. Y, a pesar de que no decido pasarme mis días libres bebiendo, tengo que dedicar una gran parte de ellos a lidiar con los problemas de mi familia. Y no es que sean pocos, por decirlo de forma suave.

No hay duda de que las cosas se pusieron más difíciles para Karl y para mí cuando mi hermana, Darcy, tuvo un accidente de coche que casi le costó la vida hace más de dos años. Aunque sobrevivió, le costó otra cosa.

La memoria.

Darcy sufre amnesia retrógrada, lo que significa que no recuerda nada de antes del accidente y que también tiene problemas para retener recuerdos a largo plazo, lo que implica que es propensa a olvidar las cosas que suceden en su vida cuando pasan algunas semanas. Ha sido demoledor para ella, tanto a nivel personal como profesional, pero no es la única que lo ha sufrido. Decir que ha supuesto una carga de estrés adicional para nuestra familia es quedarse cortísimo. Como cualquiera que se haya enfrentado a la pérdida de memoria de un ser querido sabrá, intentar convencer una y otra vez a una persona tan cercana de quién eres tú y quién es ella es agotador, triste y, a veces, imposible. Pero, como en cualquier familia, no nos hemos abandonado los unos a los otros. Jamás he dejado de lado a mi hermana pequeña, que siempre ha sido mucho

más que mi hermana. Ha sido mi mejor amiga, y no podría vivir con la conciencia tranquila si no intentara recuperarla. Tampoco podrían hacerlo nuestros padres, Adrian y Scarlett. Los tres nos volcamos con Darcy e hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano para ayudarla a recuperar la memoria o, al menos, para que su día a día fuera más llevadero con su nueva enfermedad. Pero eso requería tiempo, mucho tiempo, y todo ese tiempo lo pasé alejada de mi otra familia, mi marido y mi hijo. Por tanto, ahí también comenzaron a aparecer problemas.

Karl entendía que yo lo estuviera pasando mal a raíz del accidente de mi hermana y que necesitara dedicar tiempo a ayudarla, pero empezó a poner freno cuando yo tuve que hacer cosas poco ortodoxas para ayudarla a recuperar la memoria. El mejor ejemplo de ello fue cuando mis padres y yo decidimos llevar a cabo una representación de roles. Yo fingí ser una compañera de trabajo de Darcy, mi madre se hizo pasar por una paciente y mi padre, por su afligido marido. Tardamos mucho en planificar y llevar a la práctica aquella farsa, y tengo que admitir que no pude pasar demasiado tiempo con Karl o con Campbell durante aquellos momentos tan difíciles y extraños. Además, tuve que tomarme unos preciados días libres para ejecutar la idea, privando a mi marido y a mi hijo de disfrutar de unas vacaciones conmigo, lo cual contribuyó a aumentar la frustración de mi pareja. Lo peor de todo es que la representación de roles no funcionó como esperábamos. Bueno, en realidad, lo peor de todo no fue eso, claro que no. Para nada.

Lo peor fue lo que tuve que hacer cuando, sorprendentemente, Darcy comenzó a recuperar pequeños fragmentos de su memoria.

Cuando llego a un semáforo en rojo, apoyo mi fatigada cabeza sobre el volante del coche y pienso en el cadáver que ayudé a ocultar. Era el cuerpo de un hombre con el que mi hermana mantuvo una relación, un hombre que asesinó a su esposa enferma mientras Darcy cuidaba de ella. Todo eso sucedió antes del accidente de Darcy.

Laurence Murphy.

Darcy recordó lo que había pasado entre ella, Laurence y su mujer, Melissa, que fue algo terrible. Trabajando como enfermera de

Melissa mientras luchaba contra el cáncer, Darcy inició una relación sentimental con Laurence. Fue algo poco profesional y, en mi opinión, nada propio de ella, pero bueno, la situación tampoco es que supusiera ningún peligro. Sin embargo, todo tomó un giro siniestro cuando Laurence le sugirió a Darcy que podrían estar juntos de inmediato si Melissa moría antes de lo que dictara su enfermedad, y él quiso que fuera Darcy la que acabara con la vida de su mujer. Por suerte, Darcy no mató a Melissa. Lo hizo Laurence, que, por si no fuera suficiente, comenzó también una relación con Eden, compañera y mejor amiga de Darcy. La conmoción y el horror que sufrió mi hermana al enterarse bastaron para que perdiera el control de su coche y se estrellara cuando iba de camino a denunciar a la policía el delito de Laurence. Ese fue el accidente que cambió nuestras vidas para siempre. Pero mi vida tomó un rumbo aún más desconcertante poco después, cuando Darcy recordó todos estos sucesos. Al hacerlo, se puso a sí misma en una situación de verdadero peligro ante Laurence y Eden, que estaban dispuestos a matarla para silenciarla para siempre. Afortunadamente, mi hermana logró sobrevivir, pero para hacerlo tuvo que matar a Laurence. Fue en defensa propia, según me contó. Cuando la encontré y me lo explicó todo, resultaba crucial ocultar el cadáver. Podríamos haber llamado a la policía y haberles contado la verdad, pero ¿habrían creído a una mujer que sufre amnesia? Decidí que no podíamos correr el riesgo si eso implicaba que mi hermana pudiera ir a la cárcel y que mis padres y yo la perdiéramos de esa manera, así que traté de proteger a mi hermana y me deshice del cadáver de Laurence. Fue una situación que me generó un estrés terrible y de la que nunca me podré recuperar, pero no podía quedarme de brazos cruzados y ver cómo la arrestaban. Hice lo que tenía que hacer. Luego, le dije a Darcy que se fuera de Chicago. Sabía que, por suerte, con el tiempo ella se olvidaría de todo lo que habíamos hecho.

Suena horrible, pero he podido utilizar los problemas de memoria de mi hermana en beneficio de ambas. Darcy olvida las cosas unas semanas después de que hayan ocurrido a menos que alguien se las recuerde frecuentemente, así que sabía que, cuando se alejara de

Chicago, se olvidaría de Laurence y del lugar en el que nos deshicimos de su cuerpo. Pero también era consciente de que se olvidaría de nosotros, y por eso le di un cuaderno que incluía fotos de todos los miembros de la familia y unas instrucciones muy claras para evitar que descubriera la verdad por accidente, regresara a casa y, en última instancia, se viera metida de lleno en una investigación policial.

De momento, no se ha descubierto el cadáver de Laurence, oculto bajo las gélidas profundidades del lago Michigan, ya que las temperaturas aquí caen en picado en esta época del año. Así son las cosas aquí, en el norte del país; hace mucho más calor donde está mi hermana, en Florida, el lugar en el que ha empezado una nueva vida y a donde le escribo para asegurarme de que las cosas le van bien y no se está metiendo en nuevos problemas. Puede que algún día vaya a visitarla, o quizá en alguna ocasión viaje hacia el sur sin que nadie lo sepa para observarla en secreto y comprobar que se las apaña bien por sí misma. Pero, por ahora, me necesitan más por aquí para tratar de mantener unida a otra parte de mi familia.

Ni que decir tiene que no le he contado a mi marido nada de lo que pasó con Darcy. No tiene por qué enterarse de lo que hicimos mi hermana y yo, sobre todo porque no puedo confiar en que no vaya a acudir a la policía. Ni siquiera mis padres saben lo de Laurence. Es un secreto que comparto solo con mi hermana, aunque, en realidad, soy la única a la que le pesa porque, a diferencia de ella, mi memoria está completamente intacta.

Esa es la cruz con la que tengo que cargar para que mi hermana no sufra ninguna consecuencia por lo que hizo.

Todo eso explica por qué no he sido precisamente la esposa del año para Karl ni la mejor madre del mundo para Campbell. Pero lo estoy intentando, de la misma forma que estoy tratando de salir de este atasco lo antes posible para poder recoger a mi hijo a tiempo. Pero no es fácil hacerlo, porque nada en este mundo lo es. Desconozco cómo se van a desarrollar los acontecimientos en el futuro.

Estoy luchando por mi matrimonio, estoy peleando por dar la cara en un trabajo muy exigente compaginándolo con mi labor como

madre y, sobre todo, estoy luchando contra la obsesión mental que supone la incertidumbre diaria de si la policía descubrirá algún día nuestros delitos y hará que tanto mi hermana como yo pasemos el resto de nuestra vida en la cárcel.

¿Son suficientes cosas con las que cargar?

Por si no lo fueran, también está el tema de mis padres.

Adrian y Scarlett desconocen la razón por la que Darcy tuvo que irse de Chicago tan repentinamente hace tres meses. Lo único que sospechan es que tuvo algo que ver conmigo, porque fui yo quien la llevó a la estación de autobuses. Eso significa que en la actualidad me culpan de que Darcy ya no viva en esta ciudad, lo que me dificulta aún más las cosas. Me he metido en un lío terrible, y me aterroriza la idea de que, por salvar la integridad de Darcy, se deteriore la relación con el resto de las personas a las que quiero. Pero, en fin, lo hecho, hecho está.

Estando aún en medio del atasco, veo que mi padre me está llamando, pero no se lo cojo, no solo porque es ilegal usar el teléfono mientras conduces, sino porque ahora mismo no puedo enfrentarme a la idea de hablar con él. Probablemente me va a decir que mi madre sigue estando triste, o que no entiende por qué Darcy y yo los hemos estado dejando un poco de lado últimamente. Ya he tenido esa conversación antes y estoy segura de que volveré a tenerla muchas veces, pero no hoy.

Hoy no quiero tener que centrarme en varias cosas a la vez. De momento, voy a dedicarme a llegar cuanto antes a la guardería para recoger a mi precioso hijo.

Sin embargo, mientras sigo conduciendo, pienso en cómo me sentiría yo si Campbell se fuera de casa de la noche a la mañana y yo no tuviera ni idea de por qué o de dónde va a vivir. Seguramente estaría tan confundida y angustiada como lo están mis padres por Darcy, así que puedo entender su dolor.

¡Ay, hermanita, me has dejado un buen lío que gestionar!

Espero que tu nueva vida sea mejor que la que has dejado aquí.

Es imposible que sea peor…

# CAPÍTULO 6

## DARCY

Me he pasado buena parte de la tarde escribiéndole una carta a Pippa para ponerla al día; me ha parecido un buen momento para hacerlo, pues tengo novedades. Le he contado todo acerca de mi nuevo trabajo cuidando a Joe y cómo me ha ido mi primer día. Aunque a veces me siento fuera de lugar actuando como enfermera, también me siento extrañamente atraída por hacerlo, como si hubiera nacido para trabajar como tal y solo me faltara un poco de práctica.

No es la primera vez que incluyo algunas preguntas en una carta para mi hermana, preguntas que ella ha pasado por alto o que ha ignorado en sus siguientes misivas. En cualquier caso, se las seguiré planteando hasta que obtenga respuestas.

Preguntas como a qué me dedicaba profesionalmente o cuáles eran mis aficiones e intereses.

Básicamente, quiero averiguar cuál es el sentido de mi existencia.

Sin embargo, supongo que la razón por la que Pippa nunca me ha respondido a esas preguntas es que deben estar relacionadas con el pasado turbio que pueda tener y con los asuntos en los que me vi envuelta y que me obligaron a dejar Chicago. Seguramente, si no hubiera nada especial en relación con esos temas, me ofrecería respuestas. Pero no lo hace, así que me veo obligada a avanzar en la vida dando tumbos, sin tener a nadie ni a nada que me oriente, como si estuviera volando en un avión sin conocer las coordenadas y de alguna manera esperara aterrizar como por arte de magia en el lugar en el que tengo que estar.

Tengo previsto enviar esta última carta a mi hermana cuando vaya de camino al trabajo mañana por la mañana. Esa tarea será bastante sencilla, pero antes tengo que abordar otra mucho más difícil.

Tengo que tratar de dormirme.

Aún no ha anochecido del todo; todavía entra algo de luz solar en el interior de la casa y escucho algunas risas de gente que se lo está pasando en grande en la playa. Pero esas no son las principales razones por las que me va a costar descansar un rato.

Puede que sea algo que para la mayoría de la gente es tan rutinario que ni siquiera tiene que pensar en ello, pero para mí conseguir dormir siempre es una aventura, un obstáculo extremadamente difícil que superar. No puedo desconectar el cerebro cuando coloco la cabeza sobre la almohada, y sé que tengo que hacer algo al respecto. Merecería la pena probar con somníferos, ansiolíticos o cualquier otra cosa que me ayudara a lograr dormir. Pero para acceder a ellos tendría que ir a un médico, cosa que todavía no he hecho porque cualquier buen médico me preguntaría por mi historial antes de recetarme ningún fármaco, y hay un vacío absoluto en mi mente con respecto a eso. Todo lo que sé sobre mi pasado está en el cuaderno que tengo debajo de la almohada, pero no puedo dárselo a un médico para que lo lea. Se limitaría a mirarme con una expresión de confusión y me preguntaría si se trata de algún tipo de broma.

Aunque yo no me estaría riendo.

Probablemente estaría llorando, tal y como estoy a punto de hacer ahora mismo.

Noto que me brotan algunas lágrimas, que ruedan por mi cara y terminan cayendo sobre la almohada. Trato de secármelas lo más rápido que puedo; me parece mejor eso que permitir que fluyan con libertad y dejar así que se deteriore aún más mi estado de ánimo. Intento convencerme a mí misma de que, por muy mal que parezca estar ahora, siempre hay gente en el mundo que lo está pasando peor que yo y debería estar agradecida por lo que tengo. Como Joe, por ejemplo. Ese pobre hombre está perdiendo el control de su mente. Aunque hasta ahora solo he sido testigo de algunos problemas menores que eso le supone —como usar el teléfono para intentar subir el volumen de la televisión—, soy consciente de que hay situaciones mucho peores. Lo sé porque Parker me contó algunas de ellas; por ejemplo, el hecho de que su padre lo acusara de haber matado a su madre.

Debe ser horrible para un hijo tener que oír algo así de su padre. Parker ya tendría suficiente con pasar el duelo por la pérdida de su madre como para que encima su padre lo acusara de ser el responsable de su muerte. Pero Joe está aturdido, cada día pierde más la noción de la realidad y es probable que pronto ni siquiera recuerde quién es su hijo. Ya ni hablamos de lo que cree que pudo hacer.

Mientras pienso en ello, me impactan las semejanzas que existen entre el paciente al que ahora me pagan por cuidar y yo. Ambos olvidamos cosas, nos aturdimos de vez en cuando y, sobre todo, ambos tenemos miedo. Miedo del futuro, de lo que nos pueda pasar si no mejoramos.

Aunque hay una gran diferencia entre Joe y yo. A él le han diagnosticado una enfermedad; tiene un pronóstico y una vía para lidiar con él. Yo no tengo nada de eso, al menos que yo sepa. No sé qué es lo que me pasa. Lo único que sé es que Pippa, esa persona que dice ser mi hermana, quiere que no vea las noticias y que no vuelva a casa.

¿Seré una persona peligrosa?

¿Me estará buscando la policía?

¿Seré una asesina?

Parece una idea descabellada pensar que pueda serlo atendiendo a mi estado actual. Estoy acurrucada en posición fetal en mi cama, sola, derramando lágrimas y sintiéndome muy vulnerable, así que es ridículo pensar que podría representar algún tipo de amenaza para la sociedad. Es mejor pensar que la razón que justifica mi situación actual no tenga que ver con proteger a otras personas, sino con protegerme a mí misma. Tal vez haya alguien por ahí que esté intentando hacerme daño, alguien relacionado con mi pasado que no soy capaz de recordar.

¿Quién sabe? En fin, esta es una noche más de estar despierta cuestionándome mi vida. Sigo así un par de horas más hasta que, por suerte, consigo conciliar el sueño.

***

Es irrisorio pensar que dormir pudiera otorgarme algo de paz mental, porque, apenas lo he logrado, vuelvo a tener uno de mis extraños sueños. Como de costumbre, aparecen en él las dos personas a las que siempre veo.

*La veo a ella*, esa pobre paciente tumbada en una cama, suplicándome ayuda.

Y luego lo veo a él, ese hombre guapísimo que está a mi lado, diciéndome que todo va a ir bien y que nuestra situación mejorará cuando muera la mujer que tenemos delante.

Llevo tiempo viendo a estas personas en mis sueños, aunque no sé quiénes son. Pero esta vez, el sueño da un giro siniestro. La escena cambia de repente y es el hombre el que está suplicando por su vida. Está tirado en el suelo y yo estoy de pie sobre él. Cuando miro hacia abajo, veo que tengo una jeringuilla en la mano.

¿Qué ha pasado? ¿Le he inyectado algo?

¿Soy yo la razón por la que parece estar muriéndose?

Lo natural sería ayudarlo, pero no lo hago, como si una parte de mí supiera que lo mejor es dejarlo jadear hasta que ya no pueda más. Al final, deja de respirar, y la vida abandona su cuerpo. Ahora no se mueve.

*«Esto no es más que una pesadilla»*, dice la versión de mí en el sueño. Acto seguido, me insto a mí misma a despertarme. Me sentiré mejor cuando lo haga. Comprenderé que el sueño no ha tenido ningún sentido y entonces podré volver a dormirme y empezar a soñar de nuevo, esta vez con algo más bonito. O mejor aún, quizá vuelva a dormir sin soñar nada. Pero no logro despertarme; cuanto más tiempo paso junto al cuerpo de ese hombre, peor me voy sintiendo.

Hasta que aparece una persona que me pregunta qué acabo de hacer.

Se me cae la jeringuilla de la mano, me doy la vuelta y veo a Pippa detrás de mí. ¿Qué está haciendo mi hermana en este universo onírico? Parece que ha aparecido para ayudarme. Me dice que puede gestionar todo esto, así que voy a tener que confiar en ella.

Y así lo hago.

Entonces me despierto.

Estoy sudando, y eso que ya ha anochecido, y mi corazón está aceleradísimo, a pesar de que lo único que he hecho ha sido estar tumbada en una cama. Creo que la razón que explica este estado en el que me encuentro tiene que ver con que mi cerebro le ha dicho claramente a mi cuerpo que el sueño que he tenido podría ser algo más que un simple sueño.

Podría haberse tratado de un recuerdo.

Tengo los ojos abiertos de par en par porque esta pesadilla me ha despertado por completo, así que renuncio a la idea de volver a dormirme y cojo de nuevo el cuaderno, llegando a la página donde está la foto de Pippa. Sí, está claro que es la misma persona que acabo de ver en mi sueño. Pero ¿quién era ese hombre? No tengo forma de averiguarlo, no tengo un nombre en el cuaderno con el que relacionarlo.

A menos que…

Se me pasa por la cabeza la idea de consultar las noticias. Pero ¿y si no lo encontrara en ellas y no obtuviera respuestas? O, peor aún, ¿y si lo viera y tuviera relación con algo delicado? Con algo realmente malo, quiero decir.

Cierro los ojos antes de caer ni un segundo más en la tentación de mirar las noticias.

«Sigue los consejos del cuaderno».

«Haz caso a las advertencias».

Tal vez sea mejor para mí no saber de lo que puedo llegar a ser capaz.

# CAPÍTULO 7

## PIPPA

—¡No, no toques eso!

Me abalanzo sobre mi hijo antes de que pueda acercar la mano al fuego de la vitro en el que estoy preparándole la cena, consiguiendo evitar el desastre que se habría producido si su piel hubiera entrado en contacto con esa superficie abrasadora.

Campbell no está contento al haberle impedido hacer algo que quería hacer, pero yo me siento aliviada. Ahora estaría llorando a lágrima viva y, como cualquier madre que se precie, no soporto ver sufrir a mi hijo. Si hubiera llegado a ocurrir, tendría que hacerme a la idea de pasarme la tarde en el hospital esperando, presa del pánico, a que alguien tratara sus quemaduras. Un hospital es el último lugar en el que me apetecería estar, dado que me paso el día trabajando en uno. Y en él estaré mañana, en cuanto haya logrado superar otra noche frenética.

—Ponte a jugar con algún juguete y ahora, cuando esté lista, te llevo la comida —le sugiero a mi hijo, que tiene un carácter cambiante. Me somete a un estrés tal que, con solo cuatro años de vida, seguramente ya me ha quitado varios años de la mía. Lo quiero más que a nada en el mundo, pero eso no quita que no sea un niño agotador. No es la primera vez desde que llegué a casa que miro el reloj preguntándome cuándo van a llegar los refuerzos.

Karl tenía que haber regresado del trabajo hace casi una hora, pero últimamente mi marido se retrasa con cierta frecuencia. Cuantos más problemas tenemos en nuestro matrimonio, más tiempo parece pasar en la oficina, lo que es sin duda una estrategia de evasión que no me gusta un pelo. Yo jamás consideraría siquiera la idea de hacer algo así. ¿Quién iría si no a recoger a Campbell de la guardería, lo llevaría a casa, lo entretendría, le haría la cena, lo acostaría…? Antes, Karl era un padre mucho más activo. Llevaba a Campbell al parque, organizaba pícnics para los tres y mil cosas más, pero últimamente parece que se ha ido desentendiendo cada vez

más de sus obligaciones familiares, aunque él dice que yo hice lo mismo hace unos meses, cuando me pasaba todo el tiempo tratando de gestionar los problemas de Darcy. Yo le he rebatido que aquello era diferente, que estaba ayudando a mi familia, pero él contrargumenta diciéndome que fue en detrimento de la nuestra. Nunca nos hemos llegado a recuperar de eso, incluso aunque Darcy esté fuera de la ecuación en la actualidad.

Pero Karl no me ha dado ninguna esperanza de que vaya a volver a comportarse como antes, cuando era más colaborador. Me dice que será un mejor marido cuando yo empiece a ser una mujer mejor. Creo que lo que quiere decir con eso es que está esperando a que deje de ocultarle secretos y empiece a contarle la verdad. Sabe que sucedió algo delicado con mi hermana y quiere que se lo cuente. Tiene razón en una cosa. Ocurrió algo terrible, pero se equivoca si piensa que se lo voy a contar algún día. Y de ahí nuestro problema.

Dice que la confianza ha desaparecido de nuestro matrimonio, y tal vez lo haya hecho. Y eso es más culpa mía que suya.

Pero ¿cómo voy a contarle que mi hermana mató a un hombre?

Más aún, ¿cómo voy a explicarle que la ayudé a deshacerse de su cuerpo?

Me satisface comprobar que Campbell me hace caso y se va a jugar con sus juguetes. También me alegro mucho cuando escucho que se abre la puerta de casa apenas unos minutos después, porque eso significa que ha llegado Karl y tengo ayuda para gestionar el momento en el que mi hijo se vaya a la cama. Pero la tensión en esta casa ha escalado un poco ahora que mi marido he llegado, y me preparo mentalmente para pasar las próximas horas intentando gestionar nuestros problemas conyugales, al margen de los demás que tengo. Cómo me gustaría poder regresar al momento en el que nació Campbell y los tres vivíamos en una burbuja de felicidad. Esa burbuja estalló y, en consecuencia, los tres parecemos estar cada vez más alejados los unos de los otros.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le pregunto a Karl cuando entra en la cocina.

Él se limita a encogerse de hombros y a coger una cerveza de la nevera.

—¿Todo bien con Campbell? —me pregunta mientras quita la chapa con un giro rápido, al tiempo que comprueba visualmente en qué fase me encuentro de la preparación de la cena.

—Sí, pero creo que le gustaría jugar un rato con su papi —sugiero, esperando que mi marido se muestre receptivo a hacerlo. Por suerte, así es. Le digo que la cena estará en breve, y él se marcha en busca de nuestro hijo.

La noche podría ir peor, teniendo en cuenta que en otras muchas Karl ni siquiera me ha dirigido la palabra y he terminado cenando sola mientras él me evitaba.

Termino de cocinar y apago el fuego con el que Campbell casi se quema. Pienso que hoy las cosas van bien, pero entonces oigo sonar mi teléfono; cuando veo que es mi padre el que llama, caigo en la cuenta de que aún no le he devuelto ninguna de las llamadas que me ha hecho.

Es evidente que está deseando hablar conmigo sobre algo, sea lo que sea. Me siento mal por no contestarle, pero ya tengo suficientes cosas de las que preocuparme en estos momentos. No será algo demasiado importante; de lo contrario, me mandaría un mensaje o se pasaría por mi casa.

Sabe perfectamente dónde vivo.

Es de su otra hija de la que no sabe nada.

Decido no responder a esta última llamada. No puedo permitirme ahora mismo pasarme un rato hablando por teléfono, pues no quiero restarles ni un segundo de mi tiempo a Karl y a Campbell. Eso fue precisamente lo que originó este estado de tensión, así que me olvido de la llamada y tomo la decisión de intentar hablar con mi padre más tarde, quizá cuando mi hijo se haya acostado y mi marido esté en la ducha.

Pongo el móvil en silencio y sirvo la comida. Llevo con habilidad tres platos hasta el cuarto de juegos, donde encuentro a Karl sentado en el suelo junto a Campbell, con un tren de juguete de un tamaño considerable justo entre los dos.

—¿Vamos a comer aquí? —me pregunta Karl.

Me encojo de hombros y le digo que no debería haber problema en hacerlo porque es pasta, y ni siquiera Campbell podría ser capaz de manchar demasiado las cosas. Nuestro hijo se sienta en su silla pequeña junto a la mesa a juego mientras Karl y yo hacemos lo propio en el suelo. Estamos rodeados de juguetes, pero me da exactamente igual. Esto es todo lo que necesito ahora mismo.

Mi familia, unida y, de momento, en paz.

Esa paz se ve amenazada en el momento en el que Campbell pregunta si podemos ver la tele mientras cenamos. Cuando Karl coge el mando a distancia y empieza a zapear, siento que se me forma un nudo en el estómago. Tengo esa sensación cada vez que se enciende la televisión o la radio en el coche, o cada vez que veo las portadas de los periódicos cuando paso junto a las estanterías del supermercado en las que están colocados. La causa de esa inquietud que se origina cada vez que me acerco a cualquier medio de comunicación es que estoy muerta de miedo por lo que las noticias puedan contar.

Como cualquiera que haya hecho algo que no debía, vivo con el miedo constante a que me descubran. Por eso, siempre que estoy expuesta a la información de última hora, me da pavor enterarme de que han encontrado el cadáver que arrojé al lago Michigan.

—Pon unos dibujos animados —le digo a mi marido mientras continua zapeando sin prestar mucha atención.

Aunque doy la impresión de estar eligiendo algo que a nuestro hijo le pueda gustar ver, en realidad lo que quiero es que se detenga antes de que aparezca algún canal de noticias. Porque si lo hiciera, puede que me vea obligada a escuchar a un periodista contando una historia terrible y, de ser así, no voy a ser capaz de controlar mi reacción. Por suerte, Karl encuentra unos dibujos animados y a Campbell parecen gustarle, así que puedo relajarme un poco, aunque sea de forma temporal. Sé que intentar evitar las noticias durante el resto de mi vida no es sano ni sensato, pero es mejor verlas cuando esté sola y pueda gestionar mejor la situación. Si alguna vez llega a aparecer en los medios que han descubierto el cadáver de Laurence, no me cabe ninguna duda de que me dará un ataque de pánico en toda regla, pero no será tan grave si me

encuentro sola cuando eso suceda. Dios no quiera que ocurra cuando esté cerca de mi hijo, que se asustaría al presenciar algo así. O peor aún, de mi marido, que seguramente se imaginaría que tengo algo que ver con ese cuerpo si me está sacando de quicio escuchar la historia.

Le escribí a Darcy en su cuaderno que tenía que evitar ver las noticias, porque no quería que le despertaran ningún recuerdo. Pero a mí me producen la misma sensación de miedo que le deben provocar a ella, y ese miedo es algo con lo que tendré que convivir para siempre, porque no va a desaparecer.

Esperemos que transcurra el resto de mi vida sin que se encuentre el cuerpo de Laurence. Pero, siendo realistas, ¿es esa una opción factible?

Me temo que mi vida no es tan perfecta como para que suceda algo así.

Sé que es solo cuestión de tiempo que alguien encuentre ese cuerpo. Lo escondimos a toda prisa, de noche, en un lago que nunca para de cambiar y que se encuentra junto a una de las ciudades más pobladas del país.

Cuando se encuentre el cadáver, todos mis problemas actuales parecerán ridículos en comparación.

# CAPÍTULO 8

## DARCY

Me despierto después de una noche turbulenta con los ánimos aún alterados por la pesadilla que tuve, así que me paso los primeros minutos del día mirando el cuaderno, que es lo que suelo hacer antes de levantarme y prepararme para el trabajo. Me dispongo a volver a casa de Joe para cuidarlo, y Parker necesita que llegue a tiempo porque tiene que irse a trabajar, así que no quiero decepcionarlo. Salgo de mi casa puntualmente y solo me detengo una vez en el camino, para enviar por correo la carta que le escribí a Pippa anoche.

Voy caminando junto a la playa, que está vacía, aunque veo unas cuantas botellas tiradas por la arena, que sin duda dejaron algunos de los juerguistas cuyas voces pude oír anoche estando tumbada sola en la cama. Supongo que se lo pasaron en grande socializando y creando recuerdos… Básicamente, haciendo cosas que ya no forman parte de mi vida.

Llego al apartamento de Joe con diez minutos de antelación y llamo al interfono. La puerta se abre enseguida. El tono de voz de Parker a través del intercomunicador denota que agradece mucho mi puntualidad. Me pregunto a qué hora llegará este hombre todas las mañanas para comprobar que su padre se encuentra bien al inicio del día; debe ser agotador encargarse de esto cada día de tu vida. No me extraña que le hagan falta otro par de manos para poder gestionarlo todo.

Mientras subo en el ascensor, voy pasando de empatizar con mi jefe a preguntarme si tendrá algún secreto que ocultar, tal y como Joe me contó ayer. Sin embargo, en el momento en el que me encuentro ya frente a la puerta de la casa, lo único en lo que pienso es en el puñado de billetes que espero recibir al final del día.

—Hola, Darcy. Me alegro de verte —dice Parker con cara de cansancio, pero aun así está guapo. No parece que hoy vaya vestido como para ir a trabajar, a menos que en su empresa sean muy laxos

con el tema del vestuario. Yo esperaba verlo con camisa y corbata, o con algo razonablemente elegante, pero qué va; está en pantalones cortos, una camiseta de tirantes y zapatillas de deporte, con aspecto de salir a correr más que de ser un buen empleado. Pero claro, esto es Florida, donde la gente en general viste de manera informal y a veces es imposible distinguir entre un tipo que va a trabajar y otro que va a la playa, así que quizá simplemente su jefe no lo obligue a vestir de forma elegante. Desde luego, su aspecto informal no ha disminuido su atractivo, aunque más me vale no obsesionarme con eso teniendo en cuenta que, entre otras cosas, tiene pareja.

—¿Va todo bien? —le pregunto al entrar en el apartamento de Joe. Miro a mi alrededor buscando al dueño de la casa, pero no lo veo.

—La verdad es que no. Joe sigue en la cama. He intentado levantarlo, pero no quiere.

—Vaya. Tal vez esté cansado.

—No, está deprimido, aunque no lo va a admitir.

—¿Deprimido?

—Sí. ¿No lo estarías tú si un médico te dijera que estás perdiendo la memoria?

A mí no me hace falta que un médico me diga que mi memoria no funciona bien. Me basta con intentar recordar algo que sucediera hace más de un par de semanas para comprender que ahí hay un gran vacío. De todas formas, asiento con empatía.

—¿Te parece que vaya a verlo y te vas tú ya a trabajar? —sugiero.

Parker aprecia el gesto.

—Gracias. Buena suerte hoy. Espero que no la necesites.

Coge una manzana y se marcha.

Cuando me quedo sola, contemplo la puerta cerrada del dormitorio y considero la opción de dejarla así un rato más. Puede que me resulte más fácil permanecer fuera del dormitorio el mayor tiempo posible, pero eso sería comportarme de forma poco profesional, ¿no?

—¿Joe? —pregunto mientras llamo a la puerta, y entro en el dormitorio. De inmediato, me arrepiento de haberlo hecho, porque me encuentro al hombre de pie junto a su cama vistiendo nada más

que una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Ay, Dios mío! ¡Lo siento! —exclamo, poniéndome a toda prisa una mano sobre los ojos y deseando no haber visto lo que acabo de ver.

Sin embargo, Joe no parece haberse enfadado, lo que me hace pensar que tal vez lo haya planeado. Aunque hubiera sido así, es difícil cabrearse con un hombre en sus circunstancias. No estoy segura de qué cosas hace a propósito y cuáles son fruto de su confusión, así que le pido que se vista, salgo del dormitorio y lo espero en la cocina.

Joe sale diez minutos más tarde, completamente vestido, y no parece en absoluto molesto por lo ocurrido. Se limita a abrir unas puertas correderas y sale al balcón que da a la playa. Puede que lo único que pretenda sea tomar un poco de aire fresco, pero tengo un momento de pánico cuando me da por pensar que quizá esté a punto de caerse por la barandilla y matarse en la caída, así que me apresuro a reunirme con él antes de que se acerque demasiado al borde. Supongo que Parker me ha pedido que cuide de su padre exactamente por momentos como este. No hay duda de que un apartamento tan alto puede ser un lugar peligroso para una persona como Joe.

—Bonita mañana, Maggie —me dice cuando ya estoy a su lado, mientras respira el aire fresco con las manos en la barandilla de acero inoxidable.

—¿Perdona? —le respondo, dudando sobre cómo me ha llamado.

—¿A qué hora has quedado para comer hoy con tus amigas? —me pregunta Joe, que sigue sin mirarme a mí, sino a la magnífica vista que tiene por debajo del balcón.

Me doy cuenta de que Joe me ha confundido con otra persona y, unos segundos después, deduzco que Maggie debe ser su difunta esposa. Me imagino que él debía tenía la costumbre de venir al balcón y charlar con su mujer cuando se despertaba, pero, ahora que ella ha fallecido y él está enfermo, piensa que su mujer soy yo. Su mente debe estar operando por inercia, pero ¿qué debería hacer yo al respecto?

—Soy Darcy —le recuerdo con delicadeza. Espero que no se entristezca demasiado cuando se dé cuenta del error que ha

cometido, pero me parece mejor corregirle para no tener que pasarme todo el día fingiendo ser una persona que no soy.

—Ya, ya lo sé. No soy tonto —me espeta Joe. Ahora soy yo la que está desconcertada, aunque enseguida me hace comprender la situación—. Estaba hablando con su alma, no contigo. Siempre comía con sus amigas los martes, así que, como hoy es martes, estaba charlando con ella sobre eso.

—Lo siento. No me he dado cuenta —me disculpo, sintiéndome realmente mal por haber arruinado el momento que este hombre pretendía disfrutar con su difunta esposa.

Joe se limita a sacudir la cabeza de lado a lado y vuelve a entrar en la casa, dejándome abandonada en el balcón y sintiendo que mi presencia aquí está empeorando las cosas en lugar de mejorarlas.

Paso las siguientes horas con Joe, entablando algunas conversaciones interesantes sobre la época en la que su trabajo de comercial le hacía viajar durante los años setenta y ochenta. Ha retenido los detalles de esa época en su memoria con una precisión asombrosa, cosa que compruebo cuando escucho algunas de las historias de sus viajes. Sin embargo, luego se producen recordatorios ciertamente tristes de la realidad de su situación, como, por ejemplo, cuando se pone a gritarle a una persona en la televisión como si diera por hecho que puede escucharlo o cuando me cuenta que se lo pasó genial la semana pasada en Navidad, a pesar de que han transcurrido meses desde entonces. También tengo que recordarle varias veces quién soy y explicarle dónde está su hijo. No es que me moleste, en absoluto, porque eso forma parte de mi trabajo. Pero mentiría si dijera que no me supone un alivio cuando Joe me dice que va a empezar un partido de béisbol en breve y que quiere verlo. Sé que eso lo va a mantener entretenido durante las próximas horas.

En efecto, así es. Cuando termina el partido —durante el cual me cuesta mantener los ojos abiertos a tenor de lo aburrido que me parece—, me doy cuenta de que Joe se ha quedado dormido. Bajo el volumen de la televisión y aprovecho para recoger los platos del almuerzo, que siguen en la cocina. Cuando vuelvo al sofá, veo algo que me produce un escalofrío y me hace estremecerme.

Está comenzando un informativo en la televisión.

Es una tontería que una cosa así de simple me ponga tan nerviosa, pero es que de inmediato me viene a la cabeza la advertencia que Pippa escribió en mi cuaderno. Por ello cojo el mando a distancia para cambiar de canal o apagar la televisión. Pero, justo antes de que pueda hacer cualquiera de esas dos cosas, Joe se despierta.

—Déjalo. Quiero verlo —me dice, y me quita el mando antes de que pueda hacer nada.

Comprendo que no hay alternativa y que voy a ver las noticias me guste o no, pero eso no está nada bien. No debería hacerlo, ¿verdad?

—¿Podemos ver otra cosa? —pregunto con esperanza, pero Joe me ignora y sube el volumen para mostrarme qué le ha parecido mi sugerencia.

Mientras observo la pantalla, entiendo que se trata de un informativo nacional. El primer reportaje es sobre un escándalo relacionado con las drogas en Nueva York.

Me repito a mí misma que debería dejar de ver la televisión. Podría irme a la cocina y fingir que tengo cosas que hacer allí, o ir al baño y volver cuando las noticias hayan terminado. Pero ahora me resulta imposible despegarme de la pantalla. Me he estado negando la posibilidad de ver las noticias sabiendo que es una cosa prohibida, y ahora que tengo acceso a hacerlo, no soy capaz de resistirme a ello.

Sigo viendo pues la televisión con nerviosismo, aunque no tengo ni idea de lo que me voy a encontrar ni de si comprenderé algo de lo que vea. Las noticias se suceden una tras otra. Una inundación en Houston. Una pelea en un centro comercial de Minnesota. Nada me está haciendo preocuparme más de la cuenta. Nada me hace entender por qué Pippa me advirtió de que no viera las noticias jamás. Entonces el presentador menciona Chicago, y el simple hecho de oír el nombre de la ciudad donde creo que reside mi familia provoca que me incorpore un poco y contenga la respiración.

*—Los detectives que participan en la búsqueda de Laurence Murphy y Eden Carthy vuelven a pedir ayuda a la ciudadanía* —relata

el periodista, mientras aparece la imagen de una casa y de la calle en la que se encuentra—. *En concreto, están tratando de identificar a las dos mujeres que fueron vistas a primera hora de la mañana en la calle donde residía la pareja desaparecida, alrededor de la hora de su desaparición. Esas mujeres son personas de interés, pero, por el momento, no han podido ser localizadas. Han pasado ya tres meses desde que Laurence Murphy y Eden Carthy desaparecieron, y aún quedan muchos interrogantes sobre su paradero.*

Aparecen dos fotos en la pantalla y, al verlas, jadeo de forma inconsciente. Joe me escucha, me mira y pone un gesto de extrañeza.

—¿Qué pasa? —me pregunta, pero yo no le contesto. Primero, porque estoy demasiado en shock como para poder hablar y, segundo, porque aunque pudiera, no me atrevería a decirle una sola palabra. Hay una razón poderosa para ello: he reconocido a una de las personas que han aparecido en las noticias. Ahora sé por qué Pippa me dijo que evitara verlas a toda costa.

Conozco al hombre del que trata este reportaje.

Laurence Murphy.

Es el hombre que aparece mis sueños, o más bien pesadillas.

Él es la persona que se moría mientras yo estaba sobre él con una jeringuilla en la mano.

Así que supongo que él es la razón por la que jamás podré regresar a casa.

# CAPÍTULO 9

## PIPPA

Otra mañana de locos ha provocado que sea casi mediodía cuando me doy cuenta de que anoche me olvidé de hacer una cosa. No llamé a mi padre para ver por qué me había llamado con tanta insistencia.

—¿Puedes cubrirme un momento? Tengo que hacer una llamada —le pido a una de mis compañeras del pabellón del hospital. Por fortuna, me dice que sí, probablemente porque estamos disfrutando de un momento de calma dentro del caos habitual de este lugar, así que puedo tomarme unos minutos.

No tengo por costumbre escaparme del trabajo para hacer una llamada personal, pero me siento fatal por no haberle devuelto la llamada a mi padre. Quería haberlo hecho anoche después de cenar, pero, como suele ocurrir, la noche se me fue volando. Después de soportar un tenso informativo que me aturdió por completo mientras intentaba no imaginarme al presentador contándoles a los telespectadores que había aparecido un cadáver en el lago Michigan y que la policía ya se encaminaba hacia la casa de un posible sospechoso, me fui directa a acostar a Campbell y tratar de que se durmiera. Algunas noches esa tarea puede llegar a ser bastante rápida, pero anoche quería que le leyera más cuentos de lo habitual, y además quería que fuera yo quien lo hiciera, no su padre. No podía enfadarme con mi hijo por querer que me acurrucara junto a él después de un día con muchas actividades. Sé que los años pasarán volando y que echaré de menos noches como la de ayer con él, pero, a decir verdad, anoche me habría venido muy bien no tener que dedicarle más tiempo. Pero bueno, cumplí lo mejor que pude con mis labores como madre, y le leí y le leí hasta que cerró los ojos y se durmió.

Cuando salí de su habitación, me moría de ganas por irme a la mía. Karl ya estaba instalado en la habitación de invitados y no parecía tener el mismo interés que mi hijo por pasar más tiempo

conmigo, así que lo dejé allí y me metí en mi cama, sola. Entonces, olvidándome por completo de todas las llamadas de mi padre porque estaba agotada, apagué la luz y me dormí. No me he despertado hasta el amanecer, cuando Campbell ha entrado sigilosamente en mi dormitorio y me ha dicho que tenía hambre.

Le he dado de comer, lo he preparado para ir a la guardería, lo he llevado y me he dirigido hacia el trabajo. Casi sin darme cuenta ya es la hora de comer, así que voy a llamar ya a mi padre.

Espero de verdad que no se trate de nada grave.

—Venga, coge el teléfono —murmuro en voz baja en la parte trasera del hospital, en una zona donde los trabajadores podemos descansar un poco y hacer llamadas rápidas antes de volver a apagar nuestros dispositivos personales y regresar a la zona principal, que es donde se encuentran los pacientes. Por desgracia, mi padre no me contesta, posiblemente porque estará ocupado haciendo alguna otra cosa, pero también cabe la posibilidad de que no lo haga porque esté enfadado conmigo por haberlo ignorado durante bastante tiempo y ahora se esté vengando de algún modo. Sin desanimarme del todo aún, decido llamar a mi madre para ver si así consigo hablar con él. Ella sí que me contesta, aunque casi desearía que no lo hubiera hecho cuando oigo su voz fatigada al otro lado del teléfono.

—¿Qué quieres? —me pregunta con el ímpetu habitual que reserva para la que ahora es su hija menos querida, pero yo estoy ya suficientemente curtida como para soportarla sin que me saque de mis casillas.

—Hola. Quería hablar con papá. Me ha estado llamando. ¿Está ahí?

—Anda, así que por fin has decidido devolverle las llamadas. Es un detalle por tu parte.

—Mamá, por favor, no quiero discutir otra vez.

—Haberlo pensado antes de decidir llevarte de aquí a tu hermana y no decirnos a dónde.

Ya sabía que mi madre iba a estar cabreada conmigo, por eso habría preferido que fuera mi padre el que me contestara. Pero, en fin, supongo que, como pasa con la mayoría de los matrimonios,

esto es un pack de dos: es difícil hablar con uno de ellos sin que el otro aparezca por algún lado. Pero lo que desconocía cuando he realizado esta llamada era si mi madre había empezado a beber ya hoy. Ahora que he oído su tono de voz, puedo decir que sí, lo cual es decepcionante pero no del todo sorprendente. El vino se ha convertido en el mejor amigo de mi madre desde que Darcy se fue de casa y yo me negué a contarle a dónde se había ido. Que mi madre se tome un par de copas por la mañana no es algo extraño en los últimos tiempos.

—Por favor, ¿puedo hablar con papá? —pregunto con educación, sin energía para prolongar más esta conversación.

—No, no puedes. No a menos que él te conteste cuando lo llames a su teléfono —me responde mi madre bruscamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no puedo ayudarte porque papá no está en casa.

—¿Y dónde está? —pregunto, cada vez más frustrada.

¿Por qué los padres pueden llegar a ser tan difíciles? Aunque probablemente ellos dirán lo mismo de sus hijos…

—Está en la otra casa —me dice mi madre. Bueno, al menos ahora sé dónde está. La «otra casa» es la primera vivienda que tuvo nuestra familia antes de que mis padres se hicieran ricos y compraran una segunda propiedad, que es la actual y es mucho más grande que la primera. Esta segunda está en Winnetka, donde viven muchísimos ciudadanos adinerados de Chicago.

—¿Qué está haciendo allí?

—Está recogiendo las cosas.

—¿Qué? —respondo bruscamente por el impacto. Eso no era lo que esperaba ni lo que quería oír.

—Por eso te ha estado llamando —continúa mi madre, antes de hacer una pausa. Juraría que la ha aprovechado para darle un sorbo a algo. Luego, sigue hablando—: Ha decidido vender nuestra antigua casa. Está llena de recuerdos de Darcy que le entristecen, así que quiere deshacerse de ella.

—¡¿Va a vender la casa?! —exclamo, pensando que esas son muy malas noticias—. ¿Y tú se lo vas a permitir?

—Sí, porque a mí también me provoca mucha tristeza. Ahora que Darcy ya no vive por aquí, no tiene sentido tenerla vacía, así que lo mejor será venderla.

Me parece una decisión precipitada. Conociendo a mis padres tan bien como los conozco, es imposible que hayan decidido sin más vender una casa en la que esperan que Darcy vuelva a vivir algún día. No, está claro que están usando esto para castigarme y hacerme sentir mal por no contarles dónde está mi hermana.

—Dejadlo. No os hace falta el dinero —le digo, como si eso fuera a hacerles cambiar de opinión.

—No, pero necesitamos cerrar este capítulo, y si Darcy se ha ido, deshacernos de esa casa nos ayudará a pasar página —replica mi madre, que aparentemente está dispuesta a hacerse daño a sí misma vendiendo la casa si eso sirve para hacerme daño a mí.

—Entonces, ¿papá está en la otra casa ahora mismo? —pregunto para cerciorarme del todo, porque no termino de confiar en la información que pueda darme mi madre teniendo en cuenta su estado actual.

—Sí —me responde.

Eso es todo lo que me hace falta saber para comprender que no voy a poder volver al trabajo en unos minutos.

Lo que voy a tener que hacer es coger mi coche y llegar a esa casa lo antes posible.

Antes de que mi padre encuentre algo que no debería.

En concreto, cualquier cosa que pudiera darle pistas de por qué Darcy tuvo que irse de casa tan precipitadamente.

# CAPÍTULO 10

Me invento la excusa de que Campbell se ha puesto malo y tengo que ir a recogerlo a la guardería lo antes posible y salgo corriendo de inmediato hacia mi coche para largarme del hospital a toda velocidad en dirección a mi antigua casa familiar. En ella Darcy y yo pasamos varios años muy felices antes de que la familia completa nos mudáramos a Winnetka, pero, lo que es más importante ahora mismo, Darcy volvió a ella después de que tuviera el accidente. Estuvo viviendo allí durante su recuperación mientras nosotros manteníamos la esperanza de que recuperara la memoria. Tuvimos la idea de que rodearla de recuerdos de la infancia la podría ayudar a recuperar al menos en parte la memoria. Pero no funcionó, aunque tampoco es que fuera una completa pérdida de tiempo. Al menos mi hermana tenía un lugar seguro en el que descansar y recuperarse, un lugar al que toda la familia tenía fácil acceso, de forma que resultaba sencillo comprobar con regularidad cómo se encontraba. Aunque también trajo sus problemas cuando empecé a averiguar que mi hermana había tenido un pasado accidentado.

En cuanto me enteré de lo que había ocurrido entre ella y Laurence —por no hablar de su difunta mujer, Melissa, y de Eden, la antigua compañera y mejor amiga de Darcy—, me puse automáticamente en modo protección para asegurarme de que mi hermana estuviera a salvo. Eso implicó sacarla de Chicago por si la policía llegaba a descubrir algo. Pero ese modo protección no terminó una vez que Darcy estuvo fuera de la ciudad. Tuve que dedicarme a rastrear nuestra antigua casa, tratando de encontrar cualquier cosa que mi hermana se hubiera dejado en ella que pudiera dar pistas sólidas o quizá, algún indicio de su relación con esas personas en el pasado. Yo sabía que tenía un diario que había comenzado a escribir antes del accidente y, aunque no encontré nada incriminatorio en él, lo tiré junto con otras muchas cosas, como su antiguo uniforme de enfermera y algunas fotos antiguas en las que aparecía junto a Eden y otras compañeras. Ni mi madre ni mi padre saben aún que hice eso, y estoy segura de que se enfadarán

mucho cuando lo descubran. Supongo que mi padre lo va a hacer muy pronto si está en el proceso de vaciar la casa.

La idea de que rebusque en las cajas del desván me produce tal pavor que estoy cruzando la ciudad a toda velocidad para llegar a la casa antes de que él pueda encontrar algo horrible. Creo que lo revisé bien todo y me aseguré de que en la casa no había nada sospechoso, pero ¿y si se me pasó algo por alto? ¿Y si Darcy hubiera escondido algunas cosas en lugares que yo no pude encontrar pero mi padre da con ellas?

Lo que más me preocupa son las páginas que faltan en el diario de Darcy. Ese diario parecía terminar abruptamente en una fecha determinada, no mucho antes de su fatídico accidente de coche, y resultaba obvio que todas las páginas posteriores habían sido arrancadas. Eso daba a entender que lo que Darcy escribió en los días anteriores a su accidente era algo turbio, perturbador y, tal vez, tenía tintes delictivos. El problema es que no tengo ni idea de dónde están esas páginas. Registré la casa de arriba abajo con la esperanza de encontrarlas y poder quemarlas también, pero no tuve suerte. Lo único que puedo esperar es que la propia Darcy las destruyera antes de su accidente y que desaparecieran para siempre. Espero de verdad que no sigan en alguna parte de la casa, del mismo modo que deseo que no exista ninguna otra cosa que pueda relacionar a mi hermana con asuntos siniestros ocurridos en esta ciudad.

Pero ¿y si pasé algo por alto?

¿Y si mi padre lo encuentra?

Piso el acelerador a fondo y me salto un semáforo que acababa de ponerse en rojo a toda velocidad. Soy consciente de que estoy tentando a la suerte conduciendo de este modo. Podría llamar fácilmente la atención de un agente de policía, si es que hubiera algún coche patrulla por esta zona. Pero no me queda más remedio. Tengo que llegar a la casa lo antes posible para ver qué está haciendo mi padre mientras recoge cosas y asegurarme también de supervisar todo, por si todavía quedara algo que pudiera darnos problemas.

Mientras sigo conduciendo un poco más rápido de lo que permiten los límites de velocidad de las calles, me maldigo a mí misma por no haber contestado antes a las llamadas de mi padre. De haberlo hecho, me habría evitado el pánico que estoy sintiendo ahora, porque él ni siquiera habría comenzado a vaciar la casa. Quizá le habría convencido de que venderla es una mala idea y no habría hecho nada aún. En el peor de los casos, al menos me habría advertido de que iba a ir a la casa durante el día de hoy, así que podría haber ido yo anoche para hacer una última comprobación y asegurarme de que no había nada raro. Pero no contesté a sus llamadas. Estaba demasiado ocupada con mi propia vida. Demasiado preocupada con mis propios problemas como para pensar en los de otra persona.

Quizá mi madre tenga razón.

Tal vez sea una hija terrible.

Estoy dando vueltas a eso cuando llego a la casa y veo el coche de mi padre aparcado fuera. Dejo el mío justo al lado y salgo corriendo hacia la puerta de la casa, la misma hacia la que corría de pequeña cuando bajaba del autobús escolar con Darcy, ambas locas por entrar para picar algo, encender la tele y ponernos a ver nuestros programas favoritos.

¡Ay, qué bonito sería volver a aquella época de la vida tan sencilla junto a mi hermana, cuando nos sentábamos en la alfombra y nos embobábamos ante la pantalla, con la boca llena de alguna porquería y el corazón lleno de amor fraternal! Apuesto a que nuestros padres también darían lo que fuera por volver a aquella etapa. Antes de que mi padre ganara más dinero y nos mudáramos al otro lado de la ciudad. Antes de que Darcy tuviera el accidente. Antes de que la ayudara a esconder un cadáver.

Entonces éramos una familia normal.

Ahora somos cualquier cosa menos eso.

—¡Papá! —grito nada más entrar en casa, pero no obtengo respuesta. Sin embargo, veo varias cajas junto a las escaleras, todas precintadas, lo que demuestra que ha estado siendo productivo.

—¿Papá? ¿Dónde estás? —intento de nuevo, pero continúa sin responderme, así que comienzo a recorrer toda la planta baja,

mirando en todas las habitaciones, esperando encontrármelo cerrando una nueva caja en o arrodillado sobre una aún abierta y metiendo cosas en ella. Si cuando dé con él lo veo así, empaquetando con paciencia, voy a respirar aliviada porque probablemente eso signifique que no ha encontrado nada extraño durante el proceso. Lo que no quiero es verlo contemplando algo con cara de perplejidad o, peor aún, con una expresión de horror en el rostro.

—¡Papá! ¿Dónde estás? —vuelvo a gritar, exasperada ante la ausencia de respuesta. Tras comprobar que no está en la planta baja, miro por la ventana hacia el jardín trasero, pensando que tal vez ande por ahí afuera. Pero no, ahí no está. Los muebles del jardín no se han tocado. Aún no ha recogido nada de esa zona.

Eso tiene que significar que está en la planta de arriba.

—¿Papá? —grito mientras corro por las escaleras, subiendo los peldaños de dos en dos o incluso de tres en tres en algunos tramos, lo que provoca que se me aceleren las pulsaciones aún más de lo que ya de por sí estaban cuando venía conduciendo. Pero sigue sin responderme. ¿Lo estará haciendo a propósito por cabezota, porque no le respondí a las llamadas? ¿O habrá una explicación más sencilla? Quizá no esté en casa. Podría estar en alguna de las casas de al lado, charlando con algún vecino, contándole sus planes de poner la casa en venta. Eso sería un gesto de cortesía, y cortesía le sobra a mi padre, así que tal vez le esté dando demasiadas vueltas a la ausencia de respuesta con la que me estoy encontrando. Pero enseguida llego a la puerta del dormitorio en el que dormía Darcy antes de irse de aquí y, cuando la abro, resuelvo el misterio de dónde está mi padre. Aquí está. Queda claro pues que ha estado ignorando mis gritos. Cuando entiendo la situación que tengo ante mí, comprendo por qué.

Mi padre está sentado sobre la alfombra, pero la mitad de ella está levantada y hay varias tablas del suelo al descubierto junto a él. También veo un agujero en esas tablas, pero eso no es lo más chocante de la escena. Lo que más me impacta es lo que sostiene en sus manos temblorosas, que me imagino que ha encontrado en ese agujero del suelo.

Son trozos de papel arrugados y, al acercarme un paso, entiendo a la perfección de qué se trata.

Las páginas que faltaban del diario de Darcy.

# CAPÍTULO 11

## DARCY

—Tengo que irme —le digo a Joe cuando salgo de su cuarto de baño, en el que llevaba un cuarto de hora escondida. He estado allí desde que he visto en las noticias al hombre que aparece mis pesadillas, un hombre al que la policía de Chicago clasifica como «desaparecido, posiblemente muerto».

—¡¿Cómo?! —exclama Joe—. Se supone que debes estar conmigo hasta que mi hijo llegue a casa.

—Lo sé, y lo siento mucho, pero me ha surgido algo y tengo que marcharme —le digo, lo cual es más o menos la verdad. Me ha surgido algo, aunque no tiene que ver con nada externo relacionado con mi vida privada, sino que es algo que ha ocurrido aquí mismo, por culpa de esa televisión y del telediario que sabía de sobra que no debería haber visto. Tengo que irme de inmediato porque no estoy en condiciones de ejercer adecuadamente de enfermera para Joe. No teniendo en cuenta lo que acabo de ver.

Aunque ahora ya sé por qué Pippa me escribió un mensaje tan nítido en mi cuaderno para que no viera las noticias jamás, también soy perfectamente consciente de que no voy a ser capaz de continuar como si fuera un día normal, lo cual implica que no es una buena idea quedarme aquí para cuidar de Joe. Tengo que volver a mi apartamento para procesar esta información. Tratar de entender lo que significa. Ver si quizá no es tan horrible como aparenta ser.

—Lo siento mucho. Voy a llamar a Parker para decirle que tengo que irme, quizá pueda venir él —sugiero, sacando ya mi móvil, pero Joe se levanta del sillón y rechaza esa posibilidad.

—No, él estará ocupado. Te está pagando para que estés tú aquí, así que él no tiene por qué estarlo.

—Lo sé, y lo siento muchísimo, de verdad, pero tengo que irme —repito, al borde de las lágrimas otra vez. Hace un rato he derramado ya unas cuantas en el baño, por eso me he quedado allí oculta un buen rato tras la emisión del informativo. No podía permitir que Joe

viera cómo me he alterado. Me habría hecho preguntas, incluso más de las que me está haciendo ahora, así que al menos esas las he evitado. Aunque cuanto más tiempo permanezca en su casa, más posibilidades hay de que se dé cuenta de que mi urgencia por irme de aquí tiene algo que ver con el reportaje sobre el hombre desaparecido en Chicago, porque ha sido entonces cuando mi angustia se ha desatado.

—Lo siento mucho —me excuso de nuevo mientras me apresuro ya hacia la puerta de la calle, con el teléfono en la oreja llamando a Parker.

Espero que lo coja para poder inventarme alguna excusa y decirle que su padre se va a quedar sin compañía. Pero no me contesta. Joe me sigue hasta el pasillo exterior, y no sé qué hacer. Tengo que salir de aquí y ordenar un poco mi cabeza, pero ¿puedo dejar solo a este anciano? ¿Y si se hace daño a sí mismo? Me echarían las culpas por ello, y además yo nunca me lo perdonaría, así que tal vez debería quedarme con él. Entonces veo abrirse la puerta del apartamento contiguo al de Joe. De él sale una mujer de mi edad; intuyo que tengo una oportunidad.

—Hola. Siento mucho tener que pedirle esto, pero ¿podría hacerme un favor? ¿Podría quedarse con este hombre durante unas horas hasta que su hijo llegue a casa? Es su vecino. Se llama Joe. Puede que ya lo conozca. ¿Podría hacerlo?

La pobre mujer a la que acabo de bombardear a preguntas parece tan perpleja como lo estaría cualquiera en su situación. Cuando Joe llega a nuestra altura y dice algo, parece estar aún más confundida ante el panorama.

—Tienes que volver a entrar y hacer aquello por lo que te pagan —me dice Joe con firmeza—, o mi hijo te despedirá y contratará a otra persona.

La mujer lo mira a él y luego vuelve a mirarme a mí. Yo le insisto un poco más.

—Por favor. ¿Podría ayudarme? —le pregunto, pero ella mueve la cabeza de lado a lado en un gesto de negación.

—No voy a ayudar a Parker —dice—. Ya cometí ese error una vez, pero nunca más.

Con eso, la mujer se aleja y se mete en el ascensor, provocando que tenga aún más interrogantes en la cabeza. Pero Joe me dice algo antes de que tenga tiempo de preguntarle a la mujer a qué se refiere.

—Vamos a entrar y hablamos un poco —me dice—. Si no te preocupa perder tu trabajo, vale. Pero puede que sí que te preocupe que le cuente a alguien lo del hombre desaparecido de las noticias que te ha alterado tanto.

Joe vuelve a entrar en su apartamento y yo lo veo desaparecer en su interior horrorizada, plenamente consciente de que ha establecido una conexión entre el informativo y mi nerviosismo. Será mejor que le ofrezca una explicación, cualquiera que se me ocurra, porque si no tal vez le cuente algo a su hijo o, peor aún, a la policía. Por eso lo sigo hasta el interior de su casa y cierro la puerta para que los demás vecinos no escuchen nada acerca de lo que estamos a punto de hablar.

—No sé de qué me estás hablando —intento decirle torpemente. Supongo que vale la pena intentarlo—. ¿Qué hombre desaparecido en las noticias?

—Puede que esté perdiendo la cabeza, pero aún me funciona un poquito —dice Joe con una risita, mientras abre unos cuantos armarios de la cocina, aunque no sé muy bien por qué lo hace—. ¿Quién es ese desaparecido y de qué lo conoces?

—No lo sé —le respondo.

Joe encuentra lo que buscaba. Se trata de una botella de whisky que parece que estaba bien escondida al fondo de un armario, probablemente para que Parker no pudiera encontrarla y quitarla de en medio.

—¿Crees que es una buena idea? —le pregunto a Joe mientras lo veo abrir la botella y servirse una cantidad bien generosa en un vaso de cristal.

—Si tu duda es si los médicos me ordenaron que dejara de beber, sí, lo hicieron. Pero estar sobrio no me va a servir para curarme, así que me parece mejor idea disfrutar un poco de la vida antes de que las cosas se pongan feas de verdad —responde Joe. Se lleva su vaso lleno de whisky al balcón y se sienta allí.

Sigo queriendo salir corriendo de esta casa e irme a la mía para tratar de averiguar por qué aparece en mis pesadillas el hombre que he visto en las noticias, pero no me parece que sea una idea brillante dejar a un hombre débil bebiendo a solas en un balcón, así que me siento junto a él, aunque rechazo la invitación de beber algo yo también.

—¿Te has quedado porque tienes la obligación de cuidarme o porque tal vez haya descubierto tu secreto? —me pregunta Joe con asombrosa calma mientras ambos miramos hacia el mar.

Si se parece en algo a mí, ahora mismo estará deseando tener tan pocas preocupaciones como la gente que se está bañando alegremente.

—Yo no tengo ningún secreto —respondo, anhelando la tranquilidad que transmite el agua turquesa que tenemos ante nosotros.

—Vaya, debes ser la única persona en el mundo que no lo tiene —responde Joe con otra risita. Le da un buen trago a su bebida, y yo opto por guardar silencio hasta que vuelve a hablar—. Puedes contármelo. De hecho, soy la persona más indicada para compartir un secreto, porque sabes que lo olvidaría muy pronto —me dice, aunque ahora no se ríe—. Si no me acuerdo de cómo funciona la televisión o de qué desayuné ayer, puedes dar por hecho que no voy a recordar nada de lo que me cuentes.

—No tengo ningún secreto —le repito, pero en un tono de voz más bajo y aún menos convincente que la vez anterior. Joe intuye de forma evidente que le estoy ocultando algo. Pero ni siquiera yo sé aún de qué se trata, así que no podría contárselo aunque quisiera. Necesito tiempo para reflexionar sobre ello. Eso sí, aunque consiguiera atar cabos, dudo mucho que compartiera nada con Joe, porque no lo conozco lo suficiente. Puede que piense que su memoria deteriorada lo convierte en el receptor ideal para cualquier confesión, pero ¿acaso podría confiar yo en él? ¿Qué le impediría contárselo a Parker?

¿Y si mi secreto es tan siniestro que no les queda más remedio que contárselo a la policía?

Tengo que decirle algo a Joe para que se olvide de esto. Creo que puedo conseguirlo con una cosa.

—Tú no eres el único que sufre problemas de memoria —le confieso, y él aparta su mirada del mar y la dirige hacia mí—. No tengo demencia, pero mi cabeza no funciona bien.

—¿En serio?

Asiento. Por un instante, me arrepiento de haber rechazado tomarme una copa; tengo la impresión de que ahora me vendría la mar de bien.

—Pregúntame qué hice ayer o la semana pasada y seré capaz de responderte sin problemas, al menos en la mayoría de las cosas —le explico a Joe—. Pero pregúntame qué hice hace un par de semanas y empiezo a recordarlo todo borroso. Pregúntame qué hice el mes pasado y no consigo acordarme de nada. Pregúntame qué hice el año pasado y, sinceramente, ni siquiera recuerdo haber estado viva.

Joe parece sorprendidísimo ante la explicación de mis problemas, pero estoy siendo sincera con él. Tengo la impresión de que él me cree, porque enseguida se muestra empático.

—¿Tienes amnesia?

—No lo sé. Tal vez. Probablemente.

—¿Sabes qué la provocó? —me pregunta, pero niego con la cabeza.

—No. No sé muchas cosas. Lo único que sé es lo que no tengo qué hacer.

—¿Concretamente?

Casi le digo «ver las noticias», pero eso le habría revelado demasiado, así que decido no responderle y preguntarle otra cosa.

—¿Se lo vas a contar a tu hijo? —digo con nerviosismo—. Quizá deberías hacerlo. Debería habérselo dicho yo antes de aceptar su oferta de trabajo. Dudo que sea la persona adecuada para cuidarte.

Joe se queda callado un momento. No tengo ni la menor idea de cuál va a ser su respuesta. Cuando llega, me sorprende.

—No le voy a decir a mi hijo nada de lo que me has contado —asegura—. Como tú, lo más probable es que me olvide pronto de todas formas. Como te he dicho, no eres la única persona que tiene

secretos, así que, sea cual sea el tuyo, está a salvo conmigo. Al menos si me preparas un sándwich ahora.

Me río. La broma de Joe consigue aliviar tensión que se había acumulado entre nosotros.

—¿Lo dices en serio? ¿No le vas a contar a nadie lo que te acabo de explicar? —le pregunto, buscando confirmación para estar más segura.

—Oye, ya te he dicho que no, ¿verdad? ¿Por qué te iba a mentir?

No lo sé, pero eso no significa que no sea posible que lo haga. De todas formas, el problema es que, o confío en Joe y me quedo aquí, o no lo hago y me largo para quizá nunca volver.

Me tomo unos segundos para decidirme y termino levantándome, aunque no me dirijo a la puerta. Voy a la cocina para preparar algo de comer. Sigo dándole vueltas a lo que he visto en las noticias y al hecho de que tal vez conozca al hombre desaparecido en Chicago, pero al menos parece que no corro peligro inmediato de que me descubran.

Cuando termino de prepararle el sándwich a Joe, se lo doy y nos pasamos el resto de mi jornada de trabajo en el balcón. Me pregunta algunas cosas que ya me preguntó ayer y repite otras cosas, que por muy banales que sean demuestran que su memoria se está deteriorando. Pero no me pregunta nada más sobre mi pasado turbio y, cuando Parker llega a casa, Joe me guiña un ojo de inmediato, como para querer tranquilizarme y transmitirme que no me preocupe por que él vaya a contar nada. Luego, me pide susurrándome que no mencione el hecho de que tiene una botella de whisky abierta escondida por la casa.

—Me has intentado llamar antes, ¿no? —me pregunta Parker mientras me preparo para salir. Me doy cuenta de que necesito inventarme alguna excusa.

—Eh… sí… Pero no pasa nada. Solo quería saber qué había desayunado Joe, pero ya me lo ha contado él.

Esa pequeña mentira es suficiente. Le digo a Parker que tengo que irme ya y que volveré mañana. Pero no estoy segura de si voy a volver, porque entre hoy y mañana voy a dedicar todo el tiempo que pueda a intentar averiguar algo sobre el hombre desaparecido de las

noticias, por si eso consigue despertarme más recuerdos. Puedo usar mi móvil para investigar, el que compré cuando llegué a Florida y que no tiene más contactos que el de Parker, mi nuevo jefe. También sé que hay un cibercafé cerca de la playa, al lado de mi apartamento, así que podría ir allí a usar un ordenador si lo prefiero.

***

Cuando llego a la puerta exterior de mi edificio, empiezo a sentirme un poco paranoica ante la idea de que alguien pueda rastrear lo que he estado consultando en Internet. Como no quiero tener un historial de navegación sospechoso, evito ir al cibercafé y me limito a entrar en casa. Aunque sea una mala idea, es posible que navegue un rato por Internet con mi móvil, porque no me voy a poder dormir con todo esto en la cabeza.

Mientras entro en mi habitación, pienso en las advertencias escritas en mi cuaderno y en lo que podría pensar Pippa si supiera que he ignorado una de ellas. Me siento mal por desobedecerla, aunque en realidad no la conozco, al menos no ahora. Pero ¿he tenido alternativa? Joe no me ha dejado cambiar de canal y ya no puedo volver atrás en el tiempo.

Busco el cuaderno bajo la almohada, como si leerlo de nuevo fuera a cambiar algo. Evidentemente no va a ser así, pero lo hago de todos modos, tal vez por costumbre.

Pero hay un problema.

El cuaderno no está aquí.

Retiro las almohadas de la cama y echo hacia atrás el edredón, pensando que tiene que estar por alguna parte, pero sigo sin verlo.

Tal vez se haya caído por la parte de atrás de la cama, así que ese es el siguiente lugar donde miro, pero no hay suerte.

A continuación, busco por detrás de las mesillas de noche, abro cajones, rebusco en el armario y acabo registrando el resto del piso al completo, incluido el cuarto de baño, aunque sé que mi cuaderno nunca, jamás, sale del dormitorio.

Pero ya no está donde debería estar.

Y yo no lo he cogido.

Eso significa que lo ha debido hacer otra persona.

# CAPÍTULO 12

## PIPPA

Todas mis esperanzas de que las páginas perdidas del diario —que al final resultaron estar escondidas bajo las tablas del antiguo dormitorio de Darcy— no contengan nada incriminatorio se desvanecen en cuanto la persona que acaba de leerlas me hace una pregunta muy grave.

—¿Qué cojones ha hecho Darcy? —quiere saber mi padre, con el miedo grabado en el rostro mientras aparta la mirada de las páginas del diario y la centra en mí.

Yo aún estoy casi sin aliento; no he llegado a tiempo de evitar que encontrara algo tan terrible como esto.

No ha pasado mucho desde que entré corriendo en esta casa intentando llamar la atención de mi padre, ni desde que he comprobado que ha encontrado las páginas del diario que yo no logré localizar cuando registré este lugar hace tres meses. Por tanto, tampoco hace mucho que mi padre ha entrado en el mundo en el que yo me he visto obligada a vivir, uno en el que comprendemos que Darcy no es solo una pobre enfermera que tuvo un accidente grave y perdió su memoria.

Es mucho más que eso.

—Dámelas —le pido mientras intento coger las páginas del diario, pero mi padre las aparta de mí. No lo hace porque no haya terminado de leerlas, sino porque no piensa dármelas hasta que le explique lo que hay escrito en ellas. Por supuesto, va a ser complicado, porque yo no las he leído. Sin embargo, basándome en lo que ya sé acerca del pasado de Darcy, puedo suponer que su contenido no va a ser en absoluto agradable. También está el detalle añadido de que las páginas estaban escondidas bajo el suelo. Nadie esconde nada en un lugar como ese a menos que no quiera que lo encuentren.

Pero mi padre las ha encontrado.

—¿Cómo? —le pregunto, contemplando el agujero en el suelo, que está junto a la cama donde dormía mi hermana.

—Estaba arrodillado al lado de la cama, moviendo unas cajas de un lado a otro, cuando de repente noté un punto inestable en el suelo —me explica mi padre, que también está mirando el agujero —. Aparté la alfombra y me di cuenta de que una de las tablas del suelo estaba suelta. Cuando la levanté, vi que había algo escondido.

Cómo me gustaría haber sido yo la que hubiera descubierto la tabla suelta. En ese caso, habría sido yo la que habría leído las páginas del diario. Pero las cosas no sucedieron así; cuando mi hermana está implicada en algo, nada suele ser perfecto.

—Cuéntame lo que sabes —me pide mi padre, sentándose en el borde de la cama—. Cuéntamelo todo.

Comprendo enseguida que fingir que no sé nada va a resultar inútil, así que me limito a sentarme junto a mi padre. Cuando lo hago, veo que sostiene otra cosa junto a las páginas del diario.

Es una foto de Darcy sonriendo.

Y Laurence está a su lado, sonriendo también.

—Es el hombre desaparecido que ha salido en las noticias —me señala innecesariamente—. ¿Tuvo Darcy algo que ver con que desapareciera del mapa?

—No me obligues a contártelo —le pido—. De verdad, no hace falta que te enteres, y además, es mejor que no lo sepas. Puedo protegerte si no sabes nada.

—¿Protegerme a mí? ¡Soy tu padre, debería ser yo quien te proteja a ti!

—¡Esto no va del típico abusón del colegio, papá! Esto es algo mucho más grave. No puedes protegerme porque sé demasiado y porque he hecho demasiado. Pero puedes protegerte a ti mismo. Mantente al margen de esto. Tanto tú como mamá, ignoradlo. Así, incluso aunque las cosas terminen saliendo mal, vosotros no sufriréis las consecuencias.

A mí me ha parecido muy razonable mi argumentación, pero mi padre discrepa en un santiamén.

—Tu madre y yo tenemos derecho a saber lo que han estado haciendo nuestras hijas —responde—. Sobre todo si está relacionado

con algo delictivo y, por lo que he leído en este diario, ¡sin duda parece que es así!

Mi padre me pone las páginas del diario en las manos y me permite leerlas rápidamente para que comprenda por qué está tan alterado. Ya me había imaginado que estaba relacionado con Laurence, pero al leer las páginas entiendo de inmediato la terrible gravedad del asunto.

> *16 de mayo. Probablemente no debería estar escribiendo esto. Puede que lo borre cuando acabe o puede que incluso hasta lo queme. Porque lo que está pasando es muy peligroso. Ayer me sugirió una cosa y hoy me la ha vuelto a decir. Tiene una idea para que podamos estar juntos cuanto antes. Sabe cómo podemos deshacernos de su mujer. Quiere matarla. Y quiere que lo haga yo.*

Yo ya conocía la historia. Sabía que Darcy estuvo cuidando de la mujer enferma de Laurence, Melissa, y que luego él comenzó una relación sentimental con Darcy. También sabía, gracias a las páginas anteriores del diario que encontré —las que no estaban escondidas bajo las tablas del suelo—, que Darcy estaba enamorada de Laurence y se sentía frustrada por no poder pasar más tiempo con él, aunque lo comprendía porque su mujer también necesitaba su atención. No vi nada que sugiriera que Darcy tuviera ninguna prisa por dar más pasos en la relación, pero de lo escrito en el diario se desprende con total claridad que Laurence sí que se estaba impacientando y quería encontrar la forma de acelerar la muerte de su esposa, ayudándola en su proceso.

Él quería que Darcy matara a su mujer. Con total ingenuidad, mi hermana, cegada por el amor o simplemente confundida por el miedo, fue tan estúpida que no solo consideró la idea, sino que además la escribió en su diario. Obviamente era consciente de que era una mala idea hacerlo, porque especificó que no debería estar escribiendo sobre ella y que tal vez terminara quemando las páginas para que nadie las leyera.

Pero no las quemó.

Las escondió.

Luego tuvo el accidente y olvidó por completo que estaban ocultas ahí.

Les echo un vistazo mientras mi padre permanece sentado a mi lado en silencio, sin querer o sin poder decir una sola palabra hasta que termino de leer. Para cuando lo he hecho, se me han quedado varias frases grabadas para siempre, frases que me han revuelto el estómago.

*19 de mayo. Laurence no deja de hablar de ello. Cree que es una buena idea. Le he dicho que no podemos hacerlo. Es demasiado cruel, y además es un delito. Podría perder mi trabajo. Podría perderlo todo. Aunque, aun así, no sería tan jodido como lo que Melissa perdería: su vida.*

*23 de mayo. Laurence me ha dicho que podemos tener una vida de ensueño juntos cuando ella ya no esté con nosotros. En lugar de pasar tanto tiempo separados o de vernos solo cuando voy a cuidar a Melissa, podremos hacer cosas divertidas. Salir alguna noche. Irnos de vacaciones. Quizá incluso algún día pudiéramos comprarnos una casa en la que vivir juntos. Parece un sueño. Pero Melissa sigue viva, así que esto sigue siendo un error…*

*26 de mayo. Laurence no está contento. Melissa parece estar mejorando. Le he dicho que es solo un breve respiro que le ha dado el tratamiento y que el cáncer sigue ahí, pero él dice que esto está prolongándose demasiado. Dice que está agotado y que ya no puede más. Me ha dicho que, si ella no se muere pronto, no cree que podamos seguir teniendo la relación que tenemos ahora.*

*27 de mayo. Me ha dado un ultimátum. O se va Melissa, o se va él. No puedo perderlo. Estoy enamorada de él. ¿Qué debo hacer?*

Solo hay una página más, escrita unos días después. No dice mucho, pero es más que suficiente.

*1 de junio. Le he dicho a Laurence que sí, que lo vamos a hacer.*

Las páginas que tengo en las manos se han manchado por culpa de un par de lágrimas que han rodado por mis mejillas y han terminado cayendo sobre el papel mientras las leía. Estoy triste, no solo por la situación a la que se enfrentó mi hermana, sino también por su decisión final. No hay nada más escrito después de esto, pero recuerdo por los medios de comunicación que la muerte de Melissa se produjo el cinco de junio, solo unos días después de esta última página. Aunque también recuerdo algo muy importante, y es que Darcy cambió de opinión en el último momento y, a pesar de haber estado lista para inyectarle a Melissa medicamentos que la matarían, finalmente no fue capaz de llevarlo a cabo. Fue entonces cuando Laurence se hizo cargo de la situación y mató a su mujer. Pero mi padre no sabe nada de eso, así que, por lo que a él respecta ahora mismo, su hija es una asesina despiadada. La misma hija a la que ayudó mientras estudiaba Enfermería, de la que tan orgulloso estaba cuando se hablaba de ella durante cualquier conversación en una fiesta, de la que tenía una foto en su casa del día de su graduación.

Piensa que su honor está manchado para siempre. Incluso podría creer que es una persona malvada.

Pero está equivocado.

—Ella no lo hizo —le digo con firmeza a mi padre, que tiene la cabeza apoyada entre las manos—. Ella no mató a la mujer de Laurence. Ese tipo le lavó el cerebro y estuvo a punto de hacer que tomara un camino completamente equivocado, pero ella fue capaz de detenerse en el último momento. Fue él quien mató a su mujer, no Darcy. Ella es inocente. Claro que lo es, tú la conoces tan bien como yo. Sabes perfectamente que ella jamás haría algo así. Le lavaron el cerebro, y ella estaba enamorada. Se sentía sola y ninguno de nosotros se dio cuenta. Debió parecerle que Laurence fue el único que lo percibió, pero ojalá no lo hubiera hecho, porque usó a Darcy para conseguir su propósito.

Acabo de decirle a mi padre un montón de cosas, pero creo que lo que más le ha impactado escuchar es que Darcy se sentía sola. Debía sentirse así para caer bajo el hechizo de un hombre tan despreciable como Laurence, para tener una aventura con él, contemplar la idea de llevar a cabo un asesinato y arriesgar toda su

vida personal y profesional por él. ¿Y qué hacían sus familiares más cercanos entretanto? Estaban demasiado ocupados con sus propias vidas como para darse cuenta de nada.

—Tú sabías todo esto, ¿verdad? —replica mi padre con cierto desprecio. No me queda otra que asentir—. ¿Por eso te llevaste a Darcy de aquí? ¿Por eso no podemos saber dónde está? Porque es una delincuente. Ha huido.

—No —le corrijo—. No es ninguna delincuente. Bueno, o por lo menos no ha hecho nada que no tuviera más remedio que hacer.

—¿Qué coño significa eso? —me responde mi padre, con una mueca de desdén.

—Que sigue siendo una buena persona. Laurence fue el malo de la película, no Darcy.

—¿Por qué hablas de él en pasado? —me pregunta.

Enseguida comprendo que no voy a tener más remedio que explicárselo, pero en fin, a estas alturas, ya me he resignado a contarle toda la verdad.

—Porque está muerto —le respondo en voz baja. Mi padre se queda con la boca abierta, paralizado por el horror—. Darcy se vio obligada a hacerlo. Fue en defensa propia. Laurence iba a matarla porque mi hermana estaba recuperando un poco la memoria. ¡Y se acordó de lo que él le había hecho a su mujer! —le grito, defendiendo a mi hermana ausente porque soy la única persona que puede hacerlo—. Laurence había empezado una relación con Eden, la compañera de Darcy. Por eso mi hermana tuvo el accidente. Descubrió que Laurence no estaba enamorado de ella y, cuando se alejó conduciendo a toda velocidad de su casa, se estrelló.

»Después de la representación de roles que planeamos, comenzó a tener recuerdos. Dio con la dirección de Melissa y fue a su casa para ver si encontraba allí a Laurence y podía obtener algunas respuestas. Eden también estaba en esa casa, y Laurence entró en pánico ante la posibilidad de que Darcy lo recordara todo y acudiera a la policía, así que intentó matarla. Hizo que Eden robara unos medicamentos del hospital y planeó inyectárselos, pero Darcy fue más rápida que él. Después, Eden huyó. Yo llegué al lugar poco

después. Le dije a Darcy que tenía que irse de Chicago, por si la policía empezaba a buscar.

Se lo he explicado todo a mi padre de la forma más sincera que he sido capaz, y espero que con eso sea suficiente. Pero entonces él me hace la pregunta lógica que debería haber supuesto que me iba a hacer.

—¿Qué pasó con el cadáver de Laurence?

—Por favor, no me obligues a contártelo —le ruego a mi padre, con las lágrimas cayendo por mi cara.

Pero él insiste en que tiene que saberlo, así que al final le confieso que lo arrojamos al famoso lago que está junto a nuestra ciudad. Si ya se había quedado de piedra al escuchar de mi boca lo que hizo Darcy, se queda igualmente estupefacto al descubrir cómo me comporté yo.

Una vez terminada esta conversación tan llena de angustia, mi padre deambula por la casa, caminando entre montones de cajas mientras sacude la cabeza y repite una y otra vez que no sabe qué hacer. Intento convencerlo de que lo único que tiene que hacer es estar callado y que todo saldrá bien. Avergonzada, le dejo claro que, si habla, sus dos hijas terminarán en la cárcel y nuestra familia quedará destruida para siempre. Mientras hablamos, me aseguro de destruir las páginas del diario de Darcy, haciendo con ellas lo que mi hermana debió haber hecho hace mucho tiempo: quemarlas junto con esa foto que guardó en la que aparecía junto a Laurence.

Tonta de mí, pienso que ya tengo la situación bajo control.

Me imagino que mi padre tan solo necesita un poco más de tiempo, que puedo convencerlo para que no hable y la situación se terminará calmando. Pero me equivoco, aunque el problema no es mi padre.

Es mi otro progenitor.

De repente, mi madre nos llama. Cuando es consciente de que estamos juntos, nos dice algo espantoso que provoca que nuestro día sea aún peor de lo que ya era.

—Tengo algo que contaros —dice con la voz temblorosa y la respiración entrecortada—. Y no es bueno.

# CAPÍTULO 13

## DARCY

—¿Dónde estás? —grito con todas mis fuerzas, aunque hacerle una pregunta a un objeto inanimado difícilmente me va a servir para algo.

Mi cuaderno perdido no puede responderme para decirme dónde está, pero continúo preguntando de todos modos porque ya lo he buscado por todas partes y estoy desesperada, pues no he sido capaz de encontrarlo. No puedo quitarme de encima el miedo a que alguien haya entrado en mi apartamento cuando yo no estaba en casa y me lo haya robado.

Compruebo la puerta de entrada, pero no veo signos de que la hayan forzado, aunque no es que represente precisamente una barrera segura entre el interior y el exterior. Es muy probable que cualquiera pudiera forzarla con suma facilidad debido a lo delgada y endeble que es. Tal vez ni siquiera tendría que hacerlo, si tuviera una llave de la casa. ¿Habrá estado aquí el dueño de esta propiedad? No debería sin habérmelo dicho con antelación, pero debe haber sido así. Eso sí, bajo ninguna circunstancia debería haber tocado ninguna de mis pertenencias.

Como no logro encontrar lo que estoy buscando, no se me ocurre otra cosa que llamar a la inmobiliaria que gestiona mi alquiler y exigir saber por qué ha entrado alguien en mi apartamento. El problema de esa idea es que la jornada laboral ya ha concluido, así que nadie me contesta cuando llamo a la oficina. Voy a tener que esperar hasta mañana, a menos que decida mandarle un mensaje a mi casero demostrándole mi enfado, cosa que estoy a punto de hacer cuando oigo que alguien está llamando a la puerta.

Voy a contestar, pensando que tal vez sea mi casero. Quizá haya vuelto para disculparse y decirme que ha cogido el cuaderno por error cuando vino hace un rato en relación con otros asuntos. Pero abro la puerta y compruebo que no es él, sino el pervertido de mi vecino. Además de desprender un fuerte olor a marihuana, sus ojos

escanean mi cuerpo durante demasiado tiempo hasta que, finalmente, establece contacto visual conmigo.

—Eyyy —me dice en un tono muy relajado, parecido al que utilizaban conmigo la mayoría de los surfistas holgazanes cuando trabajaba tras el mostrador en la cafetería—. ¿Quieres salir a dar una vuelta?

—No, la verdad es que no —le digo. Aún no recuerdo bien ni cómo se llama. Me dispongo a cerrarle la puerta, pero él extiende una mano para impedírmelo.

—¡Eh! ¿Qué pasa? Somos amigos, ¿no? —dice—. Y los amigos se preocupan el uno por el otro.

—Estoy bien —digo firmemente antes de volver a intentar cerrar la puerta, pero su mano sigue siendo un obstáculo para hacerlo.

—¿Seguro? Acabo de escucharte gritar. Parecía que necesitabas ayuda. ¿Has perdido algo?

Dejo de intentar cerrar la puerta cuando se me pasa una idea por la cabeza.

¿Se ha habrá llevado él mi cuaderno? Vive justo en el apartamento de al lado. A lo mejor me vio salir esta mañana y ha encontrado la manera de entrar en mi casa. Probablemente tengamos el mismo tipo de llave. De hecho, si el casero es tan inútil como yo sospecho, puede que hasta tengamos la misma cerradura.

—¿Has estado en mi casa mientras yo estaba fuera? —le pregunto, nerviosa.

—¿Qué? ¿Yo? Ni de coña —responde.

¿Me estará diciendo la verdad? Me imagino que no, pero es poco probable que me fuera admitir los delitos de allanamiento de morada y de hurto, así que no tiene sentido volver a preguntárselo. Pero quizá pueda asustarlo un poco para lograr una confesión.

—Tienes razón. He perdido algo y estoy a punto de llamar a la policía para denunciarlo —afirmo, tajante—. Así que, si sabes algo de lo que ha pasado hoy aquí mientras yo no estaba en casa, ahora es un buen momento para que me lo cuentes.

—Yo no sé nada —contesta, encogiéndose de hombros. La expresión bobalicona de su cara sugiere que podría no estar mintiéndome, pero, a decir verdad, tiene ese aspecto prácticamente

todo el tiempo, así que es difícil saberlo. La realidad es que no quiero llamar a la policía, teniendo en cuenta lo que he visto en las noticias hace un rato y que me da miedo que me puedan relacionar con ello, así que lo único que pretendía era tirarme un farol, pero no parece haber funcionado. Al menos, estoy a punto de que me deje en paz.

—Bueno, nos vemos, vecina —se despide mientras retira lentamente la mano de la puerta, y se encamina hacia su apartamento. Al oírlo entrar, me pregunto si tendrá ahí adentro mi cuaderno. Pero quizá no sea así. No tengo ni idea. Lo único que sé es que tengo que encontrarlo, es esencial que lo lea todos los días. Si no, terminaré olvidándome de todo lo que había escrito en él.

Y entonces no sabré absolutamente nada de mi pasado.

Como no quiero arriesgarme a que eso suceda, busco rápidamente un papel y un bolígrafo y escribo todo lo que soy capaz de recordar que aparecía en el cuaderno. Al haberlo leído esta mañana antes de ir a trabajar, lo tengo bastante fresco en la memoria, así que soy capaz de recordar los nombres de las personas que aparecen en él y su relación conmigo.

*Scarlett. Adrian. Pippa. Mamá. Papá. Hermana.*

A continuación, escribo las dos instrucciones que Pippa me dejó:

«*Nada de noticias*». «*No vayas a casa*».

Por último, me dispongo a escribir la dirección de casa. Soy consciente de que solo debía ir allí en caso de emergencia, pero en este punto me quedo atascada.

Recuerdo que la dirección pertenecía a Chicago y me parece que, más concretamente, a un lugar llamado Winnetka. Pero eso es todo lo que soy capaz de recordar. Maldita sea, he olvidado el número de la casa y el nombre de la calle. Sin embargo, quienquiera que tenga mi cuaderno posee ahora esa información, así que tengo que encontrar a la persona responsable. No existe ninguna otra explicación plausible que explique la desaparición del cuaderno; tiene que haber sido alguien, así que he de encontrar al culpable cuanto antes.

Consciente de que en mi casa no voy a encontrar ninguna pista, salgo al pasillo exterior y decido echar un vistazo por ahí, así como

por las inmediaciones del edificio para ver si puedo encontrar algún indicio. No observo nada raro en el pasillo, no hay extraños merodeando. Tampoco veo a nadie cuando salgo del edificio. Pero, ahora que estoy fuera de casa, entiendo que es el lugar idóneo para llamar por teléfono a mi casero. Aunque no me conteste, le puedo dejar un mensaje en el buzón de voz, mostrando mi enfado y exigiendo saber por qué ha cogido una de mis pertenencias o cómo es posible que otra persona haya podido acceder a mi propiedad privada. Alguien como el asqueroso de mi vecino, que, por qué no, podría estar leyendo mi cuaderno en estos precisos instantes.

Como era de esperar, mi casero no contesta. Para colmo, descubro que no tiene instalado el buzón de voz en su teléfono, así que no puedo dejarle el mensaje que tenía pensado, para su suerte y mi desgracia. Dejo escapar un grito de frustración, que escuchan algunas personas que están volviendo de la playa. Me miran con cara rara.

Aquí están ocurriendo demasiadas cosas. Ha desaparecido mi cuaderno, y en las noticias ha aparecido un hombre con el que he tenido pesadillas, en las cuales parezco estar haciéndole daño. Necesito respuestas para alguna de esas cosas, o para todas ellas, y las necesito ya, aunque supongo que las únicas personas que pueden facilitármelas son los miembros de mi familia. No existe ninguna otra persona que pueda hacerlo. Tendré que ir al cibercafé, buscar los nombres de mis familiares en Internet e intentar encontrarlos. Si consigo dar con una dirección concreta, quizá me vaya de Florida esta misma noche en dirección a Chicago. Tendré que dejar mi trabajo y mi apartamento, pero en estos momentos esa idea me parece mejor que permanecer aquí, donde un desconocido se ha hecho con mi cuaderno y sabe tanto de mí como yo.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia el cibercafé. Cuando lo tengo a la vista, acelero el paso antes de que cambie de opinión al respecto. Pero, justo antes de llegar, veo a un par de personas que conozco bien caminando hacia mí.

—¿Darcy? Anda, ¡cuánto tiempo sin verte!

Parker se ríe de la broma y se detiene junto a Joe. Parece que ambos decidieron ir a dar un paseo cuando salí de su casa. Me

parece una idea estupenda. A mí no me ha ido demasiado bien desde que me fui de allí, pero ¿quiero que Parker lo perciba mientras hablo ahora con él? ¿O escuchar mis problemas solo va a servir para empeorar las cosas?

—¿Va todo bien? —me pregunta Parker—. Te noto un poco nerviosa.

—No, no, estoy bien —murmuro, aunque parece que me tiene caladísima, porque no acepta esa respuesta sin más.

—Vamos a ir a tomar un helado, y me da la sensación de que te podría venir bien tomarte uno también. Venga, vente con nosotros —me anima Parker. Tiene un brazo entrelazado con su padre, y utiliza el otro para entrelazarse conmigo.

Todo sucede muy deprisa y, a pesar de que Parker me esté haciendo perder el foco sobre lo que iba a hacer, mentiría si no dijera que me resulta agradable sentir esta cercanía física con él. Resulta muy evidente que él tampoco tiene ningún problema en estar cerca de mí. Por unos instantes, mientras este hombre tan seguro de sí mismo me acompaña por el paseo marítimo hacia la heladería más cercana, tengo la sensación de que todos mis problemas y preocupaciones se desvanecieran de súbito. Casi parece que podríamos ser una pareja, incluso yendo acompañados por Joe, cosa aceptable, pues es una persona que no puede quedarse sola en casa por motivos evidentes. Sea esto lo que sea, debo estar disfrutándolo mucho, porque me olvido por completo de que necesito localizar a mi familia o encontrar mi cuaderno. Lo único que ahora mismo me preocupa es el sabor del helado que voy a elegir.

Mis problemas parecen menos importantes cuando estoy acompañada, así que quizá sea eso lo que tengo que conseguir.

Tener siempre compañía.

Si mi familia pudiera ayudarme, ellos podrían ser mi compañía. Pero no están aquí conmigo, así que me da a mí que no pueden cumplir esa función.

No tenía ni idea por aquel entonces, pero en ese momento era a mi familia a quien le habría venido muy bien mi ayuda…

# CAPÍTULO 14

## PIPPA

No tengo ni idea de por qué mi madre ha llamado a mi padre para decirle que vaya urgentemente para casa y que yo también vaya con él. Nos encontramos ambos en el coche de mi padre de camino hacia allí. Debe haber sucedido algo grave, porque me dice que Scarlett parecía muy alterada.

—Yo la llamé antes y me dio la impresión de que estaba bebiendo —le explico a mi padre mientras conduce por las calles de un Chicago sobre el que ya atardece—. Tal vez continuó haciéndolo. Cabe la posibilidad de que, simplemente, estuviera bastante borracha cuando te ha llamado.

—No, algo extraño pasa —me responde mi padre, que enseguida descarta mi teoría de que el alcohol podría estar provocando que mi madre estuviera exagerando las cosas. Pero espero tener razón. Ya hemos tenido suficiente drama por hoy.

Mientras continuamos el trayecto en coche, reflexiono y comprendo que el drama de las páginas del diario está muy lejos de estar solucionado. Por eso decido abordar ahora ese tema con mi padre, en lugar de dejarlo para cuando mi madre esté presente.

—¿Qué le vas a contar a mamá? —pregunto, muy nerviosa—. ¿Le vas a decir lo del diario de Darcy? ¿Vas a explicarle nuestra conexión con Laurence?

—Es mi mujer, así que debería contárselo todo —contesta mi padre. No es una respuesta que me guste, aunque a continuación añade algo—: Pero es vuestra madre, y saber lo que han hecho sus dos hijas podría devastarla emocionalmente, o incluso mandarla a la tumba antes de tiempo. Así que, respondiendo a tu pregunta, aún no sé qué voy a hacer.

—De acuerdo —digo asintiendo, porque quizá esté aún a tiempo de contener el impacto de lo sucedido—. Si tienes dudas, lo mejor es que no le cuentes nada hasta que hayamos tenido más tiempo para pensarlo un poco. Si de verdad quieres contárselo a mamá en el

futuro, supongo que no puedo impedírtelo. Pero vamos a tomárnoslo con calma y no nos precipitemos. No queremos cometer un error.

—Porque acabaremos todos en la cárcel si lo hacemos, ¿no? —asume mi padre, que aparta la vista de la carretera un segundo para fijarla en mí—. Eso es lo que me estás insinuando, ¿verdad? Si cometemos un solo error, iremos todos a la cárcel. Supongo que tienes razón. Iríamos todos. Darcy, tú, y ahora también yo.

—¿Tú? No, tú tendrías ningún problema —sugiero, pero mi padre se mofa de mi ingenuidad.

—Pues claro que sí. Acabo de oírte confesar que os deshicisteis juntas de un cadáver del que Darcy era responsable. Por no mencionar el hecho de que he leído en el diario pruebas de otro delito que sufrió en sus carnes una pobre mujer a la que su marido, que se suponía que debía cuidarla, asesinó. Si no acudo a la policía para contarle toda esa información, cosa que obviamente no voy a hacer, seré casi tan culpable como todos los demás. No me cabe ninguna duda de que así es como lo vería cualquier juez.

Por desgracia, mi padre tiene toda la razón. Cualquier observador neutral establecería que ahora está incriminado porque no le ha contado a la policía nada de lo que ha descubierto, aunque por supuesto exista una muy buena razón para no haberlo hecho. Si se lo contara, resolvería un misterio que todos los habitantes de Chicago están locos por descifrar. Pero, al mismo tiempo, destruiría lo más importante para él.

Su familia.

—Deja de hablar de policía, jueces y pruebas —le sugiero, intentando mejorar un poco su estado de ánimo, aunque no es tarea fácil—. Tienes que mantener la calma. Yo lo he conseguido estos últimos tres meses, y Darcy también.

—Porque es fácil hacerlo, ¿verdad? Quedarse callado y continuar caminando por la vida como si no pasara nada —me dice mi padre sarcásticamente.

—No, claro que no. Yo no he dicho eso. ¿Crees que no me ha costado gestionar esta situación? Ha sido un infierno, pero ¿qué alternativa tenía? Tomé una decisión en un momento concreto para

ayudar a mi hermana, que no había hecho nada malo, y no me arrepiento. Creía que lo entenderías.

—Sí, si esa parte sí que la entiendo —me responde mi padre mientras pasamos un semáforo en verde y nos acercamos ya a la casa—. Lo que no entiendo es cómo he podido criar a dos hijas capaces de hacer semejantes locuras y ocultárselas a sus padres.

—¡Hemos intentado protegeros, tanto a ti como a mamá!

—¿Y ha funcionado? —me grita—. Darcy se fue y tu madre está destrozada desde entonces. Ahora he descubierto la verdad. ¿Cómo crees que me siento? Viviré siempre preocupado ante la posibilidad de que la policía os detenga a ti y a tu hermana. ¿Qué clase de vida va a ser esa para todos nosotros?

—Lo siento, pero ¿qué quieres que haga? Haría cualquier que estuviera en mi mano para que la situación fuera mejor de lo que es, pero es imposible. ¡Solo intenté ayudar a Darcy!

—¡No paras de repetir lo mismo! Pero ella no está aquí para ayudarte a ti, ¿verdad? Ni tampoco nos está ayudando ni a tu madre ni a mí. ¿Dónde está entonces? ¿Qué está haciendo que sea más importante que estar al lado de su familia mientras intentamos manejar esta situación?

Veo que mi padre tiene ganas de discutir y que está dispuesto a culpar a Darcy de gran parte de lo sucedido. Pero eso no es justo por dos razones: primero, porque ella no está presente para defenderse y, segundo, porque no tiene la culpa de nada. Laurence la manipuló, e incluso cuando mi hermana hizo lo correcto y se negó a matar a Melissa siguiendo las instrucciones de ese hombre, pagó el precio de las decisiones que tomó y, en última instancia, tuvo que matarlo para salvar su propia vida. Acabó estampándose con el coche y sufriendo unas lesiones de las que aún no se ha recuperado, así que no voy a permitir que mi padre le eche la culpa de todo.

—Si Darcy fuera la mala de la película, yo no la habría ayudado —es todo lo que soy capaz de decirle a mi padre—. Pero no lo es, así que la ayudé, y eso es lo que hay. Ahora necesito tu ayuda, papá. Necesito que protejas nuestro secreto.

Mi padre vuelve a apartar los ojos de la carretera para mirarme de nuevo. Por fin tengo la impresión de que va a ceder y va a dejar de

discutir sobre esto, al menos durante un rato. O tal vez sea que ya casi hemos llegado a nuestro destino. Por el motivo que sea, nos quedamos en silencio mientras entramos ya en Sherwood Crescent y contemplo la enorme casa de mis padres.

Me encanta esta casa, y me encanta esta calle. Soy muy consciente de que tuve una inmensa fortuna por el hecho de haber podido vivir tantos años aquí. Nuestra primera casa, en la que acabamos de estar, es bonita, pero esta es otra cosa. Este es el tipo de propiedad con la que sueña todo el mundo, por la que la gente ahorra toda una vida y, en algunos casos, por la que cualquier persona mataría. Pero mis padres la consiguieron porque trabajaron muy duro y fueron muy perseverantes. Estoy orgullosísima de ellos por haber podido permitirse un lugar así. Lástima que ellos no estén precisamente orgullosos de mí en este momento, pero espero poder cambiar eso. Quizá este hogar sea el lugar perfecto para empezar a hacerlo.

Si soy capaz de solucionar el problema que tenga mi madre, quizá eso me redima ante sus ojos por haber ayudado a Darcy a salir de la ciudad, y posiblemente ante los de mi padre por guardar secretos tan terribles. También cabe la posibilidad de que esté siendo demasiado optimista, pero el optimismo siempre tiene que imponerse al pesimismo. De lo contrario, ¿qué sentido tiene la vida?

Sin embargo, cuando mi padre y yo nos bajamos del coche y nos dirigimos a la puerta de entrada, yo ignoraba por completo la magnitud del problema que tenía mi madre.

Todavía desconocía el infierno que se nos venía encima en cuanto cruzáramos la puerta.

Mi padre tiene razón sobre mí. A veces soy ingenua. Pero, en este caso, él también lo era.

Y es que ninguno de los dos podía prever lo que mi madre estaba a punto de enseñarnos cuando entráramos.

# CAPÍTULO 15

—¿Qué pasa? —le pregunto a mi madre cuando, al entrar en casa junto a mi padre, la veo pasearse nerviosa por el pasillo.

—¿Estás bien? —le pregunta él, pero ella no contesta a ninguna de las dos cosas. Prefiere seguir deambulando en vez de respondernos, lo cual no nos sirve de mucho, a tenor de que llevamos un buen rato en el coche pensando qué podría estar sucediendo.

—¡Mamá! ¿Qué pasa? —le repito. Mi tono de voz elevado hace que, por fin, se detenga y nos mire. Pero, antes de que le dé tiempo a decir nada, es otra la persona a la que escucho.

Una persona que no sabíamos que estaba aquí.

—¡Ey! ¡Déjame salir de aquí! ¡Abre la puerta!

Me giro para mirar en la dirección de la que provienen los gritos femeninos de auxilio; comprendo que proceden del estudio. Veo que la puerta de esa estancia está cerrada, pero no me cabe duda de que la voz suena ahí dentro. Acto seguido, escucho que alguien da golpes en esa puerta.

¿Hay una persona encerrada en el estudio?

—¿Quién está ahí? —pregunta mi padre, que está tan horrorizado como yo.

—¡Ayúdame! ¡Déjame salir de aquí! ¡No puedes hacerme esto! —prosiguen los gritos desesperados. Aunque no reconozco a quién pertenece esa voz, la situación me resulta igual de inquietante que si lo hiciera.

¿Por qué da la sensación de que mi madre tiene a una mujer encerrada en el estudio?

—Mamá, empieza a explicarnos ya —le insisto a mi madre, corriendo hacia ella y poniéndole los dos brazos sobre los hombros para que no pueda escabullirse. Cuando la agarro, percibo que no parece tener demasiadas fuerzas. Puedo oler el alcohol en su aliento, pero no parece poseer nada de la valentía o el coraje adicional que suele tener cuando ha bebido.

No la había visto así de vulnerable desde que Darcy tuvo el accidente y estuvimos en el hospital sin la certeza de que fuera a sobrevivir. Si el hecho de que hubiera una mujer encerrada en el estudio no fuera suficiente, su fragilidad me confirma que la situación debe ser realmente grave.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí dentro? —exijo saber, sacudiendo los hombros de mi madre. Estoy tan desesperada por obtener una respuesta como lo está esa mujer por salir del estudio, pues no deja de aporrear la puerta. No soy capaz de pensar con claridad por culpa de esos ruidos. Finalmente, mi madre responde, haciéndonos saber a tanto a mí como a mi padre la situación exacta a la que nos estamos enfrentando.

—Es Eden —dice en voz muy baja.

—¿Eden? —repite mi padre.

Suelto los hombros de mi madre, doy un paso atrás y vuelvo a mirar nerviosa hacia la puerta del estudio. Ya sé quién está ahí dentro.

Se trata de la antigua mejor amiga y compañera de Darcy.

La persona que empezó una aventura con Laurence cuando Darcy pensaba que ese hombre estaba enamorado de ella.

La persona que robó los fármacos del hospital que Laurence planeaba usar para matar a mi hermana.

Y, más recientemente, la mujer que huyó justo después de que mi hermana matara a Laurence, y que no ha sido vista desde entonces.

—¿Qué hace esa mujer aquí? —pregunto, temerosa ante la posible respuesta, porque no puede ser buena.

—Está buscando a Darcy. Dice que mi hija tiene que contar la verdad sobre lo que ocurrió para que la policía no la detenga a ella cuando reaparezca —responde mi madre. Los tres seguimos con la mirada fija en la puerta, que tiembla cada pocos segundos cuando Eden le da sucesivos golpes—. ¿A qué se refiere? ¿De qué verdad está hablando?

Miro a mi padre; él sabe tan bien como yo a qué ha venido Eden a esta a casa. Está aquí porque en estos momentos la policía la está buscando, al igual que a Laurence. No van a tener demasiada suerte para encontrar a este último, al menos no a una versión de él que

camine y hable, pero sí que podrían dar con Eden. Si lo hacen, querrán saber qué le pasó a Laurence y, como la respuesta que podría ofrecerles no sería demasiado satisfactoria, lo más probable es que la arrestaran como sospechosa por haber infligido algún daño a Laurence. Por supuesto, la realidad es que es inocente, al menos en lo que respecta a ese hombre y a que su cuerpo esté ahora mismo en el fondo del lago Michigan, pero probablemente le costaría mucho explicarlo. Eso sí, Eden se aseguraría de mencionar a otra persona que podría ayudar en la investigación.

Darcy.

Siempre supe que era un problemón que Eden anduviera por ahí suelta en algún lugar del mundo, posiblemente lista para reaparecer en cualquier instante y echarlo todo a perder. Pero, después de tres meses, me imaginé que había encontrado la forma de pasar desapercibida y empezar una nueva vida en otra parte. Asumí que no vendría aquí ni acudiría a la policía porque correría un gran riesgo de que la detuvieran. Fue ella quien robó los fármacos en el hospital que luego fueron encontrados en casa de Laurence, junto a su sangre. No haría falta ser el más ingenioso de los detectives para llegar a la conclusión de que Eden mató a su novio y luego huyó. Pero incluso un detective de ese tipo estaría equivocado. Fue mi hermana quien cometió el asesinato. Eden es culpable de robo, y perdería su trabajo. También lo es de haber ayudado a Laurence a retener a mi hermana contra su voluntad mientras preparaban lo necesario para acabar con su vida. Sin embargo, no es culpable de homicidio.

Pero yo no puedo permitir que le cuente todo eso a la policía.

—Voy a hablar con ella —digo, dando ya un paso hacia la puerta del estudio. Pero mi padre extiende un brazo y me detiene.

—¿Qué? ¿Qué le vas a decir? —me pregunta.

Mi madre parece desconcertada.

—¿Qué está pasando aquí? —quiere saber ella. Obviamente tiene la sensación de que mi padre y yo estamos al tanto de algo que ella ignora.

—Espera, ¿cómo has conseguido encerrarla ahí? —le pregunto a mi madre, tratando de comprender cómo se ha llegado a esta

situación.

Ahora es mi madre la que parece no querer responder a una pregunta.

—No me ha quedado más remedio. No paraba de repetir que iba a ir a la policía, no dejaba de hablar de Darcy, diciendo que todo era culpa suya. Yo no sabía a qué se refería, pero obviamente no podía ser nada bueno para Darcy, así que entré en pánico y… —La voz de mi madre se entrecorta, pero mi padre la insta a terminar la frase.

—La golpeé —termina confesando. No era eso lo que ninguno de los dos esperaba oír.

—¿Que hiciste qué? —grita mi padre.

—¡No me quedaba otra! Me estaba contando que Darcy le había hecho algo a ese hombre que aparece en las noticias. Laurence se llama, ¿verdad? Creía que me estaba mintiendo, pero parecía muy segura de lo que estaba diciendo y no dejaba de insistir en que iba a contárselo todo a la policía. Yo tenía que hacer algo. Tenía que evitar que se fuera de casa. Así que usé eso —dice mi madre, señalando un paraguas que hay al pie de la escalera.

—¿La has golpeado con un paraguas? —dice mi padre, visiblemente asombrado de que su mujer haya sido capaz de hacer algo así.

—¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Permitir que fuera a comisaría a denunciar que Darcy le ha hecho daño a alguien? Pero ella no ha hecho nada, ¿no? Darcy es inocente, ¿verdad?

La respuesta a esa pregunta merece una conversación muy larga para la que no tengo tiempo ahora mismo, teniendo en cuenta que tenemos un problema vivito y coleando en esta casa. Más concretamente, en el estudio.

—¿Le has hecho algo grave? —le pregunto a mi madre con indecisión.

—Lo suficiente como para detenerla. Está sangrando un poco por la cabeza —admite mi madre.

Mi padre empieza a entrar en pánico, pero yo le digo que se calme, pues no nos ayudará en nada que él pierda los nervios.

—Bueno, entonces, ¿qué?, ¿la golpeaste y luego la empujaste hacia el estudio y cerraste la puerta con llave? —le pregunto,

tratando de terminar de resolver las incógnitas. Mi madre me confirma que, más o menos, fue eso lo que sucedió.

—¡Déjame salir de aquí! —grita Eden de nuevo. Su voz refleja su sufrimiento, pero la cerradura continúa bloqueada. Está claro que solo tiene una vía de escape del estudio. Y, para eso, la puerta se tiene que abrir desde este lado.

Pero ¿sería buena idea hacerlo?

—Vale, esto es lo que vamos a hacer —digo después de respirar profundamente—. Papá, vas a llevarte a mamá a la cocina y le vas a explicar todo. Lo que has encontrado en la otra casa y lo que yo te he contado. ¿De acuerdo?

Mi padre no parece muy entusiasmado con su misión, pero, considerando lo que ha sucedido aquí esta noche, ya es imposible que no se lo contemos todo a mi madre. Supongo que el debate que teníamos en el coche de camino aquí ha quedado zanjado. Sin embargo, en algún momento tendremos que abordar la cuestión de hasta qué punto se puede confiar en ella si tenemos en cuenta su problema con la bebida. Pero, antes de que podamos reflexionar sobre eso, mi padre me hace otra pregunta.

—¿Qué vas a hacer tú? —quiere saber, consciente de que aún no me he asignado ninguna tarea a mí misma.

—Voy a ir al estudio a hablar con Eden —le respondo, intentando sonar más segura de lo que en realidad estoy—. Y quiero que me prometas una cosa. Pase lo que pase, no abras la puerta a menos que yo te lo pida. ¿De acuerdo?

—Pippa, ¿qué vas a hacer? —me repite mi padre, que sin duda quiere una respuesta más concreta.

Así que le ofrezco la más precisa que soy capaz de darle.

—Tengo que hacer esto por nuestra familia —le digo. Trago saliva con dificultad y me dirijo hacia la puerta del estudio.

# CAPÍTULO 16

—¡Voy a abrir la puerta! —anuncio hacia el interior del estudio cuando me he armado de valor—. No quiero hacerte daño, Eden, así que échate hacia atrás y permite que entre. Entonces podremos hablar sobre dejarte salir de ahí.

Espero un poco para ver cómo se ha tomado mis palabras, pero, igual que a la prisionera que se encuentra en el estudio no le va a quedar más remedio que confiar en mí, a mí no me va a quedar otra que confiar en ella. Sabiendo lo que ha ocurrido hace un rato, ahora podría estar empuñando algún tipo de arma, algo parecido al paraguas de mi madre; tal vez esté planeando golpearme con lo que sea nada más entre. Tendré que estar alerta, así que llevo el paraguas conmigo, por si tuviera la necesidad de usarlo. En fin, es que no hay forma de resolver esta situación que no pase por hablar cara a cara con Eden, así que tarde o temprano voy a tener que terminar abriendo la puerta.

Y ese momento ha llegado.

Miro hacia atrás por encima del hombro para asegurarme de que mis padres no están vigilándome y entrometiéndose en mi misión. Compruebo que están en la cocina tal y como les he dicho, así que decido girar la misma llave que mi madre usó hace un rato para dar comienzo a este calvario.

Cuando la llave gira del todo, me pongo en guardia ante la posibilidad de que Eden intente salir por la fuerza del estudio, pero eso no sucede. Cuando abro la puerta, la veo de pie junto al escritorio de mi padre, a una distancia prudencial de mí. Parece nerviosa, desaliñada, asustada… básicamente lo normal para una mujer que lleva un tiempo ocultándose, pero que ha llegado al límite y necesita ya un respiro.

Al final, yo tenía razón en una cosa.

Tiene algo en sus manos con lo que podría hacerme daño.

—Baja la lámpara —le digo con suavidad—. No voy a hacerte nada.

—Pues deja que me vaya —me responde Eden—. Tu madre está loca. ¡Me ha dado una hostia en la cabeza! ¡Mira!

Eden se señala la sangre que tiene en la frente, justo debajo del nacimiento del pelo. La herida que le ha causado el paraguas de mi madre es bien visible y tiene pinta de doler una barbaridad. Pero ella no habría hecho algo así si no lo creyera necesario. Cuando mi padre termine de explicárselo todo en la cocina, comprenderá hasta qué punto lo era.

—Siento lo del paraguas —le digo mientras entro con cautela en la habitación. Cierro despacio la puerta una vez estoy dentro. Me aseguro mucho de no dar la espalda a Eden en ningún momento, por si le diera por abalanzarse sobre mí. Una vez que la puerta está cerrada y estamos las dos solas, soy completamente consciente de que lo que ocurra a continuación va a depender solo de mí. Mis padres no van a interferir en absoluto, pues tienen instrucciones estrictas de no hacerlo.

—¿Por qué cierras la puerta? Pensaba que me ibas a dejar marchar —dice Eden, que levanta un poco la lámpara como si estuviera considerando la opción de tener que usarla en algún momento porque le haya mentido sobre la posibilidad de que le permita irse.

—Debemos tener una conversación a solas, no quiero que nadie más la oiga —digo en voz baja—. Siéntate.

—No —responde Eden, a la que no parece interesarle lo más mínimo sentarse en el sillón enorme de cuero de mi padre, por cómodo que parezca. No puedo culparla por ello; yo tampoco lo haría si estuviera en su lugar. Debe estar muerta de miedo. No es la única que lo está, aunque he de reconocer que yo tengo cierta ventaja porque juego en casa, por mucho que eso solo me ayude si sé sacarle provecho.

—¿Por qué has venido aquí? —le pregunto—. ¿Por qué no pudiste quedarte donde estabas y mantenerte lejos de nosotros? No te hacía ninguna falta aparecer por aquí.

—¡Claro que tenía que hacerlo! ¿Qué alternativa tengo? ¡Yo no fui culpable de la desaparición de Laurence! ¡No tengo ni idea de dónde está! Lo último que supe, cuando hui de su casa, es que estaba vivo

y en buen estado. Pero ahora ha desaparecido y su cara y la mía inundan los informativos. ¡La policía me está buscando, y si me encuentran van a pensar que yo le hice algo! ¡Pero yo no he hecho nada malo!

—¿Nada? —le espeto de inmediato en cuanto termina su arrebato —. ¿Así que no robaste medicamentos en el trabajo y planeaste usarlos junto a Laurence para matar a mi hermana?

Esa acusación hace que se calle, aunque solo por un instante.

—Sí, pero al final no le hice nada a tu hermana. ¡Al revés, la ayudé! Detuve a Laurence y las dos salimos corriendo hacia el exterior de la casa. Yo logré escapar, y pensé que Darcy también.

—Pues no —digo, moviendo la cabeza de lado a lado con tristeza —. Laurence la atrapó.

—¡Dios mío! —grita Eden—. ¿Qué pasó después?

Dudo tanto antes de responder que Eden lo adivina con facilidad.

—¿Lo mató? —me pregunta con el miedo en sus ojos.

—¡Fue en defensa propia!

—¿Y por qué no llamó entonces a la policía? ¡Podría haber resuelto todo esto! ¡No habría recibido ningún castigo por lo que hizo, la policía no estaría buscando a Laurence ahora y todos los habitantes de Chicago no pensarían que fui yo quien le hizo algo!

—Mi hermana creyó que era demasiado arriesgado llamar a la policía; la verdad, yo estuve de acuerdo con ella —le explico—. Puede que no la hubieran creído, y menos teniendo en cuenta su historial médico. La amnesia, el aturdimiento… Cualquier detective podría haberse inventado una historia, tergiversar los hechos y hacerla parecer poco fiable y, por tanto, peligrosa. Y luego estaba el tema de los medicamentos robados del hospital, los que tú cogiste. Habría sido necesario explicar su presencia, ¿cómo podría haberlo hecho Darcy? A la policía le habría parecido que esos fármacos habían sido robados a propósito para poder utilizarlos en un crimen. De hecho, así era, pero fuiste tú quien los cogió, y erais tú y Laurence los que ibais a cometer ese crimen. ¿Acaso era justo que mi hermana tuviera que responder por eso?

—¿Acaso es justo que la gente piense que yo tuve algo que ver con que Laurence desapareciera? —contraataca Eden—. Soy

inocente. No he matado a nadie. Llevo meses viviendo en moteles baratos a las afueras de la ciudad, escondiéndome todo el día y fundiéndome los pocos ahorros que tengo para sobrevivir. Pero ya se me ha acabado el dinero y estoy bien jodida, y no puedo retomar mi vida normal a menos que Darcy le explique todo esto a la policía, así que por eso he venido a esta casa. Tu hermana tiene que ayudarme, igual que yo la ayudé a ella salvándole la vida. Así que dime, ¿dónde está?

—No está aquí —le respondo, asegurándome de mantener firme el contacto visual con Eden para poder convencerla de que estoy siendo sincera con ella—. Está muy lejos de Chicago y no va a volver nunca, así que no puede ayudarte. De hecho, eres tú quien tiene en su mano que tu situación mejore. Tienes que irte de Chicago también. Empieza una nueva vida. No le cuentes a nadie quién eres, nadie lo va a descubrir. Puedes hacerlo. Es tu única opción.

—No, ni de coña —responde Eden, sacudiendo la cabeza mientras se le llenan los ojos de lágrimas—. Sí que tengo otra opción. Hablaré con la policía y les explicaré lo que acabas de contarme. Seguro que recibiré algún castigo por robar en el hospital y por haber estado ocultándome durante tanto tiempo, pero ¿qué más me da? Al menos no me van a responsabilizar de nada peor que eso. Perderé mi trabajo, pero no mi libertad. ¡Podré seguir adelante con mi vida, o con lo que quede de ella, sin tener que vivir con un miedo constante! Podré volver a mi casa, conseguir otro empleo, tener algo parecido a una vida. Y eso es mucho más de lo que tengo ahora.

Eden parece estar sumamente angustiada, algo lógico dadas sus circunstancias. La conversación no está yendo bien. Esta situación amenaza con salirse de control, tengo que contenerla como sea. Pero ¿cómo lo hago?

—Podríamos darte algo de dinero —le sugiero—. Mis padres tienen mucho. Me has dicho que andas ya bastante escasa y que por eso te has visto obligada en última instancia a venir aquí, pero nosotros podríamos ayudarte. Podríamos echarte una mano para que te establecieras en otro lugar. En ese caso no tendrías por qué acudir a la policía. Ese podría ser el nuevo comienzo que necesitas.

No he hablado de esa opción con mis padres, pero, si es la única vía posible para que Darcy no sufra ninguna consecuencia por sus acciones, estoy segurísima de que la aceptarán. Y tienen mucho dinero, eso es completamente cierto. Y, además, es algo de lo que estoy segura de que Eden ya se habrá dado cuenta, viendo esta casa tan llena de lujos.

—¡No quiero comenzar de cero! ¡Mi vida está aquí! —grita Eden, que no reacciona tal y como yo esperaba—. ¿Y Laurence?

—¿Qué pasa con él?

—La gente tiene que saber lo que le pasó. ¿Dónde está?

Esa información no la compartiría con nadie que no perteneciera al entorno familiar más cercano. De hecho, con ellos la he compartido porque tampoco tenía elección, así que decido ignorar esa pregunta e intento avanzar de nuevo.

—Te estás equivocando —le digo a Eden, dando un paso hacia ella —. Estás actuando como si tuvieras el control de la situación, pero no es así. Solo tienes una opción. Aceptas la oferta que te hago, empiezas de nuevo en otra parte y no le dices una palabra de esto a nadie en tu vida. Porque si no…

—¿Si no qué?

No quiero tener que decirlo, así que me quedo callada para que Eden lo averigüe ella solita.

—¿Me vas a matar? —grita cuando cae en la cuenta—. ¿Es eso? ¿Me estás amenazando?

—Lo único que te estoy diciendo es que pienso hacer lo que haga falta para proteger a mi hermana —le explico—. Igual que mis padres harán lo que sea necesario para proteger a su hija. Así que, si nos vemos obligados a elegir entre tú o Darcy, es evidente que vamos a escoger a Darcy. Siempre.

Eden baja en ese instante la lámpara, aunque no parece ser una decisión consciente, sino más bien una señal de que comprende que no tiene más remedio que acatar lo que le digo o no saldrá viva de esta habitación. Han pasado varios minutos desde que la he invitado a sentarse en el sillón de mi padre, pero es ahora cuando lo hace. Suelta la lámpara y apoya la cabeza entre las manos.

Le doy el tiempo que necesita para asimilar la situación y echo un vistazo por la ventana que da a la fachada de la casa para asegurarme de que no hay ningún otro visitante inesperado a punto de llamar a la puerta. Pero la calle está tan tranquila como casi siempre. Seguirá estándolo mientras Eden no haga ninguna tontería.

—Vale —dice después de un minuto de una tensión insoportable —. Voy a aceptar vuestro dinero y no le diré nada a nadie.

—¿Te irás de Chicago para siempre y no volverás jamás? — pregunto, pues necesito confirmación, tengo que estar segura.

Eden asiente.

—Sí. Me iré esta noche —me responde.

Parece que me he salido con la mía. Son buenas noticias, pero aún me queda alguna duda.

—¿A dónde vas a ir? —le pregunto.

—No lo sé.

—Me gustaría tener la sensación de que tienes algo que se parezca a un plan.

—A California, tal vez.

—¿Conoces a alguien allí?

—No. ¿No se trata de eso?

—Quería asegurarme —le digo—. ¿Y tu familia y tus amigos de aquí? ¿No tendrás nunca la tentación de ponerte en contacto con ellos?

—No. No tengo mucha familia, y con respecto a los amigos… Bueno, puedo hacer amigos nuevos.

Eden parece haber aceptado mi propuesta, así que supongo que es el momento de invitar a mis padres a la conversación para que podamos analizar los pormenores con detalle.

—La puerta no está cerrada con llave —le digo—. ¿Por qué no vas a asearte un poco?

Eden mira hacia la puerta y, sin perder tiempo, se levanta y se dirige hacia ella. La observo mientras lo hace. Justo antes de que salga del estudio, se me ocurre una última pregunta.

—No me has preguntado cuánto —le digo con tono tranquilo.

—¿Qué? —responde, deteniéndose junto a la puerta.

—No me has preguntado cuánto dinero te vamos a dar —le explico—. Si yo fuera tú, habría querido saber la cantidad exacta que iba a recibir si me viera obligada a empezar de cero en otra parte. Me parece un detalle muy importante.

Eden me mira fijamente durante un segundo. Estudio su rostro, buscando por todos los medios alguna señal de que las dudas que me han entrado no están justificadas. Pero su expresión no me tranquiliza en absoluto. De hecho, un instante después, toda duda desaparece cuando Eden abre con gran rapidez la puerta del estudio y sale corriendo al pasillo.

Lo sabía. Me ha intentado engañar. No tenía ninguna intención de aceptar nuestro dinero y empezar una vida en otra parte. Se ha limitado a decir lo que consideraba necesario para que la dejara salir viva de esta habitación.

Y lo ha conseguido.

Salgo corriendo del estudio para comprobar que Eden ya ha echado mano del picaporte de la puerta de la calle. Justo antes de que pueda abrirla, la agarro por el pelo y la arrastro hacia atrás, recordándome a mí misma que esta mujer casi permitió que Laurence matara a mi hermana. Sin la participación de Eden, es muy probable que ese hombre no hubiera acabado muerto y que Darcy no se hubiera visto obligada a abandonar la ciudad. Eden no es una mujer inocente, y eso es lo que me repito una y otra vez mientras la arrastro de nuevo hacia el estudio. Ignoro las preguntas que por el camino me van haciendo mis padres, que no dejan de gritarme desde la cocina para saber qué está pasando. Desestimo sus gritos y también los de auxilio de Eden. Y, por encima de todo, no le hago caso a esa voz interior que me dice que esto podría ser una mala idea. Cojo la lámpara y la alzo por encima de mi cabeza.

Ignoro absolutamente todo mientras golpeo a Eden con la lámpara en la cabeza hasta que deja de moverse.

Solo cuando dejo de golpearla y miro el cuerpo inerte sobre la alfombra me doy cuenta de que me parezco a mi hermana más de lo que pensaba.

Somos hermanas.

Somos enfermeras.

Y, ahora, ambas somos asesinas.

# CAPÍTULO 17

## DARCY

—¿Estás bien?

Miro a Parker, que está sentado a mi lado en la arena, y es evidente que acaba de darse cuenta de que he tenido un escalofrío. No lo ha provocado el descenso de la temperatura, ahora que el sol se ha puesto ya en Florida. Ha sido extraño, parecía más bien una señal de advertencia, una sensación de que algo va mal en alguna parte. No sé con qué podría estar relacionado. Como no tengo ni idea de qué responderle a Parker, le echo la culpa al aire fresco de los momentos posteriores al atardecer.

—Sí, solo tengo un poquito de frío —le digo, frotándome las manos contra los hombros para simular calentarme y reforzar de esa forma mi pequeña mentira. Parker se la cree.

—Quizá deberíamos irnos —me sugiere. No me parece mala idea: llevamos aquí un buen rato. Hemos estado sentados sobre la arena, rodeados de otras personas que están disfrutando del atardecer, desde que me topé con él y con su padre cuando salí de casa. En aquel momento no dejaba de darle vueltas a lo de mi cuaderno, a quién podría haberlo cogido, y al principio encontrarme con ellos me pareció más un obstáculo que una ayuda. Pero, poco después, Parker me invitó a tomar un helado con ellos y, desde entonces, me empecé a sentir un poco mejor.

Sigo sin tener ni idea de dónde está mi cuaderno y sigo preocupada por su desaparición, pero la tarde me ha ofrecido una cosa que hacía mucho tiempo que no disfrutaba.

Compañía sincera.

Los tres elegimos el sabor de helado que más nos apeteció a cada uno. Parker se decantó por el chocolate, Joe optó por uno de vainilla y yo, de toffee. Parker, en un gesto de amabilidad, pagó los tres helados, y luego vinimos a la playa y nos sentamos para dar buena cuenta de ellos. Pero no nos sentamos todos juntos, ya que Joe prefirió hacerlo sobre el muro de piedra que ahora tenemos a unos

metros, mientras que nosotros decidimos descansar sobre la arena. Lo hicimos así porque, como me comentó Parker, a Joe le gusta estar solo de vez en cuando. Pero eso me pareció estupendo, ya que me ofreció la posibilidad de hablar con Parker de forma más privada que si Joe hubiera estado con nosotros. La conversación fue más provechosa gracias a ello.

—No me importa quedarme cinco minutos más si vosotros queréis —le respondo a Parker, al que le parece bien mi sugerencia. Me alegro, porque si se marcha volveré a quedarme sola, sola con mis preocupaciones y mis problemas, cosa que me resulta mucho más desagradable que estar aquí junto a un hombre con el que cada vez me siento más a gusto.

—Genial —dice Parker. Mira a su padre para comprobar que está bien, y así lo parece. Aparenta estar feliz sentado sobre el muro y observando a unos cuantos patinadores que pasan a toda velocidad por el paseo marítimo. He tenido la impresión de que Joe ha estado muy contento durante la tarde contemplando el ir y venir de la gente. Supongo que para él constituye un respiro muy bienvenido de las horas que pasa en su apartamento, que le debe parecer cada vez más una prisión, pues allí pasa mucho más tiempo ahora que cuando su salud no estaba resentida.

—Tiene buen aspecto —le digo a Parker con una sonrisa—. Sabiendo lo que ocurre bajo la superficie, quiero decir.

—¿No podría decirse lo mismo de todo el mundo? —me responde Parker, que no me acompaña del todo en el positivismo que yo quería transmitir, pero que, con una respuesta así de breve, ha sido honesto e increíblemente revelador.

Tiene razón, por supuesto. Casi todos parecemos estar bien por fuera. Pero, por dentro, la historia suele ser diferente.

Desde luego, no se equivoca en lo que a mí respecta.

Sin embargo, no es de mí de quien quiero hablar en este momento, y tampoco soy yo quien tiene los problemas que creo que Parker está insinuando. Parece que es él quien tiene unos cuantos. Ya que estamos aquí a solas, y dado que ha sido tan amable conmigo durante toda la tarde, creo que sería descortés por mi parte no preguntarle si se encuentra bien.

—Es mi novia —me explica tras haberle preguntado—. Las cosas no nos van muy bien que digamos.

—¿Te apetece hablar sobre ello? —le ofrezco, cayendo en la cuenta de que es la primera vez que me menciona que tiene una relación. Yo ya sabía de la existencia de su novia porque Joe me lo contó, pero ahora ha sido el propio Parker el que ha compartido conmigo esa información.

—Ya no nos llevamos bien —me responde, demostrando que aparentemente se siente cómodo abriéndose conmigo sobre este tema. Ese hecho me produce una sensación reconfortante, aunque sea un asunto difícil de tratar.

—Vaya, lo siento. ¿Es algo reciente?

—No, llevamos así un tiempo. Ha ido empeorando gradualmente. Ahora las cosas están muy mal.

—¿Cómo de mal?

Mi última pregunta es tal vez demasiado inquisitiva. Me preocupa haber hurgado demasiado, pero a Parker no parece molestarle.

—No te quiero aburrir con los detalles, pero digamos que ha ocurrido algo que no tiene vuelta atrás.

De inmediato, me pregunto si se refiere a una aventura o a otra cosa que haya podido destruir la confianza entre la pareja, pero no lo voy a presionar al respecto. Podría estar extralimitándome.

—Lo siento —es lo único que se me ocurre decir de nuevo. Sin embargo, interiormente me gustaría saber si han sido sus acciones las que han provocado el deterioro de la relación o si su pareja ha sido la responsable.

—¿Cómo se llama? —le pregunto con cierta indecisión.

—Irene.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Cuatro años.

Más tiempo del que yo pensaba. La relación de Parker no es una simple aventura, sino algo más serio. ¿Siento un poco de celos de esta Irene? No exactamente, pues está claro que las cosas van mal entre ella y Parker. Pero supongo que los años anteriores al desgaste actual fueron divertidos, al menos al principio. Y quizá sí que sienta celos de eso. La diversión de una nueva relación. La chispa. El

deseo. Y el amor que termina surgiendo. No tener ninguna de esas cosas en mi vida es solo una de las muchas razones por las que me siento tan infeliz en la actualidad.

—¿No podéis solucionar las cosas hablando?

—Creo que ya es demasiado tarde para eso.

—No puede ser tan grave, ¿no? —le presiono, con la intención de obtener más información.

—Creo que lo nuestro se ha acabado —me dice Parker, que suena convencido de ello—. Es hora de probar otras cosas.

No sé si con «otras cosas» se refiere a mí, pero yo no puedo evitar mirarlo en cuanto lo ha dicho, y compruebo que él se gira para devolverme la mirada. Nos quedamos así, mirándonos el uno al otro, durante un par de segundos más de lo normal.

Si yo no fuera una persona tan analítica y tan cohibida, diría que este es el momento perfecto para que uno de los dos se lanzara a darle un beso al otro. Pero eso no sucede, y probablemente sea mejor así. Además del hecho de que Parker, técnicamente, sea mi jefe, la persona por cuyos cuidados me paga está sentada por ahí cerca y podría vernos comportándonos de forma muy poco profesional si le diera por mirar hacia aquí.

Me doy la vuelta para comprobar si Joe nos está observando desde el muro en el que lleva sentado todo este tiempo. Sin embargo, no consigo verlo.

—¿Dónde está tu padre? —le pregunto a Parker, incorporándome un poco en la arena mientras lo busco a mi alrededor.

Es evidente que él tampoco tenía ni idea de que su padre se había movido, porque parece estar tan sorprendido como yo.

—¡Oh, no! —exclama, poniéndose de pie a toda prisa y salpicando un poco de arena sobre mi ropa. No puedo enfadarme por ello, puesto que sin duda está preocupado por dónde puede estar su padre. Yo me siento igual que él—. ¡Papá! —grita Parker, corriendo hacia el muro sobre el que estaba sentado Joe. Mira a su alrededor entre la multitud de peatones, patinadores y personas que están sentadas en la arena intentando disfrutar de una tarde tranquila. Pero todos ellos han visto perturbada esa tranquilidad, porque

Parker sigue llamando a su padre gritando como un descosido. Sin embargo, no obtiene respuesta alguna.

Comprendo que tengo que unirme a la búsqueda, así que me pongo de pie y empiezo a llamar a Joe también gritando, al tiempo que escudriño la playa en busca de algún rastro del hombre al que he llevo todo el día cuidando. Pero hay mucha gente por todas partes, cada vez hay menos luz, y, como no tengo ni idea de la dirección que podría haber tomado, no es tarea fácil localizarlo.

—¡Papá! —sigue gritando Parker. Él ha decidido ir hacia la izquierda por el paseo marítimo, así que yo tomo la decisión de buscar en la dirección opuesta, para tener así todo cubierto.

Mantengo los ojos bien abiertos en busca de Joe. Esquivo a un tipo que va patinando y a una pareja que se está haciendo un selfie. Sigo sin tener suerte. ¿Y si Joe ha empezado a deambular por ahí y se ha terminado perdiendo? ¿Y si está aturdido y no es capaz de encontrar el camino de vuelta? ¿Y si en este momento ni siquiera recuerda quién es y a dónde tiene que ir?

No sé si esto habrá sucedido antes, pero me digo a mí misma que debo preguntarle a Parker al respecto cuando encontremos a su padre, sobre todo para ser más precavida en el futuro mientras cuide de él. Aunque no volveré a cuidar de él a menos que lo encontremos, así que sigo corriendo por todas partes. Parker y yo seguimos ampliando nuestra zona de búsqueda, pero seguimos sin dar con Joe.

Y entonces lo veo.

Está en la playa, de pie sobre la arena, junto a la orilla. Parece estar mirando hacia el mar, pero no está en el agua, al menos de momento. En cuanto lo veo, salgo corriendo hacia él para asegurarme de alcanzarlo antes de que pueda entrar en el agua.

—¡Joe! —le grito.

El hombre se gira y me ve corriendo hacia él, con la preocupación reflejada en el rostro, pero enormemente aliviada al comprobar que está bien y que Parker no va a tener que recibir malas noticias en relación con su padre.

—¿Estás bien? Te hemos estado buscando —le digo, casi sin aliento—. Te has alejado un poco.

Joe sigue mirándome, pero no habla. Por un instante, dudo si sabe siquiera quién soy y por qué lo he estado buscando. Pero entonces me dice algo que me resulta extremadamente desconcertante, aunque por otros motivos.

—Tiene que dejarla marchar —asegura Joe, que sigue sin apartar la mirada de mis ojos.

—¿Perdona? ¿Qué? —respondo, todavía tratando de recuperar el aliento.

—Irene —añade Joe, que sigue con una expresión seria en su rostro.

—¿La novia de Parker? —le pregunto.

Joe asiente.

—Está en peligro —me dice—. Y ahora tú también lo estás.

# CAPÍTULO 18

## PIPPA

No siempre es fácil contarles ciertas cosas a tus padres. Puede resultar difícil hablarles de que has comenzado una nueva relación con alguien que no les gusta, o de un cambio profesional drástico, o de cualquier otra cosa que pueda preocuparles si piensan que podrías estar cometiendo un error. Sin embargo, si comparamos todas esas cosas con lo que tengo que contarles ahora, las conversaciones difíciles que he tenido que mantener con ellos en el pasado parecen ahora pan comido. Recuerdo aquella vez cuando me planteé dejar la carrera de Enfermería porque me estaba resultando demasiado difícil, o las ocasiones en las que llamé a casa para pedirles algo de dinero porque lo había despilfarrado viajando.

Ojalá tuviera que hablar con ellos ahora de cosas tan sencillas como esas.

Pero, en vez de eso, tengo que contarles que tenemos que deshacernos de un cadáver.

—¿Qué está pasando? —me pregunta mi padre después de haber salido corriendo de la cocina, ignorando mi advertencia de que no se moviera de allí.

Mi madre también aparece casi al mismo tiempo, igual de preocupada que él, aunque estoy a punto de complicarles mucho más las cosas. Ahora mismo, no pueden ver lo que hay detrás de mí, sobre la alfombra del estudio. Solo me divisan a mí, que estoy de pie en la entrada de esa estancia, impidiéndoles la visión. Debo aparentar un nerviosismo descomunal, pero ellos ignoran de momento la razón por la que estoy así.

Pero la descubrirán en cuestión de segundos.

—No pretendía hacerlo, pero no me ha quedado más remedio —trato de defenderme. Ojalá este intento de defensa solo lo tengan que escuchar mis padres, y no un juez ni un jurado dentro de algún tiempo.

—¿Hacer qué? —pregunta mi madre.

Entretanto, mi padre dirige su mirada hacia el interior del estudio, imagino que buscando a Eden, pero aún no logra verla.

—He intentado llegar a un acuerdo con ella, pero enseguida he comprendido que no iba a cumplirlo, y en ese momento ha intentado huir —continúo explicándoles—. He tenido que detenerla. No he tenido elección. Me he visto obligada a hacerlo. Por Darcy y por todos nosotros.

—Pippa, ¿qué has hecho? —vuelve a preguntar mi madre, con una mezcla de miedo e impaciencia en la voz. Pero no soy capaz de articular palabra para responderle, aunque tampoco es estrictamente necesario que lo haga porque mi padre se acerca hasta mi posición y, sintiéndome demasiado débil para impedirle el paso, me hago a un lado y les permito contemplar el estudio en su totalidad.

—¡Dios mío! —exclama cuando ve a Eden tendida en el suelo con sangre brotando de la cabeza—. ¿Qué coño ha pasado?

—La he golpeado —digo en voz baja. Me siento mucho más dócil que hace apenas unos instantes, cuando empuñaba la lámpara y la convertí en un arma mortal para protegerme a mí misma, pero también a mi familia.

Mi padre entra rápidamente en la habitación para comprobar el estado en el que se encuentra Eden; mientras, mi madre comienza a acercarse también hasta ella. Yo me quedo sola, de pie con los brazos cruzados, sintiéndome impotente.

¿Por qué Eden ha tenido que intentar salir corriendo? ¿Por qué no se ha limitado a aceptar mi propuesta? ¿Por qué ha tenido que salir todo así de mal?

En un abrir y cerrar de ojos, he pasado de ser una persona que ayudó a una asesina a deshacerse de un cadáver y a huir a ser yo misma una asesina. Aunque aquel primer delito ya era bastante grave, este es muy diferente.

Este es infinitamente peor.

De momento, soy la única que sabe con certeza que Eden está muerta, por eso mi padre está echando un vistazo a su cuerpo. Mi madre le plantea una pregunta trascendental.

—¿Está viva? —quiere saber.

Ambas vemos cómo mi padre se arrodilla junto a Eden y trata de encontrarle el pulso. Pero no lo localiza y nos dirige una mirada que responde inmediatamente a esa pregunta.

—¿Qué has hecho? —exclama mi madre casi sin aliento. Tiene el gesto torcido ante el horror que está contemplando, y su cuerpo parece agarrotado por el miedo. Es como si el mero hecho de estar a mi lado la hiciera estar nerviosa, como si de repente mi presencia constituyera un peligro para ella. No es así, por supuesto que no lo es, pero comprendo que esta situación me deja en muy mal lugar. En cuestión de minutos he dejado de ser su hija preciosa y abnegada y me he convertido en una asesina despiadada. Eso debe ser un golpe durísimo para cualquier madre, pero especialmente para una que acababa de enterarse de que su otra hija también ha arrebatado una vida.

—¡He tenido que hacerlo! —vuelvo a insistir—. Iba a acudir a la policía.

—La has matado —me replica mi madre, que sigue horrorizada.

—¡Y tú la encerraste aquí! —grito con lágrimas en los ojos, intentando a la desesperada hacerla quedar como la que lo empezó todo. Pero claro, hay una diferencia abismal entre encerrar a una persona en una habitación y golpearla en la cabeza con un objeto contundente hasta que deje de respirar. Sigo completamente dominada por la adrenalina y no puedo pensar con claridad. Por supuesto, tampoco estoy en condiciones de hablar con propiedad sobre lo que acabo de hacer.

—¡Para intentar razonar con ella, no para matarla! —me grita mi madre.

Mientras, veo que mi padre vuelve a comprobar el estado de Eden. Finalmente, parece aceptar con amargura su diagnóstico inicial de que ha fallecido.

—Tenemos que gestionar esto, y tenemos que hacerlo rápido —digo en voz alta, más para que me escuche mi padre que mi madre, porque él todavía parece estar bastante tranquilo, mientras que ella está perdiendo el control de la situación a pasos agigantados.

—No sé qué hacer —admite mi padre, que se sienta abatido contra la pared en una esquina del estudio junto al cadáver. Por

unos instantes, parece el niño asustado que yo debería parecer, en vez del padre sereno que necesito que sea.

—Lago Michigan —le digo con templanza. Sé que entenderá a qué me refiero con esas dos palabras por lo que ya le he contado esta tarde.

Ahí es donde terminó el cuerpo de Laurence después de que Darcy lo matara.

Así que ahí es donde tenemos que depositar también el cadáver de Eden.

—Necesito tiempo para procesar todo esto —dice mi padre, pero yo niego con la cabeza.

—No, no tenemos tiempo. Cuanto más lo pospongamos, más posibilidades hay de que nos pillen. ¡Ay, joder, si me detienen, sabéis perfectamente lo que voy a perder! Nunca más volveré a ver a Campbell. Él necesita a su madre tanto como yo necesito a la mía. Por eso tenemos que mover a Eden ya, mientras esté todo oscuro y antes de que pueda venir nadie a casa. Tenemos que deshacernos de ella y limpiar todo esto. Mamá, tú puedes encargarte de la limpieza del estudio mientras papá y yo llevamos el cuerpo al lago.

Parece un plan sencillo, que podría funcionar si todo el mundo hace lo que tiene que hacer. Pero escuchar algo así debe ser impactante: mis padres me están mirando como si de repente me hubieran salido un par de cabezas más.

—¿Tú te estás escuchando? —exclama mi madre—. ¿Quién eres?

—¡Lo siento! Sé que es difícil oírme hablar así, pero no tenemos tiempo que perder. Si queremos protegernos a nosotros mismos y, sobre todo, a Darcy, debemos actuar tan rápido como podamos. Si escondemos el cuerpo de Eden, nadie sabrá su paradero, y tampoco el de Laurence. Si lo conseguimos, nadie se enterará jamás de lo que hizo Darcy o de lo que hemos hecho nosotros. Sería ponerle punto final a todo. Lo único que tendríamos que hacer es llevarnos nuestro secreto a la tumba.

He expuesto los hechos de la forma más sencilla posible, dadas las circunstancias, y por suerte mi padre parece entrar en razón y da la sensación de que se recupera un poco del estado de terror que lo tenía paralizado. Pero mi madre sigue de pie a mi lado,

completamente inmóvil, y parece que va a necesitar que la convenzan mucho más antes de que haga ningún movimiento.

—Tiene razón —le dice mi padre, señalándome con la cabeza—. Hay que actuar rápido, tenemos que hacerlo para proteger a Darcy.

La mira, y ella por fin termina moviéndose, aunque no por una razón demasiado buena.

—Creo que voy a vomitar —dice mientras se tapa la boca con una mano. Sale corriendo hacia el baño de la planta baja y, segundos después, oigo arcadas procedentes de ese lugar.

Mi padre y yo compartimos una mirada de intranquilidad. El silencio que se hace entre nosotros refleja una preocupación. Puede que nosotros estemos logrando mantener la compostura, pero hay una persona que no. Como no solucionemos ese problema, no vamos a estar del todo a salvo. De repente, tengo una idea para conseguir que mi madre se sienta un poco mejor al respecto de lo que ha ocurrido aquí en los últimos minutos.

Me dirijo al cuarto de baño y, ante los continuos sonidos de los esfuerzos de mi madre por vomitar, respiro profundamente, con la esperanza de que mi idea funcione y mi madre consiga tranquilizarse un poco. Cuando llego junto a ella, la veo inclinada sobre el retrete, con las manos apoyadas en el borde y el pelo cayendo a un lado del rostro, mientras toma aire y produce unos sonidos de lo más desagradables que confirman que todavía sigue teniendo muchas náuseas.

—Mamá, hay una buena noticia en todo esto —le digo. Puede sonar indignante y hasta ofensivo si tenemos en cuenta las circunstancias. Pero es cierto.

Tal vez sea por el impacto que ha producido en ella lo que acabo de decir, pero mi madre se gira y me mira. Tiene gotas de sudor en la frente y continúa luchando por respirar. Me deja hablar.

—La razón por la que hice que Darcy se fuera de la ciudad fue porque desconocíamos el paradero de Eden, y no sabíamos si iba a acudir o no a la policía para hablarles de Laurence —le recuerdo.

Mi madre no dice nada. Se seca la frente, pero sigue completamente pálida. Tengo que explicárselo con más claridad.

—Bueno, como Eden ya no es un problema, eso significa que Darcy no tiene que seguir ocultándose en ningún sitio —digo con una leve sonrisa en el rostro, casi imperceptible, porque me parece una falta de respeto sonreír plenamente cuando una mujer ha muerto en esta casa hace un rato.

Mis palabras calan en mi madre; veo que parece recuperar un poco de color en su cara.

Ha captado mi idea.

Después de todo, hay buenas noticias.

Tal vez mi hermana pueda volver a casa y podamos ser de nuevo una familia de verdad. Quizá podamos olvidarnos de todo esto.

Quizá.

# CAPÍTULO 19

## DARCY

—¿A qué te refieres? —le pregunto a Joe con la intención de que me dé alguna explicación antes de que Parker nos encuentre—. ¿Qué quieres decir con eso de que Irene está en peligro y ahora yo también?

Joe parece preocupado, pero no por el hecho de que le haya pedido explicaciones, sino porque alguien se acerca por detrás de mí. Cuando me doy la vuelta, veo a Parker corriendo por la arena en nuestra dirección.

—Dímelo —le insisto a Joe durante nuestros últimos segundos juntos, pero se mantiene en silencio hasta que Parker llega a nuestra altura, terminando sin duda alguna con cualquier posibilidad de que su padre me ofrezca algún detalle más sobre su advertencia.

—¡Papá! ¿Cuántas veces te he dicho que no te vayas solo por ahí? —grita Parker con cara de preocupación. ¿O tal vez de enfado? Es difícil saberlo, y más aún con las palabras de Joe todavía resonando en mi cabeza. Aunque hace apenas unos minutos me sentía muy a gusto cerca de Parker, ahora vuelvo a desconfiar de él.

—Estábamos muy preocupados —continúa Parker, cogiendo el brazo de su padre—. Venga. Vámonos a casa.

Joe accede a los deseos de su hijo. Parker guía a su padre a través de la arena hasta volver al paseo marítimo, y yo dudo qué hacer. Finalmente, decido ir tras ellos. Cuando los alcanzo, no sé si preguntarle a Parker o no acerca de lo que su padre me acaba de decir. No quiero poner al pobre hombre en un aprieto ni meterlo en problemas, así que quizá sea mejor hacerlo cuando no esté cerca.

—Parker, ¿puedo hablar contigo un momento? —termino preguntando sin embargo. Pero, nada más hacerlo, Joe me hace un gesto de negación con la cabeza.

Está claro que quiere que no le diga nada, así que le hago caso, incluso después de que Parker me pregunte qué me pasa.

—Nada, nada —respondo, aceptando la sugerencia de Joe.

—Siento lo que ha pasado. Tengo que llevar a mi padre a su casa. Nos vemos mañana, ¿vale? —me dice Parker. Se dispone a marcharse, pero cuando comienza a alejarse…

—¡Espera! —le grito.

Él se detiene, con su mano aún en el brazo de Joe.

—¿Qué pasa? —me pregunta. Parece ligeramente molesto, aunque aún no sabe que no ha sido tan solo la tarde lo que no ha ido cómo el preveía.

—No sé si mañana iré a trabajar —le digo, nerviosa.

—¿Por qué no?

—Tengo que resolver unas cuantas cosas —le contesto, lo cual es minimizar mucho mi realidad. Entre otros muchos asuntos, tengo que averiguar qué ha sucedido con mi cuaderno, y también he de encargarme de descubrir si Parker es una persona en quien realmente puedo confiar.

—Pero te necesito —me dice Parker, y parece hacerlo con sinceridad—. Lo sabes muy bien. Necesito que me ayudes con mi padre. Es un trabajo a tiempo completo, creo que te lo dejé claro.

Miro a Joe, que transmite una gran sensación de indefensión estando de pie junto a su hijo, que lo tiene agarrado como si fuera un niño desobediente que volverá a escaparse en cuanto se le presente una oportunidad. Pero Parker se la juega y suelta a su padre, para acercarse a mí para hablar discretamente.

—Puedo pagarte un poco más si ese es el problema —me dice Parker en voz baja—. Entiendo que tener que ir persiguiendo a mi padre por una playa llena de gente haya sido algo estresante y angustioso. Quizá te preocupe que pueda volver a suceder cuando yo no esté. Así que ¿qué te parece si te pago algo más?

Sigo sin estar segura por varias razones, y Parker continúa hablando.

—¿Qué tal cincuenta dólares más al día? —me sugiere.

—No, no hace falta —le digo, sintiéndome mal.

Pero él mueve la cabeza de lado a lado.

—Aún con esa subida, me sigue saliendo mucho más barato pagarte a ti que ingresar a mi padre en cualquier residencia de

ancianos —prosigue Parker—. Aunque quizá tenga que hacer eso más pronto que tarde, si sigue escapándose.

—¿Lo había hecho alguna vez? —le pregunto.

Parker asiente.

—Sí, en alguna ocasión. Y siempre me llevo un buen susto hasta que lo encuentro. Pero esta vez lo has encontrado tú. Te doy las gracias por ello. Podría haber sido mucho peor si no me hubieras ayudado. Podría haber terminado en el agua.

Mientras miro a Parker, que parece estar realmente agradecido por mi intervención y a la vez preocupado por la salud de su padre, comprendo que me enfrento a un dilema. Da la sensación de ser un buen tipo, ¿por qué su padre no deja de advertirme sobre él? Si fuera tan malo como su padre dice, seguro que Joe ya se lo habría contado a alguna otra persona y no permitirían que se quedara solo con él, ¿no?

Sé que es poco probable que averigüe si ocurre algo extraño si dejo de trabajar para Parker. No debería hacerlo, porque es fundamental que descubra la verdad. Quizá Joe no esté en lo cierto y me está contando cosas que no tienen ningún sentido, en cuyo caso Parker necesita mi ayuda tanto como me ha confesado. O tal vez Joe me esté contando la verdad, y si ese fuera el caso, el que está en peligro es él y es a él a quien debo ayudar. Por otra parte, necesito dinero y Parker acaba de ofrecerme más. Sin mi cuaderno, no tengo mucho más a lo que aferrarme para mejorar mi suerte.

—Vale, hasta mañana —le digo a Parker con voz tranquila.

Él me sonríe, me da las gracias de nuevo, vuelve con su padre y se aleja junto a él en dirección al apartamento de Joe.

Mientras los veo marcharse, pienso en qué hacer a continuación. ¿Debería ir al cibercafé para intentar averiguar más cosas sobre los nombres que recuerdo de mi cuaderno y tratar de descubrir el lugar exacto de Chicago en el que podrían estar esas personas? ¿O me voy a casa a descansar, que ya se ha hecho tarde?

Como ya me he comprometido a trabajar mañana y a averiguar todo lo que sea capaz sobre lo que pueda estar sucediendo entre padre e hijo, opto por volver a mi apartamento. Eso también me

dará la oportunidad de ver si ha desaparecido algo más cuando llegue.

***

Pero no ha sido así. Todo está como lo dejé antes de salir a pasear y toparme con Parker y Joe. Estoy cansada, necesito dormir un poco. Cuando lo logro, sueño con que vuelvo a estar corriendo por la arena, igual que hace un rato.

Pero esta vez no estoy corriendo hacia Joe.

Estoy escapando de su hijo.

# CAPÍTULO 20

## PIPPA

El agua del lago está tranquila y silenciosa, lo cual contrasta en gran medida con los latidos de mi corazón, que retumban en mi pecho. Siento la sangre bombear por mi cuerpo a tal velocidad y con tanta fuerza que casi no puedo oírme pensar. Daría cualquier cosa por estar tan tranquila y serena como la gran masa de agua que se extiende ante mí, pero jamás volveré a estar así.

Si ya creía que lo estaba pasando mal antes de esta noche, lo que venga después va a ser mucho peor.

Pero la noche aún no ha terminado. Todavía no hemos tirado al lago el cadáver que llevamos en el maletero del coche, así que mi padre y yo podríamos terminar detenidos si un testigo pasara por esta zona y nos pillara in fraganti.

—Tenemos que darnos prisa —digo. Es una obviedad, pero he sentido la necesidad de decir algo para que, con suerte, mi padre se mueva un poco. No lo ha hecho desde que aparcamos aquí hace unos minutos.

He dirigido a mi padre hasta esta parte del lago, porque yo ya estuve aquí antes. Sé que este lugar está tranquilo a estas horas de la noche, y también sé otra cosa sobre este sitio que es igual de importante que esa.

Aquí los cadáveres parecen pasar inadvertidos.

Hace ya tres meses que lancé el de Laurence a esta parte del lago y vi cómo se hundía bajo la superficie. Las piedras que había metido en los bolsillos del muerto contribuyeron a que terminara en las profundidades, donde solo los peces que residen en el lago podrían ver su rostro. Puede que las truchas, los salmones y otros animales marinos vieran perturbada su tranquilidad al principio, cuando el cuerpo de un ser humano comenzó a hundirse junto a ellos. Pero seguro que ya se habrán acostumbrado a su presencia, dondequiera que yazca en el fondo de este lago, desintegrándose con el tiempo

hasta que no sea más que un montón de huesos y una parte integral del ecosistema, si es que no lo es ya.

Como estoy segura de que ese cadáver aún no ha sido descubierto, al menos por algún agente externo a la vida acuática, supongo que este es un buen lugar para deshacerme de otro cuerpo.

Es el momento de dejar a Eden en su última morada.

O, al menos, en la que espero que lo sea.

Mi padre no dice palabra mientras salimos del coche y nos dirigimos hacia el maletero. Cuando lo abre, ambos nos quedamos mirando el rostro sin vida de la mujer a la que he asesinado hace dos horas. En ese tiempo, hemos trasladado su cuerpo desde el estudio hasta el coche de mi padre, que estaba convenientemente aparcado dentro del garaje en vez de en la entradita de la casa, a la vista de todos los vecinos. Luego lo hemos traído hasta aquí, y mi madre se ha quedado en casa. Espero que esté haciendo lo que le he dicho: fregar con esmero el suelo del estudio para eliminar cualquier resto de sangre y romper la lámpara en tantos pedacitos como pueda, para deshacerse después de ellos de forma segura. Tendré que confiar en que cumpla su parte del trato, igual que ella tiene que confiar en que nosotros cumplamos la nuestra. Para ello, mi padre y yo tenemos que trabajar en equipo para conseguir que el cadáver termine en el agua.

—Yo la cojo por arriba —digo, no porque quiera estar más cerca del cráneo destrozado de Eden, sino porque para mi padre será más fácil hacer esto si le evito tener que coger el cadáver por el extremo donde está toda la sangre.

Pongo las manos bajo los hombros de Eden y la levanto. Noto los huesos de su espalda mientras lo hago. Pesa mucho, qué duda cabe, pero mi padre me está ayudando a transportarla. El peso de mi conciencia es muchísimo peor que el físico.

Llevamos a Eden hasta la orilla del lago por el camino más corto. A continuación, comenzamos a balancear ligeramente el cuerpo, cogiendo impulso suficiente para lanzarlo lo más lejos posible hacia el interior del lago y que no se quede demasiado cerca de la orilla, para no arriesgarnos a que aterrice en un terreno menos profundo.

—¡Una, dos, y TRES!—grito, y justo cuando acabo de hacerlo cada uno suelta el extremo del cuerpo que sostenía. Vemos cómo Eden vuela por los aires durante un segundo antes de estrellarse contra el agua, alterando la serenidad de la superficie y provocando pequeñas olas en todas direcciones.

Mientras observo las ondas extendiéndose a su alrededor, Eden se hunde rápidamente gracias a las piedras que lleva en los bolsillos. Su cara es lo último que veo antes de que desaparezca del todo. Segundos después, es como si nada hubiera caído sobre el agua.

El ruido que ha hecho el cuerpo al entrar en ella es sustituido rápidamente por un silencio que resulta reconfortante e inquietante a partes iguales. Reconfortante porque el hecho de que todo esté en silencio implica que no parece haber ninguna otra persona por la zona que haya visto lo que acabamos de hacer. Porque, si hubiera sido así, seguramente habría alguien exclamando, gritando o, como mínimo, corriendo para alejarse de los dos delincuentes a los que ha visto en acción. Pero, por otro lado, el silencio también es inquietante. No escuchamos nada que pueda distraernos un poco de lo que acabamos de hacer, y tampoco podemos decir nada que haga que el otro se sienta mejor.

Al menos hace un rato sí que he sabido decir algo para mejorar el estado de ánimo de mi madre. Tal y como había previsto, decirle que el fallecimiento de Eden implica que podamos traer a Darcy de vuelta a casa ha servido para animarla, al menos hasta el punto de que dejara de vomitar y pudiera salir del baño. Seguía estando pálida y muy asustada, pero al menos ha podido comportarse de forma productiva, y espero que a estas alturas el estudio esté completamente limpio de cualquier prueba. Sin duda, lo revisaré bien cuando llegue a casa, aunque ni de lejos tan a fondo como lo haría un experto forense de la policía de Chicago, así que tiene que haber hecho un trabajo perfecto por si algún día les diera por venir a investigar.

Pero, si he sido capaz de ofrecerle unas palabras a mi madre que mejoraran su animosidad, no he podido encontrar ni una sola que haga que mi padre se encuentre un poco mejor tras lo que ha sucedido esta tarde-noche. Ha oído lo que le he dicho a mi madre

acerca de la posibilidad de que Darcy vuelva a casa, si es que puedo gestionar tal cosa cuando llegue el momento, pero ni ha sonreído ni ha hecho nada que me haga pensar que encuentra justificación a lo que le he hecho a Eden. Ha estado muy callado todo el rato, cosa que odio, porque lo único que consigue con eso es que no deje de considerar ni un segundo todas las cosas horribles que puede estar pensando sobre mí desde que salimos de casa y comenzó a conducir hasta aquí.

Puede que Darcy y yo jodiéramos para siempre nuestras vidas la noche en que ella mató a Laurence y yo decidí ocultar aquí el cadáver, pero ahora las de mis padres también podrían haberse ido a la mierda para siempre. Tal vez la razón por la que no le he dicho nada todavía es porque no hace falta hablar cuando está tan claro lo que hay en juego.

Si nos pillan a alguno de los cuatro, todos acabaremos entre rejas. Ese será el legado que dejará nuestra familia.

Quiero volver al coche y emprender ya el camino de vuelta, no solo porque sea siniestro y arriesgado quedarse aquí demasiado tiempo, sino porque cada vez hace más frío y tenemos por delante una noche muy larga. Pero subirme al coche sin mi padre tampoco tiene ningún sentido, pues es él quien conduce. Hasta el momento, no ha movido un solo músculo desde que nos hemos deshecho de Edén, o, mejor dicho, desde que la hemos apartado de la tierra firme.

Diría que mi padre ha entrado en shock y, aunque soy una profesional médica cualificada, no tengo capacidad para sacarlo de él. No puedo hacer nada para animarlo un poco. De hecho, puede que mi presencia empeore su estado.

—Esto solo habrá valido la pena si vuelve Darcy —dice, rompiendo el silencio y hablando aún presa de la conmoción.

—Por supuesto —respondo, aliviada porque haya vuelto a hablar. Eso tiene que ser necesariamente una señal positiva.

—¿Crees que puedes conseguir que regrese? —me pregunta con seriedad.

—Sí —contesto, fingiendo confianza en mi respuesta, porque la realidad es que no la tengo—. Le voy a escribir, y yo misma iré a

Florida a buscarla. Haré que vuelva a casa.

—A menos que esté mejor sin nosotros —sugiere mi padre. Esto ya no parece tan positivo.

—¿A qué te refieres?

—Mira lo que hemos hecho. Tu madre, tú y yo. Hemos hecho algo horrible aquí esta noche y todos somos igual de culpables. En un intento de proteger la vida de nuestra hija, hemos arrebatado la de otra persona. ¿Es eso correcto? ¿Es justo? Yo no lo creo.

—No puedes pensar así —insto a mi padre—. No deberías. Lo que tienes que pensar es que Eden estaba dispuesta a permitir que Darcy muriera. Ella y Laurence eran personas peligrosas, pero Darcy logró sobrevivir, y nosotros solo hemos ayudado a terminar lo que ella empezó. Ninguno de nosotros quería que esto sucediera, pero es lo que hay. No somos los malos de la película.

—¿Ellos son los malos? —me pregunta, señalando con la cabeza hacia el lago para referirse a las dos personas que hay en su fondo.

—Sí —le digo, desafiante—. Lo son.

Después de decirle eso, me dirijo hacia el coche. Mi padre se queda junto al lago, pero al final termina siguiéndome. Una vez sentados en el interior del vehículo, arranca y nos ponemos en marcha. Nos dirigimos a casa ya con la intención de ver a mi madre, comprobar el estado en el que se encuentra su parte de la operación de limpieza y, finalmente, conseguir encontrar la forma de dormir un poco esta noche. Sé que debo volver pronto a mi casa, donde están mi marido y mi hijo. De alguna manera tendré que conseguir actuar como si todo fuera bien.

—¿Es posible? —me pregunta mi padre mientras conduce—. ¿Se puede seguir adelante con la vida sabiendo lo que hemos hecho?

—Tenemos dos opciones —le respondo mientras miro por la ventanilla hacia la oscuridad espeluznante que rodea el enorme lago que ya vamos dejando atrás—. O mantenemos a nuestra familia unida y guardamos nuestro secreto, o la gente se entera de lo que hemos hecho y no volvemos a vernos en nuestras vidas.

—Supongo que entonces no hay más que hablar —dice mi padre, asintiendo tristemente. Sin más, abandonamos la conversación y hacemos el resto del trayecto en silencio.

***

Cuando volvemos a casa, encontramos a mi madre sentada en la cocina, con el cubo de la fregona cerca de ella y un gesto vacío en el rostro.

Nos miramos los unos a los otros; somos conscientes de lo que necesitamos que ocurra ahora.

Tenemos que rezar para que nadie encuentre el cuerpo de Eden.

Podríamos irnos de la ciudad durante unos días que van a ser muy nerviosos por si acaso viniera la policía, pero para eso tendría que inventarme una historia que contarle a Karl, y ya le he mentido a mi marido más que suficiente. Tampoco quiero sacar a Campbell de la guardería si no es estrictamente necesario, porque no creo que sea bueno alterar su rutina y causarle algún problema. De todas formas, puede que no llegue a hacer falta que nos vayamos, así que ¿para qué causar todo ese follón si la policía nunca va a sospechar de nosotros?

Nos quedaremos aquí.

Si pasa el tiempo suficiente, entonces, y solo entonces, existe la posibilidad de que el cuarto miembro de nuestra familia vuelva a nuestras vidas.

Todos echamos de menos a Darcy.

Pero, después de esta noche, tal vez estemos un poco más cerca de recuperarla.

# CAPÍTULO 21

## DARCY

—¡Diez puntos! ¡Vaya, qué buena esa!

Estoy impresionada con las habilidades de Joe en el Scrabble, ya que ha vuelto a tomar la delantera en nuestra partida actual. Aunque es la tercera del día, todavía no me estoy aburriendo en absoluto de jugar. Además del Scrabble, hemos hecho un puzle y nos hemos atrevido con unos cuantos sudokus. Nuestra mañana de juegos ha sido sin duda una forma divertida de pasar el tiempo. Mientras hemos estado jugando, Joe ha estado casi siempre bien, salvo un momento en el que me ha preguntado a qué hora se uniría a nosotros su difunta esposa. Al margen de ese detalle, su memoria le ha funcionado bien, lo suficiente como para recordar un montón de palabras largas que le otorgan puntos adicionales en el Scrabble.

—Pensaba que se te iba a dar bien jugar a esto —me dice Joe tras ganar otra partida.

Yo me encojo de hombros; no he tenido ninguna oportunidad de vencerlo. Me preocupaba que pudiera pensar que me estaba dejando ganar, algo que apuesto a que un hombre tan orgulloso como él odiaría que ocurriera, pero creo que ya se ha dado cuenta de que me estoy esforzando al máximo y que, simplemente, él es muchísimo mejor que yo.

—¿Otra partida? —le propongo tras mirar la hora y comprobar que aún no es mediodía, así que aún no es momento de empezar a preparar el almuerzo. Pero Joe se levanta de su asiento, diciéndome que tiene otra idea. Sin embargo, cuando escucho lo que me sugiere, no estoy segura de que la idea sea demasiado buena.

—Podríamos ir a dar un paseo —dice mientras coge ya su sombrero, colgado en una percha junto a la puerta.

—¿Un paseo? —le repito, poniéndome alerta de forma instantánea, pues la última vez que Joe salió a pasear terminó desapareciendo y tuvimos que buscarlo durante un buen rato—.

Dentro de nada será la hora de almorzar. ¿Te parece que me ponga ya a preparar la comida?

—Podemos comer por ahí —dice Joe despreocupadamente, y comprendo que está decidido a salir, más aún teniendo en cuenta que se está poniendo los zapatos.

Me planteo llamar a Parker para ver si le parece una buena idea, pero lo más probable es que esté ocupado y seguramente no me conteste. Además, salir a la calle tampoco será para tanto, siempre que permanezca atenta a los movimientos de Joe todo el tiempo. Así que, como no le quiero privar de la posibilidad de tomar un poco de aire fresco que podría mejorar su estado de ánimo, termino cediendo.

—Vale, vamos a dar un paseo. Pero tengo que ir al baño un segundo —digo levantándome de mi asiento y alejándome de la caja llena de fichas del Scrabble, que nos han mantenido ocupados durante las últimas horas.

Echo el pestillo de la puerta del cuarto de baño y me miro en el espejo. Veo que tengo pinta de estar igual de cansada que cuando me miré en el espejo de mi casa tras levantarme esta mañana. Eso sucedió hace unas horas, mientras me preparaba para venir aquí. En ese momento todavía no estaba muy segura de si debía presentarme hoy a trabajar. Después de los sucesos de la pasada noche en la playa, me fui a casa y lo escribí todo en un papel. En concreto, escribí las palabras que Joe me dijo antes de que Parker se uniera a nosotros.

*«Tiene que dejarla marchar».*

*«Está en peligro».*

*«Y ahora tú también lo estás».*

Anoté todo eso para no olvidarlo, y también escribí los nombres de los miembros de mi familia para poder continuar recordándolos. Consciente de que mi memoria tiene más agujeros que un colador, me pareció que lo mejor sería escribir todo lo que fuera capaz de recordar, sobre todo teniendo en cuenta que mi cuaderno desapareció y que sigo sin encontrarlo por ninguna parte. Lo que me dijo Joe provocó que fuera un poco reacia a volver a esta casa, porque leer sus palabras una y otra vez no hizo más que alimentar el

misterio de las mismas, pero tuve la esperanza de poder comenzar a resolver ese misterio viniendo hoy a trabajar. Sin embargo, no ha sido así. Cuando he intentado abordar el tema con Joe durante nuestra primera partida de la mañana, me ha cortado en seco al instante.

—No sé de qué me hablas —me ha respondido al preguntarle sobre nuestra conversación a solas de la pasada noche junto al mar.

—Me dijiste que yo podía estar en peligro —le he recordado—. E Irene también. Te acuerdas, ¿verdad?

Joe se ha limitado entonces a negar con la cabeza, lo que no me ha sido de ninguna ayuda. He empezado a temerme que me estuviera ocultando más información deliberadamente, pero enseguida he recordado su estado de salud y he considerado la posibilidad de que tal vez sea ese el verdadero motivo por el que no recuerda nada.

Si ya es difícil presionar a cualquier persona cuando sospechas que puede estar ocultándote información, aún lo es más cuando esa persona tiene una enfermedad cerebral que afecta a su memoria, así que sin estar segura sobre la verdadera razón por la que Joe no me estaba respondiendo, he tenido que ser prudente y asumir que realmente lo había olvidado.

Aún me siento frustrada por ello. Dejo escapar un suspiro y me alejo del espejo, dándome prisa para salir pronto del baño y no hacer esperar demasiado a Joe. Pero, al salir del mismo, comprendo que ha debido impacientarse, porque no me contesta cuando le pregunto por dónde quiere pasear.

—¿Joe? —le llamo, pensando que quizá no me haya oído. Pero casi de inmediato veo las puertas del balcón abiertas, así que me imagino que estará ahí afuera.

Solo cuando me acerco un poco más, me doy cuenta de que el balcón está vacío.

Si ha salido a este lugar, ya no está aquí.

—¡Dios mío, Joe! —grito, corriendo hacia el borde del balcón, y miro por encima de la barandilla, aterrorizada por lo que pueda encontrarme cuando mire hacia abajo. ¿Y si se ha caído por la

barandilla? ¿Y si está tirado en el suelo con el cráneo roto, y mis ojos se encuentran con su mirada vacía?

¿Y si se ha matado y todo ha sucedido mientras estaba a mi cargo?

Miro hacia abajo y busco a Joe en el suelo. Se me vienen a la cabeza todas las razones por las que Parker me paga para que vigile a su padre. El motivo principal es que podría hacerse daño por accidente en un momento de confusión mental. La mayoría de las personas, salvo los niños pequeños y muy pocas otras, son plenamente conscientes de lo peligroso que es caer desde las alturas, pero ¿puede decirse lo mismo de una persona que ha perdido parte de sus capacidades mentales? ¿Habrá sufrido Joe un episodio de confusión y se habrá olvidado del peligro de una caída como esta? De ser así, lo más probable es que esté muerto, porque la altura del balcón es considerable. Sin embargo, por más que miro, no soy capaz de verlo ahí abajo. Es una buena noticia, pero tal vez haya caído sobre un lugar que desde aquí no alcanzo a ver.

Solo hay una manera de averiguarlo.

Salgo hacia el pasillo exterior a toda velocidad, asustada por lo que pueda descubrir cuando pise tierra firme, pero consciente de que no tengo más remedio que comprobarlo. Me da la sensación de que el ascensor desciende a una velocidad lentísima, y voy animándolo por el camino para ver si acelera un poco.

El estómago me da vueltas en el trayecto que me lleva desde la puerta del ascensor ya en la planta baja hasta el exterior del edificio, pero, al salir a la calle, no veo nada traumático. No hay ni rastro de cadáveres, sangre o transeúntes horrorizados que se lleven las manos a la boca deseando no haberse encontrado con la escena que tienen delante.

Todo parece normal.

¿Dónde coño se ha metido Joe?

Por un instante, me pregunto si aún podría estar en su apartamento. Quizá no lo haya visto, no sé cómo. Tal vez me ha escuchado llamarlo pero ha preferido ignorarme. Puede que esté bien y que todo este estrés no esté justificado. Cuando me dispongo

a subir corriendo a la quinta planta para comprobarlo, escucho una voz detrás de mí.

—¡Aquí estás! Creía que te habías olvidado del paseo.

Me doy la vuelta y veo a Joe de pie, con el sombrero puesto y una sonrisa en la cara. Me tiende la mano, como invitándome a acompañarlo en el paseo que ha planeado.

—¡Ay, Dios mío! ¿Estás bien? ¡Creía que te habías caído por el balcón! —le grito. Noto cómo me relajo de inmediato y toda la tensión que tenía en mi cuerpo comienza a abandonarlo.

—A ver, yo no diría que esté muy bien, pero voy sobreviviendo —me dice Joe.

Lo cojo de la mano y comenzamos a caminar.

Mi corazón sigue latiendo un poco más deprisa de lo que debería cuando empezamos a andar. Joe me guía por el paseo marítimo en una dirección diferente a la que tomamos anoche. A medida que avanzamos, me señala algunas cosas, como ciertos bares en los que le gustaba tomar algo, algunas tiendas que frecuentaba su difunta esposa y, particularmente, el restaurante especializado en mariscos que hay hacia el final del paseo marítimo, que es lo que le hace evocar el pasado.

—Comíamos ahí con mucha frecuencia —me explica Joe mientras nos detenemos para contemplar el restaurante—. A ella le encantaba. Nos encantaba a ambos. Ahí pasábamos muchas horas hablando. Ahora está lleno de chavales mirando sus teléfonos móviles, pero entonces era más tranquilo y algunas veces estábamos nosotros solos. Charlando. Viendo la vida pasar. Felices por estar exactamente donde estábamos.

Joe tiene lágrimas en los ojos, pero, cuando vuelve a mencionar a su difunta esposa, no parece triste por lo que está diciendo.

—Al menos murió antes de ser testigo de cómo podía llegar a ser él.

—¿Perdona? —le digo, sin saber con seguridad a qué se está refiriendo.

—Parker. Me alegro muchísimo de que mi mujer nunca llegara a ver las cosas de las que su hijo era capaz.

Enseguida me doy cuenta de que hemos vuelto al tema misterioso de Parker. Como no quiero perder la oportunidad de conocer más detalles antes de que Joe lo olvide, o finja olvidarlo, le presiono un poco.

—¿Qué pasa con tu hijo que sea tan grave? —le pregunto, con la sensación de que por fin estoy a punto de averiguarlo.

—Preferiría estar en una residencia de ancianos antes que vivir con él —dice Joe, tajante.

—Parker está ahorrando para poder ingresarte en una residencia cuando sea necesario —le digo.

Joe se ríe.

—No le hace falta ahorrar. Con vender mi apartamento podría pagar con creces los cuidados que necesite. Pero no quiere que vaya a una residencia. Al menos no todavía. No hasta que solucione su problema.

—¿Qué problema?

—El que tiene en su casa.

Joe se gira para mirar hacia atrás, en la dirección de la que provenimos. Pero yo no estoy dispuesta a que reemprendamos ya la marcha ante el temor a que la conversación termine aquí si nos volvemos a mover.

—Cuéntame qué está pasando con Parker —le suplico—. Tiene que ver con su novia, ¿verdad? ¿Irene?

Joe respira profundamente y parece que está a punto de enfadarse. Sin embargo, continúa hablando.

—No quiere meterme en una residencia porque le preocupa que yo pueda hablar —me dice.

—¿Hablar sobre qué?

—Sobre lo que está haciendo.

—¿Y qué es lo que está haciendo? —le pregunto, impaciente y, a la vez, bastante asustada.

—Tienes que ayudarla —me dice Joe en voz baja, aunque lo bastante alto como para que lo escuche por encima del motor lejano de una moto acuática.

—¿A Irene?

Joe asiente.

—¿Ayudarla cómo? ¿Qué está pasando? —pregunto.

Joe me mira de repente con una expresión que no le había visto antes.

Veo el miedo en su cara.

—¿Quieres saber por qué prefiero vivir en una residencia antes que con mi hijo? —me pregunta. Su expresión se vuelve más grave por cada segundo que pasa—. Es por lo que oculta en su sótano.

# CAPÍTULO 22

## PIPPA

Cuando echo un vistazo hacia el sótano, no veo nada especialmente emocionante. Observo una lavadora, algunas bolsas llenas de ropa para donar y algunos proyectos de bricolaje que mi marido empezó pero de los que se aburrió enseguida. He bajado para ver si hacía falta poner alguna lavadora, pero, para ser sincera, también porque necesitaba alejarme un rato de mi hijo y de mi marido.

Tanto Campbell como Karl son tan absorbentes hoy como de costumbre, cada uno a su manera. Karl sigue estando de mal humor conmigo, continúa sin ser el buen compañero que me hace tanta falta porque sigue creyendo que no le estoy contando la verdad, que no comparto con él todo lo que se me pasa por la cabeza. Echo de menos la época en la que éramos una pareja de verdad, cuando nos lo contábamos todo porque confiábamos el uno en el otro. Por desgracia, mi marido tiene razón, por supuesto. Me estoy guardando cosas. Muchas. Pero, si él llegara a enterarse de qué se trata, creo que preferiría que no se lo hubiera contado. Porque claro, eso implicaría tener que escuchar cómo le hablo de los dos cadáveres que he arrojado al lago Michigan y de cómo golpeé a una de esas personas en la cabeza con una lámpara. La guinda del pastel sería contarle que Darcy se fue de la ciudad porque ella también había matado a una persona.

¿Qué te parecen las novedades, maridito? ¿Sigues queriendo que te cuente todos mis secretos?

En cuanto a mi hijo, ahora mismo está en la cama con gripe, una enfermedad que le ha impedido ir hoy a la guardería y que también ha provocado que yo no vaya a trabajar. No he podido encontrar a alguien que cuide de él, así que le he dicho a mi jefe del hospital que hoy no voy a trabajar y no hay más que hablar. Al menos así no me voy a ver obligada a gestionar el estrés que me causa el trabajo en un momento en el que tengo tantas cosas en la cabeza. Como era de esperar, a mi jefe no le ha hecho ninguna gracia que no vaya

hoy, pero eso es normal si consideramos que se trata del director de la planta infantil de un hospital en el que falta mucho personal y hay más pacientes de los que puede asumir. Supongo que es cierto que nadie puede cuidar hoy de mi hijo, aunque la realidad es que no se lo he pedido a nadie.

Desde luego, no les he preguntado a mis padres.

Me da que ellos necesitan un poco de tiempo para procesar los hechos recientes, así que he preferido no llamarlos para ver si podían venir a cuidar de su nieto mientras Karl y yo nos íbamos a trabajar. La mañana en mi casa es, como siempre, caótica. Karl se está preparando para irse a la oficina y ambos luchamos contra el cansancio producido por la falta de sueño, consecuencia de la enfermedad de nuestro hijo. No puedo arriesgarme a que mis padres sufran algún tipo de crisis nerviosa cerca de Campbell, porque mi marido podría enterarse y eso le haría sospechar aún más de que está pasando algo raro. Es mucho mejor que no vaya a trabajar y me quede sola en casa cuidando de mi hijo mientras espero que mis padres se tomen todo el tiempo y la intimidad que necesiten para afrontar lo que hicimos juntos.

Por desgracia, yo no tengo en la mano cómo hayan decidido afrontar ellos la situación. Me da que al menos uno de ellos estará sentado frente a la tele viendo algún canal de noticias, preocupado cada vez que aparece en pantalla una «noticia de última hora» y preguntándose si la policía va camino de casa para detenerlos. No me parece sano que pasen así su tiempo, aunque no puedo culparlos si esa es su elección, porque yo misma no he dejado ni un momento de consultar en mi teléfono las noticias a cada rato. Me da pánico que aparezca un periodista contando alguna noticia novedosa relacionada con el lago Michigan y con un descubrimiento de lo más siniestro.

Continúo con mis tareas con determinación y aprovecho para lavar algunos de mis uniformes de enfermera, para que estén listos cuando vuelva al trabajo. Cuando empieza la lavadora, subo para ver cómo está mi hijo. Pero de camino me encuentro con mi marido, aunque yo esperaba que ya se hubiera ido a trabajar. No es así. Cuando veo lo que lleva en la mano, entiendo por qué.

Es una carta.

Debía estar saliendo de casa justo cuando ha llegado el cartero.

¿Qué será lo que iba a entregarnos hoy?

Sé que no puede tener relación con Darcy, porque me aseguré mucho de darle una dirección de apartado de correos para cualquier carta que me quisiera escribir. Así, puedo mantener la correspondencia con mi hermana en secreto de cara a mi marido, y que de esa forma él no pueda leer nada de lo que me cuente. Sin embargo, cuando me acerco a él, veo que sostiene una carta escrita a mano. Sorprendentemente, la letra se parece muchísimo a la de mi hermana.

¿Cómo es posible?

—¿Qué es eso? —le pregunto, esperando estar equivocada. Lo más probable es que lo esté, porque yo no le di a Darcy la dirección de mi casa y es imposible que ella la recuerde con el estado en el que se encuentra su memoria. Pero, cuando Karl me ve llegar, alza la carta y, aunque me resulte raro, tiene una sonrisa en la cara.

—Es de Darcy. Vaya lectura tan interesante —dice de forma engreída.

Me quedo petrificada. Una parte de mi vida privada que había construido con tanto esmero parece haberse resquebrajado por completo.

—¿Qué? —es todo lo que puedo decir como respuesta. Da la sensación de que Karl esperaba mi sorpresa. Lo que es peor, parece que se está divirtiendo mucho con ella.

—¿Qué pasa? Estoy leyendo una carta de mi cuñada. Ella es de la familia, ¿no? No debería ser un problema que la lea, ¿verdad? Tiene sentido que me preocupe por ella, aunque, habiendo leído esta carta, ya no tengo por qué hacerlo.

Karl suelta una risita y arroja la carta sobre la encimera de la cocina. Yo me apresuro a cogerla, temerosa de su contenido y de lo mucho que pueda haber averiguado mi marido. Darcy debería haber olvidado todo lo que pasó antes de que se fuera de Chicago debido a sus lesiones cerebrales. Pero ¿y si ha estado teniendo algún flashback? ¿Y si ha recuperado la memoria? ¿Y si lo que me ha escrito incluye detalles muy incriminatorios?

Lo serían tanto para ella como para mí.

Leo la carta a la máxima velocidad posible; mi cerebro hace horas extra para procesar las palabras cuanto antes y poder determinar hasta qué punto la situación es grave. Pero mi lectura se ve interrumpida por las nuevas risitas de mi marido.

—Lo sabía. Sabía que me estabas ocultando algo, y estaba seguro de que tenía que ver con tu hermana. Bueno, ahora ya lo sé con seguridad.

¿Lo sabe? Dios mío, ¿qué habrá escrito Darcy?

—¡Espera, puedo explicártelo! —grito antes incluso de haber terminado de leer la carta de mi hermana. Me siento obligada a hacer algo para frenar a mi compañero, porque puede que las cosas se acaben de poner feas. Muy muy feas.

—Da la sensación de haber estado entretenida últimamente —dice Karl mientras intento terminar de leer.

Enseguida comprendo a qué se refiere. Darcy ha escrito sobre un nuevo trabajo que tiene, algo relacionado con cuidar al padre de un tipo al que conoció en una cafetería. Estoy leyendo tan deprisa y el corazón me late tan fuerte que las palabras escritas empiezan a tornarse borrosas y temo que todo mi mundo esté a punto de desmoronarse. Pero entonces ocurre algo extraño. Karl deja de interrumpirme y, cuando consigo terminar de leer la carta, veo que no se menciona nada delictivo en ella.

No hay referencias a Laurence, a su cuerpo o al lago Michigan; tampoco habla de mi implicación en relación con eso. No hay nada escrito sobre Eden o sobre los problemas que mi hermana y yo podríamos tener si a esa mujer le diera por ir a la policía. Eso es bueno, porque demuestra que mi hermana no ha recuperado la memoria, tal y como yo esperaba. También significa que mi marido todavía no ha descubierto el motivo real por el que Darcy dejó la ciudad y por qué me he comportado de forma tan huidiza con él con respecto a ese hecho. Pero lo que aún no logro explicarme es cómo Karl ha llegado a estar en posesión de esta carta.

—No lo entiendo —digo—. ¿Por qué tienes tú esto?

—Lo que quieres saber es por qué han enviado la carta aquí en vez de al apartado de correos, ¿verdad? —dice Karl, levantando las

cejas como si acabara de descubrir una conspiración brillante—. Bueno, te lo voy a contar. Sabía que me estabas ocultando algo, así que me propuse averiguarlo. Y claro, para eso he tenido que andar husmeando un poco entre tus cosas. Me refiero a tu teléfono, tu portátil, tu correo electrónico, todo lo que he podido pillar mientras estabas fuera de casa o durmiendo. Y lo siento si eso me hace parecer un marido paranoico, pero sí, Pippa, eso es exactamente en lo que me he convertido, porque no me has dejado otra opción.

—¿Has estado rebuscando entre mis cosas? —le pregunto. No me asusta el hecho de que eso demuestre una enorme falta de confianza en nuestra relación, sino más bien que ha debido encontrar algo que no debería mientras investigaba.

—Por supuesto que sí, y no te creas que me siento ni un poquito culpable por haberlo hecho, teniendo en cuenta cómo te has comportado conmigo estos últimos meses —responde Karl pausadamente, sin un atisbo de arrepentimiento en su rostro o en su voz—. Estaba seguro de que me estabas ocultando algo, y así era. Encontré una dirección de un apartado de correos, guardada en una nota de tu móvil. Cuando descubrí que estaba registrada a tu nombre, me hice pasar por ti y redirigí todo el correo que tenía que llegar a ese apartado para que, en vez de llegar allí, lo hiciera aquí a casa. Esa es la razón por la que acabamos de recibir esta carta.

Son muchas cosas que asimilar, pero no tengo tiempo de procesar nada. Podría tratar de limitar los daños y explicarle por qué era necesario tener un apartado de correos secreto para mi hermana, pero algo me dice que, a menos que le cuente toda la verdad, Karl no me va a creer y solo va a servir para empeorar las cosas. Por ello decido optar por una estrategia diferente, quizá aún más arriesgada, al menos en lo que respecta al futuro de mi relación.

—¡No me puedo creer que hayas hecho algo así! Es completamente inaceptable que te pongas a rebuscar entre mis cosas. Me das asco.

Pues ya está. Esa es la estrategia. Volver todo esto en contra de mi marido. Hacerle ver que la mala no soy yo, que él es el que ha hecho algo muy grave, aunque yo sea consciente de que tengo que asumir mi parte de culpa por haberlo llevado hasta este extremo. El

problema de esta estrategia es que indudablemente va a hacer que discutamos aún más. Tal y como están las cosas en estos momentos, nuestra relación se va a terminar de romper sin remedio.

Es un alivio pues que, antes de que ninguno de los dos pueda decir una palabra más, oigamos que Campbell nos llama desde el piso de arriba. Dan igual nuestras discusiones; Karl y yo siempre dejamos de lado nuestros problemas cuando nuestro hijo nos necesita. Como en estos momentos está enfermo, reaccionamos ambos incluso más rápido de lo que solemos hacerlo.

—Voy yo —le digo, encaminándome ya hacia las escaleras. Tengo la esperanza de que Karl me diga que se tiene que ir ya a trabajar y que podemos aplazar la conversación hasta que vuelva por la tarde. Pero no, para mi decepción, prefiere seguirme escaleras arriba. A lo mejor ni siquiera piensa ir a trabajar hoy, lo cual sería un verdadero problema. No quiero que se quede en casa las próximas horas y que se prolongue esta situación tan desagradable. No le digo una sola palabra mientras nos dirigimos hasta el dormitorio de Campbell; él también permanece callado.

Entro antes que él en la habitación de nuestro hijo, pero sorprendentemente no hay ni rastro de él. No está en su cama, tumbado sobre ella y tapado con el edredón tal y como yo lo dejé, pero su voz procedía sin duda de la planta de arriba, así que tiene que estar por aquí. Entonces escucho lo que parece la televisión y comprendo enseguida dónde está. Karl lo ha entendido exactamente igual que yo, pues ambos estamos en sintonía con respecto a los movimientos traviesos de nuestro hijo. Cuando entramos en nuestro dormitorio, lo vemos tumbado en nuestra cama con un mando a distancia en la mano.

Debería haber supuesto que hoy intentaría hacer esto en algún momento. En su habitación no hay televisión, pero sí en la nuestra. Por eso el niño, supuestamente enfermo, ha recorrido el corto trayecto que separa su cama de la nuestra.

—Se supone que tienes que descansar, campeón —dice Karl mientras se sienta en el borde de la cama junto a Campbell. Está claro que no está enfadado con nuestro hijo. Yo tampoco. De hecho, es una distracción bienvenida teniendo en cuenta lo que estaba

pasando abajo. Aunque esa distracción solo se prolonga hasta que descubro qué es lo que Campbell estaba viendo en la televisión.

Son las noticias, y enseguida comprendo por qué está tan emocionado. Es por todas las personas que aparecen en ellas vistiendo ese uniforme que le resulta tan familiar, el que tanto le gusta cuando lo vemos por la ciudad.

—¡Policía! —chilla Campbell, señalando a la pantalla como si necesitáramos más pistas sobre lo que quiere decir.

Karl y yo sabemos de sobra cómo viste la policía. Podemos comprobar que ciertamente aparecen un montón de agentes en este boletín de noticias. Pero eso no es todo lo que aparece.

Hay otra cosa más, y cuando lo veo, tengo la sensación de que podría desplomarme en el suelo de inmediato y dejar de respirar.

Es un lago.

No necesito que un experto en geografía me diga de qué lago se trata. Es el que está más cerca de nuestra casa y, con diferencia, el más grande de la zona. Es un lago conocido en todo el mundo.

Y es el lago en el que estuve con mi padre anoche.

Estoy haciendo un gran esfuerzo por no comenzar a hiperventilar, pero siento que cada vez me falta más el aire. Noto que, mientras veo la televisión, llena de horror, el preciado oxígeno que mi cuerpo necesita para funcionar escasea más y más.

Campbell sigue entusiasmado viendo toda la policía que aparece en pantalla, mientras que Karl está intrigado por lo que está haciendo el barco que está sobre el agua. Sin duda, también es eso en lo que el reportero parece estar centrándose. El barco es lo importante porque, aparentemente, hay algo en el agua que merece una investigación más profunda.

Han encontrado algo.

No necesito que el periodista me cuente que se trata de un cadáver.

Me lo imaginaba, teniendo en cuenta la cantidad de agentes que hay junto a la orilla.

Lo único que desconozco es a quién podría pertenecer.

# CAPÍTULO 23

## DARCY

Siempre es agradable recibir un fajo de billetes después de un largo día de trabajo. Pero la emoción se atenúa un poco por el hecho de que no sé si puedo confiar en la persona que me los ha entregado.

—Gracias por tu ayuda en el día de hoy —dice Parker con una sonrisa—. ¿A la misma hora mañana?

—Claro, por supuesto —le digo, sin querer responderle de forma que le pueda hacer sospechar que está pasando algo. Pero sí, algo está pasando, algo que tiene pinta de ser muy grave, así que he decidido que esta noche voy a intentar averiguar de qué se trata.

Lo que yo haría ahora en condiciones normales sería irme de casa de Joe, volver a la mía y, finalmente, tratar de dormir un poco una vez que anochezca. Pero no, no voy a hacer nada de eso, sino que me voy a poner a investigar las afirmaciones que Joe me hizo hace un rato, durante nuestro paseo. Afirmaciones que me resultaron tremendamente desconcertantes.

Se refirió a Irene, la novia de Parker, y me dijo que yo tenía que ayudarla. También mencionó que había algo en el sótano de Parker a lo que debía prestarle mucha atención. Pero no continuó explicándome, posiblemente porque no sabe mucho más, o tal vez porque puede que tenga demasiado miedo de decírmelo. Aunque sin duda me contó lo suficiente como para que yo sepa lo que debo hacer a continuación.

Tengo que seguir a Parker hasta su casa esta noche para averiguar dónde vive.

Luego, intentaré descubrir qué esconde.

Pretendo hacerlo, pero no puedo permitir que Parker se dé cuenta de ello, así que tengo que simular que todo va bien.

—Gracias —le digo, mientras guardo el dinero en mi cartera. Luego, me giro hacia su padre, que está sentado en el sillón frente a la televisión viendo otro partido de béisbol—. Hasta mañana, Joe.

Él no se gira para despedirse, sino que levanta una mano para hacerlo. En fin, lo comprendo, porque está completamente absorto en el partido. O quizá el gesto se deba a que ya me ha dicho bastante por hoy y le ha costado mucho hacerlo, así que ha vuelto a su versión más callada una vez que me ha contado lo que me tenía que contar.

—Que pases buena noche —me dice Parker cuando salgo del apartamento. No tiene la menor idea de lo que en realidad pretendo hacer esta noche.

Entro en el ascensor y comienzo a descender sin tener aún muy claro qué voy a hacer durante lo que queda del día. Mi plan es, en principio, encontrar un escondite en el exterior de este edificio de apartamentos y esperar hasta que salga Parker. Supongo que lo hará tarde o temprano, quizá cuando su padre esté ya en la cama, para lo cual podría aún faltar un buen rato. Pero estoy lista para esperar lo que haga falta. Cuando salga, lo seguiré hasta su casa para ver qué me encuentro allí.

Abandono el edificio y localizo un escondite que me parece estupendo, detrás de los troncos de gran tamaño de unas palmeras que hay en los jardines de alrededor. Ojalá Joe me hubiera dado la dirección de su hijo para poder ir allí directamente. Le pregunté por ella, pero no quiso facilitármela. De hecho, me pidió que me olvidara de lo que me había contado, que lo dejara estar. Pero esa sugerencia era ridícula. ¿Cómo iba a *olvidarlo sin más*? Era obvio que se trataba de algo importante, porque, de lo contrario, no me habría contado que algo iba mal. Pero da igual. Voy a averiguar lo que sea que esté sucediendo con su hijo. Nada puede impedírmelo.

***

Permanezco escondida detrás de las palmeras mientras el cielo pasa del azul al rosa y, finalmente, a un negro profundo. Habría sido espectacular presenciar esta puesta de sol en la playa, pero desde aquí no he podido ver el espectáculo completo. Tengo cosas más importantes que hacer que pasear sobre la arena entre turistas y lugareños. Estoy esperando a ver si Parker sale del edificio que tengo enfrente. En cuanto lo haga, comenzaré a perseguirlo.

Para distraerme un poco, pienso en qué estará haciendo Parker en estos momentos en la quinta planta, en el apartamento de su padre. Puede que esté haciéndole la cena o ayudándolo a ducharse. Quizá esté viendo el partido de béisbol con él o tal vez hayan vuelto a sacar el tablero del Scrabble. En fin, no sé de qué otra forma matar el tiempo, pues no dispongo de nada con lo que entretenerme aquí excepto mi propia imaginación, que tiende a desbocarse cuando le doy rienda suelta. Pero al cabo del rato, poco después de las ocho de la tarde, veo que se abre la puerta del edificio y que sale un hombre atractivo de su interior. Es Parker, y cuando gira a la izquierda y empieza a caminar con paso decidido, salgo de detrás de las palmeras y comienzo a seguirlo, viéndome obligada a mantener una distancia prudencial con él porque no llevo capucha ni nada que pueda ocultarme un poco. Suele ser un aspecto positivo que el clima de esta ciudad sea lo suficientemente cálido como para no necesitar un abrigo jamás, pero ojalá llevara uno ahora mismo para poder ponerme una capucha y que se me viera menos la cara.

Tengo que caminar más deprisa de lo que había previsto, asegurándome de mantenerme bastante lejos para que Parker, que sin duda tiene mucha prisa, no me vea. Supongo que está intentando llegar a casa lo antes posible para tratar de aprovechar lo poco que queda del día, después de haber pasado gran parte de la tarde cuidando de su padre. Bueno, eso si es que se está dirigiendo a su casa. Porque puede que esté yendo hacia otro lugar. A un restaurante o a un bar, tal vez. Eso me fastidiaría un poco porque tendría que esperarlo de nuevo en el exterior de ese lugar. Pero, sea cual sea su plan inmediato, en algún momento tendrá que volver a su casa. Cuando lo haga, estaré justo detrás de él.

Mantengo la distancia mientras caminamos. Avanzamos en paralelo a la playa, aunque no por el paseo marítimo, junto a la playa y la gente que está disfrutándola. Estamos una calle más hacia el interior de la ciudad, por lo que hay filas de rascacielos que nos separan del mar. Me pregunto por qué Parker habrá optado por esta ruta en lugar de la otra, mucho más atractiva.

Quizá sea más rápida.

O tal vez prefiera no ser visto por tanta gente.

Por suerte, hay suficientes personas caminando por la acera como para que no resulte obvio que lo estoy siguiendo si le da por mirar hacia atrás, cosa que no ha hecho hasta ahora. Es imposible que sospeche que estoy detrás de él. Me mandó a casa hace horas. Probablemente ni siquiera esté pensando en mí.

Sin embargo, él es lo único que yo tengo en la cabeza.

Continuamos caminando durante unos quince minutos. Los rascacielos cada vez escasean más, hasta que entramos en un barrio de aspecto muy distinto al del extremo del paseo marítimo en el que vivo yo. A diferencia de mi zona, donde hay todo tipo de edificios y personas por todas partes además de un montón de tiendas, cafeterías y bares, este lugar parece mucho más tranquilo y exclusivo. En vez de bloques de apartamentos, hay casas encaladas que, según avanzamos, se van convirtiendo en mansiones con jardines extensos tras portones elevados y coches deportivos aparcados delante. Se trata de ese tipo de viviendas que solo podrían permitirse las personas más ricas del estado.

¿Qué está haciendo Parker por aquí?

Veo que se detiene de repente frente a una propiedad. Está junto al portón de entrada, y yo me imagino que va a pulsar el interfono para avisar a los dueños de esa casa enorme de que ya ha llegado y pedirles que lo dejen entrar. Pero no es eso lo que sucede. No llama para que le permitan acceder, sino que introduce una clave y las puertas se abren al instante, lo que le permite subir con paso enérgico por el camino de entrada en dirección a la vivienda, descomunalmente grande.

¿Esto qué es?

¿Será que Parker vive aquí?

No puede ser. Me contó que estaba ahorrando para ingresar a su padre en una residencia de ancianos, así que me imaginé que no andaba sobrado de dinero. Pero este no parece el tipo de lugar en el que viviría una persona con problemas económicos. En cualquier caso, no tengo mucho tiempo para seguir reflexionando, porque surge un problema. Las puertas están empezando a cerrarse de nuevo y en cuestión de segundos estarán selladas y bloqueadas. Solo un código que no conozco podrá abrirlas de nuevo.

Si quiero entrar y echar un vistazo a la casa de Parker, tengo que cruzar estas puertas antes de que se cierren.

Así que empiezo a correr. Mis pies resuenan sobre el asfalto caliente a medida que me acerco a la puerta. Espero que Parker esté lo bastante lejos como para no oír cómo me acerco a toda velocidad.

Las puertas ya se han cerrado casi por completo, pero acelero el paso y, no sé ni cómo, las consigo atravesar antes de que se cierren tras de mí. Después me escondo rápidamente detrás del primer matorral que encuentro, me agacho un poco y asomo la cabeza con cautela para comprobar si Parker me ha visto. Pero no es así. Se limita a abrir la puerta y entrar en la casa.

Técnicamente, he logrado llegar a su propiedad, aunque es muy diferente a lo que yo me esperaba.

¿Qué más me va a sorprender de Parker?

# CAPÍTULO 24

## PIPPA

No sé cómo, pero al final lo conseguí.

Logré no perder los nervios delante de mi familia cuando vi la noticia de que se había encontrado un cadáver en el lago Michigan.

A pesar del miedo que sentí al encontrarme con el informativo que estaba viendo Campbell en la televisión de nuestro dormitorio, fui capaz de mantener la calma lo suficiente como para no dejar entrever que me estaba viniendo abajo por dentro. Supongo que no me quedaba más remedio. Si hubiera mostrado alguna señal de nerviosismo, lo más probable es que Karl se hubiera dado cuenta, y eso habría sido un desastre. Ya me hizo un montón de preguntas cuando descubrió lo del apartado de correos y tras leer la carta de Darcy. Pero eso era asumible, yo me veía capaz de contenerlo.

Lo que no podría gestionar de ninguna forma sería que mi marido descubriera que yo fui la responsable de que ese cadáver terminara en el lago.

Independientemente de a quién pertenezca el cuerpo que han encontrado, yo fui la persona que lo tiró al agua. Se trate de Laurence o de Eden, en ambos casos fui yo la última persona que los vio antes de que terminaran en el agua. Sin embargo, no voy a ser la última en ver sus cadáveres. Sea él o sea ella, su cuerpo va a ser examinado por un buen puñado de personas. Expertos forenses, detectives, agentes de policía, equipos de rastreo y quizá incluso algunos periodistas que sean tan valientes como para acercarse al máximo a la escena del crimen. Puede que hasta un par de curiosos consigan ver el cadáver, aunque lo más seguro es que se acaben arrepintiendo de haberlo hecho, porque sin duda tendrá un efecto duradero en sus vidas.

Estoy impaciente porque las noticias confirmen ya exactamente quién es la persona que ha sido encontrada. Aún no se ha revelado el sexo del cadáver, aunque la verdad es que tampoco me sentiré mejor cuando suceda, pues el hallazgo es terrible de por sí. Se

suponía que esos cuerpos iban a permanecer ocultos en el fondo del lago para siempre.

Esto no formaba parte del plan para nada.

A pesar de cómo se habían torcido las cosas, fui capaz de controlar mis emociones mientras mi marido seguía en casa. Sabía que tarde o temprano tendría que irse a trabajar, así que apagué la televisión, le dije a Campbell que se metiera en la cama y a Karl, que ya hablaríamos de todo tranquilamente por la noche. Por suerte, y quizá solo por evitar problemas con su jefe, Karl aceptó mi sugerencia. Cuando Campbell se acostó de nuevo en su dormitorio, mi marido salió de casa. Eso me dio el respiro que tanto necesitaba para procesar lo que había visto en el informativo, aunque vino acompañado de un momento muy duro. Mientras arropaba a mi hijo, me asaltó la idea terrible de que podría ser la última vez que hiciera algo tan simple como acomodarlo sobre su almohada. La última vez que lo cuidara mientras está enfermo. La última vez que pudiera verlo como el niño precioso de cuatro años que me necesita más que a ninguna otra persona en el mundo.

Necesitaba quitarme todos esos pensamientos de la cabeza lo antes posible, así que, cuando mi hijo se durmió, bajé a encender la televisión para estar al tanto de las noticias.

Eso es lo que he estado haciendo desde entonces.

Aún no se sabe quién es la persona que ha aparecido en el lago, pero todos los medios de comunicación de Chicago se han hecho eco de la noticia y abundan las especulaciones. La gente no ha tardado en cuestionarse si el cuerpo pertenece a Laurence, el hombre desaparecido que ya lleva meses ocupando todos los titulares. Algunos también sugieren que podría tratarse de Eden, lo que también podría ser cierto, pero yo me alegro de que haya otros que piensen que quizá se trate de otra persona, alguien totalmente ajeno a este caso. Tengo esa esperanza. Hay una pequeña posibilidad de que el cuerpo que han descubierto no tenga nada que ver conmigo. No sé cuántos homicidios más habrá habido en Chicago recientemente, pero seguro que no he sido la primera persona que elige el enorme lago que hay junto a nuestra ciudad para ocultar un cadáver. Tal vez el cuerpo que han encontrado sea

bastante antiguo. Quizá esté relacionado con las bandas mafiosas del pasado, como si se tratara de la típica película de gánsteres. También podría ser simplemente algo relacionado con una pelea doméstica entre marido y mujer en la que uno de los dos acabara muerto.

O quizá no tenga tanta suerte.

Tal vez en ese cuerpo haya huellas dactilares mías por todas partes.

Sigo viendo las noticias, y lo único nuevo de lo que me entero es de que un pescador encontró un cadáver al amanecer en su pequeña embarcación cuando se topó con algo que sobresalía del agua. Al parecer, el cuerpo estaba atascado entre unos juncos. Así que, en vez de pasar desapercibido en las profundidades turbias del lago, resultó que estaba bien visible.

Si se trata de Laurence, entonces su cuerpo debe haber reflotado de alguna manera.

Si fuera Eden, supongo que su cuerpo nunca llegó a hundirse como yo sospechaba.

Si al final es cualquier otra persona, seré la mujer más feliz de Chicago.

Estoy pasando por una montaña rusa de emociones mientras espero novedades, a la cual me invitó a subir el hecho de que intentara ayudar a mi hermana. Ahora me temo que la montaña rusa se haya descontrolado por completo; los frenos se soltaron en el momento en el que comprendí que Darcy necesitaba que hiciera lo que fuera necesario para protegerla.

Lo más normal en estos momentos sería llamar a mis padres para tranquilizarlos, para decirles que no entren en pánico. Pero hay dos buenas razones por las que no lo he hecho todavía. Primero, porque espero que, por lo que sea, no hayan puesto las noticias todavía en el día de hoy y por lo tanto no tengan ni idea de que el lago Michigan se ha convertido en la actualidad en la escena activa de un crimen. Y segundo, porque creo que no tendría sentido que tuviéramos una conversación en la que les instara a no entrar en pánico; si se han enterado de la noticia, sería materialmente imposible que mantuvieran la calma. Es probable que mi madre

volviera a ponerse a beber, si es que no lo ha hecho ya, y que mi padre entrara en una espiral silenciosa de desesperación o que me convenza de que tenemos que llamar a un abogado, lo cual sería una mala idea a menos que se haya presentado la policía en algunas de nuestras casas. Pero de momento no hay policía. Desde luego, no en la mía, y doy por hecho que tampoco en la de mis padres. Hasta ahora, todo va bien.

Pero el tiempo corre y, por si no tuviera ya suficientes problemas, soy consciente de que Karl va a llegar pronto del trabajo. Cuando lo haga, no solo querrá retomar la conversación sobre Darcy para enterarse de lo qué está pasando con ella, sino que yo tendré que fingir que todo va bien y que las noticias que he visto en la televisión no han perturbado mi tranquilidad. Ojalá pudiera quedarme aquí, en una habitación a solas. Siento que así podría gestionar esta situación. Pero eso no es realista. Vivo con mi marido y mi hijo, y, además, hay otras personas fuera de esta casa a las que también debo tener en cuenta.

Familias.

¿Por qué siempre complican las cosas?

Escucho que Campbell me está llamando otra vez. Probablemente quiera comer o beber algo, o quizá tenga ganas de ver la tele. Cuidar de él bien podría ser una distracción bienvenida en estos momentos, pero la realidad es que no lo es. Porque cada vez que miro la cara de mi hijo pienso en lo que puedo perder si se descubre la verdad. Si terminara en la cárcel, no voy a poder verlo durante mucho tiempo. O, cuando lo haga, será porque alguien haya tenido que llevarlo a visitarme al lugar horrible en el que esté interna. Él no entenderá por qué mami lleva puesto ese uniforme. Preguntará por qué estoy rodeada de agentes de policía con esposas y pistolas. Y, sobre todo, querrá saber por qué no puedo volver a casa con él.

Me rompe el corazón pensar en separarme de mi hijo para siempre, pero eso es lo que ocurrirá si esta situación se termina descontrolando del todo. Quizá ya sea demasiado tarde; no me queda otra que rezar por que no lo sea. También he de rezar por que, de alguna manera, sin contarle expresamente el problema, pueda convencer a mi marido de que se olvide de su obsesión y su

afán por averiguar hasta el último detalle sobre Darcy. Necesito que lo deje ya; no puede saber la verdad.

No puede descubrirla porque yo no podría confiar en que no se lo cuente a nadie. Ya me ha dicho que la confianza ha desaparecido de nuestra relación. Y eso es todo lo que me hace falta escuchar para estar segura de que no se pondría de mi lado si ocurriera lo peor y la policía viniera a nuestra casa.

# CAPÍTULO 25

## DARCY

Se me suben las pulsaciones cuando una luz de seguridad muy intensa se enciende sobre la entrada de la casa de Parker, iluminando la parte del camino de entrada que me disponía a abordar con cautela. Como loca por regresar a estar camuflada en la oscuridad, salgo corriendo hacia un lateral de la casa y apoyo la espalda contra la pared, intentando mantener mi respiración controlada antes de realizar mi siguiente movimiento.

Parker se encuentra en el interior de su casa en estos momentos, mientras que yo estoy de alguna forma atrapada en el exterior, pero eso no implica que no vaya a ser capaz de ver lo que esté sucediendo ahí dentro. Tendré que ser silenciosa y habré de ir con muchísimo cuidado, pero creo que podré asomarme a través de algunas ventanas para averiguar algo más acerca de lo que Parker está ocultando en el interior.

Si es que está ocultando algo.

Soy muy consciente de que me encuentro aquí porque me estoy fiando de lo que me ha contado un hombre con una afección cerebral severa, lo que no lo convierte precisamente en el más fiable de los narradores. Sin embargo, algo me hace pensar que Joe está diciendo la verdad. Si me he sentido motivada a venir aquí, arriesgándome no solo a que Parker me descubra y me despida de inmediato, sino también a que le dé por llamar a la policía, supongo que es porque creo que hay algo de verdad en lo que Joe me contó. Así que, en resumen, he venido por dos motivos.

Para buscar a la novia de Parker, Irene.

Y para ver si encuentro también ese sótano.

La luz de seguridad se apaga de nuevo. Es un enorme alivio que un haz de luz amarillo brillante no inunde mis alrededores, pues eso no hacía más que dificultar mi tarea. Ahora que vuelve a estar todo oscuro, me siento más segura para moverme, así que avanzo

sigilosamente por el lateral de la casa y me dirijo hasta la primera ventana.

Miro con disimulo hacia el interior, rezando para que Parker no se asome al mismo tiempo que yo. Veo un gran vestíbulo con una escalera curva de mármol y varios cuadros en la pared. Por dentro, esta casa es aún más impresionante que por fuera. Una vez más, pienso en lo mucho que todo esto me chirría. Un hombre que vive en un lugar como este debería poder, sin lugar a dudas, permitirse todo lo que necesitara. ¿Por qué Parker hace creer que está fuera de su alcance pagar por los cuidados profesionales que su padre necesita? Yo no soy marchante de arte, pero, por el aspecto de algunos de los cuadros que están cerca de la escalera, me imagino que con la venta de un par de ellos Joe podría recibir cuidados de primera clase en una de las mejores residencias de ancianos de la zona durante al menos uno o dos años. Sin embargo, por la razón que sea, ese hombre me ha estado mintiendo, y supongo que el alcance de sus mentiras va mucho más allá de lo que ya me ha contado. Por lo tanto, no me queda otra que seguir investigando.

Paso a la siguiente ventana, miro hacia dentro y me encuentro un comedor, de esos en los que a cualquier anfitrión le encantaría recibir a sus invitados. Hay ocho sillas dispuestas alrededor de una mesa ovalada en la que fácilmente se podrían colocar todo tipo de platos exquisitos y copas de vino carísimas, aunque por el momento solo hay un juego de candelabros en el centro. Ni Parker ni ninguna otra persona están en esta estancia, así que supongo que debo seguir avanzando.

Alcanzo una tercera ventana, pero a través de ella solo puedo ver una especie de almacén en el que hay decenas de estanterías repletas de todo tipo de especias. No he hecho ningún progreso aún para encontrar el dueño de la casa ni a ninguna otra persona, así que sigo adelante hasta encontrarme ya en la parte trasera de la propiedad. Me quedo boquiabierta cuando veo el jardín trasero. Si la parte delantera me ha parecido impresionante, esto es incluso otro nivel. El césped parece extenderse imposiblemente, tanto que ni siquiera puedo ver dónde termina. La oscuridad no es lo único que me impide ver con claridad; también lo hace la ominosa silueta del

roble que se alza orgulloso en el centro del jardín. Su aspecto es un poco siniestro a estas horas del día, con el viento soplando suavemente a través de sus hojas, pero me imagino que debe lucir espectacular cuando haya sol y el jardín está repleto de gente disfrutando de una barbacoa a la sombra de sus impresionantes ramas. Pero esta noche todo está tranquilo. Me preocupa la posibilidad de que se encienda otra luz de seguridad cuando comienzo a avanzar de nuevo por el jardín, pero por suerte eso no sucede.

Todavía a oscuras, me desplazo sigilosamente hasta la ventana que tengo más cerca de mí, que me ofrece en este caso una vista privilegiada de la cocina.

También vislumbro a Parker, que está de pie justo en el centro de la misma.

El hombre al que he seguido hasta esta casa está rodeado de encimeras resplandecientes, ollas y sartenes brillantes que cuelgan de ganchos puntiagudos y una cantidad de electrodomésticos similar a la que podría albergar un pasillo de unos grandes almacenes. Lo veo pasar junto a una cafetera camino del microondas, cuya puerta abre para sacar un paquete de arroz que aún echa humo. Veo cómo lo vuelca sobre un plato, para a continuación abrir una lata de tomate y echar una buena cantidad por encima del arroz. Parece una comida muy básica, seguramente indigna de una cocina como esta, pero quizá Parker esté cansado y no tenga ganas de molestarse en cocinar. O tal vez su cocinero personal se haya ido hace ya horas, porque viviendo aquí seguro que puede permitirse tener uno. Pero a lo mejor hay otra razón que justifique la preparación de esa comida tan escasa.

Quizá no sea para Parker.

Empiezo a preguntarme si es así cuando veo al hombre de la casa comerse unas chucherías mientras que la comida que acaba de hacer está sin tocar en la encimera que tiene al lado. No parece que vaya a hincarle el diente al arroz, pero, si él no lo hace, ¿para quién será?

No veo que haya nadie más junto a él. Siento la enorme tentación de probar a mirar a través de otra ventana para ver si encuentro a

otra persona, pero, justo antes de que pueda hacerlo, Parker deja de picar y vuelve a coger el plato de arroz. A continuación, lo lleva hasta una puerta que está cerrada, coge una llave de un gancho y la introduce en la cerradura.

Gira la llave, la puerta se abre y veo cómo Parker entra en la habitación misteriosa con la comida y cierra la puerta a continuación.

¿A dónde ha ido? ¿Qué hay ahí dentro?

¿Por qué estaba esa puerta cerrada con llave?

Tengo muchas preguntas, pero no puedo obtener ninguna respuesta desde mi posición actual. Tampoco es que moverme me vaya a servir para nada, porque sea cual sea la estancia a la que conduce esa puerta, está en el corazón de esta casa, así que no voy a encontrar ninguna ventana desde la que pueda verla. Supongo que estoy atrapada aquí hasta que Parker salga de nuevo. ¿Cuánto tiempo pasará hasta entonces?

Decido avanzar hasta la siguiente ventana mientras espero, por ver si encuentro algo que me resulte de interés. Observo un salón. Hay un sofá grande que parece muy cómodo frente a una televisión enorme. Da la impresión de ser el lugar perfecto para tumbarse y ver un programa por la noche después de un día duro de trabajo. Me imagino tumbada en él, relajada, viendo en la tele cualquier cosa que me ayude a olvidarme del estrés de cada día.

Entonces sucede algo extraño.

Aunque el salón está vacío, de repente me imagino a dos personas sentadas en el sofá, como si estuviera teniendo una visión. Pero claro, tal vez sea otra cosa.

Quizá se trate de un flashback.

Un hombre y una mujer, sin duda una pareja a juzgar por lo cerca que están el uno del otro, están sentados juntos en el sofá, compartiendo unos aperitivos y disfrutando de una copa de vino mientras ven la televisión. Tengo la sensación de haber visto a esas personas antes. Los conozco de algo. ¿Quiénes serán?

¿Serán algunas de las personas que aparecen en mi cuaderno?

¿Serán mis padres?

Consciente de que debe tratarse de algún tipo de recuerdo, intento acordarme de algún momento en el que me deslizara

furtivamente alrededor de una casa y espiara de noche a través de sus ventanas. Pero, como siempre me ocurre por culpa de mi cerebro, me resulta imposible recordar cualquier cosa que sucediera hace cierto tiempo. Lo tengo todo tan oscuro como las sombras del jardín que hay a mis espaldas.

El flashback me ha dejado tan desconcertada que siento la necesidad de salir de aquí, pues no me veo en condiciones para hacer algo tan arriesgado como esto. Por eso tomo la decisión de volver por donde he venido, dirigiéndome primero hacia la ventana de la cocina con la perspectiva de seguir avanzando por el lateral de la casa y llegar en última instancia a las puertas de entrada, que al atravesarlas me darán la libertad de encontrarme por fin en las calles adyacentes. Pero, cuando comienzo a avanzar, no lo hago prestando la misma atención ni teniendo tanto cuidado como antes. Es por eso por lo que, al pasar junto a la ventana de la cocina, no tengo la precaución de procurar que nadie me vea.

En consecuencia, cuando miro hacia el interior, veo a Parker.

Y él me ve a mí.

Lanzo un grito cuando me doy cuenta de que me ha pillado, y mi siguiente reacción es empezar a correr. Puede que me haya cogido merodeando fuera de su casa, pero podría ser aún peor.

Podría llegar a atraparme físicamente.

No estoy dispuesta a permitir que eso ocurra, así que corro tan rápido como puedo. Según voy rodeando el lateral de la casa, noto que voy ganando más y más velocidad. Espero de verdad que sea suficiente para que Parker no me coja, pues lo más probable es que él también esté corriendo hacia la parte delantera de la casa con la esperanza de alcanzarme antes de que llegue a cruzar las puertas de entrada. Pero, antes de llegar al camino y que se active la luz de seguridad, mi pie derecho choca contra algo duro. Podría ser el tocón de un árbol, o tal vez un utensilio de jardinería. Sea lo que sea, no me lo esperaba y ha provocado que pierda el equilibrio. La inercia me hace caer al suelo.

Emito un gemido cuando mi cuerpo choca contra la superficie que rodea el sendero hacia el que me dirigía, aunque el ruido más fuerte es el que hace mi cabeza al chocar contra algo muy duro. Creo que

mi cráneo ha golpeado el tronco de un árbol al caerme, pero estoy demasiado aturdida como para tratar de averiguar qué era. El mero hecho de llevarme una mano a la cabeza y palpar para sentir un dolor punzante me requiere un esfuerzo descomunal.

—¡Ahhhh! —es todo lo que consigo decir mientras intento recomponerme y detener el martilleo que siento en mi cabeza. Pero el golpe ha sido tremendo, y estoy empezando a sentir náuseas. Sin embargo, cuando me siento mal de verdad es cuando escucho pasos que se acercan hacia mí. Me intento poner de pie antes de que la persona a la que pertenecen esos pasos me alcance, pero no lo consigo.

Estoy tumbada en el suelo, bocarriba, a oscuras y con un golpe serio en la cabeza.

Justo antes de desmayarme, veo a la persona que está de pie junto a mí.

Parker.

# CAPÍTULO 26

## PIPPA

—Campbell, por favor. Deja eso. No te lo voy a repetir.

Mi frustración con mi hijo, que supuestamente estaba enfermo, ha ido en aumento durante todo el día y ha llegado a límites insospechados durante la tarde-noche. Me da igual lo que me diga, va a ir la guardería porque está claro que no le pasa nada. Por supuesto, a mi estado de ánimo actual tampoco ha contribuido en absoluto la paranoia que me carcome desde que vi las noticias. Llevo pendiente de ellas desde entonces, lo cual no me ha resultado nada fácil teniendo a Campbell todo el tiempo correteando por la casa.

—¡Campbell! ¡Estate quieto ya! —le grito a mi hijo, totalmente exasperada.

El volumen de mi voz llama la atención de mi hijo, que por fin parece apiadarse de mí y deja de hacer lo que no debía estar haciendo. Se detiene casi sin aliento, pero tiene una sonrisa traviesa en la cara que indica que aún no va a darme la tregua que tanto necesito. Me hace mucha falta que se tranquilice ya un poco, o al menos que su padre llegue a casa y me ayude con él. Pero, aunque ya ha pasado la hora a la que suele llegar del trabajo, no hay ni rastro de Karl, así que sigo demasiado sola.

—¡Como la sigas liando, te vas a ir derechito a la cama sin cenar! —le digo a Campbell, que se lo piensa durante un instante y luego decide que le apetece comer algo, así que entiende que lo mejor para él será dejar de poner a prueba mis nervios—. ¿Por qué no te vas a jugar al cuarto de los juguetes? Ahora voy yo —le sugiero, sintiéndome culpable al ver cómo mi hijo se marcha obediente.

Ahora que ya no está aquí conmigo, puedo ponerme a ver las noticias de nuevo, así que de inmediato enciendo la televisión en busca de posibles novedades. Pero todos los canales tienen en este instante una pausa publicitaria, así que tendré que esperar un poco para enterarme de algo más.

Pienso en ir a la nevera para ver qué puedo hacer de cenar, porque incluso aunque mi hijo no me pida comer dentro de poco, cosa poco probable, lo más seguro es que lo haga mi marido. Sin embargo, antes de llegar a la cocina, miro el móvil, pues llevo varias horas sin hacerlo. Lleva todo el tiempo sobre la mesa que hay en la entradilla. No he tenido muchas oportunidades de mirarlo, ya que Campbell me ha tenido ocupada todo el día. Cuando le echo un vistazo, veo que tengo varias llamadas perdidas de mi padre.

Vaya. ¿Qué ha pasado ahora?

Tengo que devolverle las llamadas, pero, justo antes de que pueda hacerlo, escucho sonar el teléfono fijo. Me dispongo a cogerlo de su soporte, que también se encuentra en la entradilla de la casa, al pie de la escalera, pues ese es el lugar más cómodo para que esté fácilmente al alcance desde cualquier punto de la casa. Pero el teléfono no está en el soporte. Quien lo utilizara la última vez no lo volvió a poner en su sitio.

Seguro que fue Karl, porque yo siempre lo coloco en el soporte cuando acabo de usarlo. No está aquí, así que no me queda otra que buscarlo por la casa. Todavía oigo sonar el teléfono mientras comienzo a buscar. Si no lo encuentro rápido, saltará el contestador automático. En cuestión de segundos, el teléfono deja de sonar.

¿Habrá colgado la persona que llamaba?

Tampoco es que sea el fin del mundo si ha sido así. Además, ya tengo suficientes cosas en la cabeza como para añadir esto a mi lista de preocupaciones. Pero en ese instante escucho la voz de Campbell procedente del cuarto de juegos. Da la sensación de que está hablando con alguien. Cuando entro en esa habitación, veo que tiene el teléfono y que está hablando con quienquiera que haya llamado.

—¿Quién es? —le pregunto, nerviosa. Llevo todo el día con los nervios de punta y empiezo a tener miedo de cualquier cosa, incluso de una simple llamada telefónica a mi casa.

—¡Es el abuelo! —grita Campbell, emocionado.

Aunque me alivia que no se trate de algo más chungo, como la llamada de un detective preguntando por mí o por Darcy, no puedo relajarme del todo porque me temo que sé por qué está llamando mi

padre. Querrá que hablemos de lo que está saliendo en las noticias y, como no le he cogido el móvil, no ha tenido más remedio que llamarme al fijo.

—Dame el teléfono —le digo con urgencia a mi hijo, chasqueando los dedos para llamar su atención cuando me da la espalda para poder seguir hablando con su abuelo.

—¡Hoy llevo todo el día en casa, abuelo! —le dice Campbell a mi padre mientras sigue manteniendo el teléfono fuera de mi alcance, moviéndose por el cuarto de juegos para que no pueda cogerlo.

—Campbell, dame el teléfono, por favor. No te lo voy a pedir otra vez —le digo.

Mi nivel de frustración está volviendo a dispararse una vez más, amenazando con volverse incontrolable. Pero no consigo que mi hijo me haga caso. Continúa desafiándome, así que termino perdiendo los nervios. La explosión que llevo todo el día conteniendo está a punto de estallar contra la persona más pequeña de la casa.

—¡¡QUE ME DES EL PUTO TELÉFONO, AHORA!! —le grito con todas mis fuerzas.

Campbell lo suelta al instante, tal es el estado de shock en el que se ha quedado. Casi de inmediato, se echa a llorar. Me siento mal por haber provocado que se ponga así, pero estoy tan agotada que no encuentro palabras para consolarlo. Aún no sé qué me quiere decir mi padre. Es mejor tener la conversación con él sin que nos escuche mi hijo, al que se le podría ocurrir contarle detalles de la misma a su padre cuando llegue a casa. Por eso, le doy un abrazo breve a Campbell, otra de esas cosas que puede que sea la última vez que haga, y salgo del cuarto de juegos con el teléfono pegado a la oreja.

—Papá, ya he visto las noticias y tienes que tranquilizarte. Todo va a salir bien —le digo mientras oigo cómo los sollozos de mi hijo comienzan a suavizarse.

—¡Tranquilizarme! ¿Cómo puedes decirme eso? ¡La han encontrado! —me grita. Vaya, ahora es él quien me cuenta las novedades.

—¿Qué?

—¡Eden! ¡Es su cuerpo el que han encontrado en el lago!

La voz de pánico de mi padre atraviesa la línea telefónica, entra por mi oído y termina directamente en mi cerebro. Me siento igual de estresada que él. Necesito algún tipo de confirmación, así que me acerco hasta la televisión del salón. Cuando lo hago, comprendo que está en lo cierto. Las noticias informan de que el cadáver recuperado del lago esta mañana pertenece a una mujer y, aunque aún no se ha facilitado su nombre, nosotros conocemos de sobra su identidad.

—¡Me dijiste que era un buen lugar para deshacernos de ella! —grita mi padre—. ¡Me dijiste que seríamos capaces de salir de esta!

Sus palabras ya no son más que ruido en mi cabeza, al igual que las de Campbell cuando entra en el salón, todavía llorando, y me dice que soy una mami mala por haberle gritado.

Estoy al límite, completamente abrumada, pero necesito escuchar como sea el informativo, así que subo el volumen de la televisión. Tratando de descubrir cuáles son las últimas novedades, observo que hay más buceadores rastreando el lago.

¿Por qué siguen buscando en el agua?

¿Por qué no han parado ya y se han marchado una vez encontrado el cadáver?

¿Y si siguieran buscando y terminaran encontrando el otro cuerpo?

—¡Pippa! ¿Qué hacemos? —me suplica mi padre. Da la sensación de que yo soy la madre y él es mi hijo—. Tu madre está llorando en la cocina. Ya se ha bebido una botella de vino entera. Creo que está teniendo una crisis nerviosa y yo debo estar a punto de sufrir algo parecido.

Mi padre está perdiendo el control, mi madre parece ir incluso por delante de él y, para colmo, Campbell se ha puesto a tirar de mi sudadera para llamar mi atención.

—¡Mami, lo siento! —me dice Campbell, todavía llorando—. ¡Mami!

—¡Ya está bien! —chillo con todas mis fuerzas.

El grito no iba dirigido a nadie en particular, sino a todos los que de un modo u otro no dejan de incordiarme en estos momentos. Supongo que iba para mi padre, que sigue al teléfono; mi hijo, que se encuentra a mi lado; e incluso para el periodista que aparece en la tele, aunque no pueda oírme. Este último es el único que no se calla, pero mi padre y Campbell sí que lo hacen. Durante un breve

segundo, disfruto de un momento de paz. Pero se hace añicos en cuanto escucho una voz detrás de mí.

—¿Pippa? ¿Qué cojones está pasando?

Me doy la vuelta y veo a Karl en la puerta. Supongo que no lo he oído entrar, lo cual no es en absoluto sorprendente, dado el nivel de ruido que había en casa hasta hace solo un segundo. Pero mi marido está aquí y parece que acaba de escuchar mi estallido, a juzgar por la expresión seria de preocupación que luce su rostro.

—¡Papá! —grita Campbell, y sale corriendo hacia Karl, pues necesita que al menos uno de sus padres le ofrezca un poco de consuelo. Me siento fatal por no poder ser yo quien se lo dé. También me siento mal por haber llegado siquiera a enfadarme con él. Me acerco para disculparme con mi hijo, pero Karl me aparta de él. Es una puñalada al corazón.

—Lo siento —intento casi sin convicción.

Campbell ni me mira. Y ojalá tampoco me mirara Karl, porque sus ojos se clavan en los míos y puedo notar que le repugna haber presenciado una escena como la de hace unos segundos. Ni mi hijo ni mi marido parecen reconocerme. ¿Cómo iban a hacerlo? Normalmente soy una mujer tranquila y equilibrada, cariñosa y leal, pero ahora, sin embargo, estoy desquiciada, perdiendo los nervios con la misma facilidad con la que, por la impresión que me da, voy a perder a mi familia y mi libertad.

Mi padre sigue aún al otro lado del teléfono y escucho que sigue preguntándome qué hacemos. Por otro lado, la televisión sigue a todo volumen, y Karl está en estos momentos prestando atención a lo que dice el periodista, lo cual implica que más pronto que tarde va a atar cabos y relacionar mi estado emocional tan alterado con el contenido del reportaje.

Como era de esperar, sucede exactamente eso. Casi de inmediato, mi marido coge el mando a distancia, apaga el televisor y me dice que cuelgue el teléfono. Me siento mal colgándole a mi padre, pero lo hago de todos modos. Karl le dice a Campbell que se vaya un momento al cuarto de juegos y la casa se queda en silencio de repente.

—Hasta aquí hemos llegado, Pippa —me dice mi marido con serenidad y mucha claridad. Las lágrimas me recorren las mejillas—. O me cuentas ahora mismo qué está pasando, o Campbell y yo nos vamos de aquí. Y no te atrevas a mentirme, porque ya me imagino que es algo grave. Tiene algo que ver con lo que está pasando en el lago, ¿verdad? También tiene algo que ver con Darcy, ¿a que sí? Vamos, empieza a hablar. Porque si no, se acabó este matrimonio. Y lo que es más importante, se acabó tu relación con Campbell.

# CAPÍTULO 27

## DARCY

Me veo a mí misma en un hospital, vistiendo un uniforme de enfermera y con pacientes a mi alrededor que me suplican que les ayude y me ruegan ser los próximos en ser atendidos. Pero no puedo ayudarlos, a ninguno de ellos, porque, a pesar de que todos tienen problemas, yo soy quien más ayuda necesita. Estoy en peligro. Alguien me está persiguiendo por los pasillos. Alguien quiere hacerme daño. Pero no puedo escapar.

Me he metido en un callejón sin salida.

Cuando me doy la vuelta, comprendo que no tengo escapatoria.

***

Abro los ojos y me doy cuenta de que acabo de tener una pesadilla. Casi de inmediato recuerdo dónde estoy y lo que ocurrió justo antes de perder el conocimiento y comprendo que la pesadilla aún no ha terminado. Veo a Parker de pie frente a mí y noto un dolor punzante en la cabeza. Eso es. Lo estaba espiando, me pilló y, en mi intento desesperado por escaparme, me caí y me di un golpe en la cabeza… y aquí estoy ahora.

Dentro de su casa.

Me está bloqueando la salida.

Como en mi pesadilla, estoy atrapada.

—Me alegra verte de nuevo —dice Parker con una sonrisa maliciosa—. No sabía cuándo volverías en ti.

Me llevo una mano a la cabeza, muy dolorida. Aunque no percibo rastro de sangre, mi piel está sensible al tacto y debo tener una contusión grave, ya sea externa o interna.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunto con indecisión.

—Una media hora —responde Parker, que sigue de pie muy tranquilo frente a la silla de la cocina en la que estoy sentada—.

Aunque aquí la pregunta es: ¿cuánto tiempo llevabas espiándome desde el exterior de mi casa?

Preferiría evitar responder a esa pregunta, pero puede que no me quede más remedio que hacerlo. Parker tiene claramente la sartén por el mango en esta situación, y, además, quizá sea mejor que intente mantenerlo de buen humor para que las cosas no se pongan aún más feas para mí.

—No mucho —le respondo—. Diez minutos, tal vez.

—No mucho —repite Parker con una risita—. Crees que lo que estabas haciendo es aceptable porque solo llevabas ahí fuera diez minutos. Espiarme durante una hora, claro, hombre, eso sí que estaría mal. Pero ¿diez minutos? Eso es absolutamente tolerable, no hay nada de lo que preocuparse. Eso está perfecto. Claro que sí.

Puede que haya sufrido un golpe fuerte y esté aún algo conmocionada, pero no lo suficiente como para no darme cuenta del sarcasmo del comentario de Parker.

—Venga, entonces la siguiente pregunta que tengo es… ¿por qué me estabas espiando? —continúa Parker—. ¿Qué provocó que me siguieras hasta aquí? Porque me imagino que eso es lo que hiciste. ¿Qué te hizo colarte hasta la parte de atrás de mi casa y espiarme a través de todas las ventanas? Debes tener una buena razón, me muero de ganas por escucharla.

Sí que tengo una buena razón. Una muy buena. Me advirtieron acerca de este hombre y de lo que podría estar ocultando aquí. Pero ¿cómo puedo explicarle eso? ¿Y cómo puedo decirle que la advertencia provino de su padre?

Como un acusado casi sin argumentos para defenderse ante un tribunal, el silencio podría ser mi mejor estrategia, así que decido quedarme callada y ver qué decide hacer Parker a continuación. Pero, como un abogado hábil del ministerio público, este hombre guarda varios ases en la manga para conseguir su objetivo, y negarme a hablar no lo va a descentrar.

—Me imagino que, o bien te he dicho algo en algún momento que te hiciera desconfiar de mí, o tal vez fuera otra persona quien te comentara algo —continúa, ahora caminando de un lado a otro, como si eso le sirviera para pensar un poco más rápido—. Mientras

estabas inconsciente, he estado pensando en qué podría haberte contado yo para que no te fiaras de mí, pero no se me ha ocurrido absolutamente nada. Eso me hace pensar que tuvo que ser otra persona. Veamos… ¿Quién podría ser? ¿Quién me conoce lo suficiente como para contarte algo sobre mí? Supongo que fue mi querido padre, ¿verdad?

Ya lo ha resuelto él solo, así que no hace ninguna falta que le conteste, pero he pensado que hay algo que sí que vale la pena decirle.

—Por favor. Permite que me vaya —le digo con calma—. No debería haber venido a tu casa, pero no he visto nada y, si me dejas ir, me alejaré de ti. Nunca más volveré a molestarte.

¿Funcionará? Es una idea sencilla, pero a veces esas ideas pueden ser las más eficaces. Por desgracia, no lo es en este caso, a juzgar por la sonrisa que hay en el rostro de Parker.

—He intentado ayudarte —dice, moviendo la cabeza de lado a lado—. Me compadecí de ti. Vi que te hacía falta dinero, aunque no solo eso. Necesitabas un propósito en la vida. Intenté dártelo. Te ofrecí que cuidaras de mi padre. Creí que podría confiar en ti. Pensé que serías capaz de ignorar todo lo que él te contara sobre mí y, simplemente, achacarlo a su enfermedad. Pero ya veo que no. Supongo que debería haber elegido a otra persona.

Mientras contemplo a este hombre traicionero, y posiblemente letal, no puedo creer que me sintiera atraída por él en algún momento. ¿Cómo pude no darme cuenta de lo que tenía delante de mí? Es un tipo peligroso, y no me he percatado de ello hasta que ya era demasiado tarde.

—No sé qué pasa aquí, pero no tienes ninguna necesidad de hacerme daño —le digo—. Por favor. Tienes razón, tu padre me contó algunas tonterías. Debería haberlo ignorado y ya está. Ojalá lo hubiera hecho, pero no lo hice. Supongo que soy un poco ingenua. Pero déjame ir y no volverás a verme, te lo juro.

Vine a esta casa porque me preocupaba que Parker pudiera ser un hombre peligroso. Pero ahora que me ha cogido, no puedo ni imaginarme hasta qué punto eso podría terminar siendo verdad.

La realidad es que tiene razón.

No debería haberle hecho caso a su padre.

Pero ya es demasiado tarde para eso.

Parker sigue moviéndose de un lado a otro por la cocina. Cuanta más atención le presto, más comprendo que todavía está decidiendo qué hacer conmigo. Eso me da algunas esperanzas, posiblemente falsas, pero es lo único a lo que puedo aferrarme, así que eso es lo que hago.

—Sé que eres un buen hombre. Tienes razón. Me ayudaste dándome un trabajo y te estoy muy agradecida por ello. Me hacía mucha falta el dinero y me gustó mucho trabajar para ti. También me has ayudado hace un rato, cuando me caí ahí afuera. Me has traído hasta aquí y te has asegurado de que estuviera bien, a pesar de haber entrado en tu propiedad sin permiso. Así que, de nuevo, gracias. Has sido muy amable conmigo. Más de lo que me merecía.

Puede que esté exagerando poco, pero vale la pena intentar hacerme la tonta y fingir que soy una damisela en apuros que siente más gratitud que miedo hacia su captor. Pero… ¿se lo creerá y me dejará marchar?

—Me has estado mintiendo —me dice Parker, deteniéndose de repente—. No me has ayudado en absoluto. Me estás investigando.

—¿Investigando? No, yo no estoy haciendo eso. He venido yo sola.

—Pero eso da igual, me estás investigando de todas formas. ¿Qué esperas encontrar? ¿Qué es lo que te ha contado mi padre sobre mí?

—Nada.

—¡Ahí lo tienes, más mentiras! —exclama Parker. Es la primera vez que me levanta la voz, así que esto, lejos de mejorar, cada vez está yendo a peor.

—Bueno, tú también me has estado mintiendo —contraataco. Es un riesgo, pero también es la pura la verdad.

—¡¿Qué?!

—Me mentiste. Me contaste que no te podías permitir contratar cuidados profesionales para Joe. Sin embargo, mira la casa en la que vives. ¡Eres rico! ¿Por qué fingiste tener muchísimo menos dinero del que tienes en realidad?

Parker hace una pausa. Es evidente que no se esperaba que reaccionara de esta manera, devolviéndole el golpe. Pero solo estoy diciendo la verdad: si yo soy una mentirosa, él también lo es.

—Eso no es asunto tuyo —dice finalmente—. Lo que decida contarte o mantener en secreto solo lo decido yo.

—Es extraño —continúo—. No entiendo la necesidad de mentirme con respecto a eso. ¿Por qué no ingresar a tu padre en una buena residencia? ¿Por qué tomarte la molestia de contratarme?

—¿No lo entiendes? No puedo meter a mi padre en un asilo porque no puedo fiarme de lo que pueda ir contando por ahí. Es obvio que a ti ya te ha contado algunas cosas, ¿verdad?

Pues ya está. *Puede permitirse una residencia*, pero eligió algo más económico con toda la intención del mundo porque le preocupaba que su padre dijera algo que pudiera causarle problemas. Obviamente no pensó que yo fuera a constituir una amenaza. Debió creer que yo no le haría caso a Joe, que me daría exactamente igual lo que me contara y que estaría encantada de seguir recibiendo su dinero. Pero no fue así. Yo necesitaba conocer lo que estaba sucediendo, por eso vine hasta aquí. Y mira lo que ha pasado.

—¿Puedo irme? —vuelvo a preguntarle, a ver si tengo suerte. Pero Parker suelta un suspiro muy profundo.

—No. Has visto demasiado.

—¡Yo no he visto nada!

—Ah, no, ¿eh? ¿No me has visto preparar algo de comida y llevarla hasta esa habitación? —me pregunta Parker, señalando la puerta cerrada por la que lo vi entrar hace un rato, mientras lo espiaba a través de la ventana.

—No —digo, moviendo la cabeza de lado a lado en señal de negación para darle más credibilidad a mi mentira.

—Tampoco importa que lo hubieras visto —dice Parker, encogiéndose de hombros, lo cual me perturba un poco—. Qué más da que sepas cosas sobre mí que no deberías saber. Supongo que eso nos haría estar en igualdad de condiciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sé algunas cosas sobre ti que me imagino que no debería saber —continúa Parker—. Cosas que, la verdad, son la mar de interesantes.

¿De qué coño está hablando?

—¿Quieres saber lo que sé y cómo lo sé? —me pregunta.

Tengo la impresión de que me lo va a contar independientemente de lo que yo le responda, así que me quedo callada y lo observo mientras se acerca hasta un cajón y lo abre. Entonces saca una cosa; cuando veo lo que es, se me corta la respiración.

Mi cuaderno.

Debió ser él quien se lo llevó de mi apartamento.

Eso significa que yo no soy la única persona de esta cocina que ha invadido una propiedad ajena.

Parker se coló en mi casa mucho antes de que yo me colara en la suya.

Pero ¿por qué?

# CAPÍTULO 28

—«Querida Darcy» —empieza a leer Parker en voz alta en mi cuaderno—, «*tienes que leer esto todos los días y hacer lo que te digo. Somos tu familia y te queremos, pero no podemos estar contigo. Estás más segura lejos de aquí y estarás a salvo siempre que te mantengas alejada. Mira nuestras fotos todos los días para poder recordarnos tal y como nosotros te recordaremos a ti. Pero asegúrate de hacer lo que te digo en la página siguiente. Es esencial que lo hagas*. Te quiero, hermanita. Pippa». —Parker termina de leer las palabras de esa página de mi cuaderno y, tras haber leído ya los nombres de los miembros de mi familia en la página anterior, se desplaza hasta la última y lee también lo que hay escrito en ella—: «Nunca veas las noticias. Nunca jamás vuelvas a casa».

Si ya me daba miedo leer esas advertencias, es peor aún escucharlas de la boca de un hombre que no me permite salir de su casa. Porque imagino que no puedo salir de aquí. La única forma de asegurarme del todo sería correr hacia la puerta de la cocina, pero supongo que, o está cerrada con llave, o Parker me cogerá antes de que pueda llegar hasta ella. Prefiero no comprobarlo, al menos de momento, porque si sale mal, tendré la certeza de estar encerrada aquí. Resistir la tentación a correr al menos me deja un hilo de esperanza de poder salir de esta.

—Vaya cosa más interesante te escribió esta persona llamada Pippa —me dice Parker mientras vuelve a mirar el cuaderno—. Y vaya dos advertencias más llamativas. Nunca veas las noticias. Nunca jamás vuelvas a casa. Me pregunto por qué habrá tenido que instruirte de forma tan dramática. Me encantaría saberlo. ¿Te importaría ilustrarme?

Parker parece muy intrigado y espera una respuesta por mi parte, pero lo único en lo que yo pienso es en la razón que podría haberlo incitado a entrar en mi apartamento para robarme el cuaderno. Para llegar hasta aquí, yo he tenido que seguirlo por la calle, así que para que él tenga en sus manos ahora mismo mi cuaderno, tuvo que haber hecho exactamente lo mismo que yo, pero antes.

—¿Por qué? —Mi respuesta es una pregunta aún más urgente—. ¿Por qué me robaste eso?

—¿Crees que contrataría a una completa desconocida para cuidar de mi padre? —me responde Parker con una sonrisa—. Quería investigarte un poco.

—¿Entrando en mi apartamento y robando algo tan personal?

—Solo es un cuaderno.

—¡No tenías ningún derecho a llevártelo! Ni tampoco a estar en mi casa cuando yo no estaba en ella.

—Igual que tú no tenías derecho a estar merodeando por el jardín de mi casa esta noche, ¿no?

Enseguida comprendo que esto no tiene ningún sentido. Los dos hemos hecho algo parecido, así que Parker siempre va a decir que yo soy la que ha hecho algo que no debía, y yo sostendré lo contrario. Y de ahí no vamos a salir, aunque existe una diferencia. Yo sigo sin conocer de verdad a Parker, mientras que él, gracias al cuaderno que tiene en la mano, sabe ya más cosas sobre mí.

—Vale, es verdad. Te he estado mintiendo y estoy ocultando algo —me admite—. Pero obviamente yo no soy el único. Me muero de ganas de saber qué es lo que me estás ocultando, Darcy. Tiene buena pinta, e incluso debe tener cierto interés periodístico si Pippa cree que debes evitar ver las noticias. ¿Tampoco puedes volver a tu casa? Vaya, ¿qué has hecho, Darcy?

La verdad es que no tengo ni idea de lo que pude hacer en el pasado, porque no me acuerdo de nada. Pero dudo mucho que Parker me creyera si se lo contara, así que no sé muy bien qué decir para mejorar mi situación actual.

—Vamos a dar por supuesto que los dos hemos hecho cosas que no debíamos —digo, mirando a Parker a los ojos—. Eso significaría que ambos tenemos una razón de peso para no querer que la policía se inmiscuya en nuestros asuntos. Yo no quiero que anden husmeando, y tú tampoco. Por eso, lo mejor para los dos sería que, a partir de aquí, cada uno fuera por su lado. Así, ninguno de los dos tendrá ningún problema. ¿Te parece justo?

Tengo la esperanza de que así sea, porque no se me ocurre otra cosa.

Parker reflexiona unos instantes sobre lo que le he dicho; luego, le echa otro vistazo a mi cuaderno.

—Aquí hay una dirección —dice—. Una casa en Chicago. ¿Es ahí donde vive tu familia?

—¿Y eso qué más da?

—Es por curiosidad. Esta dirección, y la forma en que esa tal Pippa, que aparentemente es tu hermana, te ha escrito, con órdenes tan específicas… Es como si estuviera hablando con alguien que no sabe quién es. ¿Es así, Darcy? ¿No sabes quién eres realmente?

Parker ha descubierto mi verdad, el hecho de que mi pasado me resulte casi tan misterioso a mí como a él. De pronto, se me ocurre una forma más eficaz de intentar salir de esta.

—Tengo problemas de memoria —le confieso. No lo hago por honestidad, sino porque tal vez eso pueda aumentar las posibilidades de que me deje marchar.

—¿Qué tipo de problemas? —me pregunta Parker, levantando la vista del cuaderno y pareciendo realmente intrigado.

—Se me olvidan las cosas.

—¿Qué cosas?

—Cualquiera que haya sucedido hace varias semanas. No puedo recordar nada desde hace algunas semanas hacia atrás.

Parker medita sobre ello durante unos instantes.

—¿No recuerdas nada?

Hago un gesto de negación con la cabeza.

—¿Cómo es posible? ¿Tienes amnesia?

—Supongo que sí. La verdad es que no lo sé. No puedo recordar lo que me causó el problema, como es obvio. Y, a juzgar por lo que Pippa me escribió, tampoco quiero saberlo.

Parker parece muy interesado ahora, pero a mí solo me interesa una cosa.

—Por lo tanto, si dejas que me vaya, no me voy a acordar de nada de esto en unas pocas semanas —le explico—. No te recordaré a ti, ni a tu padre, ni lo que sea que esté pasando aquí. Así que no tienes nada de qué preocuparte. Puedes dejarme salir por esa puerta sin problemas.

Parker sigue callado. Tengo la esperanza de que eso signifique que se lo está pensando. Mientras él reflexiona, yo ya he decidido que, una vez salga de esta casa, recogeré mis cosas del apartamento y me iré de la ciudad. Cuando esté en un lugar donde él no pueda encontrarme jamás, llamaré a la policía de forma anónima para decirles que vengan a registrar esta casa, particularmente el sótano. De ese modo, si al final resulta cierto que aquí está pasando algo grave, podré frenarlo y así ayudar a quienquiera que lo pueda necesitar.

—Buen intento —dice Parker, cerrando de golpe mi cuaderno antes de reírse para sí mismo—. Pero no vas a salir de aquí me cuentes lo que me cuentes, así que lo más sensato es que dejes de perder el tiempo.

No ha funcionado. Me he quedado sin alternativas.

Bueno, casi.

Me levanto de la silla de un salto y corro hacia la puerta de la cocina. Giro el pomo y rezo para que se abra. Pero está cerrada con llave, tal y como me temía. Por supuesto, Parker se ha asegurado de que lo estuviera.

—Qué mala suerte —dice por detrás de mí, pero yo aún no me doy por vencida. Intento correr en dirección hacia otra puerta de la casa, pero, al pasar junto a él, me agarra. A pesar de que forcejeo y trato de darle patadas, no me suelta—. Ya te lo he dicho, Darcy, no vas a ir a ninguna parte —me advierte, antes de empujarme de nuevo en dirección a la silla que acabo de abandonar tan bruscamente.

Pero no me voy a volver a sentar en ella, de ninguna manera. Se acabaron las conversaciones relajadas. Sabiendo que no me quiere dejar salir de aquí, ¿tengo algo que perder?

Cojo la silla y, antes de que a Parker le dé tiempo a levantar las manos para protegerse, se la lanzo. Cuando le golpea, grita de dolor. Pero no me quedo a su lado para ver qué daño le he hecho. Lo único que hago es pasar corriendo junto a él hacia la puerta de la calle.

Llego a ella en cuestión de segundos y vuelvo a intentar girar el pomo, pero esta puerta también está cerrada con llave. Sin embargo, en esta ocasión no pienso rendirme con tanta facilidad.

Hay una ventana cerca de la puerta y empiezo a buscar algo que pueda usar para romper el cristal. Si hace falta, treparé a través de cristales rotos. Cuando veo el perchero, lo cojo y me dispongo a hacer añicos la ventana con él. Pero alguien me lo arrebata de repente de las manos; acto seguido, una mano me tapa la boca, y noto que vuelvo a ser arrastrada hacia la cocina.

Intento gritar para pedir ayuda, o incluso morder la palma de la mano y los dedos que tapan mi boca, pero no puedo hacer ninguna de esas cosas. Finalmente, termino siendo tirada al suelo. Parker vuelve a estar sobre mí, como cuando me golpeé la cabeza, pero esta vez no estoy a punto de perder el conocimiento. Tal vez sería mejor que lo hiciera, pero, por desgracia, estoy bien despierta, y por eso oigo perfectamente lo que Parker me dice.

—Solo hay una puerta que no está cerrada con llave en estos momentos —me dice mientras trato de respirar, aunque me cuesta hacerlo—. Es esa de ahí, la que está justo detrás de ti. Ya sabes a cuál me refiero, ¿a que sí?

Me doy la vuelta y comprendo de qué puerta me está hablando. Es la misma que cruzó él hace un rato, con un plato de comida.

—Estás loca por saber qué hay ahí dentro —continúa Parker, que parece disfrutar de este momento—. ¿Por qué no echas un vistazo? Adelante, por favor. Sin problemas. Abre esa puerta y podrás averiguar a qué se refería mi padre.

# CAPÍTULO 29

## PIPPA

¿Cómo se salva un matrimonio? Es posible que diciendo siempre la verdad.

¿Cómo se destruye un matrimonio? Sin duda, admitiendo haber cometido un homicidio y haber ocultado dos cadáveres.

Miro fijamente a mi marido, esperando a ver qué me dice después de todo lo que acabo de contarle. La razón por la que está tardando en responderme es que le he contado muchas cosas.

Se lo he contado todo.

Laurence. Eden. Darcy. Mis padres. El lago Michigan. La duración probable de las penas de cárcel que llevan aparejadas los delitos que he cometido y, lo más importante de todo, el tiempo que pasaré lejos de nuestra familia si descubren lo que he hecho. Cadena perpetua, muy probablemente, sin posibilidad de libertad condicional.

Por eso no puedo culparlo por tomarse un tiempo para responderme.

Sin embargo, aunque su silencio no sirva para expresar cómo se siente, su lenguaje corporal lo hace a las mil maravillas. Parece rígido, muy tenso, con los hombros levantados y las manos entrelazadas. Tiene la cara desencajada debido a la incredulidad, y percibo que le cuesta respirar. Pero lo que más le delata son sus ojos, al menos en relación a sus sentimientos hacia mí.

No me mira ni un segundo.

Está mirando a todas partes excepto a mí.

—Querías saber la verdad —le recuerdo, lo cual tampoco es que me ayude mucho, pero algo tengo que decir para romper este silencio tan horrible—. Pues ahí la tienes, esa es la verdad. Ahora ya sabes por qué te he estado ocultando cosas, por qué he estado tan distante. He estado intentando protegeros. Tanto a ti como a nuestro hijo.

Acabo de ser completamente sincera con esa afirmación, que, sin embargo, ha enfurecido a Karl. De repente, fija por fin la mirada en mí.

—¿Crees que esto es protegernos? —me pregunta con un tono de voz aterrador que nunca le había oído antes—. ¿Crees que hacer todas esas cosas tan horribles es protegernos a Campbell y a mí? ¿Estás loca? ¡Nos has puesto en peligro también a nosotros!

—¡No, vosotros no estáis en peligro!

—Ah, ¿no? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—¡Porque está todo bajo control!

—¡La policía ha encontrado el cuerpo de la mujer que mataste! ¡Eso no me hace pensar que esté todo bajo control! Y la mataste para guardar los secretos de tu hermana. Así que la estás protegiendo a ella, pero ¿qué tenemos que ver Campbell y yo con todo eso? ¿Qué hemos hecho nosotros para merecernos vernos envueltos en esta situación?

—Karl, por favor. Déjame que te lo explique.

—No, ya me lo has explicado, y ojalá no lo hubieras hecho, porque ahora sí que me has puesto en una situación horrible.

—¿A qué te refieres?

—Me has hablado de dos delitos muy graves. Que no se pueda utilizar una conversación entre marido y mujer en un juicio no disminuye lo más mínimo la magnitud del problema. Voy a estar en una posición muy incómoda si la policía me interroga sobre el caso. ¡Preferiría no haberlo sabido nunca! Ahora me siento tan culpable como tú, Darcy o tus puñeteros padres.

—No debería ser así. No tendrías por qué sentirte culpable. Tú no has hecho nada malo.

—Ya lo sé, pero ahora que me lo has contado todo, ¿qué se supone que debería hacer yo si me interrogan sobre esto? ¿Mentir? ¿O limitarme a decir «sin comentarios»? ¡Lo único que eso provocaría es que parecieras aún más culpable!

El volumen de esta discusión tan acalorada es lo bastante alto como para que nuestro hijo vuelva a la habitación. Campbell aparece en la puerta con cara de preocupación, pues ha escuchado cómo sus padres se gritan entre ellos. Deberíamos estar agradecidos de que

sea demasiado pequeño como para comprender la gravedad de lo que estamos diciendo, aunque no nos guste en absoluto el hecho de que escucharnos le haga sentir tan triste.

—Siento haber gritado —le digo mientras corro hacia él para intentar consolarlo.

Pero Campbell se aparta de mí y se dirige hacia su padre. Eso me escuece mucho, aunque no es la primera vez que un hijo elige a uno de sus progenitores en detrimento del otro tras una discusión. Sin embargo, esto es más simbólico. Mientras estoy de pie a un lado de la habitación y contemplo a mi marido y a mi hijo en el lado contrario, siento que existe un abismo entre nosotros que ya no podré salvar jamás.

Nos estamos separando cada vez más. Si no soy capaz de recuperarlos, la libertad no será lo peor que pierda.

Lo peor será perderlos a ellos.

También está la cuestión de que, si Karl y yo nos divorciáramos, él podría testificar en mi contra ante un tribunal. ¿Llegaremos hasta ese punto? De ser así, la información que le he dado podría joderme la vida. He terminado contándoselo todo porque pensé que nuestra historia juntos implicaría que me fuera leal y que me protegería. ¿Habré sido una ingenua?

No recuerdo que nuestros votos matrimoniales incluyeran nada al respecto de guardar secretos de cara a la policía.

—Creo que tienes que irte de aquí —me dice Karl mientras Campbell se acurruca contra él, dándome envidia, pues me encantaría que mi hijo se comportara así conmigo.

—¿Irme? ¿A dónde?

—No lo sé. A cualquier sitio. A casa de tus padres, por ejemplo. Creo que no deberías estar en casa ahora mismo.

Parece que Karl lo está diciendo completamente en serio, pero no pienso irme de aquí. La única forma de que eso ocurra es que un agente de policía me saque a rastras de esta casa mientras yo chillo y doy patadas. Hasta que eso ocurra, no pienso rendirme.

—Por favor, no hagas esto. Todavía hay una solución. Todavía tenemos una oportunidad de que esto no sea el final.

—¿En serio? —me pregunta Karl. Coge el mando a distancia y vuelve a encender la televisión. Al instante, la pantalla está llena de imágenes de policías y forenses que se encuentran junto al lago Michigan. Mi marido señala la pantalla para enfatizar.

—¡Mira eso! ¡Dime ahora que existe una oportunidad de que todo vaya a salir bien!

No necesito mirar la pantalla para saber que la situación es delicadísima, pero Campbell no comprende la gravedad de lo que está viendo, así que inocentemente grita «policía» y se sienta a ver la tele. En los últimos años, muchos días he deseado que fuera un poco mayor para que las cosas comenzaran a ser un poco más fáciles con él, pero ahora me alegro mucho de que tenga la edad que tiene, porque sigue siendo completamente inocente. Muy ingenuo. Absolutamente ajeno a la vida adulta y a los problemas de los adultos.

Pero hay un adulto a su lado que sí que comprende a la perfección la gravedad de la situación.

Aunque seguro que ese adulto sabe cómo gestionar las cosas un poco mejor.

—Ven aquí —le digo a Karl, haciéndole un gesto para que me siga fuera de la habitación.

Duda un poco, pero yo comienzo a salir hasta que no tiene más remedio que seguirme. Debe haber comprendido que quiero decirle algo que es mejor que nuestro hijo no escuche, y eso es lo que me dispongo a hacer. En cuanto está conmigo en el pasillo, comienzo a hablar de nuevo.

—Mira eso —le digo, señalando una foto que hay colgada en la pared en la que aparecemos los tres junto a una piscina en Hawái—. ¿Te acuerdas de aquel día? ¿El calor que hacía? Lo mal que dormimos porque Campbell sufría el desfase horario. Todos lo sufríamos. Pero míranos. Estábamos muy felices, porque estábamos juntos y éramos muy conscientes de lo afortunados que éramos. Daba igual el cansancio, no importaba lo mucho que habíamos tenido que trabajar para poder permitirnos aquello. Sabíamos muy bien que teníamos mucha suerte por tener la familia que teníamos.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta Karl.

Yo trato de desviar su atención a la siguiente foto.

—Mira esta. Recuerdas de cuándo es, ¿verdad? Una semana después de que Campbell saliera del hospital. Se puede ver que estábamos muertos de cansancio, pero es nuestra primera foto de familia de verdad.

Karl mira fijamente la imagen en la que ambos salimos con cara de cansancio mientras sostenemos en brazos a nuestro recién nacido, que está dormido.

—Ya basta —me dice, pero yo aún no he terminado.

—El primer día de guardería de Campbell —prosigo, pasando a otra foto—. Y aquí estamos en nuestra luna de miel. Y aquí estamos en Nueva York para celebrar nuestro aniversario.

—Pippa, ya está bien —vuelve a intentarlo Karl, pero aún no he terminado de transmitirle lo que le quiero decir.

—Mira todos estos recuerdos. Todos estos momentos felices. De verdad, no tienen por qué acabarse. Podemos generar más recuerdos, pero solo podremos hacerlo si nos mantenemos unidos como una familia.

—¿Estás loca? Esas fotos son de antes de que me enterara de que eres una asesina —dice Karl en voz baja, pero de forma muy agresiva.

—¡Lo hice porque tenía que salvar a mi familia y defenderme a mí misma! —insisto. —¿No harías tú lo mismo por nosotros? ¿No matarías por mí o por nuestro hijo si no tuvieras alternativa?

Esa pregunta le quita a Karl algo de seguridad en sus respuestas, y yo trato de reforzar la idea mientras él aún intenta asimilar lo que le estoy diciendo.

—Hay una gran diferencia entre lo que he hecho yo y lo que podría haber hecho cualquier otro delincuente —argumento—. Algunas personas se saltan la ley y matan a otros por puro placer o en beneficio propio. Yo lo hice porque era la única vía para proteger a las personas que más quiero. A ti. A Campbell. A mi hermana. A mis padres. Todo lo que hice y todo lo que haga a partir de este momento ha sido y será por todos vosotros. Si eso me convierte en una mala persona y en alguien a quien quieras dejar, entonces no sé qué otra cosa podría haber hecho.

Karl medita sobre ello; aún no me ha insistido en que me vaya de casa ni ha ido a coger a nuestro hijo para marcharse con él. Supongo que quizá tenga una posibilidad.

—¿Hay alguna forma de que la policía vincule contigo o con tu familia lo que ha encontrado? —me pregunta al cabo de un momento.

—No lo creo —es la mejor respuesta que puedo ofrecerle—. Tendremos que confiar en que todo salga bien.

Esa afirmación difícilmente le va a inspirar mucha confianza a mi marido, pero sigue reflexionando. Así que le cojo la mano, para darle aún más motivos por los que pensar.

—Odio lo que nos ha pasado en los últimos tiempos, pero esto no tiene por qué ser el final. Nuestra familia puede salvarse. Nos podemos salvar. Te quiero. Ahora estoy más segura de eso que nunca. Así que vamos a luchar. Confía en mí, hay una posibilidad de salir de esta.

Suena ridículo decir algo así cuando nuestro hijo está viendo en las noticias el hallazgo del cadáver que su madre y su abuelo arrojaron al lago, pero, o me mantengo optimista, o la única alternativa es llorar. Por suerte, Karl no me suelta la mano. De hecho, me la aprieta con suavidad.

—Vale —dice en voz baja.

—¿Vale que no le vas a contar nada a nadie? —le pregunto, pues necesito algún tipo de confirmación.

Karl tarda unos segundos, pero termina asintiendo.

¿Le creo? No tengo más remedio que hacerlo. No va a mentirme sabiendo lo que está en juego.

Quizá yo tenga algo de razón. Puede que todo salga bien. Pero ese momento efímero de ignorancia feliz se quiebra apenas unos segundos después, cuando suena mi móvil y veo que es mi padre quien me está llamando.

—Sí, ya sé que tenemos que hablar —le digo al contestar—. ¿Voy a vuestra casa o queréis venir vosotros a la mía?

—Pippa, ¡cállate! ¡Ya es demasiado tarde para eso! ¡Ya están aquí!

La voz de pánico de mi padre hace que me recorra un escalofrío por todo el cuerpo. Karl también parece paralizado al ver mi estado

de shock.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién está ahí?

—¡La policía! ¡Están ahí afuera! ¡Están a punto de llamar a la puerta de casa!

—¿Qué ocurre? —me pregunta Karl, que no puede oír a mi interlocutor. Menos mal. Si supiera lo que está sucediendo ahora mismo en casa de mis padres, entraría en pánico. Lo más probable es que cogiera a Campbell y se fuera de aquí tan rápido como pudiera.

Haría eso porque, si la policía ya está allí, seguramente solo es cuestión de tiempo que aparezca por aquí…

# CAPÍTULO 30

## DARCY

No sé lo que Parker cree que va a suceder a continuación, pero yo no pienso abrir esa puerta y entrar en el sótano. Si lo hago, estaré aún más acorralada de lo que estoy ahora. Al menos aquí, en la planta principal de la casa, tengo una oportunidad. Ojalá pudiera alejarme de él otra vez y disponer de unos segundos de libertad. Podría romper esa ventana y salir de aquí. Pero mi captor sigue situado de pie sobre mí. Como no me he movido lo más mínimo, de repente decide ser él quien lo haga.

—Bueno, venga, te voy a enseñar lo que hay ahí —me dice con impaciencia, tirando de mí para incorporarme. Hago todo lo posible por comportarme como un peso muerto para dificultarle el movimiento, pero aun así logra arrastrarme hasta la puerta del sótano.

—¡No! ¡Suéltame! —le grito, pero es inútil hacerlo.

Cuando llegamos a la altura de la puerta, Parker toma un pequeño riesgo y me quita una mano de encima para tirar del pomo. Intento aprovechar ese momento para zafarme de él, pero enseguida vuelve a ponerme la mano en la cintura, sujetándome con fuerza, y me empuja hacia lo que ahora es una puerta abierta.

Quiero extender los brazos y agarrarme al marco, lo que me permitiría oponer algo de resistencia, pero Parker me sujeta con tanta fuerza que me obliga a bajar los brazos hacia los lados en lugar de hacerlo hacia fuera, en una posición que resulta completamente inútil para mi propósito.

Atravesamos el umbral de la puerta y la luz de la cocina comienza a desvanecerse, pues estamos entrando en un espacio oscuro. A pesar del miedo que da, casi me alegro de no poder ver nada, al menos de momento, porque quizá ver algo sería muchísimo peor.

—Cuidado con el escalón —me advierte Parker.

Antes de que pueda preguntarle a qué escalón se refiere, siento que casi pierdo pie, e intuyo que estamos avanzando por lo que

debe ser una escalera.

Es muy desconcertante bajar unas escaleras cuando ni siquiera te puedes ver los pies, casi tanto como que te esté arrastrando por ellas un agresor peligroso. Seguimos bajando y, cada vez que estoy a punto de caerme, Parker me sujeta con más fuerza para evitarlo. Pero no está actuando como un caballero; solo lo hace para que no me escape. Cuanto más bajamos, menos posibilidades hay de que eso suceda.

Vuelvo a tropezar, pero esta vez no se trata de un escalón, sino de la ausencia de ellos. Hemos llegado al final de las escaleras, y el terreno es llano de nuevo. Como en las veces anteriores, Parker evita que pierda el equilibrio. Miro hacia atrás, hacia el lugar por el que hemos venido, y observo un pequeño resplandor procedente de la cocina que acabamos de dejar.

Cómo me gustaría que todavía estuviéramos en ella ahora mismo. No parecía un lugar idóneo hace un rato, pero daría cualquier cosa por cambiarla por este sótano tan oscuro. Aunque no permanece así durante demasiado tiempo. Oigo un interruptor y la estancia se inunda de luz. Tengo que entrecerrar los ojos varias veces para que se adapten al cambio tan brusco.

—Querías ver lo que sucedía aquí —dice Parker, soltándome lentamente—. Pues anda, echa un vistazo.

Parpadeo un par de veces más hasta que mi vista se termina adaptando. Cuando lo hace, me arrepiento enormemente de haber venido esta noche a esta casa. Compruebo que Parker y yo no somos las únicas personas que están aquí abajo. Hay alguien más. Una mujer.

O al menos creo que es una mujer.

Es difícil de decir: quienquiera que sea la persona que está en la esquina de este sótano, está sentada encogida en el suelo de espaldas a nosotros, con el rostro cubierto por un pelo largo, oscuro y enmarañado. Me fijo en el plato vacío que hay junto a ella en el suelo, que es el que Parker sostenía hace un rato. Debía ser para ella. Para esta pobre mujer, quienquiera que sea. ¿Qué clase de lugar es este para comer? ¿En qué condiciones se encuentra esta

mujer? No tiene buena pinta, para nada. Ni siquiera se ha dado la vuelta para mirarnos todavía.

¿Está demasiado enferma?

¿O tendrá demasiado miedo para hacerlo?

—¿Qué te parece? —me pregunta Parker—. ¿Habrías preferido quedarte en casa en vez de seguirme hasta aquí?

La respuesta es obvia, pero la identidad de esta persona no lo es tanto. Estoy a punto de preguntarle si se encuentra bien, pero Parker vuelve a hablar.

—Dejad que os presente. Darcy, esta es Irene.

¿Irene? ¿Su novia? ¿La persona de la que me habló Joe?

Ya me ha quedado claro de qué me estaba advirtiendo ese hombre. Esta es la mujer a la que se suponía que yo tenía que ayudar. ¿Así que Joe sabe de esta situación? ¿Cuánto tiempo hace que comenzó?

Irene aún no se ha girado para mirarnos, pero a Parker no parece importarle. Me empuja hacia ella y yo caigo al suelo, aterrizando a su lado. La veo sobresaltarse cuando me acerco a ella.

—¿Qué estás haciendo? ¡Es imposible que salgas impune de esto! ¡Suéltanos a las dos! —grito mientras miro a Parker. Pero, para mi espanto, él comienza a subir las escaleras.

—Os dejo la luz encendida —dice mientras se va, como si eso fuera hacernos un favor—. Así podréis veros las caras mientras habláis. Me imagino que tendréis muchas preguntas que haceros la una a la otra.

—¡No, espera! —le grito, levantándome del suelo e intentando alcanzar a Parker antes de que le dé tiempo a cerrar la puerta. Pero oigo una voz débil y asustada detrás de mí.

—Ni te molestes —dice. Me doy la vuelta para mirar a Irene, que ahora ha levantado la cabeza para reconocer mi presencia—. Él siempre es más rápido, y además disfruta más si aporreas la puerta después de que la haya cerrado con llave.

Irene debe estar hablando por su propia experiencia, una experiencia siniestra y horrible, que, sin embargo, ha resistido. Sus palabras han provocado que yo reaccione con más lentitud, y por

ello Parker ha llegado ya al final de las escaleras. La puerta empieza a cerrarse tras él.

Quiero correr hacia allí. Quiero intentar evitar que Parker me deje aquí encerrada. Pero hay algo en la forma en la que Irene me mira y me habla que me dice que está en lo cierto.

No servirá para nada.

Él va a ganar.

Así que decido quedarme donde estoy, en el sótano junto a la prisionera desnutrida y privada de sueño.

Poco después, ambas oímos el sonido de la llave girando en la cerradura.

# CAPÍTULO 31

## PIPPA

—¿Qué coño voy a decirles? —me pregunta mi padre.

Escucho su voz llena de ansiedad a través del teléfono y logra que su nerviosismo se filtre de alguna forma hasta mi persona, y eso que hay varios kilómetros de distancia entre su casa y la mía.

—Tú tranquilo —le digo.

Quizá sea lo más ridículo que haya dicho nunca una persona, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. Mi padre está perdiendo los nervios porque tiene a la policía en la misma puerta de su casa, la misma casa en la que asesiné a Eden y en la que, posteriormente, metimos su cuerpo en el coche de mi padre y lo llevamos hasta el lago. Ahora ese lago está saliendo en todas las noticias y el cadáver ha sido encontrado. No sé cómo, pero la policía ya va bien encaminada en su investigación.

No tengo ni la más remota idea de por qué han ido a casa de mis padres tan poco tiempo después del descubrimiento del cadáver.

Pero ya están allí.

Y, dentro de un segundo, mi padre tendrá que abrirles la puerta.

—Tengo que colgar —me dice.

—¡No, espera! ¡No me cuelgues! —le grito antes de que me corte y me quede en un silencio que solo hará que me preocupe todavía más.

—¡Qué!

—Mantén la llamada. Deja el teléfono en algún sitio para que pueda oír lo que os dice la policía —le ordeno a mi padre con urgencia.

—No puedo hacer eso.

—Sí, claro que puedes. Hazlo, papá. ¡Necesito enterarme de lo que está pasando! ¡Necesito saber cuánto sabe la policía!

Oigo de fondo que alguien llama a la puerta. La policía ha llegado ya. Mi padre tiene que ir a abrirles de inmediato. Finalmente, hace lo que le pido y mantiene la llamada abierta.

—¿Qué cojones está pasando? —me pregunta Karl, pero me llevo un dedo a los labios para decirle que se mantenga callado y después me acerco aún más el teléfono a la oreja.

Oigo unos murmullos lejanos y temo no poder escuchar toda la conversación, pero luego las voces se van acercando; me imagino que la policía está entrando en la casa.

—¿Está solo en casa, señor? —pregunta una voz masculina ronca.

—No, está también mi mujer —responde mi padre.

—Vale, vaya a buscarla, por favor. —Esa es la orden tajante que recibe mi padre, a quien escucho llamar a mi madre, que seguramente esté escondida en algún lugar de la planta de arriba con una copa de vino en la mano, intentando no tener un ataque de pánico. Espero que lo consiga, porque si baja las escaleras hiperventilando, va a ser una señal de lo más reveladora.

Mientras espero a que mis padres vuelvan a la zona donde está el teléfono, oigo otra voz masculina.

—Bonita casa —escucho decir.

Me imagino que el detective, el agente de policía o quienquiera que sea está impresionado con el lugar en el que viven mis padres. Normal que lo estén, porque es una propiedad impresionante, aunque la realidad es que mi familia preferiría no recibir ningún tipo de atención por parte de la policía.

—¿Qué pasa? —escucho preguntar a mi padre, que debe haber vuelto.

—Soy el detective Burgoyne y necesito que ambos respondan a unas preguntas —dice la primera voz masculina, y el corazón me da un vuelco. Mis padres deben estar sintiéndose aún peor que yo, pues son ellos los que van a verse obligados a enfrentarse a esta situación directamente.

—¿Preguntas sobre qué? —dice mi madre con tono vivaz.

Es una sorpresa agradable oír que su voz suena rotunda. Puede que esté aguantando el trance mejor de lo que yo pensaba.

—Estamos intentando localizar a su hija —es lo que oigo a continuación. Casi se me cae el teléfono al suelo.

Dios mío. La policía me está buscando. Ya está. Se acabó.

—Pippa, ¿qué está pasando? —me pregunta mi marido, pero yo lo ignoro y sigo escuchando lo que ocurre al otro lado de la línea.

—Tengo dos hijas —le dice mi padre al detective.

—Estamos buscando a Darcy —le responde. Respiro aliviada durante dos segundos, pero enseguida comprendo que siguen siendo malas noticias. Pues claro que están buscando a mi hermana. Si me estuvieran buscando a mí, ya estarían en mi casa. Si están tratando de localizar a Darcy, eso significa que han debido descubrir algo. Me alegro enormemente de haber conseguido sacarla de la ciudad antes de que esto ocurriera.

—¿Por qué están buscando a Darcy? —pregunta mi madre.

—Queremos hacerle unas preguntas —responde el detective de forma malhumorada.

—No está aquí, y no sabemos dónde está —le dice mi padre al detective y a los agentes que le rodean.

—¿No saben dónde está su propia hija? —pregunta Burgoyne.

—Correcto. No tenemos ni idea —añade mi madre.

—Me cuesta creerlo —dice el hombre, con el mismo tono gruñón.

Me parece que esto no está transcurriendo nada bien. Pero entonces mi madre toma las riendas de la conversación.

—Le resultaría más fácil si supiera lo que le ha pasado a mi hija en estos últimos años —dice, hablando todavía de forma clara y controlada, lo cual es impresionante dadas las circunstancias—. Tuvo un accidente y ha perdido la memoria. No sabe quiénes somos si no se lo recordamos constantemente y, lo que es todavía peor, ni siquiera sabe quién es ella. Nuestra familia pasó por un infierno y, de repente, un día, nos despertamos y descubrimos que Darcy se había largado. Y, hasta ahora, no nos ha dicho dónde está. Así que, respondiendo a sus dudas, detective, esa es la razón por la que no conocemos el paradero de nuestra hija, y la triste realidad es que quizá no volvamos a verla jamás.

Se hace el silencio y por un segundo temo que la llamada se haya cortado de alguna forma, pero entonces vuelvo a oír una voz.

—Lo siento —escucho decir al detective, ahora un tanto avergonzado, puesto que mi madre lo acaba de fulminar.

—¿Por qué tienen que hablar con ella? —pregunta mi padre.

Espero la repuesta conteniendo la respiración, e imagino que mis padres estarán haciendo lo mismo, porque desde luego esa es la pregunta clave.

—Tiene que ver con el cadáver de la mujer que ha sido encontrado en el lago Michigan hace unas horas —responde el detective Burgoyne.

—¿Y qué tiene que ver eso con Darcy? —grita mi madre.

—Creo que la fallecida era una antigua amiga y compañera suya —prosigue el detective—. Se llamaba Eden Carthy. ¿Les suena de algo?

Y tanto que nos suena, aunque el detective aún no lo sepa. Rezo para que mis padres sigan siendo capaces de controlar sus emociones. Yo estoy cada vez más nerviosa, y eso que no tengo delante a un detective y a varios agentes. Como la cosa se siga torciendo, puede que muy pronto los tenga.

—¡Dios mío de mi vida! ¡¿Eden está muerta?!

Ha sido mi madre la que acaba de fingir estar sorprendida. Aunque es difícil saber cómo ha funcionado en casa de mis padres, por teléfono ha sonado muy convincente.

—Me temo que sí —responde el detective—. ¿Conocían bien a la fallecida?

—No en profundidad, pero sí que la conocíamos, sí —continúa mi madre—. Sabíamos que trabajaba con nuestra hija, pero hace mucho tiempo de eso. ¿Dice que está muerta? Es horrible, ¿qué ha pasado? —Mi madre está actuando como si fuera candidata a un Oscar. El detective le dice que no puede revelar más detalles por el momento.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver todo eso con Darcy? —pregunta mi padre.

—Nos han informado de que su hija estuvo intentando localizar a Eden hace tres meses, que fue más o menos cuando desapareció.

Al instante, me pongo a pensar en quién podría haberle contado eso a la policía, y entonces me acuerdo del reencuentro de enfermeras al que acompañé a mi hermana, en los días en los que estuvo intentando obtener algunas respuestas sobre todos los flashbacks que estaba teniendo. Las dos estuvimos hablando con

una enfermera y conversamos sobre Eden. ¿Cómo se llamaba aquella enfermera? ¿No era Cara? Ha debido ser ella la que, al enterarse de la noticia de hoy, le ha contado a la policía que conocía a la fallecida. Y les habrá dicho también que conocía a una persona que había estado buscando a Eden antes de que desapareciera.

Lo más seguro es que Cara pensara que estaba haciendo lo correcto al facilitarle a la policía el nombre de Darcy. Quizá para ellos su colaboración haya sido de gran ayuda.

Sin embargo, su intervención no ha servido precisamente para ayudar a mi familia.

—Espere un momento. ¿Creen que Darcy tiene algo que ver con la muerte de Eden? —grita mi padre—. ¡No, de ninguna manera! ¡Eso es ridículo!

—Como les he dicho, solo nos gustaría hacerle unas preguntas —afirma de nuevo el detective.

—Y, como le hemos dicho nosotros, no tenemos ni idea de dónde está, así que no pueden hacerlo —responde mi madre.

—¿Cuándo se fue su hija? —pregunta el detective muy inteligentemente. Está claro que está intentando verificar si la desaparición de Darcy coincidió con la de Eden.

—Eh… —escucho titubear a mi padre, lo cual no es nada alentador. Mi madre también se queda callada.

«Que alguien diga algo, por favor, y que lo diga rápido».

—No hace mucho, ¿no? —responde por fin mi padre—. ¿Tal vez un mes o dos?

«Joder. Le está mintiendo a la policía».

—Sí, hace poco más de un mes —añade mi madre, que se suma a la mentira.

La realidad es que Darcy se fue de Chicago justo después de que Eden, y también Laurence, desaparecieran, lo que ocurrió hace tres meses. Pero, si el detective se enterara de eso, avivaría enormemente sus sospechas.

—¿Están seguros de eso? —pregunta el detective, y ninguno de mis padres dice lo contrario.

Entiendo pues que esa es su versión de los hechos y a ella tendrán que atenerse a partir de ahora. Y a ella me tendré que ceñir

también yo en caso de que la policía me interrogue, pero crucemos los dedos para que esta sea la única vez que hablan con nuestra familia. En ese momento, a mi madre le da por soltar algo bastante osado.

—¿Sabe que Eden mantenía una relación con Laurence antes de que ambos desaparecieran? —pregunta. El detective confirma que estaban al tanto—. Entonces, ¿no le parece obvio lo que ha ocurrido? Laurence debió matar a Eden; luego, tiró su cuerpo al lago y se dio a la fuga. Por eso ambos desaparecieron a la vez. Tiene mucho sentido.

Puede que mi madre piense que sea una explicación razonable. Todos desearíamos que al detective también se lo pareciera.

—El primer examen del cuerpo de Eden revela que murió hace muy poco tiempo —informa el detective a mis padres—. No hace tres meses, cuando se denunció la desaparición de ambos, sino en las últimas treinta y seis horas, aproximadamente. Por lo tanto, el momento de su muerte no coincide con el de su desaparición. Eso significa que no podemos asumir sin más que Laurence es sospechoso.

Vaya. No son buenas noticias.

—Sin embargo, estamos redoblando nuestros esfuerzos para localizar a Laurence, y si lo encontramos, ya sea vivo o muerto, eso cambiaría las cosas drásticamente. Pero, entretanto, queremos encontrar a su hija para hablar con ella. Si se pone en contacto con ustedes, por favor, díganle que nos llame lo antes posible.

Parece que la conversación, o más bien el interrogatorio, está llegando a su fin. Pero no puedo respirar aliviada tras lo que acabo de escuchar.

La policía está redoblando sus esfuerzos para encontrar a Laurence.

Vivo o muerto.

Mierda. ¿Y si están considerando la posibilidad de que su cuerpo pudiera estar cerca de donde se encontró el de Eden?

¿Y si están rastreando esa zona del lago en estos momentos?

¿Y si lo encontraran y así lo descartaran como sospechoso?

Eso significaría que solo les quedaría Darcy.

—Una cosa más —dice el detective—. Voy a ir a hablar con su otra hija. Se llama Pippa, ¿verdad? Nos han informado de que estuvo con Darcy cuando esta estuvo tratando de localizar a Eden hace tres meses. Tenemos una dirección suya, ¿nos pueden confirmar que es correcta?

El tiempo se paraliza cuando escucho al detective leerles a mis padres en voz alta mi dirección. Ellos no tienen más remedio que confirmarle que es correcta y que ese es el lugar en el que puede encontrarme. Luego oigo al detective despedirse, y a continuación escucho cómo varias personas se van alejando hasta que se cierra una puerta. Un instante después, mi padre se vuelve a poner al teléfono.

—¿Has escuchado eso? —me pregunta. Le confirmo que sí—. Pues ya sabes lo que está pasando —continúa mi padre—. La policía va para allá. Eres la próxima persona con la que quieren hablar.

# CAPÍTULO 32

## DARCY

Todo esto empezó porque se suponía que debía ayudar al padre de Parker, Joe. Ahora estoy atrapada en una habitación con una persona que necesita aún más mi ayuda. Es la novia de Parker, Irene. O, bueno, supongo que ya es su exnovia.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí abajo? —le pregunto a Irene menos de un minuto después de que nuestro captor nos haya dejado solas, cerrando con llave la puerta del sótano pero al menos dejando la luz encendida para que pudiéramos vernos la una a la otra.

—No lo sé. He perdido la noción del tiempo —me responde—. ¿En qué fecha estamos?

Debería ser bien sencillo responder esa pregunta, al menos para una persona que ha estado viviendo en el mundo exterior. Sin embargo, yo necesito pensarlo un instante, lo cual es otro síntoma de que mi cerebro no funciona al cien por cien. Cuando le digo la fecha a Irene, parece aún más triste que cuando la he visto hace un rato por primera vez.

—Pues entonces ya ha pasado un mes —dice con gesto serio. Tiene la cara todavía cubierta por su pelo grasiento y descuidado. A pesar de ello, logro vislumbrar un par de veces sus ojos y es como si la luz se hubiera apagado en ellos hace tiempo.

—¡Un mes! ¡Dios de mi vida! ¿Llevas aquí abajo todo este tiempo?

No hace ninguna falta que Irene me lo confirme. Tristemente, su apariencia deja muy claro que es verdad.

—¿Por qué? ¿Por qué te está haciendo eso? —le pregunto a continuación.

—Porque está loco —responde Irene—. Es el mismísimo diablo. Es un monstruo.

Todo eso es obvio, al menos a estas alturas, pero tiene que haber algo más que eso.

—Eras su novia, ¿verdad? —le pregunto.

Irene asiente, aunque lo hace después de varios largos segundos en los que daba la impresión de que incluso ese gesto tan simple suponía todo un reto para ella. Es evidente que tiene que salir de aquí cuanto antes y recibir atención médica. Además, verla a ella me hace imaginarme el aspecto que voy a tener si no logro salir también de este sótano, aunque no es que necesite ningún incentivo adicional para desearlo.

—¿Qué pasó? ¿Discutisteis por algo? Debe haber alguna razón por la que te encerró aquí abajo.

—La hay —dice Irene. Tiene la voz rasposa, pero aquí abajo no dispone de agua para suavizar la garganta—. Pero no justifica esto.

—¿De qué se trata?

—Lo engañé con otro.

Me sorprendo al oír eso, pero, por desgracia, la infidelidad es una cosa muy común. Nunca antes había escuchado que el culpable terminara encerrado en un sótano, aparentemente abandonado a su suerte.

—¿Eso es todo? ¿Te encerró aquí porque tuviste una aventura?

—¡Ni siquiera fue una aventura! Estaba borracha en un bar una noche y le di un beso a un tipo cualquiera, pero él me vio, aunque yo no me di cuenta en aquel momento. Me sentí fatal por ello. Al día siguiente, me mandó un mensaje pidiéndome que fuera a su casa. Decidí no contarle nada para que lo nuestro siguiera yendo bien, pero él estaba a punto de tenderme una trampa. Cuando llegué a esta casa, me dijo que quería enseñarme algo en el sótano. Luego, me encerró aquí.

Es una historia bien sencilla, pero es una locura pensar que a Parker se le ocurriera hacer algo así, y no digamos ya esperar salir impune de eso.

—Solo me confesó que me había visto besando a aquel tipo después de que le rogara que me explicara por qué me estaba haciendo esto —prosigue Irene, con lágrimas corriendo por su rostro pálido y demacrado—. Me dijo que le había roto el corazón y que este era mi castigo. Le pedí perdón y le rogué que me dejara salir de aquí, pero desde entonces jamás me escucha. Se limita a traerme

cantidades escasas de comida y de agua, supongo que lo suficiente para mantenerme viva, pero eso es todo.

Es horrible. Todo esto es terrible. Y ahora estoy atrapada en medio de ese conflicto.

—Supongo que tú eres su nueva novia —dice Irene, que ha aumentado la intensidad de su llanto—. Lo único en lo que soy capaz de pensar es en qué le pasó a la anterior a mí. Debe estar muerta, ¿verdad? Yo voy a ser la siguiente. Y después lo serás tú. Y luego habrá alguien más. ¿Cuánto tiempo llevará haciendo esto sin que le pase nada?

Irene se está hundiendo cada vez más. Cualquier esperanza que yo pudiera albergar de que mi presencia aquí le ofreciera una dosis de ánimo, por pequeña que fuera, se ha extinguido. Estar aquí con ella la está haciendo sentirse todavía peor. Se le está pasando por la cabeza que a lo mejor Parker le hace esto a diferentes mujeres constantemente.

Pero quizá no sea así.

—No soy su novia —le digo—. Yo trabajaba para él. Lo ayudaba a cuidar de su padre.

—¿Joe? —me pregunta Irene.

Asiento.

—Parker me dijo que no podía permitirse ingresar a su padre en una residencia de ancianos, así que me ha estado pagando a mí para que cuide de él.

—¿Te dijo que no podía pagar una residencia? ¡Si está forrado!

—Sí, ahora ya lo sé —digo en voz baja, absolutamente consciente de que Parker me embaucó con suma facilidad.

—Pero, si estabas cuidando a Joe, ¿cómo has terminado tú aquí? —pregunta Irene a continuación.

—Joe me contó algunas cosas que me desconcertaron —le explico —. Actuaba como si su hijo tuviera cosas que ocultar. Luego te mencionó a ti.

—¿A mí?

—Sí. ¿Es posible que supiera que estabas encerrada aquí abajo?

Irene se lo piensa, pero luego mueve la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—¡No, Joe es una buena persona! ¡Habría llamado a la policía si supiera lo que Parker estaba haciendo!

Puede que Irene piense eso porque es lo que haría una persona normal y racional. Pero Joe es una persona que se aturde con frecuencia.

—Es su hijo —le recuerdo—. No sé si será muy fácil para un padre denunciar a su hijo por un delito; me imagino que no será demasiado sencillo.

—¿Y qué hacía? ¿Te soltaba indirectas? —me pregunta Irene.

—Sí, algo así. Supongo que él se imaginaba que algo andaba mal por aquí. Debió percatarse de que ocurría algo extraño, pero estaría demasiado asustado como para hacer nada al respecto, así que me pidió que echara un vistazo por casa de Parker.

—¡Qué cobarde! ¡Ahora tú también estás encerrada! ¡Mira que si era una trampa!

Esa sugerencia de Irene me impacta un poco. ¿Me habrá engañado Joe para que siguiera a su hijo hasta su casa porque sabía que me pillaría y que también acabaría en este sótano? ¿Estarán trabajando juntos padre e hijo para atrapar a pobres mujeres como nosotras? Si es así, ¿cuánto tiempo llevarán haciéndolo? ¿Estará Joe siquiera enfermo?

—No sabemos qué es lo que está pasando —le digo a Irene, tratando de mantener la cordura. Es facilísimo perder la cabeza estando encerrada en una habitación sin ventanas—. Joe podría ser completamente inocente, y tú podrías haber sido la primera persona a la que Parker encerrara aquí. Me has contado que le engañaste, así que tuvo un motivo para querer hacerte daño. No digo que estuviera bien, porque obviamente es algo inaceptable, pero no lo hizo completamente al azar. Estaba triste y cabreado, y así fue como decidió descargar su ira.

Pienso en lo que Parker me contó sobre su relación, sobre la duración de la misma. Considero la opción de que, durante ese tiempo, Irene quizá viera en él algo extraño que le indicara que no se trataba de una persona tan normal como daba la sensación de ser.

—¿Notaste algo raro en él mientras estuvisteis juntos? —le pregunto—. ¿Algún indicio o señal de que pudiera ser capaz de algo así?

—¡Claro que no! ¿Crees que habría seguido con él de haber sido así?

—Solo estoy intentando ver si hay algo que pueda servirnos de ayuda.

—¡Lo único que puede ayudarnos es que esa puerta se abra! ¡Si no, estamos muertas!

—Pero Parker te ha mantenido viva, y tal vez planee seguir haciéndolo —le recuerdo a Irene, que obviamente está asustada—. Quizá algún día te libere.

—Pero ahora también estás tú en este sótano —dice Irene, señalando lo obvio—. ¿Cómo afecta eso a su plan?

—No lo sé —admito, mirando hacia la puerta cerrada.

—Y dices que podría tener la intención de liberarme en algún momento, pero ya ha pasado un mes. ¿Cómo podría estar seguro de que yo no iría directamente a la policía? No lo puede saber, por eso no puede dejarme marchar. Por eso me va a tener encerrada aquí hasta que me muera.

—Irene, tranquilízate —le pido, pero no hay manera. Estoy hablando con una mujer que lleva viviendo este infierno mucho más tiempo que yo.

—¡Vamos a morir aquí dentro! —grita.

Aunque su estado actual contribuye a que ambas nos sintamos aún peor, no me puede sorprender que esté así. No ha tenido ninguna esperanza de que su situación cambie en todo este mes.

—Debe haber alguien ahí afuera que te esté buscando —le sugiero de repente—. Debe existir alguna persona que supiera que estabas saliendo con él, ¿no? ¿Por qué no te han estado buscando? ¿Por qué nadie le ha preguntado a Parker sobre tu desaparición?

Tengo la esperanza de que Irene pueda darme una respuesta afirmativa, que me hable de sus padres o tal vez de una red de amigos comunes que podrían estar hostigando a la policía todos los días para que intenten encontrarla. Si es así, tal vez exista la posibilidad de que la localicen aquí, teniendo en cuenta el vínculo

que existía entre ella y su captor. Tal vez su historia haya aparecido incluso en las noticias. Yo no la habría visto porque he estado evitando todos los informativos, pero podría ser una noticia de primera plana en esta zona de Florida. Eso podría sernos de mucha ayuda. Aunque no he visto carteles de personas desaparecidas por la zona de la playa. Es raro que no haya tanta gente buscando a Irene como pienso que sería normal.

—No hay nadie que me esté buscando —dice tímidamente.

—¿Nadie? Alguien tiene que haber.

—No lo hay. Yo no soy de aquí, soy de California. Me fui de casa hace años y no he hablado con ningún familiar desde entonces. Me he limitado a viajar de un lado a otro. He trabajado en diferentes lugares. Este es el quinto estado en el que he vivido en los últimos diez años.

Vaya, eso no parece nada prometedor. Una vida nómada como la que me ha descrito implica que podría desaparecer del mapa durante mucho tiempo y nadie lo consideraría extraño; puede que incluso nadie se llegara a percatar siquiera de ello. Por si eso fuera poco, lo mismo podría decirse de mí, aunque Irene aún no es consciente de ello. Por eso, me hace una pregunta optimista.

—¿A ti sí te van a buscar? —me pregunta, probablemente sin esperarse que mi pasado sea incluso más complejo que el suyo.

Ojalá pudiera responderle que sí. Ojalá pudiera decirle que tengo una familia que me echaría de menos si no me viera o hablara conmigo durante más de un día, así como un grupo grande de amigos con los que mantengo un contacto regular que sabrían que algo va mal si no doy señales de vida. Pero no, ese no es el caso. Ni mucho menos. Todo lo que sé de mi vida está en el cuaderno que ahora tiene Parker, y lo poco que hay escrito en él resulta escalofriante.

—No lo creo —digo con tristeza.

Irene parece abatida, incluso más de lo que ya estaba.

—Me ha engañado —digo mientras sacudo la cabeza de lado a lado, sintiendo vergüenza por lo estúpida que he sido—. Pensé que era un buen tipo. Incluso llegué a creer que algún día podría haber

algo entre nosotros. Y, sin embargo, era un hombre peligroso desde el principio.

No espero que Irene se sume a mis lamentos, porque seguramente ya pasó por ese proceso hace mucho tiempo. Pero lo hace, quizá porque sabe que mal de muchos, consuelo de tontos.

—Nos ha engañado a las dos —dice. Luego, baja la cabeza, dando la sensación de que ha puesto fin a la conversación. Pero hay una cosa de la que podemos conversar. Quizá sea lo único de lo que merezca la pena hablar aquí abajo.

—Tenemos que diseñar un plan —le digo mientras miro fijamente la puerta cerrada al final de la escalera—. Tenemos que pensar cómo vamos a salir de aquí. Porque lo vamos a hacer. Tú y yo. Trabajando juntas. Vamos a salir de aquí. Si no lo hacemos, estamos muertas. Es tan simple como eso.

# CAPÍTULO 33

## PIPPA

Una cosa es considerar la posibilidad de que la policía se pueda presentar en tu casa y otra muy distinta es tener la certeza de que lo va a hacer y tú no puedes hacer nada para evitarlo.

Supongo que sí que hay una cosa que podría hacer.

Podría salir corriendo.

Pero no voy a hacer eso, por dos motivos.

Primero, porque me haría parecer culpable. Me gustaría ponérselo mucho más difícil a la policía, si eso está en mi mano.

Y el segundo es que no puedo huir sin más, claro que no.

Soy una mujer adulta que tiene responsabilidades. Tengo una casa, un coche, un trabajo y todo tipo de pagos automáticos asociados a mi cuenta bancaria, desde los más importantes, como la factura del gas, hasta los más insignificantes, como la plataforma digital que uso para escuchar música. También es verdad que esas cosas son materiales; podría sustituirlas todas, incluso olvidarme por completo de ellas si fuera necesario. Pero hay otras cosas que no puedo abandonar que son las que me hacen mucho más difícil huir.

Una de esas cosas es el hombre que está sentado en el sofá enfrente de mí, el que tiene una taza de café en la mano. Le está dando un sorbo en este instante. Aunque ya es tarde, aún no podemos irnos a la cama. Cuando me sugirió que nos tomáramos un café, no me parecía una idea demasiado buena. La cafeína pone nerviosa a la gente, y lo último que le hace falta a una persona que sabe que la policía va de camino a su casa es estar nerviosa. Pero Karl insistió en servirse una taza y, al final, yo también la acepté. Puede que estemos despiertos toda la noche. De hecho, sé que será así. Incluso si la policía llega pronto y todo va bien, es bastante improbable que después pueda irme a la cama y descansar tranquila. La cafeína, por tanto, es la única arma tangible que tengo a mi disposición para luchar contra el cansancio que me carcome. Si no trato de combatirlo de algún modo, ese cansancio podría ser la

razón de que dentro de un rato meta la pata y le diga a la policía algo que no deba.

Doy un sorbo a mi café mientras Karl bebe del suyo al mismo tiempo, y eso no es lo único que hacemos al unísono. También estamos mirando a la vez a nuestro hijo, que está sentado entre nosotros en la alfombra jugando con algunos juguetes, aunque ya hace mucho rato que pasó su hora habitual de irse a la cama. Normalmente no está despierto hasta tan tarde a menos que tenga el día típico en el que no quiere dormir. Hay varias razones por las que no está en la cama. Karl y yo las discutimos poco después de que terminara de hablar con mi padre y fuera consciente de que la policía vendría a nuestra casa en algún momento de la noche.

—¿Qué hacemos con Campbell? —le pregunté a mi marido mientras el corazón me daba un vuelco ante la posibilidad de que varios agentes de policía de uniforme invadieran nuestra casa en cualquier momento.

—Tenemos que quitarlo de en medio, obviamente —me respondió Karl—. Vamos a llevarlo a la cama y recemos por que se quede en la planta de arriba.

—Pero se va a despertar cuando escuche ruido —le respondí—. Es imposible que siga durmiendo si viene gente a nuestra casa. Además, habrá ruido de coches en la calle. Un jaleo fuera de lo normal. Más personas de las habituales andando por la casa. Sabes que tiene el sueño ligero. Va a salir de la cama y entonces, ¿qué le vamos a decir? «Perdona por despertarte, cariño, olvídate de los policías y vete a la cama». Sí, claro.

—Entonces, ¿qué sugieres tú? ¿Lo dejamos aquí despierto para que vea cómo interrogan a sus padres acerca de un delito gravísimo?

—No va a entender nada de lo que estemos hablando con la policía —le dije a mi marido, teniendo la esperanza de que fuera así.

—¿De verdad quieres correr el riesgo? Porque puede que nos convirtamos en la razón por la que tenga que ir a terapia cuando sea adolescente.

—Irá a terapia de todas formas si nos cogen. Pero aún existe la posibilidad de que no lo hagan, y quizá tenerlo aquí con nosotros

nos sea de ayuda.

—¿Cómo nos va a ayudar?

—Piénsalo bien —le respondí entonces, diciéndole las cosas según se me iban ocurriendo—. La policía viene de camino porque sospecha de nuestra familia. Están buscando a Darcy y creen que mis padres la están manteniendo fuera de su alcance. Lo más probable es que supongan lo mismo de nosotros. Eso significa que piensan que podríamos ser delincuentes, o al menos ese tipo de gente que toma riesgos con relación a la ley. ¿Qué pasará cuando lleguen y nos vean con nuestro hijo de cuatro años? ¿Crees que entonces creerán que somos delincuentes? ¿O tal vez piensen que parecemos unos padres normales intentando criar a su hijo? Será lo segundo, y unos padres normales intentando criar a su hijo no encajan de ningún modo en el perfil típico de los delincuentes, ¿a que no?

Karl asumió que podía tener razón en lo que le decía, así que decidimos hacer eso. Acordamos mantener a Campbell despierto para cuando llegara la policía, y determinamos que, si en algún momento algún agente hacía algún comentario acerca de lo tarde que es para que un niño esté despierto, le diríamos la verdad, que hoy ha estado enfermo y no ha ido a la guardería, y que en general no ha sido un día normal para él.

Pero que nuestro hijo se quede abajo con nosotros en lugar de llevarlo a su habitación también sirve a un propósito aún más importante que el de hacernos parecer ciudadanos inocentes que respetan la ley. Cuanto más tiempo pasamos Karl y yo sentados en el sofá en presencia de nuestro hijo, que está jugando tranquilamente con sus juguetes como si fueran lo más importante de su pequeño mundo, más presente tenemos lo que nos estamos jugando. Ninguno de los dos puede permitirse cometer un error cuando venga la policía porque, si lo hacemos, esta podría ser la última vez que veamos jugar a nuestro hijo. Una palabra equivocada o una expresión facial involuntaria y la próxima vez que veamos a Campbell podría ser ya un adulto que ha aprendido a odiar a sus padres y no quiere saber nada de ellos.

Karl y yo sabemos lo que tenemos que hacer.

Si alguna vez lo olvidamos, basta con mirar al niño que se cae de sueño que está sobre la alfombra para volver a recordarlo.

Pasan veintisiete minutos de la medianoche. Oigo un ruido nada habitual en la calle.

—Ya están aquí —anuncia mi marido con frialdad tras asomarse a la ventana y echar un vistazo al exterior. Yo me termino rápidamente mi taza de café, respiro hondo y me digo a mí misma que ha llegado la hora de la verdad.

—Están saliendo de los coches —dice Karl a continuación. No necesito que me vaya narrando los acontecimientos, aunque puede que lo haga porque está nervioso y no sabe cómo comportarse.

—Aléjate de la ventana —le pido—. Deja que llamen a la puerta y les abrimos cuando lo hagan.

Karl me obedece. Saboreamos diez segundos de tranquilidad antes de oír unos golpes secos en nuestra puerta.

—Yo abro —ofrezco, pero Karl me sorprende y sale disparado hacia la puerta antes que yo. Aunque al principio pienso que se trata de un acto de valentía, de repente me preocupa la idea de que haya cambiado de opinión y se disponga a confesárselo todo a la policía, antes incluso de que empiecen a interrogarnos.

Me quedo merodeando por el salón, con mi hijo todavía jugando junto a mí, y escucho nerviosa cómo se abre la puerta y un hombre se presenta como el detective Burgoyne. Reconozco su voz y su nombre. Es el detective que ha estado hablando con mis padres hace un rato. Aunque, para él, esta es la primera vez que escucho su voz.

No oigo que Karl se derrumbe y le cuente a nadie que estoy ocultando ciertas cosas para proteger a mi hermana, ni tampoco que él y su hijo están corriendo peligro por culpa de mis métodos retorcidos, lo cual supone un gran alivio. Pero no hay mucho tiempo para relajarse porque el detective Burgoyne entra en la habitación, seguido de un agente vestido de uniforme. En cuanto ve a los recién llegados, Campbell se pone de pie de un salto y empieza a señalar hacia ellos.

—¡Policía! ¡Policía! —grita, igual de emocionado que cuando los veía hace un rato en la tele. Sin embargo, sus padres no están tan

entusiasmados como él por la presencia de los agentes. Veo que Karl, muy nervioso, hace pasar a los dos hombres; mi marido camina con los hombros encorvados y se pasa una mano por la barba incipiente que le cubre el mentón.

—Perdón por molestarles tan tarde —se disculpa el detective, que se presenta a continuación—. ¿Quién es este hombrecillo?

—Campbell —le respondo.

El detective estrecha la mano de mi hijo, pero a él le interesa más el hombre vestido de uniforme que acompaña al detective. Campbell se queda mirando fijamente la placa de la policía de Chicago; yo, sin embargo, contemplo la pistola que lleva enfundada.

—¿Cuántos años tiene? — pregunta Burgoyne.

—Cuatro —le digo.

El detective mira hacia el sofá, y yo le extiendo una mano para indicarle que puede sentarse.

Todos lo hacemos, todos a excepción de Campbell, que sigue embobado con el policía. Al menos, la presencia de mi hijo en el salón hace que el ambiente sea un poco más ligero. Confío en que haber dejado que permaneciera aquí despierto haya merecido la pena, aunque solo sea por eso, por relajar un poco el ambiente.

—Nuestro hijo ha estado malo hoy —les explico a los policías para que comprendan por qué no está acostado todavía. Percibo la mirada de Karl; ambos habíamos planeado ya esta parte de la conversación, aunque da mucho más miedo llevarla a cabo en la práctica.

—Espero que te pongas bueno muy pronto —le dice el detective a Campbell, de forma muy informal y relajada. Ojalá estuviera yo en la posición en la que está él.

—Supongo que querrán que les explique por qué estamos en su casa —dice Burgoyne, pero yo niego con la cabeza.

—No se preocupe. Mis padres me han llamado hace un rato y me han contado que han ido ustedes a su casa.

—Ah, ¿sí?

—Sí —respondo. Ya he empezado a mentirles, aunque esta mentira había sido planeada con anterioridad, así que confío en poder gestionarla. Pero entonces tengo una crisis repentina de

seguridad. Al hombre que tengo ante mí le pagan precisamente por detectar mentiras. ¿Y si ya se ha dado cuenta de que le estoy engañando? Pero bueno, ya es demasiado tarde, ya he empezado, así que tengo que seguir adelante—. Me han dicho que están buscando a mi hermana.

—Es correcto. ¿Sabe usted dónde está?

—No. Como seguro que le han explicado mis padres, se marchó un día inesperadamente y no la hemos vuelto a ver desde entonces.

—Eso me han dicho, sí —responde Burgoyne—. Pero esperaba que usted nos fuera un poco más útil. Sobre todo porque usted estaba con su hermana cuando ella preguntó por el paradero de Eden Carthy en un reencuentro con otras enfermeras hace tres meses.

—¿Eden?

—Sí, la antigua compañera de su hermana. Y, por lo que tengo entendido, también eran buenas amigas. ¿Se han preocupado sus padres de contarle lo que ha pasado con ella?

—Eh… —No sé qué contestar, pero, en el último segundo, decido que no debo mentir—. Sí. Me han dicho que ha muerto.

—Así es —dice Burgoyne, estudiando cada centímetro de mi cara.

—Es horrible. ¿Saben qué le ha pasado?

—Estamos recopilando información, por eso es tan importante que hablemos con su hermana —explica Burgoyne—. Así que, si hay algo que pueda contarnos que nos ayude a averiguar dónde se podría encontrar ahora, tiene que hacerlo. Creo que su hermana estuvo buscando a Eden poco antes de que desapareciera.

—Bueno, sí, pero estuvo buscando a muchas personas —me apresuro a explicarle—. Estaba intentando recordar su vida anterior al accidente de coche. Le estaban viniendo recuerdos, tenía muchos flashbacks, así que estuvo intentando reconstruirlo todo. La pérdida de memoria es algo terrible. Mi hermana lo ha pasado muy mal.

Espero que el detective se compadezca de mí y de mi familia en lugar de sospechar de nosotros, pero es muy probable que tenga demasiada experiencia como para dejarse influenciar por cualquier cosa que no sean los hechos. Burgoyne se gira hacia Karl, que se pone rígido de inmediato. Eso no le deja en muy buen lugar.

—¿Quiere añadir algo, señor? —pregunta el detective a mi marido, evidentemente nervioso.

Karl se limita a sacudir la cabeza rápidamente. Bueno, al menos no dice nada que empeore las cosas.

—¿Qué pasa si no encuentro a mi hermana? —pregunto, sabiendo muy bien que ni siquiera voy a mover un dedo para que vuelva a Chicago—. Si no soy capaz de encontrarla, no va a poder colaborar.

—Tal vez la encontremos nosotros primero —contesta Burgoyne de forma siniestra.

Su respuesta me hace pensar que quizá se esté planteando hacer pública la búsqueda de mi hermana, ahora que su familia ha demostrado serle de poca utilidad. Eso podría implicar que aparecieran fotos de ella en los medios de comunicación, o también que se publicaran detalles de nuestra familia en Internet. Todo eso me hace sentir tremendamente incómoda. ¿Cómo se sentiría Darcy si viera las noticias? Estaría atónita, confundida y muerta de miedo. No quiero que se sienta así. Por eso espero que siga el consejo que le escribí en mi cuaderno y que evite ver las noticias. También tengo que asegurarme de que ese cuaderno no caiga nunca en manos de la policía porque, si lo hiciera, enseguida descubrirían que estaba advirtiendo a mi hermana de que se mantuviera lejos de casa. Eso les haría suponer que yo estaba al tanto de lo que había hecho.

—Siento no saber dónde está mi hermana, pero ¿hay algo más que podamos hacer para ayudarlos? —le pregunto al detective mientras mi marido se sienta tranquilamente a mi lado. Está inquieto, pero no dice una palabra.

—Podría facilitarnos sus huellas dactilares y una muestra de pelo —me responde, poniéndome los pelos de punta.

—Perdone, ¿cómo dice? —es todo lo que puedo responder.

—No está detenida, así que no puedo obligarla legalmente a que me las dé, pero, si estuviera dispuesta a cooperar, nos sería de gran ayuda tenerlas. Los forenses están examinando el cuerpo de Eden; los resultados podrían darnos más pistas sobre con quién estuvo en contacto en el momento de su muerte. Por otra parte, seguimos buscando en la misma zona del lago por si encontramos algo más. Si lo hiciéramos, tal vez encontremos más pistas. Nos ahorraríamos

bastante tiempo si tuviéramos listas las muestras de ADN de una persona de interés. Una persona de interés como usted o como su hermana, por ejemplo.

Dios mío, quiere mi ADN y mis huellas dactilares. Van a encontrarlas también en el cuerpo de Eden, y entonces ya está, se acabó. Me arrestarán por su asesinato y, si sigo protegiendo a Darcy, me culparán de todo.

—¡Puedes tomar mis huellas dactilares! —grita Campbell, tendiendo las manos al detective, lo que provoca que el agente de uniforme se ría. Yo no lo hago, ni mi marido tampoco. De hecho, él se ha quedado completamente pálido. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué le digo?

—Yo no he hecho nada malo, así que si no estoy detenida prefiero no proporcionarles nada —termino respondiendo, utilizando la información del detective en su contra.

Él me mira fijamente durante unos instantes que se me hacen eternos, y termina asintiendo.

—Vale, de acuerdo. Estoy seguro de que volveremos a hablar, pero, hasta que lo hagamos, les deseo que pasen una buena noche. Por favor, pónganse en contacto con nosotros si recuerdan algo sobre el paradero de Darcy que pueda sernos útil.

El detective y el agente de policía se levantan para marcharse. Campbell parece triste al verlos salir, al contrario que sus padres, que respiran aliviados, aunque sea temporalmente. Porque soy muy consciente de que todo esto solo puede acabar de una manera si la policía no descarta a mi familia como sospechosa.

Van a terminar obligándonos a darles muestras de ADN, y posiblemente registrarán también la casa de mis padres. De ser así, seguro que encontrarán algo que nos relacione con Eden. Además, si encuentran el cuerpo de Laurence, puede que también den con algo que me vincule con él.

Así que ya no tengo elección.

Tengo que irme de aquí antes de que vuelvan para arrestarme.

# CAPÍTULO 34

## DARCY

El sueño que estoy teniendo es muy vívido. Veo a mi hermana enfrente de mí. Estamos en nuestro cuarto de juegos, el que había en la casa de nuestra familia, el que nuestros padres prepararon para que tuviéramos un lugar donde guardar todos nuestros juguetes y dar rienda suelta a nuestra imaginación. Esta es nuestra habitación, la mía y la de mi hermana, y nos encanta estar aquí. Sobre todo, nos encanta estar juntas. Ella es mi mejor amiga, y yo soy su mejor amiga. Pasamos juntas todo el tiempo libre que tenemos. Y es mucho, porque somos niñas. Todavía no comprendemos el mundo de los adultos. No sabemos lo que son los trabajos ni la falta que hace el dinero. No conocemos el estrés y las presiones a las que se ven sometidos a diario los mayores. Lo único que sabemos es que nos encanta jugar. Cuando mi hermana me pasa una muñeca con un vestido rosa, sonrío. Esto es lo único que quiero hacer en la vida.

A veces nos peleamos. Pippa puede ser muy pesada en ocasiones. Ella dice que yo también puedo serlo. No siempre jugamos bien juntas. A veces, nos peleamos un poco. Pero yo la quiero muchísimo, y sé que ella también me quiere a mí. Sé que siempre estaremos juntas.

De repente, somos mayores y todos los juguetes han desaparecido. También se ha evaporado el color de las paredes. Un sótano frío y oscuro, desprovisto de cualquier cosa agradable, ha sustituido al mágico cuarto de juegos de la casa de nuestros padres. Ahora tengo miedo. Pippa también parece alejarse de mí. Es como si cada vez hubiera una distancia mayor entre nosotras. Intento agarrarla, pero está fuera de mi alcance. Trato de llamarla, pero no consigo que salga ninguna palabra de mi boca. En un abrir y cerrar de ojos, mi hermana ha desaparecido, dejándome sola y asustada en esta horrible habitación sin ventanas.

No estoy sola por mucho tiempo. Hay otra persona. Puedo verla, tumbada en la cama de la esquina de la habitación. Me dirijo hacia ella, arrastrando los pies lentamente sobre el cemento hasta que veo de quién se trata. Reconozco a esa mujer. Es una antigua paciente, creo, alguien a quien cuidaba. Tengo su nombre en la punta de la lengua, pero no logro recordarlo. Aunque eso no es lo más trascendental. Lo verdaderamente importante es lo que me dice.

—Ayúdame —me susurra.

No sé cómo puedo ayudarla, aunque quiero averiguarlo, así que me dispongo a dar un paso hacia delante para acercarme a ella. Pero, al hacerlo, una mano fuerte me retiene. Me giro y lo veo. Es un hombre al que también he visto otras veces, que me dice que él se hará cargo a partir de ese momento.

—Laurence, no, por favor, no lo hagas —dice la mujer de la cama, pero él la ignora y le acerca una jeringuilla al brazo. La aguja está a punto de entrar en contacto con su piel.

Siento que una lágrima recorre mi mejilla. Sé que debo parar esto. Sé que esta mujer va a morir si no lo hago.

Pero me quedo quieta. Y ahora, ya está muerta.

Solo entonces grito.

***

—¡Ey, tranquila! —escucho en mi oído.

Abro los ojos y me encuentro con un rostro preocupado a mi lado. Es Irene, que me explica que solo ha sido una pesadilla. Cuando tomo conciencia de la situación, comprendo que tiene razón. Claro que era una pesadilla. Ya la he tenido otras veces, o al menos una versión parecida. Pero ahora estoy de vuelta en el sótano y la realidad de mi situación actual se hace patente.

Seguimos encerradas aquí abajo.

Parker todavía nos tiene bajo llave.

—¿Estás bien? —me pregunta Irene, mientras me pongo de pie y estiro las piernas. Siento una fuerte rigidez en el cuello. Por otro lado, estoy sorprendida por haber sido capaz de quedarme dormida.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo? —pregunto, pero enseguida me doy cuenta de que la pregunta es muy estúpida. No tenemos

forma alguna de saber qué hora es ni cuánto tiempo pasa aquí, en el sótano.

—No lo sé. Un buen rato, supongo —dice Irene—. Yo también me quedé dormida, pero me he despertado antes que tú. Y también he tenido una pesadilla. Son muy recurrentes aquí abajo.

Mi compañera de prisión parece creer que mis pesadillas son solo una consecuencia de estar encerrada aquí, pero yo sé que no es así.

Yo sé que mis pesadillas comenzaron antes de que terminara en este sótano.

Lo que es más, sé que no son solo pesadillas.

—No se trata de pesadillas —le explico a Irene mientras camino lentamente por esta estancia tan claustrofóbica—. Creo que son flashbacks.

—¿De qué?

—Pues no lo sé. Creo que de cosas que hice en el pasado —le digo, dudando antes de continuar—. Errores que cometí.

Irene no comprende lo que quiero decir. ¿Por qué iba a hacerlo? Acabamos de conocernos y le preocupo mucho menos que la persona que nos está reteniendo aquí contra nuestra voluntad. Pero tal vez Irene esté cometiendo un error respecto a eso. Y, lo que es aún más relevante, puede que Parker también esté cometiendo el mismo error.

—Creo que he actuado mal y he cometido grandes equivocaciones en el pasado —le confieso, aunque son solo suposiciones basadas en los flashbacks y las pesadillas—. Creo que por eso mi familia me envió lejos de ellos. Creo que esa es la razón por la que no debo ver las noticias. Debo haber hecho algo grave y, si estoy en lo cierto y el sentimiento de culpa tan grande que arrastro a diario es real, creo que vi morir a una mujer y no hice nada por ayudarla.

Irene parece sorprendida y confusa, lo cual es lógico. Sin embargo, yo intento convertir todo eso en algo positivo.

—Supongo que no soy plenamente consciente de lo que soy capaz de llegar a hacer —continúo—. Pero quizá eso sea algo bueno. Porque significa que Parker tampoco lo sabrá.

Hago una pausa. Reflexiono un instante y, a continuación, le digo algo que puede sonar muy dramático, pero que perfectamente

puede ser la realidad, por aterradora que suene.

—¿Y si él no fuera la persona más peligrosa de esta casa? —me pregunto ante Irene—. ¿Y si lo fuera yo?

Irene no responde, pero yo no necesito que lo haga. Lo único que quiero hacer es aprovechar de forma productiva este posible impulso de confianza, así que empiezo a subir las escaleras hacia la puerta cerrada que hay al final de las mismas para intentar hacer precisamente eso.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta Irene.

Miro hacia atrás y la veo llegar hasta el pie de las escaleras, aunque no me sigue hacia arriba.

—Voy a intentar sacarnos de aquí —le respondo con calma inusitada, ignorando la tensión nerviosa que crece en mi interior con cada paso ascendente que doy.

—¡Es inútil! ¡La puerta está cerrada con llave! —grita Irene tras de mí, como si yo no fuera consciente de que Parker se aseguró de que así fuera cuando salió de aquí. Pero no puedo quedarme en el sótano sin hacer nada, así que al llegar a la puerta pruebo el pomo.

No gira, como esperaba. Y voy a empezar a armar jaleo.

—¡Abre la puerta! —comienzo a gritar, golpeando con los puños la barrera que nos separa de la libertad, intentando hacer todo el ruido que puedo. Tal vez, si mantengo un buen nivel de ruido, a Parker le preocupe que alguien pueda oírme desde fuera de la casa. Aunque eso es poco probable, dado lo grande que es su propiedad y lo lejos que está de cualquier vecino. Pero tengo que intentar algo. Si lo único que consigo es provocarle a Parker un buen dolor de cabeza, pues algo es algo. Mejor que eso a que crea que no pensamos oponer ninguna resistencia.

Sigo gritando, pidiendo ayuda, insultando a Parker y diciéndole que tarde o temprano pagará por lo que está haciendo. Pero nada de eso tiene efecto alguno sobre la apertura de la puerta. Irene no deja de pedirme que pare ya, pero yo la ignoro. Si lleva un mes en este sótano, ella no es la persona más indicada para pedirle consejos sobre cómo salir de aquí. Después de varios minutos, hago una pausa para recuperar el aliento y descansar un poco las manos. Cuando lo hago, escucho algo.

Es la televisión.

¿Está Parker viendo la tele tan tranquilo como si no tuviera a dos mujeres encerradas en el sótano?

Pego la oreja a la puerta y trato de escuchar, incrédula ante la desfachatez de este hombre. Entonces percibo qué es lo que está viendo. Parece un informativo.

*—Buenos días, América. Estas son las últimas noticias del país.*

La voz del periodista me hace saber la parte del día en la que estamos. Es por la mañana; comprendo que llevamos encerradas toda la noche.

—Es por la mañana —le digo a Irene, pensando que saber qué hora es nos ayudará a mantener la cordura. Aunque tampoco es que eso suavice mucho el calvario que estamos sufriendo.

Intento escuchar lo que se dice en la televisión, pero me cuesta mucho. ¿Habrá bajado Parker el volumen? Puede que sí. Quizá sea otra forma de frustrarme. Pero aún estoy muy lejos de haber terminado de desahogar mis frustraciones.

Empiezo a aporrear la puerta otra vez y a gritar el nombre de Parker. Lo amenazo de varias formas, diciéndole que terminará pagando por esto y que, como venga la policía y nos encuentre en su sótano, las cosas se van a poner muy feas para él. Pero, la verdad, no creo que la policía vaya a venir, y Parker tampoco considera esa posibilidad, porque si no, nos dejaría marchar a las dos antes de que eso sucediera.

Irene sigue diciéndome que pare de una vez. Me da la impresión de que el ruido que estoy haciendo la angustia más a ella que a Parker. No es esa mi intención, evidentemente, pero parece que es lo que está ocurriendo. Justo cuando estoy a punto de detenerme, oigo girar una llave.

Me toma por sorpresa ese sonido, tanto como me impacta ver la puerta abriéndose hacia fuera. Tardo un segundo más de lo debido en darme cuenta de que ahora tengo una oportunidad de escaparme. Me lanzo hacia delante con una esperanza ciega, pero Parker se planta delante de mí, me pone las dos manos sobre los hombros y me empuja con fuerza hacia atrás.

—¡No! —grita Irene mientras mi visión del mundo se deforma. Siento que retrocedo y soy consciente de la gravedad de la situación, porque sé perfectamente lo que tengo detrás de mí: las escaleras que bajan hasta el suelo del sótano.

Mis manos buscan algo a lo que agarrarse, pero no lo logran y aterrizo con fuerza en las escaleras. Me cubro la cabeza con las manos y la envuelvo lo mejor que puedo, aceptando que voy a ir rodando hasta abajo del todo. Eso es exactamente lo que sucede. Siento todos y cada uno de los peldaños de la escalera. Gimo y me quejo a medida que caigo por ellos. Me duele todo el cuerpo, pero estoy consciente y espero que sin ningún hueso roto.

Tengo que comprobarlo, así que, con cautela, intento mover los brazos y las piernas. Parecen funcionar sin causarme un dolor inaguantable. Pero me duelen, igual que me molesta al respirar. Me he hecho daño en las costillas; tal vez solo haya sido el golpe, aunque eso ya es bastante doloroso de por sí. Pero, en fin, cuando Irene se arrodilla nerviosa a mi lado para comprobar cómo estoy, soy capaz de murmurarle que estoy bien.

Puede que lo esté, pero no estoy contenta.

Parker me acaba de empujar por las escaleras y podría haberme matado.

Así que ahora estoy enfadada.

Ahora tengo más ganas todavía de hacerle daño.

Pero aún estoy demasiado conmocionada y magullada como para reaccionar con rapidez. Eso le ofrece a Parker la oportunidad de ser el primero en hablar.

—Daba por hecho que Irene te habría advertido de que lo de las escaleras es una mala idea —dice riendo entre dientes—. Ella lo intentó una vez y también la empujé hacia abajo. Duele, ¿a que sí? Al menos te servirá para no volver a intentar hacer algo así.

Si Parker cree que voy a rendirme tan fácilmente, se equivoca. Pero, antes de que pueda ponerme de pie y decirle que no me he dado por vencida, continúa hablando, lo cual hace que no me mueva de mi sitio.

—El informativo de esta mañana ha sido bastante interesante —afirma—. Puede que me hayas escuchado viéndolo. Me gusta estar

al día de la actualidad del país. El mundo puede dar la sensación de ser muy pequeño si me centro solo en lo que tengo en mi propia casa.

Se ríe. Es obvio que está disfrutando del hecho de tener suficiente entretenimiento en su casa, aunque parece gustarle estar al corriente de los acontecimientos en otros lugares.

—Bueno, pues eso, estaba viendo las noticias y ¿sabes lo que he visto? —continúa mientras Irene y permanecemos encogidas en el suelo del sótano, mirando al hombre que nos habla desde lo alto de las escaleras—. He visto a la policía en Chicago. También he visto el lago Michigan. Parece que han pasado muchas cosas por allí en las últimas veinticuatro horas. Han encontrado un cadáver. El cuerpo de una mujer, para ser precisos. Bueno, ¿por qué eso es tan interesante para nosotros, que estamos aquí, en Florida? Pues, a ver, en condiciones normales no lo sería, pero el reportaje ha descrito algunos detalles sobre la investigación. Uno de esos detalles hacía mención a una casa en un barrio periférico de Chicago. Winnetka, para ser exactos. Conoces ese lugar, ¿verdad, Darcy? Deberías. Está escrito en este cuaderno.

Parker levanta mi cuaderno. No me había fijado en que lo tenía en la mano, pero ahora lo veo claramente. Lo agita como si fuera un trofeo que un equipo ganador utiliza para mofarse de los perdedores.

—Sentí curiosidad —continúa Parker—. Así que hice una búsqueda rápida en Internet. Todo el mundo sabe que el mejor lugar para conseguir información hoy en día son las redes sociales. Ahora todo el mundo es periodista, ¿verdad? Cualquiera puede publicar cosas en Internet, cosas con las que los periodistas de verdad deben tener más cuidado a la hora de informar. Como las direcciones exactas, por ejemplo. Los principales medios de comunicación no pueden informar de eso, pero cualquiera que tenga un teléfono móvil y una conexión a Internet puede hacerlo si lo desea. Y eso es lo que ha hecho alguien.

No entiendo muy bien qué tiene que ver todo eso conmigo hasta que Parker abre mi cuaderno y comienza a leer.

—«1 Sherwood Crescent. Winnetka. Chicago. Illinois» —lee. Luego, baja el cuaderno y me sonríe—. Cuéntame, Darcy. ¿Por qué la dirección escrita en tu cuaderno es la misma en la que la ha estado investigando un homicidio?

# CAPÍTULO 35

No estoy segura de qué es lo que Parker espera que responda a esa pregunta, pero no soy capaz de hacerlo. Primero, porque no tengo ni idea de lo que está pasando en Chicago. Y segundo, porque aunque la tuviera, no se lo contaría. En cualquier caso, cuanto más se alarga mi silencio, más convencido debe estar Parker de que le estoy ocultando algo porque tengo miedo de decirle la verdad.

Lo que no puede entender es que yo no conozco la verdad.

A juzgar por lo que dicen los informativos, es mejor así.

—Vamos, Darcy. Cuéntanoslo todo —dice Parker con una sonrisa de suficiencia—. Me encantaría escucharlo, y estoy seguro de que a Irene también. ¿Verdad que sí?

Mira a su ex, y yo hago lo mismo. Me preocupa ver que Irene ahora parece estar tan alerta conmigo como lo está siempre con Parker. Al menos, esa es la sensación que transmite la expresión de su rostro.

—No sé de qué me estás hablando —digo con firmeza.

—¿De verdad? ¿No sabes por qué la policía de Chicago ha estado en esa casa? Debe tener algo que ver con el cadáver de esa mujer que encontraron en el lago. La noticia está en todas partes ahora mismo. ¿Puede que a lo mejor tenga algo que ver con las otras personas que aparecen en este cuaderno? Scarlett. Adrian. Pippa. ¿Qué han hecho ellos, Darcy? ¿Son las personas peligrosas de esta historia? ¿O eres tú?

—Si crees que soy peligrosa, deberías dejarme salir de aquí —digo, fingiendo confianza—. Antes de que te haga daño.

No estoy segura de que eso tenga algún impacto en mi captor. En cuanto se ríe, obtengo mi respuesta.

—¿Dejarte salir? De ninguna manera. No hasta que averigüe con qué estás relacionada en Chicago —dice Parker, con una sonrisa que refleja su estado de excitación—. Voy a seguir viendo las noticias a ver qué pasa. Esto podría ser algo muy gordo. ¿Y si la policía te estuviera buscando y yo tuviera la posibilidad de entregarte en

bandeja? Lo mismo hasta hay una recompensa. ¡No, si al final podría estar haciéndoles un favor reteniéndote aquí! ¿No sería irónico?

Parker guiña un ojo y se marcha. Cierra la puerta tras de sí, echa la llave y, probablemente, se dispone a seguir viendo las noticias. Ojalá pudiera levantarme del suelo y volver a subir las escaleras, pero me duele demasiado el cuerpo como para moverme con rapidez. Y ahora que ya sé lo que pasa cuando llegas arriba de las escaleras, no tengo ninguna prisa por volver a intentarlo.

—Lo siento —le digo a Irene, que se ha alejado de mí y ahora está de pie en una esquina—. Debería haberte hecho caso. No debería haber aporreado la puerta.

Espero que Irene acepte mis disculpas o que al menos sonría para demostrarme que sigue de mi lado. Pero no hace ninguna de las dos cosas. En vez de eso, la expresión de su rostro deja entrever que preferiría volver a estar sola.

Lo que ha relatado Parker sobre las noticias debe haberla atemorizado; estará preguntándose quién diablos soy yo y qué habré hecho. Además, yo he debido contribuir a sus miedos con lo que le conté antes de que Parker entrara hace un momento. Las referencias a mis pesadillas y a mis flashbacks y el miedo a haber hecho algo muy grave en el pasado deben sonar todavía peor después de lo que ha dicho Parker.

—No sé qué es lo que está pasando en el mundo exterior —digo con timidez, porque es imposible que Irene lo entienda si ni siquiera yo misma logro comprenderlo—, pero quiero que sepas que no tiene nada que ver con lo que está sucediendo aquí dentro. Seguimos teniendo la necesidad de salir de este sótano para salvarnos, y tenemos que permanecer unidas para lograrlo. ¿Me entiendes?

Irene se queda muy quieta. Espero impaciente su respuesta, que finalmente llega de forma poco convincente, con un leve asentimiento.

—¿Me ayudas a levantarme? —le pido, haciendo una mueca de dolor al intentar ponerme de pie.

Irene duda, pero termina acudiendo en mi auxilio y me ayuda a incorporarme. No es una experiencia nada agradable, porque me duele todo. Es obvio que me voy a tirar un tiempo sin poder

moverme con rapidez, lo cual es un problema enorme en estas circunstancias, pues quizá la velocidad sea lo único que pueda serme de utilidad.

—Tenemos que intentar neutralizarlo cuando vuelva a abrir la puerta —digo cuando Irene me ha ayudado a llegar hasta la pared más cercana y estoy apoyada en ella.

—No va a funcionar —me contesta. No es una respuesta esperanzadora.

—Tenemos que intentarlo —vuelvo a decir—. Debe estar a punto de traernos algo de comida. No me ha dado de comer desde que me encerró.

El rugido de mi estómago da fe de ello, aunque tengo tantas cosas de las que preocuparme que la comida ocupa un lugar bastante bajo en mi lista de prioridades. Sé que mis niveles de energía seguirán bajando si no recibo ningún alimento, aunque quizá ese sea precisamente el plan de Parker. Esperará a que esté tan débil como Irene para darme algo de comer, y entonces estaré tan agradecida por ello que habré olvidado las ganas de luchar.

También tengo muchísima sed, pero tampoco hay indicios de que vaya a poder beber agua pronto. En un momento dado, hace un rato, pensé que eso podría ser una suerte, porque significaría que existirían menos posibilidades de que tuviera que usar el barreño que hay en la esquina de la habitación. Resulta evidente que Irene lo ha estado utilizando para sus necesidades. En estos momentos, sin embargo, antepondría saciar mi sed a la vergüenza que pudiera sentir llegado el caso.

—No podemos rendirnos —es todo lo que puedo decirle a Irene mientras me voy pasando la mano por el torso para tratar de localizar los puntos más doloridos. Debo dar la impresión de estar muy débil y vulnerable, y eso no puede estar reforzando mis palabras. Antes de que pueda añadir nada más, la puerta vuelve a abrirse inesperadamente y Parker reaparece en la parte superior de las escaleras, mirándonos y observando que nos hemos movido un poco desde la última vez que ha entrado en el sótano, aunque no es que parezca importarle demasiado.

—La trama se complica —dice con otra sonrisa de suficiencia. No tengo ni idea de lo que quiere decir, pero tengo la sensación de que estoy a punto de averiguarlo—. Noticias de última hora desde Chicago —continúa, todavía sonriendo—. La policía ha encontrado otro cadáver en el lago. Esta vez es un hombre, y la gente especula con la posibilidad de que se trate de Laurence, el tipo que lleva tres meses desaparecido. ¿Sabes algo sobre eso, Darcy? ¿O va a tener que visitar la policía de nuevo a tu familia para obtener algunas respuestas?

# CAPÍTULO 36

## PIPPA

Han pasado exactamente dieciocho minutos desde que he visto la noticia de última hora que nos informaba a mí y a cualquiera que estuviera viendo la televisión de que se ha descubierto el cadáver de un hombre en el lago Michigan, no muy lejos de donde se encontró el cadáver de Eden. No sé cuánto tiempo va a pasar hasta que se confirme la identidad de ese varón, pero mi familia y yo no tenemos que esperar para saberlo. Somos plenamente conscientes de quién es esa persona, y por eso tenemos que planear muy bien nuestros siguientes pasos.

Ya le he dicho a mi marido lo que tenemos que hacer.

Ahora, tengo que contárselo a mis padres.

Sería mejor mantener la conversación que estoy a punto de tener con ellos en persona, pero he tomado la decisión de que sea a través del teléfono. Tengo la obsesión de que pueda haber un agente de policía encubierto merodeando por el exterior de mi casa y, si me ve dirigirme a toda velocidad hacia casa de mis padres, podría pensar que es un movimiento sospechoso. Supongo que de momento no han pinchado mi línea telefónica, así que las llamadas son más seguras que las reuniones en persona. Así que a ello voy.

«Cógeme el puto teléfono», mascullo mientras me dirijo hacia la habitación de mi hijo, intentando decidir qué cosas son imprescindibles y cuáles podemos dejar en casa. Campbell está abajo desayunando y, de momento, no es consciente de que su vida está a punto de dar un vuelco. Pero pronto lo sabrá, sobre todo cuando me vea bajar con una bolsa de viaje con sus cosas. No podré meter en ella algunos de sus juguetes favoritos, porque no podemos llevárnoslos todos.

—¿Pippa? —responde mi padre al fin al teléfono.

Me alivia oír su voz; si me está contestando, eso significa que la policía aún no ha vuelto a ir a su casa.

—¡Papá! ¡Escúchame! ¡Han encontrado el cuerpo de Laurence, así que no lo van a poder considerar sospechoso de la muerte de Eden! Eso significa que van a insistir en la búsqueda de Darcy, y van a volver a vuestra casa. ¡Tenéis que hacer las maletas y largaros los dos de ahí! Tenéis que iros ya, antes de que busquen en profundidad y encuentren rastros del ADN de Eden en el estudio, o tal vez ADN tuyo o mío en el cadáver. Sé que mamá limpió el estudio, ¡pero eso no supondrá ningún obstáculo para un equipo de forenses!

Acabo de vomitarle un montón de información a mi padre a un ritmo vertiginoso; no tenemos tiempo que perder.

—He visto las noticias —confirma mi padre con tono muy serio—. Y supongo que ahora, en estas circunstancias, la policía tendrá incluso más interés en encontrar a Darcy.

—¡Sí, claro que sí! Darcy tenía relación con esas dos personas y también está desaparecida, así que la policía no nos va a quitar los ojos de encima. Tenemos que quitarnos de en medio antes de que nos lleven a comisaría para tomarnos declaraciones oficiales. ¡Y antes de que registren nuestras casas! ¡Tenemos que irnos antes de que sea demasiado tarde!

—¿Qué estás sugiriendo, que huyamos?

—¡Sí! ¡Vámonos ya antes de que vuelvan! ¡Yo ya estoy haciendo las maletas!

—¿Que estás haciendo qué?

Mi padre se queda atónito, y escucho de fondo la voz de mi madre. Mi padre le cuenta lo que acabo de decirle. No tenemos tiempo como para que se pongan a discutir sobre esto. Si la policía vuelve a su casa antes de que se hayan ido, no habrá vuelta atrás. Si les da por examinar el estudio y se encuentran una sola gota de sangre de Eden entre las fibras de la alfombra, iremos todos a la cárcel, y allí estaremos durante mucho tiempo.

—No podemos irnos sin más —dice mi padre.

Creo que puedo tratar de persuadirlo con algo.

—Bueno, pues yo me voy a ir. Y me voy a llevar a Campbell conmigo, así que si queréis volver a vernos a alguno de los dos, ¡os tenéis que venir con nosotros! —le grito. Sé que lo que acabo de hacer es cruel; es puro chantaje emocional. Odio tener que hacer

algo así con mis padres, pero sin duda es el recurso más inmediato del que dispongo.

—Pippa, tranquilízate —me dice mi padre. Luego, escucho que mi madre le pide el teléfono. Los escucho discutir, así que entretanto me dedico a meter montones de ropa de Campbell en una maleta. Finalmente, mi madre se pone al teléfono.

—Pippa, espera. Estoy de acuerdo en que quizá tengamos que irnos, pero hay un problema si lo hacemos —me dice.

—¿Qué problema? ¿El dinero? Tenéis un montón. El resto de las cosas podemos resolverlas cuando ya estemos en la carretera —respondo, sin dejar de hacer la maleta.

—¡No estoy hablando de dinero! —me grita mi madre—. Me refiero a Darcy. ¿Cómo podrá encontrarnos si nos vamos? ¿Y si volviera un día a buscarnos y ya no estamos aquí?

Dejo de hacer lo que estoy haciendo y pienso en lo que me acaba de decir mi madre. Tiene razón. Si nos vamos de Chicago, la dirección que dejé escrita en el cuaderno de mi hermana no le serviría para nada. No debería volver nunca aquí, sobre todo ahora que la policía la está buscando y está también vigilándonos a nosotros, pero si alguna vez lo hiciera y nosotros nos hubiéramos ido, estaríamos separados para siempre.

—No, espera, no pasa nada. ¡Puedo escribirle y contarle a dónde nos hemos mudado! —exclamo cuando se me ocurre esa idea—. Conozco su dirección en Florida, así que le escribiré y le contaré que hemos tenido que irnos de Chicago y empezar de cero en otro sitio. Se lo explicaré todo y quizá podamos volver a estar todos juntos en el sitio nuevo. Pero mamá, ¡en estos momentos lo que tenemos que hacer es irnos cuanto antes de aquí!

—¡Pippa! —me llama mi marido desde la planta baja. Ahora compite por mi atención, pero yo aún no he terminado con mis padres. No puedo colgar hasta que tenga la certeza de que ellos también van a empezar a hacer las maletas. De lo contrario, puede que nunca más vuelva a verlos.

—No podemos irnos así como así. Esta es nuestra casa —dice mi padre. Me imagino que le ha vuelto a quitar a mi madre el teléfono. Si ya es bastante difícil hablar con uno de ellos, con dos a la vez ya

es imposible. De todas formas, el contenido de mi mensaje no va a cambiar, independientemente de mi interlocutor.

—¡Si queréis correr el riesgo, quedaos! ¡Pero yo me voy!

—¡Espera! —escucho a mi madre gritar de fondo, lo que debe significar que mi padre ha puesto la llamada en manos libres—. Vamos a hacer las maletas. ¿Dónde nos vemos? ¿Vamos a tu casa?

—No, vosotros salid de casa y yo os llamo cuando salgamos nosotros —respondo. Mi alivia que vengan con nosotros, porque voy a necesitar toda su ayuda. Para empezar, me hará falta su dinero, o al menos lo que logremos rescatar antes de que la policía congele sus cuentas.

—¡Pippa!

Karl vuelve a llamarme. Esta vez puedo responderle, porque mis padres ya han aceptado mi sugerencia. Les digo que se den prisa y termino la llamada.

—¿Qué? —grito mientras salgo de la habitación de mi hijo con una maleta pesada a cuestas, llena de sus pertenencias.

—Las noticias no paran de empeorar. Está en todos los canales. Todo el mundo en Chicago debe estar hablando de ello en estos momentos —me dice.

—¡Por eso tenemos que irnos ya! —le grito mientras bajo las escaleras, con la maleta golpeando contra la pared—. Antes de que empiecen a relacionarnos con todo esto.

—No sé si voy a ser capaz —afirma Karl, lo que resulta de muy poca ayuda a estas alturas.

—¿Cómo?

—No sé si puedo irme sin más. ¿Y si nos quedamos? Puede que no pase nada, ¿no?

—¿Estás loco? La policía ya ha venido a casa una vez y, desde entonces, han encontrado otro cadáver. ¿Por qué razón no iban a volver? Es solo cuestión de tiempo que la foto de Darcy aparezca en las noticias. Cuando la empiecen a buscar, nuestras fotos también estarán por todas partes.

—Yo nunca me comprometí a nada de esto —dice Karl, moviendo la cabeza de lado a lado en señal de negación y al borde de un ataque de nervios.

—¡Te casaste conmigo y, ahora mismo, esto es lo que hay! —le grito—. O te vienes conmigo, o ves cómo me voy con Campbell. ¡Porque nosotros nos vamos a ir, con o sin ti!

Tengo miedo de que Karl haga alguna estupidez como coger a nuestro hijo y decir que no se va a ninguna parte. ¿Qué haría yo si eso ocurriera? Ya maté a una persona que estaba amenazando la seguridad de mi familia. ¿Podría llegar a hacerle daño a mi propio marido para impedir que se lleve a mi hijo?

Por suerte, no tengo que averiguar la respuesta a ese dilema tan horrible porque Karl sale de su trance y sube corriendo a coger más cosas. Yo decido ir a ver cómo está Campbell. Me lo encuentro con la cabeza entre las manos junto a un tazón de cereales empapados. No tiene ni idea de la gravedad de la situación, pero no es tonto y sabe que algo pasa, de ahí su actitud triste.

—Lo siento, cariño, pero tenemos que irnos —le digo.

—¿A dónde vamos?

—Nos vamos de vacaciones, y los abuelos también vienen —le respondo, con la esperanza de que eso le haga sentir mejor ante la idea de no ver a sus amigos de la guardería, por no hablar de todas las comodidades de las que dispone en casa—. ¿Te parece divertido?

Campbell se lo piensa antes de responderme, pero termina haciendo algo que me da miedo.

Niega con la cabeza. Y aunque no es más que una simple acción de un niño inocente, a mí me da la impresión de que significa mucho más.

Me parece un mal presagio.

Es como si mi hijo, incluso a tan corta edad, comprendiera todo mejor que yo.

Da la sensación de que sabe que, hagamos lo que hagamos, esto no va a acabar bien.

# CAPÍTULO 37

## DARCY

Ojalá pudiera matar a alguien solo con la fuerza de mis ojos. Si así fuera, si las miradas tuvieran ese poder, Parker ya estaría muerto. Llevo mirándolo tanto tiempo que ya lo habría fulminado. Por desgracia, las cosas no funcionan así. Puedo mirarlo con todo el odio y veneno que quiera, pero a él no le afecta lo más mínimo. Más bien, hace que se sienta cada vez más reforzado, que es exactamente lo opuesto a lo que pretendo.

Él sigue de pie en la parte superior de las escaleras mientras yo estoy abajo, en este sótano, tratando de aliviar con mis manos mis costados doloridos y pensando que ojalá fuera lo bastante fuerte como para cargar contra él, noquearlo y salir de esta casa. Irene está a mi izquierda, tan desamparada como yo. Y ya está, no hay nada más. Estamos los tres en esta estancia: uno de nosotros tiene la sartén por el mango; las otras dos no contamos con ayuda y tenemos pocas esperanzas.

—¿No me vas a contar por qué la policía ha acudido a la misma dirección que hay escrita en tu cuaderno? —me pregunta de nuevo Parker, pero mi contestación sigue siendo la misma. Niego con la cabeza porque no puedo responder a esa pregunta, aunque él piense que es que no quiero hacerlo.

Aunque creo que mi silencio debería poner fin a su diversión, parece decidido a quedarse aquí y tratar de enterarse de algo más. Es como si creyera que tiene acceso a un tesoro lleno de información que tanto a los medios de comunicación como a la policía de Chicago les encantaría tener.

—Vamos, si quieres salir de aquí algún día, vas a tener que esforzarte un poco más —me dice. Justo después, antes de que le dé tiempo a añadir nada más, los tres escuchamos algo que ninguno se esperaba.

Es el sonido de una ventana rompiéndose.

A Parker se le descompone el rostro, lo cual es una señal inequívoca de que no se esperaba ese ruido. ¿Por qué iba a hacerlo? No ha parecido agradable para nada. Al menos no para él, que es el propietario de la casa. Aunque para sus dos prisioneras podría ser el sonido más maravilloso que hayamos oído en nuestras vidas.

¿Habrá alguien más en la casa?

Irene y yo nos miramos la una a la otra y decidimos intentar averiguarlo de inmediato.

—¡AYUDA! —gritamos al unísono—. ¡POR FAVOR, AYUDA! ¡ESTAMOS AQUÍ!

Parker reacciona a nuestro griterío repentino saliendo del sótano a toda velocidad y cerrando la puerta de un portazo, sin duda para tratar de contener nuestras voces. Pero de ninguna manera vamos a permanecer calladas como él querría si hay alguien más en la casa. Esta podría ser nuestra única oportunidad.

—¡SOCORRO! —continúo gritando.

Veo cómo Irene sube corriendo las escaleras, prueba de que su opinión acerca de hasta qué punto merece la pena hacer eso ha cambiado de repente. Llega hasta la puerta y comienza a aporrearla; mientras, yo subo lentamente detrás de ella. Avanzo presionándome ligeramente la costilla que más me duele y respirando con dificultad, pero decidida a ayudar a mi compañera de encierro por si tenemos alguna posibilidad.

Llego a su altura cuando sus golpes intensifican y continúo gritando; ambas trabajamos en equipo para hacer el mayor ruido posible. Nos quedamos en silencio cuando la puerta se abre de golpe y vemos quién está al otro lado.

Esta vez no es Parker.

Es su padre.

—¿Joe? —pregunto mientras miro fijamente al hombre al que vi por última vez cuando salí de su apartamento después de pasar el día cuidándolo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Miro por detrás de él, temerosa de que su hijo esté a punto de aparecer y termine con cualquier esperanza que pudiéramos tener de que esto sean buenas noticias, pero Joe comienza a negar con la cabeza.

—No os preocupéis por mi hijo —nos dice a Irene y a mí—. Venga, salid ya de ahí.

Nos hace un gesto para que lo sigamos, y no es que nosotras necesitemos más invitaciones que esa. Salimos del sótano juntas, Irene antes que yo, pues lleva encerrada en este lugar mucho más tiempo.

Nunca me había alegrado tanto de ver una cocina. Aunque, cuando miro a mi alrededor, no son exactamente muebles lo que trato de encontrar.

Estoy buscando a Parker.

¿Dónde está?

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Joe—. ¿Dónde está tu hijo? ¿Estamos a salvo?

Irene parece tener el mismo miedo que yo. Probablemente sea tan consciente como yo de que no habría nada más cruel que escapar del sótano para que justo después nos ocurriera algo terrible. Pero Joe no parece tan dubitativo como nosotras.

—Está ahí dentro —dice, señalando otra estancia. Enseguida me doy cuenta de que tiene un par de gotas de sangre en la manga de su camisa.

—¿Esa sangre es tuya? —le pregunto nerviosa a Joe.

Él la mira y después mueve la cabeza de lado a lado en señal de negación.

Supongo que eso significa que la sangre pertenece a su hijo, pero no lo sabré con certeza hasta que no vaya a comprobarlo, así que me dirijo con indecisión hacia el lugar que Joe nos acaba de indicar. Salgo de la cocina, entro en el salón y encuentro al hombre que estaba buscando. Parker está tirado sobre la alfombra y hay más sangre a su alrededor. Está bocabajo y no se mueve, lo cual resulta maravilloso de presenciar, aunque también muy impactante. Tengo muchas preguntas. También veo la ventana rota en el salón, lo que provoca que se me ocurran aún más preguntas. Sin embargo, es Irene quien hace la primera.

—¿Está muerto? —quiere saber. Qué casualidad. Esa habría sido también mi siguiente cuestión.

—Creo que sí —responde Joe. No parecen malas noticias, aunque enseguida recuerdo que estamos hablando del hijo de este hombre. A Irene eso no parece importarle demasiado, e inmediatamente se pone a darle patadas al cuerpo de Parker, descargando su frustración contra el hombre que la ha mantenido encerrada durante tanto tiempo. Pero, por mucho que me alegre de haber salido de ese sótano, no puedo permitirle a Irene atacar el cuerpo de Parker estando su padre presente, así que la aparto y le digo que todo ha terminado ya.

Ella está llorando y yo también tengo lágrimas en los ojos. Cuando miro a Joe, observo que él está igual que nosotras.

—No lo entiendo —le digo a Joe cuando Irene se ha calmado un poco—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

—Hoy no has venido a trabajar —responde con simpleza—. Así que pensé que algo debía ir mal.

Joe vuelve a dar la impresión de ser un hombre débil, alejándose de lo que aparentaba cuando abrió la puerta del sótano y, supongo, de la persona en la que tuvo que convertirse para atacar a Parker. Lo invito pues a sentarse en la cocina, donde no tiene que ver el cadáver.

Él acepta la invitación y, una vez sentado, nos explica un poco más.

—Lo siento mucho —dice, luchando contra las lágrimas. Esta vez está mirando a Irene, no a mí—. Debería haberlo detenido antes. Supe que algo iba mal después de que pasara bastante tiempo sin verte. Cuando le pregunté a Parker al respecto, bromeó diciéndome que te tenía encerrada en su sótano. La broma a mí no me hizo ninguna gracia porque, cuando era muy joven, le fascinaban las noticias sobre gente atrapada en cualquier sitio: cuevas, casas, coches… Fuera lo que fuera, parecía disfrutar con la idea de que alguien estuviera encerrado en alguna parte. Yo siempre creí que aquello no era más que una fase tonta de la infancia. Pero estaba equivocado. Comencé a pensar que quizá no estaba bromeando cuando noté que cada día tenía más ganas de volver a su casa, como si tuviera una razón por la que hacerlo. Le pregunté por ti varias veces más y cada vez me respondía de forma más extraña,

hasta que un día me dijo que no le preguntara más, que ya nadie podía ayudarte. Me daba pavor pensar qué querría decir con eso, así que no me atreví a preguntarle. Pero debería haber hecho algo más. Podría haberte ayudado. Lo siento en el alma.

Aunque tampoco me hacía falta a estas alturas, esa es la confirmación de que Joe sabía que su hijo se traía algo entre manos en relación con su exnovia. Claro, después de que me insinuara que algo raro ocurría con Parker para que yo tratara de averiguar de qué se trataba, el hecho de no presentarme a trabajar activó sus alarmas, pensando que algo podría haber salido mal.

—¿Así que has venido a ayudarnos? —le pregunto.

Joe asiente.

—Hacía tiempo que no venía a esta casa —admite—. Cogí un taxi y, como tengo el código de acceso escrito en un papel en mi cartera, pude cruzar las puertas de fuera. Todas las puertas de la casa estaban cerradas con llave, así que he tenido que romper una ventana.

—¡Menos mal que lo has hecho! —grita Irene. Es evidente que no está enfadada con él por no haberla ayudado antes; es un hombre vulnerable que probablemente ha tenido el mismo miedo a Parker que nosotras.

—¿Cómo lo has matado? —le pregunto a continuación, porque es necesario hacerlo. Parker es mucho más joven y fuerte que su padre, así que es difícil creerse que lo haya conseguido reducir.

—Le he dado un golpe con mi martillo —dice Joe. No me esperaba algo así para nada.

—¿Un martillo?

—Sí. Lo he traído de casa. Lo cogí de mi caja de herramientas. Le dije al taxista que pretendía devolvérselo a mi hijo. Pensé que podría venirme bien.

Vuelvo a asomarme al salón y veo el mango del martillo que asoma por debajo del sofá junto al que yace Parker. No hay dudas de que es el tipo de arma que podría contrarrestar una desventaja física de tamaño y fuerza.

—¡Tenemos que llamar a la policía! —dice Irene entonces, y tiene lógica, porque da la sensación de que es lo correcto en esta

situación. Pero a mí no me conviene en absoluto.

—No, nada de policía —digo, tajante.

—¿Por qué no? ¡Ese hombre me ha tenido encerrada durante un mes, y también te había encerrado a ti ahora! ¡La gente tiene que enterarse de lo que ha hecho! ¡Y también tiene que saber que Joe es un héroe por habernos salvado!

—No es tan fácil como eso —digo. Y no estoy pensando solo en mí —. ¿Qué le contarías a la policía, Joe? Lo más probable es que te arresten. Si trajiste el arma hasta su casa, podrían sostener que lo que hiciste fue premeditado.

—A mí eso me da igual —dice, encogiéndose de hombros, luciendo tan abatido como cabría esperar de un hombre que ha hecho lo que acaba de hacer—. En un par de años ni siquiera recordaré quién soy, así que no me importa lo que me pase. Si tengo que ir a la cárcel, al menos allí me van a cuidar.

Aunque parezca una locura, Joe tiene razón. Necesita que alguien lo cuide, y podrían existir lugares peores para él que un hospital penitenciario. Pero él se merece algo mejor, aunque por desgracia, como le pasa a mucha gente, lo más probable es que su salud no le permita aspirar a ello.

—Entiendo que necesitas llamar a la policía —digo mirando a Irene, sintiendo muchísimo que haya tenido que pasar por ese calvario—. Pero yo no puedo estar aquí cuando vengan.

Irene me mira fijamente y comprende lo que le digo. Le hablé de los recuerdos que estaba recuperando y le insinué que mi pasado podría ser un tanto oscuro. Además, escuchó cómo Parker trataba de provocarme hablando de las noticias que habían aparecido en la televisión sobre los sucesos en Chicago y la posible relación que yo pudiera tener con ellos. Así que esta mujer lo entiende. Sabe que así es como tengo que hacer las cosas.

—Te deseo lo mejor —le digo mientras le doy un abrazo, que ha de ser suave por culpa de mis golpes y su terrible cansancio, pero que aun así sigue siendo un abrazo reconfortante entre dos supervivientes. Luego me giro hacia Joe—. Gracias —le digo—. Gracias por hacer lo correcto. Sé lo difícil que debe haber sido para ti.

Joe tiene una lágrima en la mejilla. Me encargo de secársela y luego me dispongo a marcharme.

—Ahí hay una llave —me explica Joe, señalando un gancho que hay junto a la puerta trasera. Es lo único que necesito para salir de aquí, pero, antes de irme, busco otra cosa.

Mi cuaderno está sobre la mesa de la cocina. Lo cojo y compruebo que todas las páginas están intactas. Como lo están, me dirijo hacia la puerta con el cuaderno de nuevo en mi poder. Abro con la llave, salgo al exterior y siento la libertad que transmite el aire fresco dándome en la cara.

Avanzo cojeando por el camino de entrada hasta llegar a las puertas exteriores, con una mano sobre las costillas doloridas. Al llegar a ellas, se abren automáticamente. Puede que hubiera un sensor en este lado o quizá Joe haya abierto de alguna forma desde la casa. Las puertas se abren del todo y enseguida me encuentro en la calle. Cada paso que doy me aleja más de la persona horrible que era dueña de la casa que acabo de abandonar.

Necesito irme a casa ya; mi apartamento es mi próxima parada.

Pero esa no es mi casa. No es mi verdadero hogar.

Mi verdadero hogar está en Chicago.

Ahí es donde está mi familia.

Y, por lo que parece, me necesitan en estos momentos.

# CAPÍTULO 38

## PIPPA

Una persona que está en plena huida nunca quiere detenerse, pero a veces no hay más remedio.

Sobre todo si llevas un niño contigo.

Campbell lleva media hora quejándose de que necesita ir al baño. A pesar de que le digo que se espere un poco, llega un momento en el que eso ya no sirve para nada. Si solo se tratara de eso, podríamos haber parado junto a una carretera poco transitada y él podría haber hecho sus necesidades detrás de un arbusto. Pero hay otra razón por la que tenemos que parar. Tenemos algo de comida, pero sin duda nos vendría bien comprar algo más. Acabamos de vislumbrar una estación de servicio, así que parece un buen momento para parar. Aunque, eso sí, tendrá que ser algo rápido.

—Llévalo tú al baño —le digo a Karl, que está sentado a mi izquierda, al otro lado de nuestro hijo, que viaja entre nosotros. Estamos en la parte trasera del coche de cinco plazas que mi padre ha comprado con dinero en efectivo hace unas cuantas horas. Él va al volante, y mi madre está sentada a su lado en el asiento del copiloto. Salimos de Chicago y llevamos todo el día viajando en dirección norte, con el equipaje en el maletero y la mente dándole vueltas a si lo que estamos haciendo va a funcionar o no a largo plazo. La verdad es que no sabemos si nuestro plan va a resultar un éxito porque, si nos encontramos en el centro de una tormenta mediática gigantesca y somos objeto de una gran cacería policial, nuestras probabilidades son escasas. Pero en fin, al menos sabemos hacia dónde nos dirigimos.

Vamos hacia Minnesota. Más concretamente, hacia un lugar remoto de ese estado que está lleno de bosques frondosos y cordilleras que se extienden sin fin. No solo vamos hacia allá porque sea un sitio lejano y apartado de todo, lo cual es ideal, sino porque mi padre conoce un lugar específico donde podríamos escondernos mientras pensamos qué hacer después y decidimos nuestros

próximos movimientos. Llevábamos menos de diez minutos en el coche esta mañana cuando nos contó algunos detalles.

—Un tipo con el que trabajé hace años solía alquilar una cabaña en Minnesota durante las vacaciones —nos explicó mientras salíamos a toda velocidad de Chicago, avanzando en dirección opuesta al tráfico intenso de primera hora de la mañana que se dirigía hacia la ciudad—. Le encantaba ese sitio. Decía que era muy tranquilo, incluso aunque hubiera otras cabañas cerca. Pero un año dejó de ir. La empresa propietaria quebró y las cabañas dejaron de poder alquilarse. Mi compañero me dijo que era una pena, porque ahora estaban todas vacías.

—¿Y ahí es a donde vamos? —le preguntó Karl con escepticismo —. ¿Crees que ahora siguen vacías?

—¿Tienes alguna idea mejor? —le respondió mi padre con brusquedad. Resultaba obvio que no estaba de humor para discutir. Mi marido, con buen criterio, no le respondió.

La verdad es que el plan de mi padre parecía tener posibilidades de salir bien. Era sin duda la mejor opción que teníamos. Necesitábamos irnos a algún lugar lejano y, si en ese lugar hay cabañas, vacías pero todavía en condiciones bastante decentes, serían un lugar estupendo para escondernos. Mis padres sacaron todo el dinero en efectivo que pudieron en cuanto abrieron los bancos, antes de salir de la ciudad. Karl y yo hicimos lo mismo, así que en conjunto logramos sumar una cantidad considerable. No me preocupó, pues, la opción de que se nos acabara el dinero, al menos durante un tiempo. Sin embargo, según mi padre, en el lugar al que vamos el dinero no es tan imprescindible como la caza y las técnicas de supervivencia. Tener efectivo puede servir de bien poco cuando se trata de atrapar un animal y cocinarlo en una hoguera a la intemperie. Pero olvídate del dinero o de la caza, o incluso del frío cuando llegue el invierno, si es que a esas alturas aún continuamos a la fuga. Nada de eso me parece trascendental; lo que me preocupa de verdad es que alguien descubra dónde estamos.

Por desgracia, eso siempre formará parte de una persona que ha huido de la policía. Mirar constantemente hacia atrás. La obsesión permanente de que alguien pueda reconocerte. El miedo terrible a

haber cometido un error irreversible que se te instala en el estómago.

Estoy experimentando todas esas ya, cuando mi padre se sale de la autopista y se adentra en el aparcamiento de la estación de servicio. De inmediato, fijo la mirada en el resto de los coches que hay aquí aparcados y, específicamente, en las personas que podrían ser sus propietarios. Si alguien recordara luego habernos visto y se lo cuenta a la policía en algún momento, eso podría ayudarlos mucho a acotar su zona de búsqueda, así que tenemos que asegurarnos de pasar desapercibidos en la medida de lo posible.

Nada más salir del coche, Campbell empieza a gritar.

—¡Campbell! ¡*Ssshhh*! —le pido en voz baja. Mis ojos escanean el aparcamiento, pero aquí no hay nadie que nos esté mirando—. ¿Qué te pasa?

—¡No puedo aguantar más! —grita, y comprendo que tiene que ir al baño de inmediato. Su padre también lo entiende, así que coge a nuestro hijo en brazos y corre con él hasta el interior del edificio. Yo me quedo atrás con mis padres.

Mi padre pone la radio al instante para intentar encontrar un informativo. Me alegro de que lo haga ahora que mi hijo ha salido del coche para que no pueda escuchar nuestros nombres, si es que los mencionan. Pero, de momento, no consigue sintonizar nada, probablemente porque la radio apenas capta señal. Me imagino que la cosa irá incluso a peor cuanto más nos adentremos en las zonas más remotas de Minnesota.

—Voy a entrar a ver si hay alguna televisión con las noticas puestas —sugiero. Tengo la intención de hacerlo para ponernos un poco al día, pero también y sobre todo porque así estaré más cerca de mi marido y mi hijo, a quienes me preocupa perder de vista durante demasiado tiempo.

—Ten cuidado —me dice mi madre mientras me alejo del coche. Creo que lo que quiere decir es que no permita que nadie me vea demasiado bien la cara, por si acaso.

Me pongo la capucha de la chaqueta para evitar que eso suceda y agacho la cabeza cuando veo a un par de personas caminando en mi dirección. Paso junto a ellos pero mantengo la mirada fija en el

asfalto, así que dudo mucho que se hayan percatado de mi presencia. Tendré que comportarme de esta misma forma en el interior, donde me imagino que habrá mucha más gente que aquí fuera.

Efectivamente, así es. Al entrar en la estación de servicio, calculo que debe haber al menos otras veinte personas. La mayoría son conductores o sus acompañantes que están sentados en torno a mesas, dando buena cuenta de algo de comida rápida o haciendo cola para comprar algo antes de volver a la carretera. También hay algunos empleados, situados tras varios mostradores, con pinta de estar muy aburridos. Evito que mi mirada se detenga en ellos demasiado tiempo, porque eso no sería normal. En lugar de hacer eso, miro a mi alrededor para ver si doy con lo que estoy buscando. Lo encuentro en una esquina, junto a un puesto de hamburguesas.

Hay una televisión enorme de pantalla plana colgada en la pared.

Y están puestas las noticias.

Tenso un poco la mandíbula a la espera de la última hora en relación con los sucesos de Chicago. Durante un instante breve pero feliz, pienso que podríamos estar exagerando mucho al huir. Quizá la situación no requiriera una reacción así. Tal vez la policía ya tenga otra cosa entre manos que haya distraído su atención. ¿Y si todo el mundo ha comenzado a pasar página y esos cadáveres siguen siendo para siempre parte de un misterio sin resolver?

El problema de las ilusiones es que, inevitablemente, la realidad le recuerda a quien se las hace que el mundo real no funciona así.

Eso es, sin duda alguna, lo que me ocurre cuando veo aparecer en la pantalla la casa de mis padres.

Me quedo mirando fijamente ese lugar que me resulta tan familiar, la casa en la que mi madre siempre estaba cocinando algo en el horno mientras mi padre estaba trabajando en cualquier cosa en el estudio. Pero ahora, viendo estas imágenes, no hay nada reconfortante en esa casa. Es imposible que lo haya con todos los coches de policía que hay en el camino de entrada y la cinta amarilla que reza «escena del crimen» cruzando la puerta principal.

El volumen de la televisión está bajo, pero tiene los subtítulos activados. Es así como consigo enterarme de lo que está sucediendo

en ese tranquilo barrio periférico de Chicago.

*«Un habitante de la zona ha denunciado haber visto a una mujer que coincide con la descripción de Eden en las inmediaciones de Sherwood Crescent, lo que ha provocado que la policía vuelva a un lugar que ya era de objeto de atención. La policía ya visitó esta casa de Winnetka poco después de que se encontrara el cuerpo de Eden. Pero acaban de volver, y esta vez han encontrado algo».*

Es como si me succionaran todo el aire del que dispongo. ¿Han encontrado algo? ¿El qué?

Entonces veo en la pantalla al detective Burgoyne hablando con los periodistas, y no tiene ningún problema en contarle a quienquiera que le esté escuchando de qué se trata.

*«La inspección forense de la propiedad que tengo detrás ha confirmado que Eden Carthy estuvo en la casa y que resultó herida», d*ice. De inmediato, comprendo que las novedades no pueden ser más desalentadoras para nosotros. «*Ahora solicitamos con urgencia a los propietarios de la vivienda, el doctor Adrian Miller y su mujer, Scarlett Miller, que colaboren con nuestras indagaciones. También estamos tratando de localizar a sus hijas, Darcy Miller y Pippa Simpson. A la primera no se la ha visto desde hace tiempo y estamos buscándola para interrogarla».*

—¡Mami!

Me doy la vuelta y veo a Campbell corriendo hacia mí, con los brazos extendidos esperando que lo abrace. Pero este dulce momento entre madre e hijo se ve estropeado por el miedo que tengo a que esté haciendo demasiado ruido, llamando demasiado la atención sobre nosotros. No quiero que nadie recuerde que hemos estado aquí.

—Tenemos que irnos ya —insto a Karl cuando llega rápidamente a la altura de nuestro hijo. Yo me aseguro de mantener a Campbell de espaldas a la televisión, pero mi marido la ve bien y comprende la gravedad de la situación.

—¿Ya nos están buscando? —pregunta, nervioso.

Yo me limito a asentir.

—Sí. Nos están buscando a todos —le confirmo. Acto seguido, le pido que coja a nuestro hijo para salir de aquí lo más rápido que

podamos. Cuando se lo paso de mis brazos a los suyos, Campbell se queja porque aún no quiere volver al coche. Yo lo ignoro mientras salimos. Aunque hay una cosa que no puedo ignorar.

A pesar de ser muy consciente de que podría no hacerme ningún bien, no resisto la tentación de echarle un último vistazo a la pantalla de la televisión.

Cuando lo hago, veo la cara de mi hermana devolviéndome la mirada.

La aparición de su foto en las noticias confirma que la policía la está buscando, pero yo sé muy bien lo que tengo que hacer. Tengo que encontrarla antes que ellos. Mi prioridad principal es asegurarme de que mi hijo esté a salvo, así que voy a ir con mi familia hasta la cabaña y me esconderé un tiempo hasta que estemos asentados. Pero no puedo quedarme allí sin más, porque la familia no está completa si Darcy no está con nosotros. Por lo tanto, tendré que dejar a todos los demás atrás para ir a buscarla.

La tarea de localizar a mi hermana sana y salva en medio del torbellino de una histeria mediática y policial parece imposible, pero tengo que intentarlo. También tengo la sensación de que ella va a volver a Chicago. Llámalo un sexto sentido fraternal, pero estoy segura de ello. Le pedí que evitara ver las noticias, pero, sin duda, eso será imposible ya a estas alturas. Es inevitable que vea su cara en la portada de un periódico o, peor aún, es probable que alguien la reconozca y la delate a la policía, obligando a mi hermana a huir. Y claro, cuando lo haga, irá a donde va cualquier persona que se siente amenazada.

Irá a casa.

Sé que me buscará, igual que yo la buscaré a ella.

Ahora tengo que aferrarme a la esperanza de que volveremos a encontrarnos.

Antes de que sea demasiado tarde.

# CAPÍTULO 39

## DARCY

La mochila pequeña que tengo a mis pies contiene todo lo que poseo en este mundo, que no es más que cuantas prendas de ropa, algunos artículos de aseo y, por supuesto, mi inseparable cuaderno. No es mucho; desde luego, es bastante menos equipaje que el que llevan algunas de las personas que están sentadas cerca de mí.

Desde que me senté aquí hace una hora, he mantenido la vista fija en el suelo, pero ahora la levanto para ver el panel de salidas. Compruebo que tan solo faltan dieciséis minutos para que salga mi autobús. Tengo un billete para un vehículo que se dirige al norte. Aunque mi destino final es Chicago, voy a tardar bastante tiempo en llegar hasta allí. Desde luego, mucho más que si fuera en avión, pero he decidido que los autobuses de larga distancia constituyen una mejor opción para mí en estos momentos.

Lo he decidido a tenor de lo que aparece en las noticias.

A la izquierda del panel de salidas hay una televisión que ahora mismo está emitiendo las noticias nacionales, lo que está brindando a la decena aproximada de pasajeros junto a los que estoy sentada algo de entretenimiento mientras esperamos a que salga nuestro autobús. Ese informativo ha relatado algunas cosas que me han estado haciendo sentir muy incómoda aquí sentada. Desde luego, preferiría que alguien apagara la televisión, pero, por desgracia, no creo que eso vaya a suceder. Por lo tanto, en cualquier momento, volveré a ver mi imagen en la televisión.

Cuando regresaba cojeando de casa de Parker después de unas horas muy movidas, solo me detuve en el camino para echar un vistazo a la televisión de una cafetería y enterarme así de las últimas novedades. Al hacerlo, vi imágenes del hombre que aparecía en mis flashbacks.

Laurence. Habían encontrado su cuerpo. Y, aparentemente, su caso tenía algo que ver conmigo.

También escuché referencias a lo que Parker ya me había contado. La policía había visitado una dirección en la zona de Winnetka, en Chicago, como parte de la investigación. La dirección que ofrecían coincidía con la que hay escrita en mi cuaderno. Volví a mi apartamento a toda prisa y empecé a hacer las maletas, con la idea ya clara de que iba a volver al que, a juzgar por lo escrito en el cuaderno, es mi lugar de origen. Ya había desoído la primera advertencia, que era evitar ver las noticias, así que no me pareció tan complicado olvidarme también de la segunda. No tenía mucho que perder. Mi vida en Florida es un completo desastre, como demuestra el hecho de que, durante el día de hoy, me haya tenido que escapar de un sótano en el que estaba encerrada y haya visto un cadáver, y todo eso antes de desayunar. Pensé que debía volver a Chicago y averiguar qué he hecho en mi pasado, sea lo que sea, incluso a riesgo de que me arresten. Pero, al llegar a la estación de autobuses y comprar el billete, he empezado a tener la sensación de que tuvo que tratarse de algo grave.

Muy muy grave.

¿Cómo sabes que estás metida en un buen lío? Pues, hombre, cuando tu foto aparece en las noticias nacionales durante un reportaje que narra la investigación policial de un doble homicidio, tienes un indicio bastante claro de que las cosas no pintan bien para ti. Así que sí, ese fue el indicio exacto que me hizo conocedora de lo delicada que es mi situación, pues vi aparecer mi imagen en la televisión que hay junto al panel de salidas.

Lo primero que hice fue dejar de respirar durante unos segundos; fue espantoso ver algo así.

Después, miré a mi alrededor para ver si alguien se había dado cuenta de que yo era la persona que salía en la tele.

Por suerte, todo el mundo en la estación de autobuses tenía la cabeza gacha, con la vista puesta en teléfonos, en periódicos o en sus maletas, para asegurarse de que no las perdían. La mayoría de la gente que viaja en autobús a través del país lo hace por necesidad más que por deseo, así que aprecian mucho sus posesiones. Desde entonces he mantenido la cabeza agachada, aunque me ha

resultado difícil hacerlo cuando da la impresión de que soy protagonista de una de las noticias más importantes a nivel nacional.

Se me hizo aún más difícil cuando me di cuenta de que aparentemente no soy la única protagonista.

Los tres nombres que aparecen en mi cuaderno son importantes para mí, no solo porque las palabras que aparecen junto a ellos sean mamá, papá y hermana, sino porque ellos han sido la única compañía real que he tenido desde que estoy en Florida. Mirar mi cuaderno cada mañana antes de comenzar el día y cada noche antes de terminarlo me ha ofrecido una especie de consuelo que no he podido encontrar en ningún otro sitio, pues aquí he estado sola la mayor parte del tiempo. Siento que debería conocer a estas personas. De hecho, me imagino que las conozco, o al menos las conocía. Aunque no sea capaz de recordar específicamente la relación que tenía con ellas en el pasado, son mi familia, y eso significa que debo ayudarlas.

Por lo que parece, lo necesitan.

No soy la única persona a la que busca la policía. La mía no es la única imagen que aparece en las noticias. Se han mostrado tres fotos más en las que aparecen personas de interés para la investigación, y todas ellas coinciden con los nombres que hay en mi cuaderno.

Scarlett. Adrian. Pippa.

La policía no solo me está buscando a mí.

Nos están buscando a todos.

Mentiría si dijera que no tengo miedo de lo que pueda estar esperándome en Chicago. Pero también me estaría mintiendo a mí misma si no reconociera que siento que tengo el deber de asegurarme de que mi familia esté bien. Es evidente que tienen un problema tan delicado como el mío. Aunque no recuerdo qué es lo que hemos hecho, debe haber sido algo gordo si todo el mundo en Chicago nos está buscando.

No es momento para estar separados.

Tenemos que estar juntos.

Así que he de encontrar a mi familia antes de que sea demasiado tarde.

Solo faltan nueve minutos para que salga mi autobús. Es muy poco tiempo, pero después pasarán muchas horas hasta llegar a Chicago. Habrá paradas por el camino, tendré que cambiar de autobús… Por algo la mayoría de la gente prefiere viajar en avión por Estados Unidos en lugar de tener recorrer distancias tan largas por carretera.

Será arduo.

Con un viaje tan largo por delante y mi foto en todas las noticias, ¿hay alguna posibilidad de que me reconozcan durante el trayecto? Me temo que sí. Si no me camuflo un poco, estaré facilitando mucho que eso suceda.

Necesito algo. Cualquier cosa.

Como por ejemplo, una gorra de béisbol.

Veo a un tipo en el exterior de la estación de autobuses, al otro lado del cristal, fumando un cigarrillo. Es un hombre corpulento de cincuenta y tantos años, que llama mi atención por lo que lleva puesto en la cabeza.

Como creo que aún tengo algo de tiempo, cojo mi bolsa de viaje y salgo para hablar con él, rezando por que no haya visto las noticias de hoy, o al menos no le haya prestado suficiente atención como para saber que ocupo los titulares del momento.

—Hola, señor. Quería saber si estaría dispuesto a venderme su gorra.

El hombre se vuelve hacia mí, lanzándome una bocanada de nicotina a la cara. No intento disipar el humo. Sigo sonriéndole para convencerlo de que soy una chica simpática y divertida que solo quiere hacer una compra inocente.

—¿Quieres mi gorra? —me responde el hombre, con un marcado acento sureño, lento y muy característico.

—Sí, por favor. Me encanta el béisbol y ese es mi equipo favorito —le digo, señalando el logotipo colorido que tiene la gorra, aunque en realidad no tengo ni idea de lo que estoy diciendo. Simplemente, necesito convencerlo de alguna forma.

—No está en venta —responde el hombre, frunciendo el ceño y volviendo a ponerse el cigarrillo entre los labios.

—¿Seguro? ¿No aceptaría cincuenta dólares por ella? —le pregunto, mostrándole un billete de cincuenta que me saco del bolsillo.

No conozco la situación financiera de este hombre, pero está claro que cincuenta dólares por una gorra vieja y raída es un buen precio, a menos que tenga un valor sentimental, cosa que espero que no suceda. Si su padre o su abuelo le compraron la gorra en el primer partido de béisbol al que fue hace cincuenta años, entonces estoy jodida. Pero, cuando el hombre mira el dinero y sonríe, me imagino que no es ese el caso.

—¿Por esta reliquia? Claro, ¿por qué no? —me dice. Acto seguido, se quita la gorra de la cabeza.

—¡Gracias! —exclamo mientras le doy su dinero. Cojo la gorra y me la pongo de inmediato en la cabeza. Estoy a punto de volver a entrar en la estación cuando el hombre me dice algo desde atrás.

—Por cierto, la gorra es de un equipo de baloncesto —me dice.

Cuando le devuelvo la mirada, consciente de que el hombre sabe que le he mentido, simplemente me guiña un ojo y se marcha.

¿Sabrá por qué necesito camuflarme con la gorra? ¿O solo me está tomando un poco el pelo?

Ni lo sé ni me voy a quedar aquí para averiguarlo.

Regreso al interior de la estación rápidamente con la idea de volver a sentarme en el mismo sitio durante los minutos que faltan para que mi autobús comience a recibir pasajeros. Antes de sentarme, echo un vistazo al panel de salidas para saber cuánto tiempo de espera tengo por delante. Al parecer, son solo cuatro minutos, lo cual está bien.

Pero entonces veo lo que están emitiendo en la televisión que hay justo al lado. Son imágenes de una casa que reconozco muy bien.

Pero no es una casa en Chicago.

Esa vivienda está aquí, en Florida.

Ahora están emitiendo las noticias locales y, en este caso, la noticia principal es otra en la que estoy involucrada.

La casa que aparece en la pantalla es la misma en la que he estado encerrada durante la pasada noche.

Es la casa de Parker.

—¡Pasajeros para Chicago! —exclama un conductor desde el fondo de la estación, y varios viajeros que ya parecen cansados se levantan de sus asientos, recogen su equipaje y empiezan a dirigirse hacia el lugar del que va a salir el autobús. Creo que debería unirme a ellos. Ese es mi autobús también. Pero no lo hago.

No muevo ni un músculo.

La razón es que continúo pegada a la pantalla.

Porque un periodista está informando de que el dueño de la propiedad, implicado en un incidente que requirió una intervención policial esta mañana, un tal Parker White, se encuentra ya en proceso de recuperación en el hospital South Florida.

# EPÍLOGO

Este lugar me resulta familiar.

Los pasillos. Los uniformes. Las luces fluorescentes. Los pacientes con un semblante débil trasladados en camillas que chirrían al rodar. La sensación de que nadie elegiría voluntariamente pasar su tiempo aquí. Y, sin embargo, algunos lo hacen.

Para algunas personas, este lugar es un propósito en la vida. Una vocación. Una oportunidad de ayudar a los demás.

Algunas de esas personas son enfermeras.

Personas como yo.

No sé lo que sería en mi vida pasada, la que existió durante un tiempo que mi memoria ya no es capaz de recordar.

Pero sé lo que soy ahora.

Soy una mujer que ha planeado hacerse pasar por enfermera para acercarse a un paciente específico.

He entrado en este hospital hace dos minutos, seguramente con un aspecto que no desentona en este lugar. Si alguien se fijara en mí, se imaginaría que soy una persona que viene a ver a un paciente, posiblemente a un ser querido que se esté recuperando aquí. Pero no, no vengo a eso. Tampoco es que importe demasiado, porque nadie me está prestando la menor atención. Este lugar está demasiado concurrido como para que nadie se detenga a mirarme.

El personal médico va corriendo de un lado a otro entre pacientes sentados en sillas de ruedas a los que están trasladando por las instalaciones y visitantes que están cogiendo algo para comer de una máquina expendedora antes de volver a uno de los pabellones del hospital. Aquí hay un gran ajetreo, como en cualquier hospital del mundo; ese caos constante me permite pasar desapercibida por casi cualquier parte del recinto.

Me adentro más en el hospital, dejando atrás salas de espera muy concurridas y avanzando por pasillos que parecen no terminar nunca. El hospital South Florida es un lugar grande, lo que convierte mi tarea en algo tan difícil como encontrar una aguja en un pajar.

Estoy buscando a Parker.

Que rece para que no lo encuentre.

Sin embargo, hay un par de cosas que deberían ayudarme a delimitar el área en el que buscarlo. En primer lugar, me hago una idea de la sección en la que ha debido ingresar. Por las noticias, sé que Parker sigue vivo, aunque yo misma lo he visto tendido en la alfombra esta mañana y sé que ha sufrido heridas graves. Por lo tanto, debe estar en cuidados intensivos, así que sigo los letreros que hay en la pared que indican dónde se encuentra esa parte del hospital. Lo otro que debería servirme de ayuda, al menos en parte, es saber que habrá presencia policial alrededor del lugar en el que se encuentre Parker. La investigación sobre lo ocurrido en su casa estará en marcha y, si Joe e Irene han contado la verdad, Parker será tratado como un delincuente durante su recuperación.

Si es que se recupera, claro.

Pero si sigue vivo, ¿qué le impediría con su labia tergiversar todo y arreglárselas para salir con éxito del lío en el que se ha metido? Podría mentir, y una persona que miente tan bien como él podría tener una oportunidad de que alguien le creyera. Alguien trascendente, como, por ejemplo, un detective, un juez o un miembro de un jurado durante un juicio. No hay duda alguna de que es culpable, pero, si sobrevive y se recupera, podría evitar que lo condenaran. En ese caso, ¿qué le impediría en el futuro hacerle a cualquier pobre mujer lo mismo que nos hizo a Irene y a mí?

¿Y qué imposibilitaría que fuera otra vez a por Irene?

¿O a por mí?

Incluso si no se saliera con la suya y terminara en la cárcel, ¿intentaría negociar con la policía una sentencia menor? La verdad es que, como me conoce, tiene buena mano para negociar. Podría jugar su baza, sacar el as que tiene bajo la manga. Podría decirles que lo sabe todo sobre mí, la mujer que la policía de Chicago está buscando desesperadamente en relación con un doble homicidio que podría seguir sin resolver si no dan conmigo. Podría contarles lo que he estado haciendo, qué apariencia tengo ahora, el último lugar en el que he vivido… En general, un sinfín de cosas que podría ayudarlos a estrechar el cerco y terminar metiéndome entre rejas, para que termine igual que él.

Parker podría acabar conmigo de muchas formas.

Pero no lo hará si yo puedo evitarlo.

Pensar que hay agentes de policía merodeando por algún lugar de este hospital junto a Parker mientras se recupera solo aumenta mi nivel de estrés, pero voy a seguir adelante de todos modos porque no puedo irme de Florida sin terminar esto. Pensé que ya estaba finiquitado. Joe sin duda lo creyó también cuando me dijo que su hijo estaba muerto. Supongo que los sanitarios encontraron indicios del pulso de Parker cuando llegaron a su casa.

Si todo sale como quiero, no volverá a haber indicios de su pulso.

Me estoy acercando a la unidad de cuidados intensivos, pero voy vestida de paisano y eso no me permitirá adentrarme mucho más en el hospital, especialmente teniendo en cuenta la probable presencia policial. Por lo tanto, tengo que cambiarme, y por eso, cuando veo a un empleado del hospital delante de mí empujando un carrito enorme lleno de ropa, comienzo a seguirlo.

Se va alejando de los pabellones principales, de los médicos y las enfermeras, para llegar a una parte más tranquila del hospital en la que no hay ningún paciente. Aquí puede verse el engranaje oculto de este recinto. Estoy ahora en un lugar en el que empleados tales como limpiadores o celadores trabajan discretamente en segundo plano para garantizar el correcto funcionamiento del hospital. Personas como el hombre que avanza delante de mí forman parte de un equipo que ayuda a lavar el enorme volumen de ropa de cama que hay en este recinto.

Pero también lavan otra cosa.

Los uniformes.

Veo varios uniformes azules de enfermera en el carrito, entre batas quirúrgicas, sin duda todo ello usado por profesionales médicos que acaban de terminar sus turnos y se han ido a casa. Ahora estos uniformes se lavarán para que estén a su disposición durante sus siguientes turnos, aunque uno de ellos está a punto de ser utilizado de nuevo mucho antes de que eso suceda.

—¡Por favor! —le digo al hombre que empuja el carrito, y él se detiene antes de llegar a la lavandería. Ve cómo me acerco por el pasillo en su dirección.

—¿Está bien? —me pregunta—. No debería estar en esta parte del hospital.

—Sí, lo sé, lo siento. Creo que me he perdido.

El hombre se traga mi mentira, probablemente porque no seré la primera visitante que se pierde en este laberinto de pasillos.

—No se preocupe —me dice cuando llego hasta él y a su carrito, tan lleno de uniformes que parece a punto de rebosar—. ¿A dónde quiere ir?

—Al pabellón B —respondo. Elijo a propósito un lugar que sé que está muy lejos de aquí, porque recuerdo haber pasado por ese pabellón al entrar.

—Vaya, sí que se ha perdido. Eso está bien lejos de aquí, al fondo en aquella dirección —dice el hombre, señalando el camino por el que acabo de llegar.

Cuando se da la vuelta, me acerco un poco más al carrito. Pero enseguida vuelve a girarse para mirarme, así que tengo que intentar hacer otra cosa si quiero tener la oportunidad de robarle.

—Lo siento. Me oriento fatal —le digo, haciéndome la tonta—. ¿Puede explicármelo un poco mejor? ¿Hacia dónde me tengo que dirigir cuando llegue al final del pasillo? ¿A la izquierda o a la derecha?

Hago un gesto hacia el pasillo con la esperanza de que el hombre que tengo bien cerca de mí se gire y mire hacia allá. Efectivamente, eso es lo que hace.

—Vaya hasta el final del pasillo —me dice, ahora de espaldas a mí, pues entiende que estoy prestando atención a sus consejos—. Cuando llegue allí, gire a la izquierda. Después, tiene que caminar unos cinco minutos, hasta llegar de nuevo a la parte delantera del hospital. Luego, cuando vea las puertas dobles grandes, gire a la derecha y ya estará en el pabellón B. ¿Le ha quedado claro ahora?

—Sí, ahora sí, perfecto. Muchísimas gracias —le digo con una sonrisa en la cara. No sonrío por la claridad de sus instrucciones, obviamente.

Lo hago porque, mientras él estaba distraído, he podido coger un uniforme de enfermera de su carrito y ocultarlo a mi espalda.

—Que tenga un buen día —le digo, todavía sonriendo mientras mantengo el uniforme fuera de la vista del hombre. Pone de nuevo las manos en el carrito, que parece pesar mucho, y empieza a empujarlo otra vez.

Cuando considero que ya es seguro hacerlo, llevo el uniforme hacia delante para echarle un vistazo más de cerca.

Es perfecto.

Cuando me lo ponga, pareceré una enfermera.

Cuando lo haga, con suerte nadie sospechará nada.

Miro a mi alrededor buscando un cuarto de baño u otro lugar privado, un sitio en el que pueda entrar rápidamente para cambiarme. Enseguida lo encuentro. Hay una pequeña habitación que es el lugar perfecto para ponerme el uniforme. Cuando lo hago, me aliso algunas arrugas y me miro en el espejo que hay sobre un lavabo.

No me queda perfecto, pues me está un poco holgado. Pero vamos, tampoco esperaba que fuera mi talla exacta.

Lo que es muy extraño es que siento que este look me favorece especialmente, como si fuera lo que tuviera que llevar puesto.

Supongo que eso ayudará a convencer a cualquiera de que es normal que lo lleve.

Abandono entonces la privacidad de ese lugar habiendo dejado mi ropa escondida bajo una cama y empiezo a caminar en dirección a la unidad a la que quiero llegar. Cada paso que doy provoca que el miedo se vaya apoderando más y más de mi cuerpo. Aún cojeo un poco por las lesiones que sufrí en el sótano, aunque la adrenalina me está ayudando a sobrellevarlo.

Sigo caminando por otro pasillo, sintiéndome una impostora con este uniforme al encontrarme entre tantos expertos médicos. Continúo hasta que veo el letrero que indica la unidad en la que está el paciente. Si supiera que estoy aquí, entraría en pánico, gritaría pidiendo ayuda y alertaría a alguien de que está sucediendo algo muy grave. Pero no sabe que estoy aquí. Todavía no.

Cuando lo sepa, será ya demasiado tarde.

Al doblar una esquina, me topo de golpe con otra enfermera. Se queda mirándome fijamente a los ojos, y cada fibra de mi ser me

dice que hasta aquí he llegado. Se acabó. Aquí es donde voy a pagar por estar en este hospital y fingir que soy una enfermera de verdad.

Pero no sucede nada. La enfermera se limita a sonreírme y pasa de largo, como si no hubiera visto un fantasma. Vale, no estoy muerta, así que no soy ningún fantasma, pero así es exactamente como me siento mientras deambulo por este hospital, condenada al desastre. Porque soy muy consciente de que, cuanto más tiempo pase aquí, de menos tiempo dispongo para echarme atrás. Aunque no estoy considerando la opción de hacerlo. Cuando veo a lo lejos a un agente de policía hablando con un médico, sé que estoy cerca del lugar que busco.

Ese agente ha venido para ver al mismo paciente que yo.

Pero necesito estar segura de que voy a verlo antes que él.

Paso junto al policía y el médico. Cualquiera de ellos podría hacerme una pregunta de repente que me provocaría un ataque de pánico. Bastaría una tan simple como «¿A dónde vas?» para desencadenarlo. Entonces, cuando me vieran desmoronarme, se darían cuenta de que soy una impostora, y el médico daría la voz de alarma, mientras que el agente echaría mano de alguna de sus herramientas de trabajo.

Sus esposas.

O su pistola.

Pero ninguno de los dos me pregunta nada. ¿Por qué iban a hacerlo? Solo soy una enfermera que se dispone a ver un paciente y que está tan ocupada como el resto del personal, esforzándome al máximo hasta el final de mi jornada laboral.

Y mi jornada ya casi ha terminado.

Entro en la unidad de cuidados intensivos, procurando caminar pegada a las paredes, para no llamar tanto la atención como si atravesara por el centro. Ahora que estoy aquí, veo media docena de cortinas alrededor de lo que me imagino que serán camas. Detrás de todas estas cortinas hay pacientes, seis en total, a solas antes de ser sometidos a los siguientes controles médicos.

¿Estará Parker por aquí? ¿Detrás de qué cortina podría estar?

Antes de averiguarlo, tengo que pasar desapercibida para las dos enfermeras que oigo charlar en una habitación cercana. La puerta

está abierta, pero no pueden verme desde donde estoy tratando de esconderme, aunque puedo escuchar a la perfección lo que dicen. Están hablando de un cambio de turno, de que una de ellas se muere de ganas por irse ya a casa porque ha sido un día muy largo y de que otra enfermera va a llegar tarde, por lo que la unidad está temporalmente corta de personal.

Parece pues la ocasión perfecta para actuar, aprovechando esa momentánea falta de trabajadores. Me acerco sigilosamente hasta la puerta abierta y me dispongo a asomarme con mucho cuidado, con la esperanza de que las enfermeras que hay dentro no estén mirando en mi dirección. Tengo que pasar por esa puerta para poder llegar hasta los pacientes, no hay forma de evitarlo. Conteniendo la respiración, miro hacia el interior.

Es un alivio cuando observo a las dos enfermeras sentadas junto a un escritorio de espaldas a mí. Una de ellas está tecleando algo en un ordenador mientras la otra escribe en un cuaderno. Ninguna es consciente de que estoy justo detrás de ellas. Tampoco de que acabo de cruzar esta puerta y ya no tengo ningún obstáculo que me separe del paciente al que he venido a visitar.

Mi principal problema ahora es averiguar detrás de qué cortina está Parker.

Entonces veo una carpeta con pinzas colgada en la pared.

La cojo, le echo un vistazo y veo que contiene una lista con todos los pacientes que hay en la unidad. También indica la ubicación exacta de cada uno. Cama 1, cama 2… ¿Estará aquí?

Busco en la lista el nombre de Parker. Finalmente, lo encuentro.

Está aquí.

Y está en la cama 6.

Echo un vistazo por toda la sala; voy contando la fila de camas y creo entender que la de Parker es la que está justo al final, en la esquina del fondo. Al igual que en las demás camas, la cortina está echada, lo cual es perfecto. Dejo en su sitio la carpeta y compruebo una vez más que no me haya visto ninguna de las enfermeras antes de reanudar la marcha.

A medida que avanzo, pasando por delante de las otras cortinas, escucho algunos ronquidos de pacientes que están dormidos. Pero

mi única preocupación es el paciente al que he venido a buscar, de cuya supervisión soy ahora responsable, aunque de momento él no lo sepa.

Llego hasta la cortina que me separa de la cama 6 y la agarro con cuidado. Luego respiro hondo y la descorro ligeramente para poder echar un vistazo hacia el interior.

Quiero asegurarme de que no haya nadie aquí dentro con Parker. Lo que me hacía falta es que hubiera otra enfermera sentada junto a su cama. O peor aún, un agente de policía.

Necesito que esté solo.

Y lo está.

Parker está tumbado en la cama, con los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo y los ojos cerrados. Está enganchado a un gotero intravenoso y a su lado hay una máquina que emite pitidos y muestra su frecuencia cardíaca y su tensión arterial. Sus constantes parecen estar bien, al menos a mí me lo parece, pero eso está a punto de cambiar. En estos momentos Parker no representa ninguna amenaza, ni para mí ni para ninguna otra mujer, pero soy consciente de que la situación sería muy diferente si no estuviera aquí ingresado. A su máxima capacidad, este hombre es extremadamente peligroso, en muchos sentidos. Me engañó, me encerró, casi me mata y, si se le permite recuperarse, podría ayudar a la policía a cogernos a mi familia y a mí. La sensación de volver a estar en el mismo espacio con este hombre tan poco tiempo después de que me tuviera encerrada en su sótano es terrorífica. Preferiría no estar tan cerca de él, pero, si no soy capaz de hacer esto, nunca me liberaré del miedo que le tengo.

Entro en el habitáculo y cierro la cortina tras hacerlo. El ritmo cardíaco que muestra la máquina se mantiene estable, pero el mío se acelera rápidamente. Los latidos resuenan más en mi pecho cuanto más me acerco a la cama. Cuando cojo la almohada que hay sobre el sillón que tengo a mi lado, tengo la impresión de que estoy a punto de sufrir un infarto.

Esta es mi última oportunidad de darme la vuelta y largarme de aquí.

Si doy un paso más, será demasiado tarde y ya no habrá vuelta atrás.

Doy ese paso.

Antes de usar la almohada, desconecto con cuidado las máquinas a las que está conectado Parker. Haciendo eso, limitaré las alertas que reciban las enfermeras provenientes de esta cama cuando las constantes vitales de Parker empiecen a colapsar dentro de unos momentos. Es posible que reciban algún tipo de aviso, pero no tan rápido como si la máquina estuviera conectada y el organismo del paciente estuviera fallando mientras está conectado a ella. Espero que esto me dé un poco más de tiempo para hacer lo que tengo que hacer.

Una vez desconectado del equipo electrónico, alzo la almohada.

Respirando con dificultad, voy a colocarla sobre la cara de Parker, recordando cómo se burló de mí mientras estuve encerrada en su sótano, cómo me empujó por las escaleras dándole exactamente igual mi bienestar físico y cómo martirizó a la pobre Irene durante tanto tiempo. Este hombre merece morir. Cuando esta almohada esté sobre su cara, eso es exactamente lo que ocurrirá.

La almohada está ya a centímetros de tapar su boca y su nariz e impedirle respirar.

Pero justo antes de que eso suceda, observo una novedad.

Parker ha abierto los ojos.

Me ve y me reconoce. Estoy segurísima de que si le doy un solo segundo más, se pondrá a gritar pidiéndome que pare de hacer lo que estoy haciendo. No puedo permitir que eso ocurra, porque cualquier persona que haya en esta unidad podría oírlo y me podrían pillar antes de cumplir con mi objetivo.

Así que le aplasto la almohada con fuerza contra la cara.

Luego, aprieto los dientes y presiono aún con más fuerza.

Todo el cuerpo de Parker se retuerce en la cama mientras lucha por su vida. Me araña los brazos con las uñas y patalea con las piernas inútilmente, pero como soy la única que puede escuchar su gritos ahogados, puedo seguir trabajando sin demasiado ruido. Mi víctima está ya débil de por sí debido a sus recientes traumatismos, así que lucha menos de lo que lo haría si estuviera en plena forma.

Por ello, soy capaz de mantenerlo controlado cada vez con más facilidad mientras su cuerpo, más y más débil, intenta defenderse de mí en vano.

Tengo lágrimas en los ojos. No se debe solo a que esté matando a alguien, o a que esto constituya una situación estresante. Las lágrimas se deben también a que algo en mi interior me dice que soy perfectamente capaz de hacer esto.

De repente, experimento la sensación de que ya tengo experiencia en esto.

Ya he matado antes.

Coincidiendo con el momento en el que Parker empieza a perder la batalla, tengo un flashback que no había tenido nunca antes. En esta ocasión, no veo a Laurence, a su mujer enferma ni tampoco ninguna aguja. Esta vez estoy con otra persona diferente.

Estoy asfixiando a otra persona.

¿Quién será?

No puedo saberlo porque hay una almohada sobre su cara.

Lo único que puedo percibir es que soy joven en el flashback. Tendré veintipocos años, y posiblemente esté todavía estudiando Enfermería.

Y estoy matando a alguien.

¿Sucedería eso de verdad? ¿O habrá sido la forma que tiene mi cerebro de intentar que pueda gestionar esta situación tan delicada? No lo sé con seguridad, pero, cuando salgo un poco del trance, me doy cuenta de que Parker ha dejado de moverse. Esa es mi señal para salir de aquí lo antes posible, antes de que médicos y enfermeras vengan a revisar esta parte de la unidad.

Dejo caer la almohada y vislumbro brevemente el rostro sin vida de Parker. Asomo la cabeza entre las cortinas para comprobar que no haya moros en la costa. Es así, aunque oigo cierto alboroto en el otro extremo. Ha llegado una enfermera nueva para empezar su jornada, y supongo que eso significa que pronto hará su ronda por toda la unidad. Cuando lo haga, se dará cuenta de que ahora tienen un paciente menos.

Necesito salir ya de aquí, y hacerlo por un lugar que no implique pasar junto a todas esas enfermeras y el policía que hay más allá de

ellas. Veo que hay una puerta a mi izquierda y pruebo a abrirla. No está cerrada con llave, así que la abro para atravesarla. No puedo permitirme perder el tiempo por aquí, así que elijo una dirección y empiezo a caminar por otro pasillo.

Mientras avanzo, pienso en cómo voy a ser capaz de encontrar el lugar en el que dejé mi ropa para volver a cambiarme. Finalmente, en una fracción de segundo, tomo la decisión de olvidarme de esa idea.

Tengo que salir de este hospital tan rápido como pueda.

Camino deprisa, ignorando mi cojera y el dolor cada vez mayor que me produce la caída de esta mañana por las escaleras. No puedo arriesgarme a que me atrapen aquí.

Allanamiento de morada. Hacerme pasar por una enfermera. Homicidio.

La lista de delitos de los que me acusarían si me detuvieran es larga y muy grave.

Sigo avanzando y voy cruzándome con otras enfermeras. Una de ellas me lanza una mirada confusa, como si no supiera si me ha visto antes por aquí o si soy nueva. O tal vez esté pensando que me reconoce de las últimas noticias de los informativos, pero quizá no pueda estar del todo segura, porque las vio de pasada y tenía muchas otras cosas en la cabeza. Pero no puedo detenerme frente a ella para evitar que me pregunte, ni tampoco puedo hacerlo cuando veo que estoy a punto de cruzarme con un grupo de médicos. Desde luego, es igualmente desaconsejable detenerme cuando veo que un agente de policía coge su radio para escucharla.

¿Estará recibiendo la alerta de que hay una enfermera asesina suelta?

No me importa demasiado enterarme de ello porque ya puedo vislumbrar la salida. Más allá de esas puertas correderas podría estar mi libertad, si pudiera llegar a ellas a tiempo.

Aprieto el paso, con las costillas doloridas y el corazón a punto de estallar. Pero, en apariencia, no parezco otra cosa que no sea una enfermera saliendo de un hospital.

Me imagino que ese es el motivo por el que nadie me detiene.

El aire fresco me sienta de maravilla en la cara. Sigo caminando tan rápido como puedo y, cuanto más avanzo, más me da la impresión de que voy a lograr escaparme.

Cuando me subo a un autobús casi vacío que me va a alejar del hospital, ya estoy segura de haberlo conseguido. Al menos, de momento. Solo estamos yo, el conductor, que claramente está cansado, y un par de pasajeros que están distraídos mirando sus teléfonos. Pronto, cuando me baje del autobús y me esfume, volveré a quedarme sola.

Pero esto no ha terminado. No del todo. Sé que las autoridades todavía me andan buscando. Y no solo aquí, sino también en Chicago.

Puede que quieran seguir buscándome.

Mientras lo hacen, yo voy a buscar a mi familia.

Solo espero poder encontrarlos antes de que lo haga la policía.

# UNA CARTA DE DANIEL

Estimado lector:

Quiero agradecerte enormemente que hayas elegido leer *La mentira de la enfermera*. Espero que hayas disfrutado siguiendo el viaje de Darcy y Pippa. Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades en Bookouture, incluidos los libros futuros de esta serie en particular, regístrate en el siguiente enlace. Cuando te registres recibirás un relato corto gratuito, *La esposa asesina*. Nunca compartiremos tu dirección de correo electrónico y puedes darte de baja en cualquier momento.

*www.bookouture.com/daniel-hurst*

Espero que te haya encantado este segundo libro de la serie *La enfermera*. Si ha sido así, te agradecería mucho que escribieras una reseña sincera. ¡Me gustaría conocer tu opinión!

También puedes visitar mi página web, donde puedes descargarte gratuitamente un thriller psicológico titulado *Solo un segundo* y suscribirte a mi boletín informativo semanal, que te permitirá estar al corriente de todo lo que escriba en el futuro. ¡Y también podrás estar al tanto de mis aventuras con mi mujer, Harriet, y mi hija, Penny.

Gracias,

Daniel

# CONTACTA CON DANIEL

Ponte en contacto conmigo directamente mediante mi dirección de correo electrónico daniel@danielhurstbooks.com. ¡Respondo a todos los correos!

www.danielhurstbooks.com
facebook.com/danielhurstbooks
instagram.com/danielhurstbooks

# Table of Contents

La mentira de la enfermera
PRÓLOGO
ANTES
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
EPÍLOGO
UNA CARTA DE DANIEL
CONTACTA CON DANIEL